MANUEL PEITEADO

EL GUARDÉS SILENTE

EL LIBRERO DE TOLEDO II



Han pasado cinco años desde que Doménico, nuestro joven protagonista, ingresó en un centro psiquiátrico para expiar sus culpas y cancelar su deuda con la sociedad. La España con la que amanecerá, nada tiene que ver con aquella que dejó en 1975. Su liberación nos hará plenamente conscientes y partícipes de la inminente justicia, que irremisiblemente llegará a todos los que propiciaron muertes sin sentido, con un despropósito lleno de impiedad y locura. En esta segunda entrega, el protagonista no dudará en adentrarse en los ambientes más sórdidos de la época y nos hará vibrar, sufrir y disfrutar con sus andanzas que nos deja expectantes, esperando su destino que hacemos nuestro. Personaje querido y odiado que, gracias a su autor, sigue sin dejarnos indiferentes y que nos lleva de la mano hasta las profundidades de un final inesperado y, quizás, fatal. Doménico, hombre sádico y niño desvalido fuertemente influenciado por los conflictos de su entorno, emprenderá una lucha encarnizada contra aquellos que creen que gozan de un poder omnímodo que les permite burlar las leyes y dar justicia a su capricho.

OceanofPDF.com



Manuel Peiteado

El guardés silente

El librero de Toledo - 2

ePub r1.0
Titivillus 07-09-2021

OceanofPDF.com

Título original: *El guardés silente*
Manuel Peiteado, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

ADVERTENCIA ACOSTUMBRADA

Los lugares que aparecen en este libro están inspirados, en lugares reales, aunque modificados al antojo e invención del autor. Por tanto, los hechos narrados carecen de rigor histórico rayando la frontera entre lo real y la ficción, siendo producto de la imaginación o recreación del escritor y no debe inducir al lector a adjudicar acciones o palabras concretas a ninguna persona real del pasado o presente.

OceanofPDF.com

A Rosa, mi madre.

A mis tres hijos: Óscar, Ramón y Alberto por los que cada día navego por los angostos mares de la vida cotidiana, para que no dejen de iluminarme con su amor, y a Isabel, mi esposa, faro que mantiene viva la luz que nos guía.

A Cristóbal Encinas y Manuel Amaro; su ayuda y reprimendas gramaticales han resultado vitales para que se pueda entender lo que con tanto esfuerzo escribí.

A mis musas y hadas que tanto de día como de noche no han dejado de inspirarme, sin ellas este sueño nunca se hubiera realizado.

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Salvatore Aspartana

«Algunas cosas del pasado desaparecieron, pero otras abren una brecha al futuro y son las que quiero rescatar».

Mario Benedetti

Los inviernos en Castilla son tristes y fríos. A través de la ventana observo el páramo yermo, la escarcha se apodera de toda forma de vida. El vaho desdibuja la visión transparente del cristal, escribo su nombre mientras suspiro por volver a verla. La magia del amor hace que esos garabatos parezcan corazones de verdad.

Han pasado cinco años desde que Iñaki murió y los mismos que apareció, salido del mismísimo Infierno, aquel que hizo de mí un psicópata despiadado sin alma, un ser despreciable para la sociedad, la misma que me confina en un centro para su seguridad. Esa fue la herencia que recibí de mi padre.

Durante estos años he permanecido encerrado en una jaula, con la puerta abierta permanentemente, y no ha pasado un solo día que no hayamos hablado. Lamiéndole recuerdos al tiempo como si quisiéramos recuperar algo que ya no está y nunca volverá, tan solo la esperanza de aprovechar la oportunidad que el momento te ofrece y aferrarnos el uno al otro, tratando de comprendernos y, en ese entendimiento, encontrar el perdón.

Hace tiempo que perdoné su cruel forma de protegerme. Lo hizo por nuestro bien, dice él. Permitió que mamá Vega se casara con otro hombre, con su enemigo al principio, mi protector siempre.

Mientras médicos, psiquiatras y familia ponían todo su saber cariño en recuperarme, España cambiaba. La muerte del Dictador trajo una transformación impensable para aquellos que durante cuarenta años tuvieron el poder económico y social. Para otros, la larga noche que llenó

de oscuridad a muchos hogares, se marchaba lentamente, y traía un nuevo día cargado de luz y esperanza. Por fin tendremos una democracia, oía por los pasillos y salas del psiquiátrico. Otros, los más avanzados culturalmente, se atrevían a decir que sería necesaria una amnistía.

Todos acertaron en sus sueños. Llegó la ansiada democracia y con ella, en 1977, una amnistía para todos aquellos que pudieran tener cuentas pendientes por la Guerra Civil. Fueron muchos los que volvieron del exilio. Mi padre fue uno de los que arregló sus posibles cuentas pendientes. Argumentó que se exilió por motivos de seguridad, pues entendía que su vida corría serio y grave peligro.

Mamá Vega nunca llegó a olvidarlo, en su corazón siempre albergó la idea de que no hubiera muerto. Ahora viven juntos en Madrid. Respecto del famoso botín incautado y custodiado por él, durante años lo empleó en favorecer la vida de viudas y familias destrozadas por la posguerra. Junto a otros fundó el hospital psiquiátrico donde me tienen recluido.

Berto vive con Manuela. Juntos regentan la empresa que dejó don Giovanni. Isabella acabó su licenciatura y, a la primera, aprobó la oposición a la Judicatura.

Una de las decisiones más dolorosas fue cerrar la librería. Alguna vez volví a refugiarme entre los cientos de libros que allí quedaron. Me negué a que se devolvieran a las editoriales o se vendieran, siempre lo hice bajo la atenta mirada de mi padre y del gerente del psiquiátrico.

El comisario Trebujillo se jubiló, no sin antes requerirme, en repetidas ocasiones, para un interrogatorio sobre la muerte del violador del Circo Romano y de don Eufemiano, al que rebauticé como «*Cara lápiz*».

María. María siempre ha estado en mi corazón, conmigo en lo bueno y en lo malo. Durante este periodo he aprendido que cuando sabes que una persona te hace bien y te guía, no debes apartarla de tu vida. Eso fue lo que hice con María. Una de las condiciones que puse a mi padre era que la contrataran, necesitaba verla, tocarla, amarla sin tiempo y sin medida. Probablemente sin su presencia, el estado en el que me encuentro en estos momentos, nunca se hubiera dado. Bajo su responsabilidad pasamos juntos unos días en la finca de Villamanta e hicimos alguna que otra excursión que no viene a cuento relatar por intrascendente.

En estos momentos estoy pendiente de ser indultado por el Rey. Los informes presentados por el servicio de psiquiatría dicen que estoy recuperado, que puedo hacer una vida normal bajo control médico, creen que el tenerme retenido solo podrá perjudicarme. Argumentan mis abogados que la noche que asesiné a don Ignacio Aguirre Arteta lo hice bajo los efectos del alcohol y las drogas, su consumo en alta dosis me provocó un estado de enajenación mental transitorio.

* * *

Mientras llega la hora de la charla diaria con mi padre, casi siempre en su despacho, recostado sobre el catre de mi celda dormitorio, vuelvo la vista atrás a aquella tarde, la última de las que me reuní con el gerente del psiquiátrico, el doctor Otaola Salupe. Recuerdo que todo fue muy rápido, la aparición de aquel que dijo ser mi padre me sumió en un estado de *shock*.

Cuando desperté, me contaron que tuvieron que sedarme. Allí estaba él, mirándome con ternura. Intenté levantarme. No pude, me tenían inmovilizado. Unas correas de cuero abrazaban mis manos, cuerpo y piernas a la cama. Quise arrancarle el corazón a dentelladas. Permaneció quieto, sus ojos, aquellos ojos que tantas veces había visto y confundido con los del Hijo de Dios, se encharcaron; tomó mis manos y me pidió que me sosegara. Entró una enfermera de aspecto rudo y poco femenino, las mangas de su uniforme, color azul mar, remangadas al igual que las de los segadores cuando han terminado la labor del corte de las mieses, con una jeringa en la mano dispuesta a inyectar un líquido mortecino dentro de mi cuerpo y convertirme en un ser inerte. Mi padre la miró y ella entendió que no hacía falta su presencia allí.

No ha pasado ni un solo día que no haya estado junto a mí. Ahora siento hacia él una gran admiración y respeto. Pero antes de esto tuvo que contarme muchas cosas. Pasó tiempo hasta que conseguimos mantener una conversación sin insultos y sin intentos de agresión por mi parte. Los primeros días me tenían como un zombi, fue la presencia de María la que ayudó en mi recuperación.

Me contó cómo nació la idea de crear La Hermandad y los principios en los que se basaron. De todo esto, tercié, ya tenía yo suficiente información

pues a mis manos, a través de mamá Vega, llegaron las actas de su fundación. Lo que no sabía era que esas actas las hizo llegar él. Al principio, ante los datos que me aportaba cada palabra que decía, provocaba en mí la dicotomía entre admirarlo o despreciarlo.

—¿Cómo pudiste ser tan cruel y fingir tu muerte? Me privaste de un derecho, marcaste mi vida y ahora vienes contándome historias para salvar tu conciencia.

Así dimos comienzo al inicio de su historia en un día cualquiera de un mes cualquiera, sin trascendencia especial para mí.

—Doménico, te lo contaré para que sepas por qué lo hice. No espero tu perdón, si acaso que entiendas que eran tiempos difíciles y que, después de pensarlo mucho, decidí hacerlo. Era cuestión de dejarte huérfano a los ojos de los demás o esperar a ver cómo, un día cualquiera, tanto tú como tu madre aparecíais muertos.

En una ocasión vinieron de madrugada a advertirme, tú eras muy pequeño. Desde ese instante sabía que, o les daba lo que querían o me lo arrancarían. Esa fue la causa que me empujó a la bebida.

—Querían el botín que robasteis, ¿por qué no se lo diste?

—En primer lugar, no robé nada. Yo era el responsable del grupo. No se conformarían con que les entregara la mercancía; querían mi silencio y la mejor forma era acabar conmigo. Una noche me acecharon dos de ellos, yo fui más rápido. Tuve que pensar deprisa. A uno de ellos le puse mi ropa y dejé mi documentación. Luego me escondí. Asistí a mi propio entierro. Tus lágrimas hacían jirones mi corazón. Nunca os abandoné, siempre estuve a vuestro lado, en la sombra.

Así inició su historia por si quisiera perdonarlo. Mientras hablaba, yo apenas le miraba y cuando lo hacía siempre tenía su mirada fija en mí. No estaba abatido, se mostraba firme y, como siempre, me decía que no estaba arrepentido.

—Si volviera el tiempo atrás y las circunstancias fuesen las mismas, volvería a hacer todo lo que hice, estoy seguro de que hoy estamos juntos por aquella dolorosa decisión.

De tanto repetirla, llegué a creer que fue una sabia determinación, al mismo tiempo que injusta. El dolor permanecía en lo más profundo de mi

ser, resignado a abandonar mi cuerpo. Más de mil veces soñé, imaginé cómo hubiera sido mi infancia con él. Ahora ya no había lugar para seguir llorando como una plañidera, o lo perdonaba, o toda la vida me arrepentiría de no vivir la segunda oportunidad que me concedía Dios.

A mamá Vega le costó menos perdonarlo. Entonces entendí que el amor de los enamorados es ciego, no atiende a las razones de la vida sino a las del corazón. Ella también tenía un pase especial para verme cuando quisiera. Jamás me pidió que lo perdonara, sí me expresó que ella lo amaba desde siempre y que ahora entendía el porqué de su cambio. Mi padre, Salvatore, me contó que la insultó y que algún golpe le dio para que le odiara y así, en su fingida muerte, no tratara de averiguar nada. Es cierto que la historia se la dieron hecha, pues él pensaba desaparecer, pero aquellos hombres con su ataque sin testigos, con nocturnidad, se lo pusieron más fácil. En su idea contó, desde el inicio, con la connivencia de sus hermanos y de su gran amigo Giovanni. No así sus padres, mis abuelos, a los que también mintió y permitió llorar su pérdida.

Tardé mucho tiempo en asumir la situación mental en la que me encontraba. Con el paso de los días me fueron bajando las dosis prescritas, mi estado de ánimo mejoraba, la actitud depresiva dejaba hueco a las risas y a las miradas de complicidad con mi madre. Ella jamás me reprochó nada, tampoco me mimó. Su mirada era una amalgama de sentimientos y sensibilidades que solo yo captaba. En aquellos momentos que no tenía visitas o charlas, ocupaba el tiempo en leer y en recuperar mi estado físico, ahora, si cabe, mucho más atlético ya que eran más las horas que le dedicaba.

Las enfermeras y celadores comenzaban a formar parte de mi vida diaria, convirtiéndolos en mi nueva familia. Desaparecieron de mi imaginación aquellos sueños en los que el Hijo de Dios me hablaba. Las noches que dormía solo, ya no acudían a hacerme compañía los fantasmas del pasado. Era consciente, y eso me consumía, de cuántas muertes llevaba a mis espaldas y del daño que causé a sus seres queridos.

En otro de nuestros encuentros me dijo que huyó a Italia a refugiarse en un lugar que solo era conocido por sus hermanos y don Giovanni. Allí permaneció unos años hasta que en España se olvidaron de él. Durante su

ausencia, la gente de Giovanni se ocupaba de vigilarme y darme protección. Muy importante fue la intercesión del comandante Luis Alfonso. Cuando volvió a España, lo primero que hizo fue comprar una casa en la parte vieja de Toledo, «la misma que te regalé», me dijo. Fueron muchos los días que allí pasó sin más visitas que las de don Giovanni; lo hacía cada semana para abastecerle de comida. Descubrió que tenía un túnel que comunicaba con otra casa en otra calle, así que la compraron también.

—¿Berto lo sabía? —interrumpí.

—No. Creímos conveniente que cuanta menos gente lo supiera mayor seguridad habría para vosotros y para mí. Es cierto que dio sobradas muestras de lealtad y que desde el principio asumió tu protección como algo personal, de esta forma, al estar convencido de mi muerte no habría dudas de que su vida estaría en deuda conmigo y, por extensión, contigo.

—Esto que me estás contando es pura fantasía, Berto y yo nos conocimos cuando cumplí dieciocho años y hasta entonces ¿quién cuidó de mí? —tercié.

—Por paradójico que parezca, mi presunta muerte provocó que aquellos que, aun siendo mis enemigos, sintieran la necesidad de expiar su culpa silenciosa dándoos protección; el más significante para vosotros fue el comandante Luis Alfonso y por añadidura su esposa, la señora Socorro. Hubo muchos, los menos, los que decidieron protegeros. Eran gentes de honor y sobre ellos recaía el poder, casi absoluto, de La Hermandad. Pero no fue fácil, en el otro bando estaban aquellos que querían perpetuarse en el pasado. Ocupaban puestos de relevancia en el régimen, eran falangistas, policías y también militares, al mando de esa facción estaba el capitán Jesús Esteras.

Llegados a este punto, no pude por menos que recordar a Julia. Salvatore Aspartana, hombre avezado en mil batallas, debió notar en mi semblante los recuerdos infaustos que para mí representaba el nombre de Esteras. Dejó que las palabras enmudecieran, tragó saliva y envió a la sala fría una profunda respiración. Encendió un cigarrillo y abandonó la habitación que teníamos reservada para nuestras confidencias. Siempre me miraba, aquella vez también lo hizo, dejando entrever que aunque quisiera ser duro, sabía el daño que toda esa historia me produjo.

⁎ ⁎ ⁎

El despacho de Salvatore está situado en la primera planta dentro del pabellón de los no agresivos, en la galería sur. Hoy se ha retrasado, mientras lo espero, reparo en un rayo de luz que se ha colado por el hueco libre que permiten las cortinas, corridas a medias, dejando ver entre las rejas exteriores una carretera estrecha, sinuosa, con dirección a Toledo, a ambos lados escoltada por pinos y algún que otro alcornoque. Aparte, campo adentro, bosques de olivares configuran el paisaje de esta tierra. Desfilando por ella una columna de tractores. En ellos un ejército de campesinos ataviados con ropa de invierno desgastada, la boina calada y pañuelos de cuadros azules, ya descoloridos, sobre el cuello o tapando su boca aquellos que no la llevan ocupada por una colilla, presumiblemente de celtas cortos. Llevan su valiosa carga de aceitunas prestas a ser convertidas en ese rico elemento viscoso color verde oro.

Las paredes están revestidas con láminas de madera y estas ocultas por estanterías abarrotadas de legajos, libros y portarretratos. La primera vez que entré libre de la vigilancia de algún celador, no pude reprimir las ansias de llorar al ver una colección de fotos enmarcadas, eran la historia gráfica de los acontecimientos más importantes de mi vida. Colocadas sin uniformidad, careciendo de la sensibilidad natural de las mujeres y de algunos hombres, manteniendo un orden cronológico, podía ver fotografías mías y de mi madre o de los dos juntos. También con mis amigos, recordándome aquellas tardes de verano en la vega del río. Las hizo o mandó que se las hicieran, y en algunas de ellas, en las más importantes, aparecía él, discretamente situado y siempre caracterizado para pasar desapercibido. ¿Cómo nadie pudo percatarse de su presencia? Si a mí me impresionaron, a mamá Vega, cuando las vio, casi le da algo. Sobre todo al ver la de mi primera comunión en la que aparece justo detrás, entre ella y yo.

El rayo de luz que se ha colado por el hueco libre que permiten las cortinas ha fijado su haz luminoso sobre una foto muy especial. Somos Julia y yo, abrazados, delante del mundo. Los efectos o pericias técnicas sobre el arte de la revelación permiten que nuestro abrazo sobresalga sobre el resto,

quedando todos a nuestro alrededor en un segundo plano, difuminados. Atraído, subyugado por su poder, me levanto y voy hacia ella. No puedo por menos que cogerla y besarla. A mi mente enferma de enamorado vuelve la sensación de sentir sus pechos turgentes hundidos en mi cuerpo, de saborear su aliento a caramelo; el recuerdo de su perfume me embriaga y hasta a mi piel llega el aroma de su piel suave.

—La sigues queriendo, ¿verdad? —sentí la voz herida de María detrás de mí.

—Sí, nunca dejaré de hacerlo. Pero es pasado y tú eres presente. Tú eres mi amor prohibido, mi medicina de cada día, mi único amor —dejé el portarretratos en el mismo sitio en el que mi padre lo tenía ubicado.

—Gracias cariño, tú también lo eres todo para mí. Por cierto, te sienta muy bien el traje —me susurró mordisqueándome en el cuello y señalando hacia la foto.

—Era de Luis Alfonso, me lo dejó para asistir al entierro de su mujer, la pobre Socorro.

Sus labios se entregan a los míos o los míos buscan los suyos con ardiente pasión. Siento como su cuerpo excitado tiembla al apretarla contra mí. Suena un golpe de nudillos en la puerta abierta, seguido de un ligero carraspeo. Cesamos en nuestras caricias de atolondrados quinceañeros. A nuestra espalda estaba Anna, la abogada de la Fundación Virgen de los Desamparados, el último fichaje del doctor Otaola Salupe. Desde que conoció a María, sus visitas son más frecuentes al centro, nunca me pasaron desapercibidas sus miradas lascivas y sensuales hacia ella.

—¡Disculpad, pareja! María, necesito tu autorización para ver el expediente de Ticio Carbonell Martos —dijo envolviendo sus palabras en mensajes sensuales.

—Ahora voy. Espérame en mi despacho —atinó a decir María nerviosa.

Cuando Anna, una cuarentona bien traída, de delgada y estilizada figura, de exuberantes pechos, se retiró, me quedé observando la cara de María. Hasta ese día nunca hubiera dicho que su presencia le agradara, más bien diría que sentía indiferencia hacia aquella mujer siempre elegantemente vestida. Si bonitos eran los trajes de chaqueta con los que

graciosamente pavoneaba su cuerpo, no menos eran los complementos con que los ataviaba.

Eran distintas, María vestía de manera informal, no era muy partidaria de seguir los cánones de la moda; es más, en alguna ocasión la oí hacer crítica sobre las personas que perdían el tiempo en su imagen exterior, las consideraba vacías. Por eso no entendía ese juego de miradas, más propio entre personas de distinto sexo.

—¿Por qué la miras así? —requerí información, sujetándola de la mano, evitando que corriera a su cita.

—¿Qué te pasa, Doménico?, es una mujer. ¿Acaso tienes celos?

—Pues mira, sí los tengo. Sé que es una estupidez, que al fin y al cabo, como bien dices, es una mujer —repliqué con carácter, a sabiendas que me estaba metiendo en un lodazal de donde no sabía si saldría airoso.

—¡Óyeme bien! —protestó—. No sé qué es peor o más difícil de entender, que tengas celos de una mujer o yo de tu pasado.

—Probablemente tú de mi pasado; pues bien es cierto que el primer amor nunca se olvida, aunque quede aparcado en algún lugar alejado de nuestro corazón. Y me estoy refiriendo a ese amor de verdad, no a aquel que nos hizo perder la virginidad. Todos tenemos amores muertos que resucitamos de vez en cuando y no lo hacemos para comparar con el amor actual, si se tiene, sino porque aparece, y sobre los asuntos del corazón nadie entiende. Por eso lo tuyo es más raro, pues yo te amo solo a ti y no te comparto con nadie, si acaso con un recuerdo efímero. Así que no me compares una cosa con la otra.

María se quedó quieta, la mirada desafiante, no habló, estaba furiosa. Soltó su mano. Pasados unos segundos tragó su saliva envenenada.

—Ahora déjame, tengo que trabajar. Te quiero demasiado para que dudes de mi amor por ti; en cambio yo no veo en tu mirada esa luz que emiten los ojos de un enamorado. Y sí, me haces dudar.

La vi marchar, oí el martilleo de sus tacones rabiosos sobre las frías y desgastadas baldosas del pasillo. Lo oí, hasta que por el silencio de estos y la llegada del sonido de un portazo, adiviné que acababa de entrar en su despacho. No quise pensar, ni tan siquiera imaginar, lo que puede haber

entre dos mujeres. Decidí irme a dar un paseo y hacer tiempo hasta la hora de comer.

Tomé la dirección opuesta al despacho de María, me crucé con Juan Cleto, un celador mal encarado. Su aspecto era el de una persona sombría, tosca en el andar. A veces, y eso era lo que me llamaba la atención, lo encontrabas detrás de ti, observándote sin haberte percatado de su presencia, rehuía la mirada, siempre lo hacía con la cabeza humillada e inclinada hacia el lado derecho y cuando levantaba los párpados parecía que el blanco de los ojos se había comido al iris. Los brazos los tenía recogidos a la altura del pecho con las manos envueltas la una con la otra, creando un puño y moviendo constantemente los dedos como si estuviera afiliándose las uñas. Había sido un excombatiente de la División Azul. Pero, por raro que parezca, en la Guerra Civil luchó en el bando republicano; lo de alistarse al frente ruso fue con la idea de pasarse al otro bando, una vez estuviese en Rusia. Una salva de metralla permitió repatriarlo como mutilado y con honores. Mi padre decía que era un elemento hostil dentro de la organización del sistema dominante, que lo encontró mendigando, con síntomas evidentes de alcoholismo, y lo recogió. No tuvo grandes problemas para ello, las leyes del régimen franquista auspiciaban ese tipo de internamientos, de esa forma se libraban de enemigos contrarios a sus ideas y los convertían en presos de por vida, pero en manicomios. Uno de los principales valedores de aquellas leyes fue Vallejo Nájera. El doctor Otaola proclamaba a bombo y platillo su amistad con él y el haber formado parte de su equipo. En la mesa de su despacho tenía un gran portarretratos en donde se les podía ver dándose un abrazo, una dedicatoria en la foto y una fecha, Madrid marzo de 1955.

Una vez curado, le fue dando puestos de confianza hasta llegar a convertirse en uno de los celadores más eficaces. Me advirtió que no me fiara de él y que siempre estuviera en guardia ya que en su interior albergaba un odio soterrado contra todo lo que oliera al régimen de Franco. «Creo que al único que respeta es a mí por ofrecerle una vida digna, aun así, no me fío de él», solía decir Salvatore.

—Buenos días, señor Doménico —me dijo parándose a mi altura sin llegar a franquearme el paso.

Era raro que Juan Cleto saludara, salvo que tuviera algo que decir.

—Buenos días —respondí sin hacer intención de detener mi marcha.

—El señor está enfadado y tiene prohibido cruzar esa puerta cuando se encuentra triste, son órdenes de los doctores.

—Iré adonde quiera y no serás tú quién me lo impida.

—No por aquí, señor, al menos mientras yo esté. No es nada personal, cumplo órdenes.

—¡Óyeme bien, capullo! —le amenacé con el dedo índice—, y mírame cuando te hablo.

—Puede retirarse Juan, ya me encargo yo —zanjó el asunto el doctor Otaola Salupe que debió escuchar mis gritos, quizás desproporcionados. Su despacho estaba justo al lado.

—Gracias, señor —farfulló Juan el celador.

Juan Cleto se retiró sin mostrar haberse inmutado por mis amenazas. Permaneció en todo momento en la misma posición. Su forma de andar no variaba con respecto a cómo se mostraba quieto. Se alejó de nosotros con la cabeza inclinada a la derecha, humillada, con los brazos recogidos y, seguramente, con las manos juntas. Continuó con su labor y en ningún momento me dedicó mirada alguna, su indiferencia me atacó.

Acompañado del doctor Otaola Salupe, di la vuelta en dirección opuesta a la salida de la galería. Era un hombre afable que, desde el primer día, hará ya cinco años, mostró comprensión hacia mi estado como enfermo y como persona. Entre él y María cuidan de que mi cabeza recupere la estabilidad emocional.

Pasamos por el despacho de mi padre, estaba de espaldas a la puerta, frente a la ventana; sin volverse, nos animó a entrar.

—¿Cómo sabías que éramos nosotros? —le requerí.

—Es sencillo, os oí hablar. Disculpa mi tardanza, otros asuntos me entretuvieron —atendió mi pregunta sin inmutarse, en sus manos tenía un cuadro. Lo contemplaba absorto.

—Sí, es cierto —apostillé, pero su respuesta me pareció muy simple, así que volví a preguntarle.

—¡Salvatore!, disculpa mi ingenuidad, pero ¿cómo lo haces?

—No te calientes la sesera Doménico, yo llevo muchos años con él y aún no lo sé —medió el doctor Otaola Salupe.

Mi padre se volvió y nos brindó una sonrisa sincera, aproveché para ver que, para la edad que tenía, su dentadura estaba completa y bien cuidada. Era una sonrisa de esas que te ganan, no era falsa y obligada como la que te dan los vendedores que llaman a tu puerta a ofrecerte la última maravilla del mercado o la mejor manta zamorana, sabiendo tú que la única lana que lleva la manta es la de la etiqueta. Nos mostró el cuadro. Sobre la mesa, medio cubierto por un paño, permanecía otro a la espera de ser desembalado totalmente. Eran del Greco.

—Mira, Doménico, ¿lo conoces?

El doctor y yo nos miramos y ambos reprobamos la pregunta estúpida de mi padre.

—Tenía entendido que sabías todo sobre mí. ¿No consideras tu pregunta ofensiva? —protesté.

—No, no lo considero así. Sé que estuviste un tiempo haciendo de guía y que has estado en infinidad de ocasiones en la iglesia de Santo Tomé. Lo que trato de decirte es que a esta obra el Greco la llenó de simbología. Cuando el señor *Doménikos Theotokópoulos*, cuyo nombre en su memoria te puse, recibió el encargo de plasmar el entierro de don Gonzalo Ruiz de Toledo, señor de Orgaz, hecho acaecido doscientos años antes de inmortalizarlo con sus pinceles, pretendió que su misticismo quedara plasmado para la eternidad. Entonces, si os fijáis bien, no solo aparece su hijo, sino que él se autorretrató con la intención de formar parte de los once caballeros o personas importantes de la época, sumando en total doce. Todos ellos acompañando, como notables notarios, a san Esteban y a san Agustín.

Los tres nos quedamos mirando el cuadro del *Entierro del Conde de Orgaz*. No sé si el doctor Otaola hizo lo mismo que yo, pero mi mente trabajó con rapidez en comprobar que era cierto lo que mi padre nos estaba relatando. Mi sorpresa fue mayúscula al contar los personajes, incluido él, y, efectivamente, eran doce los que estaban de frente. Volvía a aparecer el número doce.

—Seguro que ahora entiendes mejor mi pregunta y restañas tus resentimientos hacia mí, al menos por hoy —concluyó mi padre sin mucho convencimiento. Yo me sentía abstraído pensando en la carga simbólica que representó el número doce en ciertas sociedades.

—Salvatore y este otro cuadro —señalando al que posaba sobre la mesa, al mismo tiempo que retiraba el paño que lo cubría—, ¿no crees que es muy triste para este centro? —apuntó el doctor, desviando un poco las cuitas entre mi padre y yo.

—Sí, tienes razón Manuel. Los he comprado para que, con el tiempo, Doménico comprendiera muchas cosas de las que ocurrieron en la casa del Callejón de los Muertos y sus aledaños.

—Ya puestos, y de este sí que no sabía nada, imagino que nos darás también tu impresión personal tratando de dejarnos con la boca abierta ante tus conocimientos de erudito en la materia —apunté, ya con mejor talante y sonrisa, quizás heredada de él.

Los tres nos echamos a reír.

—Pues mira, no quería; pero, en vista de que insistís, lo haré —volvimos a reír.

—Venga entonces, no te hagas de rogar, aunque te advierto que yo sí lo conozco y sé dónde duerme… No, hombre, El Greco no, el cuadro —zanjó un poco molesto el doctor Otaola ante nuestros gestos de asombro.

—Pues lo pintó allá por los albores del siglo XVII. El Greco no pintó lo que veía sino cómo lo veía; se permitió la licencia de cambiar las posiciones de algunos edificios emblemáticos de la ciudad. El cuadro se conoce como «*Vista de Toledo*», un poco tétrico sobre todo por la iluminación tenebrosa, aterradora, de su cielo nocturno. Alguien lo comparó con la Tempestad de Giorgione. En mi modesta opinión, creo que no tienen la misma carga simbólica.

—Convendrás conmigo en que la iluminación proyectada desde el cielo es muy parecida —apuntó el doctor, mostrando a su vez que también tenía su punto de conocimiento en esta materia.

—No negaré mi ignorancia ante vuestra clase de arte, pero opino que don Manuel tiene razón, es muy triste para tenerlo en un manicomio, por muy de El Greco que sea.

—Sí, pero lo he comprado para que estudies con detenimiento, en tus ratos de ocio, la parte baja de la derecha. Así entenderás mejor la comunicación subterránea de Toledo con el río, allende las murallas.

Me hizo un guiño que entendí perfectamente; desconozco si mi padre era jugador de mus, pero el caso es que me pasó la seña correctamente.

Cuando dábamos por terminada la reunión me volví y le advertí.

—¡Salvatore!, dile al orco que tienes por celador, que si se cruza en mi camino o vuelve a aparecer fantasmagóricamente detrás de mí, le romperé los huesos.

—Hablaré con él, pero no menosprecies ni su astucia ni su fuerza.

OceanofPDF.com

Capítulo 2

Vuelo de palomas

«Se equivocó la paloma.
Creyó que tu falda era tu blusa,
que tu corazón, su casa.
Se equivocaba».

Adaptación de La Paloma
De Rafael Alberti

Desperté sobresaltado, un sudor frío empañaba mi cuerpo. Sentado sobre la cama intenté apartar de mi mente lo ocurrido por la mañana con María. Necesitaba que el aire limpio de la montaña purificara mi mente, recordé que era imposible, las ventanas estaban cerradas. A veces se me olvidaba dónde estaba y me rebelaba contra esa situación. «Eres libre», me repetía Salvatore, pero era evidente que no.

Me incorporé, todo estaba a oscuras, la lámpara solo se encendía desde fuera. A las nueve todos a la cama, una hora después se apagaba la luz y también la megafonía. La música con la que se despedía el día o lo saludaba, dependía del gusto musical del jefe de servicio que estuviera de turno. Esa semana, sin haberlo visto, estaba Óscar Ramón Peinador, un buen hombre, culto, que gustaba de escuchar a Juan Manuel Serrat y decía que gracias a él los españoles conocían, sin saberlo, más poesía que nadie en el mundo. Cuando tenía el turno de día, alguna vez, solía visitarme y hablábamos de poesía, de música, de libertad. Óscar Ramón me refirió que estudió en la Universidad Laboral de Alcalá de Henares y que Serrat lo hizo en la de Tarragona. No sabía cómo me alegraba saberlo; si alguna vez fui feliz, fue en mis días como profesor en Córdoba y en Toledo. Cuantas veces en mi interior añoraba aquellos momentos.

Después de unos minutos, los ojos se hacen a la luz oscura de tu mundo. La noche estaba cerrada, me levanté ya con la seguridad de ver todo lo que

se puede ver dentro de cuatro paredes. Por cortesía de mi padre, dispongo de una mesa pequeña, atornillada al suelo y un taburete en donde sentarme. Cada noche lo retiran por miedo a que lo pueda usar como arma contra aquellos que me retienen o protegen. Los cristales escarchados impiden ver el envoltorio de mi celda-habitación, abro la boca y exhalo aire varias veces contra la negación del hielo a permitirme ver los barrotes redondos y oxidados que están al otro lado de la ventana. Poco a poco el vaho y mi antebrazo consiguen abrir un espacio visible en el cristal. Fuera todo aparece cubierto de un manto blanco. Ya no veo la carretera, ha sido devorada por la nieve, por la mañana helará. El ejército de campesinos con sus tractores tendrá que volver a abrirse camino si no quieren que la aceituna se les congele y pierdan lo que les quede por recolectar.

Anoche me fui a la cama con los acordes del poema de Alberti, La Paloma. Serrat hace posible que, sin haberla estudiado, la haya memorizado. Sus versos acarician mi mente. Es lo último que recuerdo antes de quedarme dormido. Me he despertado por un mal sueño. Un sueño libidinoso. Sin saber por qué, he interpretado que es un apasionado idilio entre María y Anna, en el que yo soy un tercero en el juego. ¿Es una fantasía sexual o simplemente desconfianza en el amor de María hacia mí? El frío exterior se cuela a través del cristal, la temperatura interior ha bajado consiguiendo ahuyentar la tentación de dudar de María y desear ver a Anna acariciando su cuerpo, confundiendo su falda con su blusa.

Debí quedarme dormido, solo recuerdo que Anna y María corrían por un prado cogidas de la mano. Por megafonía vuelve a oírse a Serrat; me despierto cuando suena Balada de Otoño. Me acerco a la ventana, tras el cristal, fuera, llueve y llueve coincidiendo, en ese preciso instante, los sonidos que arranca la aguja sobre los surcos del vinilo con lo que acontece en el exterior. Me dejo llevar, mi rincón oscuro se envuelve de magia. Pienso que el agua romperá el hielo de la carretera y dejará que los jinetes, a grupas de sus tractores, puedan terminar de recoger su cosecha. El invierno será duro.

El sonido de la apertura del cerrojo me devuelve a la realidad. Trato de arrancar esos pensamientos y me repito que no existen, son solo quimeras

que me persiguen en mi mente enferma. Noto la presencia de alguien a mi espalda, está parado delante de la puerta, su sombra es alargada.

—Buenos días, Óscar Ramón —saludo instintivamente a aquel que intuyo está detrás de mí.

—¿Cómo sabías que era yo?, no dejas de sorprenderme, Doménico.

—No lo sé, quizás sea hereditario —sonreí de manera maliciosa—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Al no verte pensé que estarías deseando que viniera a saludarte.

—No precisamente, pero te lo agradezco. La música que pones me retrasa. Ya sabes cuánto me gusta escuchar a Serrat interpretar a los clásicos.

—Pues como no te des prisa te quedarás sin desayunar, es tarde.

—Gracias, celador jefe —le digo haciéndole un guiño.

Tengo ganas de que la primavera arranque con todo su esplendor y nos devuelva la alegría de los campos floridos. Ver pasar las migraciones de pájaros multicolores camino de climas más benignos a sus áreas de cría. En primavera todos nos encontramos mejor.

Como cada día, la rutina se apodera de tu forma de vida, has de inventar cosas para que esta no te devore. Después de desayunar, volvemos a la habitación, su limpieza corre de nuestra cuenta, luego es obligatorio hacer actividades. Aprovecho cualquier momento para leer y meditar. Cada día, desde que entré, me reúno con mi padre. Me dirijo a él por su nombre. Sé que le gustaría, que desearía, oírme decir padre o papá, pero creo que aún no ha llegado ese momento.

La puerta está abierta, sentado frente a la ventana espera mi llegada. Me quedo inmóvil, lo observo; hace tiempo decía: «adelante Doménico, te estaba esperando»; ahora espera mi carraspeo, o mi solicitud de permiso para entrar. El pelo lo tiene completamente níveo, ondulado por detrás, los rizos parecen olas de un mar tranquilo. Hace tiempo que no usa coleta, quizás desde que dejó de disfrazarse, ya no le es necesario. Su figura atlética, de anchas espaldas, dibuja el cuerpo de alguien que un día fue fuerte. Su mirada azul, penetrante, te achica desde que te acercas a él. Te observa varias veces de arriba a abajo, sin parpadear. Así, cuando llegas a su presencia, has empequeñecido.

Ahora noto que el observado soy yo. Alguien está detrás de mí. Su aroma es inconfundible. Me vuelvo y su sonrisa cautivadora trata de envolverme y atraparme. Reparo en sus blancos dientes, perfectamente colocados. No es una sonrisa prefabricada.

—Buenos días, Doménico —me dice, besando cada palabra que sale de su boca—. ¿No piensas entrar hoy?

Antes de responder no puedo evitar pensar en el sueño que tuve anoche, me sonrojo y tembloroso le respondo.

—Sí, iba a hacerlo. Pero te esperaba, como te espero en mis sueños —soltó una suave carcajada, adelantó unos pasos y me susurró:

—No desesperes, alguna vez los sueños de los niños buenos se cumplen.

De la misma forma que apareció, desapareció pasillo adelante, dejando a su paso la presencia del aroma inconfundible de su perfume. Desde dentro oí la voz grave de mi padre.

—¿Pasarás o te quedarás petrificado por el simple olor de la esencia de un perfume? Esa mujer tiene mucho recorrido para ti, ten cuidado.

Si algo me molestaba de mi padre, si algo me sacaba de quicio era su capacidad de saber sin ver. No atinaba a comprender cómo podía tener ese don.

—Solo hablaba con ella. Nada importante —mentí y volví a sonrojarme pues sabía que se había dado cuenta y había hecho el ridículo.

Después de unos segundos en silencio me acerqué a la mesa detrás de donde él estaba. Como si estuviera esperando mi reacción, al mismo tiempo que yo andaba, él giraba el sillón hasta encontrarnos cara a cara. Antes de que yo hablara, con los brazos sobre la mesa, levantando el dedo índice de la mano derecha, me dijo:

—No, nunca lo hice. Cálmate, sé que lo que estás pensando. Hablaremos de ello ahora, si te apetece.

—¿Cómo puedes saber cuál es mi duda, si aún no hablé?

—Te preocupa saber si presencié tu historia de amor con Sagrario, es eso, ¿verdad? La respuesta es no.

A veces me pregunto ¿qué hacer ante una persona que se adelanta a los acontecimientos?; es un don o simplemente se trata de sentido común.

Probablemente sus oponentes, de manera inconsciente, le dejamos ver nuestros sentimientos y él solo se dedica a observarlos mientras hablas, luego los descifra con esa seguridad que solo se da en aquellos que saben jugar a ser dioses. Nunca le pregunté si era médico o cómo llegó a ser uno de los dueños del psiquiátrico. Solo escuchaba, quería conocer todo lo que él, libremente, me contara. Tampoco el doctor Otaola hablaba del tema y se dirigía a él bien como Salvatore o, delante de los demás, como «*El guardés*».

La palabra guardés viene a ser algo así como el que guarda una casa. No creo que a mi padre lo apodaran de esa forma por eso, tenía claro que detrás de esa palabra habría algún significado encriptado y que, por el momento, yo no sabía descifrarlo.

Mediante las técnicas de relajación que él mismo me había enseñado, logré calmarme. Más tranquilo y sosegado decidí tomar asiento. Como siempre no dejaba de mirarme, su mirada me daba tranquilidad y seguridad.

Nos sentábamos en unos sillones colocados frente a frente, separados por una mesa pequeña, lo suficiente para acoger unas tazas de café y un cenicero. Salvatore fumaba, quizás en exceso; no obstante, la huella destructiva del tabaco, aquella que se ve, aún no le había afectado.

Yo aguardaba silente y esperaba a que él hablara. Una vez recuerdo que me preguntó qué quería saber y mi respuesta fue:

—Todo, quiero saberlo todo —me miró y respondió:

—Entonces será mejor que comience por el principio.

—Sí mejor, será más fácil de entender —atiné a responderle.

Al principio hablábamos de cosas intrascendentes con el fin de ir limando los recelos que durante los años previos a mi detención yo tenía hacia él. Sin saberlo, mi relación fue de amor y odio. Siempre nos acompañaba, en esas primeras reuniones, la corpulenta y tosca presencia de Juan Cleto, el celador. Ya hacía tiempo que nos veíamos a solas.

—Todo iba según lo previsto. Nadie sospechaba con claridad que yo estuviera vivo —inició de nuevo su relato—. Mi presencia la distribuía entre la casa que te regalé y una finca que tenía Gio en Villamanta. Conforme crecías, la vigilancia fue aminorándose. Luis Alfonso, al frente de La Hermandad, consiguió convencer de tu inocencia a aquellos que

tuvieran dudas sobre mi muerte, haciendo ver que eras intocable. Tanto él como su mujer decidieron arroparte como si fueras su hijo. He de significar que tu conducta ayudó a ello. Hasta tu aventura con Julia, imprevista e insólita.

—No fue una aventura —le interrumpí, protestando su soez calificación —. Fue un amor de verdad, sin dudas, sin fisuras.

—¿Sin dudas? ¿Entonces por qué desapareció sin tu saber nada? Dime Doménico, ¿qué ocurrió entre vosotros?

Callé. Me pregunté hasta cuándo viviría con la zozobra de sentirme culpable por no haberla creído. Para bien o para mal, lo hecho, hecho estaba y de nada valía seguir martirizándome con lo que hice o pude hacer.

—Me preguntó por ti. Tenía orden de su marido de sonsacarme. Quiso saber cómo había llegado hasta mí la medalla que me regalaste. Me dijo que Esteras dudaba de tu muerte. Me sentí herido y dudé de su amor pues consideré que me había utilizado para sus espurios propósitos y, por ende, para los de su marido. La vejé con los peores insultos. Abandoné su casa. Volví a verla pasados unos años en Córdoba. Me dijo que tomaría los hábitos.

Rompí a llorar sin consuelo. Unas manos conocidas me dieron un pañuelo, se puso a mi lado y atusó mis cabellos. Ocupó el lugar en el que mi padre había estado sentado. Salvatore se había ido dándome unas palmadas en el hombro.

—Está bien, Doménico, por hoy está bien —atiné a oírle, mientras veía su sombra desaparecer. Ahora entiendo el porqué de parte de su apodo. El doctor Otaola me dijo que le llamaban «*el Guardés Silente*». Silente por su habilidad en pasar desapercibido, se movía sin hacer el menor ruido, parecía un espectro. Solo me quedaba averiguar de dónde venía lo de «El Guardés».

Frente a mí permanecía sentada María. Ahora no ejercía de amante sino de psiquiatra. Hasta aliviar mi llanto guardó silencio; su mirada la delataba, era un híbrido entre lo profesional y lo sentimental.

Oí como se cerraba la puerta del despacho. El doctor Otaola Salupe hizo acto de presencia ofreciéndome una manzanilla. Cogió una silla y se unió a nosotros en silencio. María continuaba acercándome pañuelos de papel. Solo había contacto visual, ¡cuánto hubiera dado por un abrazo! Pero

tendría que ser así, no soy médico y por tanto no me corresponde juzgar su actitud. Cuando se me pasó el sofocón, les pedí disculpas.

—No tienes por qué pedirlas —respondió el doctor—, hoy has dado un paso de gigante en tu recuperación. Debes liberarte y soltar lo que llevas dentro, has de confiar en nosotros.

* * *

Dejé de asistir durante meses a aquellas reuniones con Salvatore. Dejé incluso que María se apartara de mí, adopte una posición de defensa. Construí trincheras que impidieran a cualquiera de ellos entrar en mi mundo interior. Únicamente permitía las visitas a mamá Vega, quizás porque ella no me preguntaba ni urgía para que abandonara mi enroque. Quizás fuese porque se presentaba como si nada hubiera ocurrido y se disponía a arreglar mi habitación haciéndome ver que era su niño pequeño y que, aunque el mundo se me cayera encima, ella siempre estaría junto a mí para protegerme. Quizás fuese solo por eso por lo que le permitía estar a mi lado.

Tenía la certeza absoluta de que amaba a María, pero la sombra del recuerdo de Julia era muy persistente. Traté de parapetarme frente al alud de dudas que tenía sobre la forma en que la traté. Ya no lloraba, mi mirada seca se dejaba arrastrar hacia un laberinto de pensamientos en los que libremente aparecían, y a la vez se ocultaban las imágenes de mi última tarde con Julia.

Dicen que lo que no te mata te engorda y además te hace más fuerte. Eso debió ocurrirme. Una mañana, sin conocer la causa que te hace salir de la sima más profunda —la misma que te sume en el inframundo más triste y oscuro de la mente humana—, decidí abandonar mi encierro voluntario, fui en busca de Salvatore bajo la atenta y furtiva mirada de Juan Cleto. No era nada agradable el olor de su presencia, pero tampoco me encontraba con fuerzas para un nuevo desafío.

La puerta estaba cerrada, la abrí sin llamar. Quise, por una vez, sorprenderlo y llevar la iniciativa de aquello sobre lo que quería saber. Como siempre, una vez más, el sorprendido fui yo. El despacho estaba vacío. Vacío hasta que sonó su voz detrás de mí.

—Querías verme —desconozco si lo preguntaba o lo afirmaba.

—Sí, tengo necesidad de respuestas.

Avanzó hasta el lugar donde siempre se acomodaba y me invitó a tomar asiento, al mismo tiempo que lo hacía él. Cruzó las piernas, hizo una señal a Juan Cleto, el celador, y otra a mí: a él para que se marchara y cerrara la puerta, a mí para indicarme que estaba preparado para satisfacer mi curiosidad.

—Si conocías mi relación con Julia, ¿por qué permitiste que la alejaran de mí?

—No pude hacer nada. Una mañana se presentó Gio en la finca de Villamanta advirtiéndome de las graves consecuencias de vuestro adulterio. En mi conocimiento solo cabía una relación entre maestro y alumno. Nunca sospechamos que pudiera caber otra cosa, salvo aquella que surge de forma natural y pasajera, debida a la admiración que suele despertar en el discípulo los conocimientos de su instructor, ahogando las ansias de saber por las del amor hacía aquel que lo guía intelectualmente. Gio me contó que su marido, el capitán Esteras, pretendía acabar con los dos. Luis Alfonso le paró los pies hacia cualquier acción violenta contra ti, a cambio le permitió el destierro de Julia.

Guardó una pausa y aprovechó para beber un poco de agua. Yo permanecí impasible, aunque por dentro la ira me recomía las vísceras. Salvatore debió apreciar incomodo en mí, me ofreció un cigarrillo.

—¡Sabes que no fumo! —le dije—. Puedes continuar, me encuentro bien, con dolor, pero con la fuerza de saber que tengo que superarlo.

Él sí se encendió un cigarrillo; educadamente el humo lo expulsaba hacia un lado.

—Sabía, por nuestra gente —prosiguió después de inhalar de una vez casi la mitad del cigarrillo— que la fuerza de Luis Alfonso cada vez estaba más debilitada dentro de La Hermandad. Esteras no era hombre que pudiera aguantar el deshonor, por mucho que el Senescal se lo pidiera. Más temprano que tarde tu vida acabaría en cualquier acequia de la ribera del Tajo, así que tomamos la decisión de traerte a Madrid. Mientras Berto, al que llamabas: «tu hermano» cuidaba de ti, yo decidí salir de mi escondite y liquidar cuentas con el capitán Esteras. Una mañana, mientras esperaba el transporte que lo condujera a la academia, cobré tu pasaporte a la vida,

mientras que a él lo empujé al lugar de donde ya no se vuelve. El resto de esa historia ya la conoces.

—¿Así que fuiste tú quién mató al capitán Esteras? —pregunté asombrado.

—No había lugar para el diálogo, no creo que Esteras quisiera negociar. Eras tú o él. Después de su muerte, mientras tú partías para Madrid bajo la protección de don Giovanni, yo me escondí durante unos días en la casa del Callejón de los Muertos hasta que retiraron el cordón policial.

No podría decir que su confesión le dejara indiferente, al contrario, su semblante se dibujó circunspecto por la gravedad del secreto que acababa de confiarme. Apenas dio tiempo a que el cigarro se apagara sobre el cenicero, cuando aún con la última bocanada en los pulmones, encendió otro.

—Deberías dejarlo, no creo que sea bueno para tu salud —le sugerí, convencido de que mis palabras darían el mismo fruto que las semillas plantadas en un erial—. Te agradezco lo que hiciste por mí. Tomo a bien que me hayas confiado esa acción, mas no esperes que te ayude a cargar tan pesada cruz sobre tus espaldas, deberás hacerlo solo pues, en su conjunto, el daño que me hiciste teniéndome alejado, ajeno a tus movimientos, es irreparable.

—No pretendo nada, Doménico. No quiero hacerte juez ni Cirineo, tan solo contarte la parte de historia de tu vida que desconoces. Aquello me hizo recapacitar y por lo que juré que nunca estarías solo. Estuve contigo, a tu lado, en Villamanta, en Lucca.

—¡Eso es imposible! —exclamé con vehemencia, bajando el tono conforme leía en su mirada, en sus gestos, que era cierto. Quedé pensativo, a mi mente se arrastraron los recuerdos pesarosos de aquellos días, como figuras espectrales que no quieren darse a conocer. Recordé una mañana, dando un paseo por la sierra, husmeé el olor de alguien o algo que nos vigilaba, aquello se saldó con la embestida de un jabalí que condujo a Berto y a Isabella a la hilaridad por mi actitud defensiva y temerosa. Entonces, le pregunté:

—Los días en que estuve en la sierra de Villamanta, tú estabas refugiado en Toledo, ¿cómo entonces dices que estuviste allí?

—Hablé con Gio y me pareció buena idea. Nadie sabía de la existencia de la finca, así que se convertía en el lugar idóneo para verte de cerca, sin que ninguno de los tres os dierais cuenta. Reconozco que mis ansias por sentirte me hicieron bajar la guardia, eso hizo que sintieras mi presencia. Eras un joven hermoso, tan lleno de vida. Si supieras cuántas ganas de abrazarte tuve que encerrar en mi corazón. Fue la primera vez en esos años de destierro que añoré los abrazos que te daba cuando eras un renacuajo, un cachorro de león; de mis ojos nublados apenas salían lágrimas, de mi garganta algún gemido ahogado para que no me oyeras. Esa noche mientras dormías, limpié el sudor frío de tu frente. Tu cuerpo se agitaba envuelto en una pesadilla, tu boca solo se abría para decir su nombre. Sentí celos de padre, sin ningún derecho a tenerlos.

* * *

Tenía la sensación de ir recuperando parte de mi pasado y, al mismo tiempo, notaba cómo el conocimiento de esos hechos me sumergía en un estado de bienestar. Eso hacía que mi sangre cada vez fuera más limpia dando la impresión de estar fluyendo por todo mi cerebro; no obstante, tanto María como el doctor Otaola no eran muy partidarios de retirar la medicación. Si bien durante el día me mostraba todo lo lúcido que se puede ser con la ingesta de medicamentos que me suministraban, por las noches, hasta que los barbitúricos hacían su trabajo, eran muchas las horas que me pasaba a duermevela.

En ese estado todavía tenía el ronroneo de aquellas cosas que hice, de aquellas vidas que arrebaté y veía sus cuerpos ingrávidos, tiraban de mi queriéndome llevar a dormir con ellos; en mi negación estaba mi sufrimiento y a veces mi despertar precoz.

Cada minuto que pasaba con María me daba cuenta de cuánto la amaba. Sentía admiración por ella y quizás fuese el poco tiempo que me dedicaba, a veces más del que podía, lo que provocaba mi inseguridad. Inseguridad que me anulaba y entraba en mi subconsciente conduciéndome a sentir celos y a alimentar fantasías entre ella y Anna. Sin saber cómo, fui escudriñando en mi cerebro y lo que al principio era un desvarío doloroso

por ver a mi amada con otra persona, lo fui canalizando hacia un estado en el que yo participaba del juego.

Me atreví a preguntar a María sobre mis supuestas maquinaciones, con tanta torpeza que le pareció un interrogatorio.

—Debes confiar en mí y apartar de tu cabeza esa energía negativa que te consume, lo único que consigues es ser prisionero de tus falsas intrigas. Debes entender que los dos somos libres y que ninguno estará en la cárcel de los deseos del otro. Llena tu mente de energía positiva, no la desgastes con quimeras sin sentido —me dijo.

—Te creo, pero tengo sueños. Sueños raros que se repiten. En ellos estamos los tres.

—… ¡Ja, Ja, Ja!

—¿Cómo te puede provocar risas lo que para mí es un tormento? —protesté de forma airada. Di por zanjada la conversación, me di la vuelta haciéndole un desaire con la intención de apartarme de ella. Su cálida y suave mano, de piel color trigueña, me sujetó.

—¡Ay, Doménico! —oí que me decía cariñosamente—, eres un niño grande con la inocencia e ingenuidad de quien no ha llegado a la edad adulta. Te quiero más de lo que sepa mostrarte, nunca me reiría de ti. Lo que te ocurre no es motivo de preocupación ni de psicoanálisis. Es una ilusión sexual muy dada en los hombres, en la que deseáis hacer sexo al mismo tiempo con dos mujeres.

—Pero yo no quiero hacerlo con nadie, solo contigo y ella está siempre presente en mi sueño.

—Eso no debería preocuparte. Yo también tengo fantasías, todos las tenemos y hemos de guardarlas como nuestro secreto más íntimo, pues corremos el riesgo de que al intentar hacerla realidad perdamos la magia de la libertad de los sueños.

Me quedé callado, sorprendido ante la interpretación que hizo María de mi sueño. El descubrir que ella también tenía sueños o fantasías sexuales, como les denominaba, lejos de tranquilizarme, provocaron un efecto rebote surtiendo a mi cerebro ideas negativas en las que ahora predominaba la constante de querer saber con quién o con qué alimentaba de imágenes sus sueños.

—¡Cuéntamelas! —inquirí.

Ahora la enfadada era María. ¡Por Dios, qué guapa era! Sus ojos de tigresa iracunda, cuando le arrebatan la presa, me miraron desafiantes. Había adelgazado, unas gafas grandes aumentaban la belleza de sus ojos verdes acaramelados, ahora revestidos de fiereza felina, con el pelo rizado a lo afro, no parecía que con su expresión me pudiera intimidar. No hablaba, solo me miraba. Respiraba con rapidez, su busto se levantaba para, instantes después, recuperar su posición esclavizada dentro del sujetador. La tersura de su piel morena se tornó roja, entonces fue cuando circunspectamente me dijo:

—No quieras saber aquello que no estés dispuesto a escuchar. Te sorprenderías si te lo contara. ¿Acaso yo pedí conocer tus secretos? Lo haré cuándo me visites como paciente no como amante.

Guardé un silencio contrito pues, por mis celos enrevesados, la ofendí. En ese momento me sentía afligido por haber intentado secuestrar sus sueños más íntimos. No existía causa justa para desconfiar de ella, aun así entendía que tampoco era tan grave mi pregunta para que se hubiera sentido humillada, lo que me condujo a pensar que, en ese mundo complejo de las afecciones entre hombre y mujer, me resultaba difícil entenderla. Me atreví a mirarla y a pedirle perdón sin hablar. Debió darse cuenta y poniéndose de puntillas me besó; fue un beso dado desde el corazón, con los ojos encharcados a punto de desbordarse lo que me hizo cómplice de su perdón.

—Te las contaré, si de verdad quieres saberlo. Pero aquí no. No es el lugar ni el momento. A cambio oiré gustosamente las tuyas y si puedo te ayudaré a que se cumplan. Es mi amor lo que me conduce hacia desafíos nunca antes imaginados; es algo muy fuerte que nace en mi interior lo que me arrastra hacia ti; es una fuerza oculta que hace que no pueda dejar de pensar en ti, ni de día ni de noche. Y tú dirás: amor, es amor. Y yo te digo que es mucho más. Tienes algo especial, pero no sé qué es. Quiero estar siempre a tu lado. Sueño con mirar tus ojos, besar tus labios, atusar tu pelo. Siento celos de ver otras manos peinar tus cabellos.

Esto último lo entendí por las miradas disimuladas, de las cuales yo me percataba cuando veía a mamá Vega peinarme con suavidad, con caricias.

En más de una ocasión Mamá Vega me dijo que María estaba hecha para mí, que no solo trabajaba fuera de su casa, sino que además sabía cocinar y planchar. Que los hombres éramos muy tontos y no sabíamos con qué mano coger la cuchara con la que teníamos que comer. Que tenía que mirar muy bien esos detalles a la hora de elegir mujer, una vez me preguntó:

—¿Tú te crees que cualquier otra te hubiera respetado estos años mientras estabas preso?

Quedé un poco sorprendido ante esa cuestión. Lo cierto y verdad es que las madres tienen distinta forma de ver cómo ha de ser tu pareja a cómo lo hacemos nosotros.

Siempre respetaba la opinión de mamá Vega, aunque no la compartiera ni cediera a sus pretensiones. Este era un claro ejemplo de nuestras diferencias. A mi entender, una mujer no ha de ser tu esclava sino todo lo contrario, tu compañera. Las opiniones de mi madre venían dadas por su educación, juraría que a ella la educaron así para que fuera un instrumento servil hacia su marido. A veces pienso que la mejor forma de proteger a la mujer contra el machismo del hombre, de su marido, está la propia mujer. Es ella la que, desde que nacemos, nos educa. Si las pautas fueran iguales para mujeres y hombres, sin distinguir colores, ni faenas de casa, ni juegos, probablemente se reducirían esos agravios, vejaciones y malos tratos que algunos de nosotros, en nuestra cobardía, infligimos a «*nuestra mujer*». Aún recuerdo cómo en el colegio si un niño se caía y se hacía daño le estaba prohibido llorar, ¿por qué? Por la solemne estupidez de que los hombres no lloran. Esas lágrimas que ahogamos de pequeños quizás sean las que nos hagan disfrutar de mayores al verlas en nuestra mujer.

Mamá Vega en cuanto conoció a María empezó su campaña de *marketing* a favor de ella. De dicha opinión, aunque no hablara, era partícipe Salvatore. Al contrario de lo que ocurre entre todas las suegras y sus nueras en la pelea por su hombre, mamá Vega rápidamente entregó la vara de mando a María, sintiéndose confortada al ver cómo su cetro lo ocuparía una mujer que me haría feliz. Era más temerosa y puñetera María que mi madre en esa transición de cariños y protecciones que ejercen las madres y que, llegado el día, deben ceder a favor de las nueras.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

Venganza, justicia salvaje

«El castigo sin justicia es tiranía. La justicia sin castigo es debilidad».

Blaise Pascal

Yo seguía viendo los devaneos entre María y Anna Alcaraz con recelo. Sobre todo desde que María me contó que la noche del sábado se fueron a cenar juntas y después a bailar a una discoteca que habían inaugurado en el Miradero, cerca de la plaza de Zocodover. Como se les hizo tarde y bebieron de más, Anna se quedó a dormir en su casa.

Después de contármelo, entré en un estado de sospecha continua, percibí cierta complicidad en sus miradas aparentemente distraídas. Tenía la presunción de estar perdiendo la batalla en cuanto a mi relación con María, notaba que algo estaba cambiando en ella. En cambio, Anna parecía estar jugando en otra liga distinta, daba la sensación de estar jugando con los dos. Cuando me saludaba, su proximidad me alteraba, no dejaba suficiente espacio para poder mirar hacia otro lado, esa chica respiraba sensualidad por todos los poros de su piel, todo su poder lo basaba en coquetear con movimientos de su boca, bien jugando con la punta de la lengua o mordisqueándose los labios. Su sonrisa embriagadora conseguía turbarme. Me escapaba como podía de sus juegos de pestañas, todo ruborizado.

Una de esas mañanas en las que el tedio se apodera de tu espíritu y deambulas por los pasillos con la mente cargada de pensamientos encaramados en lo alto de tu tristeza, se me acercó y tras saludarnos me dijo:

—No tengas miedo de mí, María te ama y tú a ella, ¿por qué estropear una historia tan bonita como la vuestra?, en cambio es muy seductora la idea de poder participar de ese amor, ¿no crees? Podríamos hacer una salida los tres juntos. —Hizo una pausa para continuar hablando con su juego de

palabras cargadas de musicalidad, enloquecedoras, que me recordaban a las sirenas que describió Homero en la Odisea de Ulises tras su viaje de vuelta a Ítaca y que obligaron a este a atarse al mástil de su barco para poder escapar de ellas. Así me veía yo, como Ulises, ante los cantos de sirena de Anna, cuando me hablaba o miraba, mas yo no tenía nada a qué aferrarme, salvo a mi amor por María para poder escapar de tan dulce y peligrosa amenaza—. Eso sí, dormiremos en distintas habitaciones, si no te parece mal.

Era una sirena, estaba seguro que bajo su atuendo escondía celosamente su medio cuerpo de pez. El que se atrevía a escuchar los cantos de su perfume y el tintineo de sus tacones quedaba atrapado por el bambaneo de sus caderas al andar. Anna dejaba soñar a todo el que miraba sus pechos a medio estallar sujetos por una fina lencería de encaje; permitiendo a la luz de los ojos voraces, concupiscentes y lascivos, atisbar la tenue separación de un canal que amenazaba por engullirte y dejarte allí hasta morir. Sí, posiblemente fuese la muerte deseada por el más mortal de los mortales, pero no por mí. Por eso sufría y me despertaba en mis noches de vigilia, pues la veía cómo devoraba a María y luego hacía lo propio conmigo.

María no era ajena al juego de Anna, tampoco a mi latente estado de ansiedad cada vez que las veía juntas. Una mañana, en una de esas sesiones que teníamos para evaluar mis progresos, advirtió mi estancamiento. Me preguntó qué me preocupaba. Le respondí que soñaba que un gran pez con dos bocas nos devoraba, que ese gran pez del que le hablaba alguna vez aparecía con la imagen de Anna. Me miró y esbozó una leve sonrisa.

—¿Es esa tu preocupación? ¿Es por eso por lo que has dejado de salir al patio?

Su semblante era serio, mas no me importaba. Entonces extendió su dedo índice hacia mí y muy enfadada me dijo:

—Si persistes en esa actitud hablaré con el doctor Otaola y dejaré de verte como médico. Es una verdadera estupidez que a esta altura muestres inseguridad, que dudes de mí. Esto ya lo hemos hablado, creí que tenías claro mi amor incondicional hacia ti.

—¡Júrame que entre tú y ella no hay nada! —le pedí sin atreverme a mirarla.

—¡Aaahhh! —Gritó fuera de sí—. ¿Cómo te atreves a pedirme juramento sobre mis sentimientos? ¿Quién te otorga tal poder? —guardó silencio, retiró sus gafas permitiendo que viera su mirada iracunda. Dolorida y en un arrebato de rabia me espetó:

—Estás enfermo, Doménico, ¡mírate! Créeme cuando te digo que mi corazón solo tiene capacidad para amarte a ti. Ella no es nadie, solo es un instrumento para satisfacer mi soledad.

No pude aguantar la explosiva declaración de sinceridad que acababa de hacer María y me vine abajo, lloré y gimoteé durante unos momentos como un chaval al que le quitan su mejor juguete. Se acercó y me dio unos pañuelos; luego impávida, serena, me dijo:

—Es mi amor por ti lo que me mantiene aquí. No juzgues mi conducta sexual, adhiérete a lo que puedas y entiendas o déjame volar. Yo, igual que tú, también tengo sueños, fantasías. Llevarlas a cabo no tiene por qué menoscabar nuestro amor, al contrario, pueden enriquecerlo. Confía en mí, déjate llevar y yo te enseñaré que existen tantas formas de gozar como grande sea nuestro amor. Es cuestión de libertad en elegir.

Pese a mi corta edad, creía que la mejor, la única forma de conseguir el clímax era como yo lo había aprendido de mis lecturas y estudios de las técnicas milenarias del lejano oriente. Entendía que el Universo giraba alrededor de las teorías del Tao y que fuera de ahí se rompía el equilibrio. Lo que María me proponía era algo obsceno, pero no por ello debía abandonar la idea o suerte de mi amor hacia ella. Como bien me dijo, o lo aceptaba o se acababa. Terminé por aceptar su orientación sexual y convertirme en un instrumento de deseo y placer para ella y por qué no, también para mí. A mi mente volvió el recuerdo infausto de aquella mañana en que jugué con los sentimientos de Sagrario, mas creo que no era igual, no la amaba, por tanto, entendía que no la compartía en esos momentos con Nancy. No obstante, no podía cerrarme a que fuera de mi forma de ver el amor entre dos personas, no existiera otra tan válida o mejor.

—De acuerdo, cerraré los ojos y dejaré que mi piel únicamente sienta los latidos de tu corazón. Yo también deseo mostrarte mi amor que, aunque ciego, no me impida ver tu bondad —le manifesté de forma tímida pero firme.

—¿Estás seguro de saber lo que quieres? —Era de estatura mediana, levantó la cabeza y elevó sus ojos hasta encontrar mi mirada, haciéndome empequeñecer. Asentí con la cabeza. Su mirada era turbadora, excitante, un simple parpadeo hizo que mi cuerpo se estremeciera, sentí que desde ese momento sería el ángel que guiaría mis pasos—. Pues entérate bien, Doménico, desde hoy dejarás de ser mi paciente. Ya lo he comentado con el doctor Otaola y está de acuerdo. Desde hoy se acabaron las niñerías, debemos emprender un camino juntos, será un camino largo, a veces tortuoso, pero unidos podremos salir adelante, porque en este mundo de afectos y desencuentros la confianza será primordial para vencer las vicisitudes que se nos presenten y te aseguro que no será nada fácil. Amo a aquel joven de mirada perdida y espíritu jovial, no quiero verte más así. Debemos retirar, paulatinamente, parte del tratamiento al que estás sometido, tu piel macilenta ha de quedar en el recuerdo. Quiero luz en tus ojos, quiero ver lo que hay dentro.

Nos besamos despacio una vez y otra. Me separó de ella, sus ojos melados tornaron a un verde claro lleno de esperanza, humedecidos por gotas que, en su caída libre, arrastraban el color negro del rímel mezclándolo con el *beige* del maquillaje. Ahora fui yo el que le proporcionó un pañuelo. Se recompuso y me murmuró:

—Es muy duro para mí, pero esta es la última vez que te veré en mi consulta. Ha sido una irresponsabilidad por mi parte creer que podría separar al médico de la persona. Tanto tu padre como el doctor Otaola tenían razón, tenerte bajo mi vigilancia ha sido contraproducente en todos los sentidos.

—Lucharé por nosotros, volveré al patio. El sol como fuente de vida hará que vuelva a lucir con esplendor para ti. Mi rostro pálido y mi vientre grávido darán paso al joven que te enamoró un día.

* * *

El centro psiquiátrico Virgen de los Desamparados tenía forma de pentágono irregular, en el lado más pequeño se encontraba la entrada principal. En su interior un gran *hall* hacía de distribuidor hacia los distintos servicios del centro. Así, en la planta baja se encontraban las cocinas y los

comedores y una estancia fría, a la que llamaban gimnasio o sala de actividades deportivas.

Al otro lado la lavandería, cuarto de costura y planchado. Una escalera te conducía al sótano. Era una zona lúgubre, donde apenas el sol podía regalarte unas lágrimas de luz. Sí. Tenía ventanucos, pero estaban todos a medio tapiar. Del techo alguna bombilla colgaba, del fondo llegaba un sonido monocorde y un haz de luz intermitente; era la zona de calderas. Allí un solo hombre se ocupaba de mantenerlas en funcionamiento. Una vez bajé a conocer esa parte, me llamó la atención que siendo un hombre, no muy fuerte, pudiera dar tantas paladas de carbón al interior de la caldera. Sabía que lo estábamos observando y no se permitió el lujo de descansar para saludarnos. Salvatore me contó que en su tiempo ingresó como paciente y que lo que comenzó como un entretenimiento se convirtió en su forma de vivir. No se relacionaba con nadie. A veces los funcionarios contaban que, cuando alguien moría en el centro, él lo despedazaba y lo echaba a las tripas de la máquina como quien echa leños. Nunca di pábulo a ese tipo de leyendas. Pero, al verlo, no pude por menos que imaginar si no tendrían algo de ciertos tales rumores. Respondía al nombre de Miki «*el Enterrador*», la cabeza pegada al tronco y una joroba en el lado derecho le infundía un carácter siniestro. Su apodo provenía desde que, milagrosamente, salvó su vida en un fusilamiento masivo en el cementerio de su pueblo. Los hombres del pelotón erraron con fortuna para él y la bala apenas limpió parte de una oreja y piel de la sien; o como no lo sabemos, y nunca lo sabremos, el tirador acertó en su punzada al cerebro de Miquel buscando un ligero rasguño en la cabeza o quizás, al oír la salva de metralla, el joven Miquel giró la cabeza lo suficiente para alejarse de la muerte. Cuando al día siguiente fueron a darles sepultura se lo encontraron con una pala, y apenas con un reguero de sangre seca se dibujaba en su cara. Al preguntarle el responsable del grupo facineroso qué hacía allí, respondió que era «el Enterrador». Esa maldita guerra hizo que Miquel Borrás terminara muerto en vida.

Al igual que los sabuesos huelen y sienten el peligro, Miquel paró su acción y detuvo en el aire la pala cargada de negro carbón. Juan Cleto, a nuestro lado, echó un paso atrás. El calefactor entregó su mercancía con

rabia; el movimiento monótono de carga y descarga que había observado a mi llegada, cesó. Aproximó sus manos sobre el mango de la pala y giró levemente la cabeza hacia nosotros. El blanco de los ojos y el marfil de los dientes era lo único que se podía ver de su rostro, oculto bajo una capa de lignito que impedía contemplar sus facciones. De fondo, el crepitar del carbón en su transformación en magma.

—Tranquilo, Miki, ya se ha ido —se aproximó a decir Salvatore.

—*No, encara está allá. Puc olorar-lo, quan respira en el seu alé porta la mort* —soltó su letanía amenazante acompañada de un escupitajo.

No entendí nada de lo que dijo, pero si me percaté que era en catalán en la forma que respondió a mi padre.

—¿Qué ha dicho? —me apresuré a preguntar.

—Que aún sigue ahí. Que puede olerlo, pues en su aliento lleva la muerte cuando respira.

A veces, cuando me despierta el frío asesino de la noche, haciendo una trepanación en lo más profundo de mi cerebro encuentro calor y sobresalto en su mirada. Tenía el iris de distinto color, uno parecía amarillo y el otro azul. Recuerdo cómo se limpiaba la cara con un trapo cochambroso que colgaba de un bolsillo de su mono, dejando a nuestra inspección la tez descolorida que, por falta de sol, le confería un aspecto enfermizo e infundía un aspecto tétrico.

Salvatore era conocedor de que tanto Cleto como Miki, «*el Enterrador*» se odiaban a muerte. Me contó que nunca midieron más de dos palabras, que su inquina nacía en que uno combatió en el bando republicano y el otro en el nacional. Uno aragonés y el otro catalán. Son esas veleidades postraumáticas que provocan las guerras civiles. Nace un odio entre hermanos, vecinos, e incluso, entre padres e hijos. Ni Juan Cleto ni Miquel Borrás fueron voluntarios a nada, pero ambos quedaron atrapados por las miserias de la guerra. Tendrían la misma edad tanto interior como exteriormente. En mi opinión los dos buscaban la muerte como descanso para los recuerdos que los atenazaban y embargaban de cualquier suerte de felicidad. Al contrario que Cleto, Miquel no llegó a luchar en ningún bando.

No recordaba cómo llegó a Toledo, probablemente las imágenes del pasado que guardaba en la memoria del infausto día en que fue puesto junto

al paredón, le obligaron a abandonar su pueblo, sus raíces. Le encontraron mendigando, no tenía dónde dormir, apenas sabía hablar castellano, su techo eran todas las estrellas del firmamento, acostumbraba a contemplarlas y nombrarlas antes dormir, y su abrigo las paredes de la Puerta del Infierno de la catedral, hasta para eso tenía mala suerte o quizás eligiese esa puerta para descansar, pensando que era su destino o su desafío a los que lo condenaron a muerte y que seguro que nunca sabrá por qué. Pudo elegir la Puerta del Perdón, pero seguro que siempre pensó que él no debía pedir perdón a nadie, si acaso, al contrario. La Guardia Civil le detuvo y como al más peligroso de los mortales, se lo llevaron esposado, manos cogidas por delante. Su deformación genética les sirvió de burla, mas no le importó pues ya padecía de esas desgracias desde que nació. Los jóvenes le llamaban el jorobado de la catedral, las madres inventaron historias de miedo sobre él para asustar a los niños. Yo se las había oído a mamá Vega alguna vez cuando llegaba tarde a casa tras jugar con los otros niños del barrio. Nunca pensé que lo conocería en persona. Le aplicaron la Ley de Vagos y Maleantes y lo condenaron por elemento antisocial. Su destino, el hospital psiquiátrico Virgen de los Desamparados.

El centro fue construido allá por el siglo XIX y, en sus orígenes, fue destinado a cuarteles militares. Constaba de dos plantas, además de la descrita para servicios comunes y oficinas. Cada planta disponía de un único pasillo que circunvalaba todo el edificio, con celdas a ambos lados, cortado por puertas de rejas con barrotes cilíndricos, cerradas con llave y un gran cerrojo. Los barrotes estaban pintados de un gris acero que, por el paso del tiempo, presentaba claras muestras de herrumbre. La parte de enfrente del pasillo, donde estaba mi celda, la ocupaban los despachos del personal directivo y médicos. También había una sala de enfermería con dos celadores. No había distinción entre presos y enfermos, nos agrupaban según el estado en el que nos encontráramos. Los más peligrosos los enviaban a la segunda planta. Locos, lo que se dice locos, había pocos, casi todos eran presos con un pasado rojo. Pero allí, doy fe de ello, se les trataba bien y ellos lo sabían. El doctor Otaola ya no era aquel joven fanático seguidor del doctor Vallejo Nájera.

De cada pasillo salía una escalera hacia un patio central en donde convivíamos todos. Algún problema observé en alguna ocasión entre presos, pero de poca enjundia. Los celadores, eran los encargados de mantener el equilibrio de convivencia dentro del recinto. En las pocas ocasiones que alguno se salía del orden establecido, actuaban de manera diligente y sin miramientos, sofocando sin rubor, cualquier atisbo de perturbación entre los internos. Como bien decía el doctor Otaola, una vez que estaban dentro de las instalaciones dejaban de ser problema. Al preguntarle por qué me decía eso, su respuesta fue rápida:

—Porque todos están bajo tratamientos conservadores, los mantenemos tranquilos y aquel que es rebelde a la medicación no baja al patio —creo que entendí perfectamente lo que me dijo.

En el patio había bancos y mesas de obra. Los domingos las familias se reunían allí con sus seres queridos. Queridos y a la vez abandonados a su ventura. Los numerosos árboles servían para proporcionar sombra en los meses de estío.

* * *

Por mi parte, una vez entendido el planteamiento de afectos en mi relación con María, inicié un periodo de rápida evolución hacia una situación más estable. Ya no me veía con ella como paciente sino como pareja. Retomé mis reuniones diarias con mi padre, tocaba con mis manos mi pronta libertad. Anna seguía jugando conmigo y yo no le hacía ascos a sus propuestas sibilinas. Todo marchaba viento en popa hasta que un día, el mismo día, se dieron dos situaciones antagónicas, pero de igual calado para mí. Una, quizás la más importante, fue la escuchada a Anna en una conversación con Salvatore y el doctor Otaola. Estaban reunidos en el despacho de mi padre, la puerta entreabierta, les oí hablar con mucho misterio, opté por no entrar y escuchar lo que allí se cocía. Del fondo de la sala me llegó la voz de mi padre que preguntaba muy serio a Anna:

—¿Estás segura de que esa ley saldrá adelante?

—Sí —respondió Anna—. Urge promover todos los resortes para conseguir el indulto para Doménico o se lo llevarán a Ocaña. Los socialistas quieren acabar con este tipo de centros concertados.

Me quedé absorto, temeroso, aún me quedaban cinco años de condena. Pronto cumpliría los treinta. Notaba que mi vida se me escapaba entre los dedos. En ese momento me di cuenta que había sido afortunado esos años bajo la protección, al igual que en mi juventud, de mi padre. A partir de ahora sería distinto; si no conseguía el indulto todos los castillos que había ido construyendo para el futuro, durante ese tiempo, se caerían como caen las hojas en otoño y luego son barridas impunemente por la mano desconocida y grosera del viento. No oí que me hablaba aquel que tenía el don de ver incluso detrás de las paredes más opacas.

—Doménico, termina de entrar y cierra la puerta —sentí su voz con energía, quizás molesto por sentirse espiado desde el otro lado de la puerta —. ¿No te parece que ya eres muy mayor para hacer de espía? Cuando uno lo intenta y no lo consigue se convierte en un simple chismoso correveidile, ¿es eso lo que quieres que pensemos de ti?

—Discúlpeme padre, no era mi intención. Fui un imprudente, debí pasar o irme —mi comportamiento infantil hizo que mi subconsciente me traicionara y por primera vez llamara a Salvatore padre. Quien así habló no fui yo, si no el niño que habitaba en mi interior y que se quedó perdido en mi cerebro a la temprana edad de seis años. Abatido, con el orgullo herido, con la cabeza humillada, decidí dar un paso adelante y presentarme ante él.

Una vez dentro del despacho, tanto el doctor como Anna me mostraron su compasión, Salvatore, en cambio, me ignoró. Probablemente en ese mundo en el que nos movemos, en donde los afectos no se dan por hechos sino que hay que ganarlos, Salvatore pensaría que la carrera por los afectos es una carrera de fondo y no de velocidad. Pasados unos segundos, volvió a tomar el mando de la situación y a dar órdenes a uno y a otra. Respecto a mí, una sola vez se me dirigió:

—Por tu suerte, nada de lo que aquí se ha hablado deberás contar. No bajes la guardia y sigue luchando. Volveremos al tatami desde mañana. No permitiré que te saquen de aquí.

Me retiré con el mismo aire marcial de aquellos gladiadores que sabían que morirían horas después en la arena, pero con la esperanza de que los dioses les concedieran otra oportunidad y ser los vencedores en su última batalla. Salí y bajé al patio a correr y dar vueltas y más vueltas al igual que

lo hace el asno atado al palo haciendo girar la noria. En mi mente giraban apretadas las advertencias de Salvatore: «Desde mañana volveremos a entrenar duro».

Llevábamos unos meses, desde que me ofusqué con el asunto de Anna y María, en los que por mi falta de actitud decidió dar por terminadas las sesiones de entrenamiento. Durante estos años no solo hablábamos del porqué de su ausencia, también teníamos nuestros encuentros en una especie de gimnasio que tenía montado en la planta baja. En esas sesiones aprendí diversas artes de defensa personal que Salvatore dominaba. Era bastante mejor que Berto. Algunas veces me servían para expulsar de mi interior toda la energía negativa, que acumulaba después de oír las explicaciones con las que trataba de justificar su fingida muerte. Sabía que sus enemigos le acechaban, no temía por ese momento y era por eso por lo que se enfadaba si yo bajaba la guardia, había días que me proporcionaba verdaderas palizas. Gustaba de recordarme que él estaba preparado para pagar su deuda con la sociedad y que llegado ese día yo debería estar perfectamente entrenado para lo que pudiera ocurrir.

Creo que nunca podré olvidar una de sus peroratas más sinceras, fue un día cualquiera, después de una dura sesión, mientras él hablaba yo trataba de recolocar mis huesos en manos y hombros y aplacar el dolor de los músculos de tantos golpes como había recibido.

—No temo a la muerte, Doménico, todos tenemos que pagar tarde o temprano por lo que hacemos. Me confieso culpable de haber quitado la vida a seres humanos, cuyo único cargo era el de ser contrarios a unas ideas envueltas en el más cruel de los paños —así comenzó a hablar mientras yo no daba crédito a lo que estaba oyendo—. Cuando retiras ese trozo de tela rojo, rojo por el color de la sangre derramada de inocentes, aparece impreso un nombre: fanatismo. Durante estos años he aprendido que nadie, absolutamente nadie es poseedor de ninguna verdad. Cada uno de nosotros tenemos nuestra verdad, hemos de mostrarla a los demás, incluso tratar de imponerla mediante el convencimiento, con nuestra mejor arma: la palabra; nunca con la bayoneta calada presta a lacerar el corazón del que se opone. En esa tiranía surge el fanático que no entiende ese concepto y quiere imponer su criterio sí o sí. Yo fui uno de esos, que Dios me perdone.

También me siento culpable por haberte hecho cargar con mis pecados, tus errores son mi carga más pesada, por eso creo en tu inocencia y pelearé para que seas libre y tu alma y tu mente se salven. Moriría por ti si fuera necesario, pero ya no mataré por mí. Estoy preparado y me pregunto si lo estás tú.

—Si estoy preparado, ¿para qué? —respondí sin apenas haber tenido tiempo de mascullar cuanto había oído.

—Para vivir sin volver a matar —sentenció.

Me quedé pensando ante lo que me había dicho; como era su costumbre, cuando fui a responderle, ya había desaparecido, tenía aprendida la ciencia *«escapista» de Houdini*. Le hubiera dicho en ese instante que sí estaba preparado para vivir sin matar. Me hubiera gustado decirle que no nací asesino, sino que las circunstancias que me rodearon no me dejaron elegir.

La otra noticia fue la entrada en nuestro módulo de un pederasta que, según los informes del equipo de psiquiatría, estaba plenamente recuperado. Llevaba en el centro más de quince años, había permanecido protegido del resto de enfermos y apenas se mezclaba con los otros presos. En contra de mi opinión, el doctor Otaola me nombró su guardián. Eso alteraba mis planes de libertad confinada, pues desde ese momento, a donde yo fuera, él debería acompañarme.

—No me parece buena idea —protesté airadamente.

—No debes hablar con él si no lo deseas. Solo evitar que se haga daño y prevenir en lo posible que se lo hagan. Este trabajo te vendrá muy bien cara a la Junta de Evaluación sobre tu indulto —me respondió amablemente Anna bajo la atenta mirada del doctor y de mi padre.

Ticio Carbonell Martos era natural de Jaén. Hijo de una de las familias más poderosas y oligarcas del sur de España. Cuando la Guardia Civil le detuvo, acababa de violar a una niña de trece años. Siempre seguía el mismo *modus operandi*: las secuestraba, las dormía con cloroformo y cometía sus felonías en el campo o en su coche, un Gordini de color negro, como su alma.

Para el pueblo trabajador de Jaén, aquellos que reparten su vida entre el campo y la familia; para esos jornaleros del hambre, sin más aliciente que el ver crecer a sus hijos con la misma salud y fortaleza que los olivos a los que

ordeñan con afán sus frutos para el engorde de sus patronos, la guardia civil actuó como cómplice necesario de Ticio Carbonell Martos. El pedófilo Ticio salvó su vida gracias a la actuación eficaz de la Benemérita, pues se lo arrebató a la turba de las manos cuando esta se disponía a ejercer su derecho. Un derecho tan antiguo y salvaje como los actos que había cometido él. Una justicia basada en el «*¡ojo por ojo y diente por diente!*» que predicaba la Ley del Talión, que tan sabiamente reclamaba el pueblo. Las familias de aquellas niñas humilladas y mancilladas de forma antinatural, pretendían ajusticiar al bárbaro que lo hizo. La venganza por la afrenta sufrida, con sus propias manos y con la ayuda de sus vecinos, era lo único que podía calmar su sed de justicia.

La guardia civil, en cumplimiento de su deber, se lo llevó; pero el pueblo trabajador no lo entendió. Les prometieron justicia y se la dieron, pero fue una justicia flaca, exánime. Fue una justicia dictada con piedad hacia aquel que disponía de medios para procurarse una buena defensa, en lugar de condenarle a cadena perpetua y ser obligado a cumplirla en cualquier penal, y así ejecutar la ley no escrita coexistente en todos ellos, «*el código de honor de los presos*». Es esa ley por la que los condenados más crueles sienten afecto hacia las víctimas de estos horrendos crímenes, pues en su interior ven a sus hijas, madres, esposas o hermanas y por la que hasta que no consiguen ajusticiarlo no cejan en su empeño. Los jueces aceptaron los argumentos ofrecidos por la defensa y decidieron en su sentencia que Ticio Carbonell Martos padecía un trastorno antisocial debido a que no recibió ningún tipo de expresión de afecto durante su infancia ni adolescencia y además presentaba problemas con el consumo de alcohol. Gracias a esos argumentos, vacíos pero ávidos de dinero y poder, se valieron para enviarle al centro Virgen de los Desamparados.

Mientras dormitaba, el frío gélido me convertía en su prisionero, con su silencio me esclavizaba y con la complicidad de sábanas y mantas viejas desgastadas, ya por el paso de tantos inviernos intentando cumplir con el fin para el que fueron tejidas, me sentía atrapado sin poder moverme para no perder calor. Fue un invierno duro, distante del calor del sol como las miradas enfurruñadas de los amantes que perdieron el fuego de sus encuentros. Mientras dormitaba, recordaba las palabras de Anna sobre

cómo tratar a Ticio y que yo me propuse de cumplir a rajatabla; no hablaba con él, en mi mirada podía percibir mi odio y mi deseo de la muerte más cruel. Era inteligente, con don de gentes, y se percataba de todo cuanto acontecía a su alrededor. No sé cómo, pero intuía que mi libertad dependía de su vida. A veces me saludaba o sonreía de forma sarcástica.

No debía permanecer mucho tiempo en ese estado, en el que llegado el momento tu cerebro descansa y tus neuronas viajan buscando recuerdos y sensaciones más agradables, pues la sensación de tenerle cerca me despertaba atenazado y aunque me rebelaba contra la promesa hecha de procurar su seguridad, sabía que mi gratitud hacia aquellos que habían depositado en mí su confianza debía anteponerse a mis deseos de acabar con él y así, a través de mis actos, las familias de aquellas vírgenes podrían descansar. No era de gran estatura, al contrario, podría decirse que era más bien bajo, con la cara protegida por una barba cerrada que impedía ver su boca; entre las cejas separadas, muy pobladas, aparecía una nariz fina, picuda y sus ojos: dos puntos negros que parecían estar más en la lejanía que en su cara. El color negro de su cabello relucía por el impregne jabonoso con el que se le pegaba a la cabeza. Aparentaba ser fuerte, más entiendo que era una fuerza propia de su genética, adquirida desde el mismo día en que nació, no desarrollada ni por entrenamiento físico ni por el noble ejercicio del trabajo, pues el aspecto de sus manos, bien cuidadas, lo delataba. Oí decir que desde que ingresó apenas tuvo visitas, tal vez en alguna ocasión se acercó su madre a verlo, mas nunca lo hizo su padre. Me contó Oscar Ramón que a pesar de su apariencia tranquila a él no le daba buena espina, y que tuviera cuidado pues no sería de extrañar que alguna pantomima me montase. Era un individuo raro. Llegó arropado, y nunca mejor dicho, por el sobrenombre de «*el Matamanta*», pues contaban, los que alguna vez lo vieron desnudo, que todo su cuerpo aparecía cubierto de un espeso vello.

A Juan Cleto no le profesaba tampoco simpatía. Nunca me lo dijo, tampoco hacía falta. Su forma de moverse, de actuar cuando lo veía, lo hacía evidente. Ticio no le temía, al contrario, hacía burla sobre su forma de andar y poner las manos, así cuando se cruzaban le imitaba de la forma más grotesca y cruel.

⁎ ⁎ ⁎

Fuera de esa monotonía, volvía otra que me era más placentera. Casi todos los fines de semana, desde que ingresé en el centro, venían a verme tanto Berto como Isabella. Su presencia me infundía ánimos. Algunas veces les acompañaba Manuela, parecía que el tiempo no hacía mella en su estado tanto físico como anímico. Nunca dejó de tratarme con el mismo cariño que el día que me recibió en su casa.

Pero la mayor dicha me la procuraba mamá Vega, era muy feliz con Salvatore. Él trataba por todos los medios de compensar tantos sinsabores y momentos llenos de angustia que le procuró a lo largo de tantos años de ausencia. Se desvivía por ella y se lo hacía ver en cada ocasión que se presentaba para ello.

Al menos dos o tres veces por semana venían juntos. Salvatore se dedicaba a sus asuntos y mamá Vega, con todo desparpajo, olvidándose de la realidad, se metía en mi celda y hacía la cama o la rehacía si ya estaba hecha. Todo su empeño era hacerme ver que no pasaba nada. La procesión la llevaba por dentro, en ese interior que no dejamos que los demás vean. En ese lugar ella rumiaba y consumía su dolor. En ese lugar tan recóndito imaginó un mundo en el que parecía que nada de lo que ocurría era como lo veíamos. Alguna vez la vi llorar, incluso hablar sola, pero en cuanto se apercibía de mi cercanía me encontraba con una mujer bella, muy bella, incluso en esa edad provecta en la que los arañazos de la vida te van dejando huellas más profundas en la piel. No me hablaba de enfermos o presos, siempre se refería a ellos como mis compañeros de residencia.

En esos fines de semana que «mi familia» venía a verme, María trataba de ser invisible para no restarles a ellos protagonismo, de pie o sentada, su mirada disimulada solo era para mí. Podía ver sus ojos húmedos en donde sus pestañas se juntaban creando puntos de agarre, como manglares, que no me dejaban escapar. Nuestras miradas seguían candentes como el magma que escupe el volcán en su fase más virulenta. Su dulzura me tenía atrapado. Incluso cuando se enfadaba lo hacía desde una perspectiva maternal. En cuanto sus obligaciones se lo permitían me buscaba y de manera furtiva me regalaba un beso o una palmada cariñosa en el trasero.

Nunca hablábamos de la posibilidad de que tuviera que irme a Ocaña a cumplir el resto de la condena, al contrario, siempre me ofrecía palabras de futuro. Era feliz preocupándose de mí, como lo era yo percibiendo esos sentimientos. El doctor Otaola, hombre muy ducho en temas de mujeres, quizás por su profesión, una vez me dijo que a las mujeres les gustaban ese tipo de preocupaciones, pero también saberse protegidas por aquel al que aman. Siempre recalcaba: «Doménico, recuerda, protegidas que no presas». Cada día era mayor su papel de novia y esposa, una vez que mamá Vega la aceptó como su sustituta natural, una avanzaba en su jerarquía de poder y la otra se hacía a un lado para no interferir.

Desde que declinó continuar conmigo como paciente nuestra relación volvió a avanzar. Nuestras miradas, nuestros gestos lo decían todo. Una mañana entré por sorpresa en su gabinete, estaba perdida mirando por la ventana y le pregunté qué pensaba. Se quedó mirándome y me dijo:

—Como siempre en ti, en mí, en nosotros, en cómo será nuestra vida cuando salgas de aquí. Me encuentro abstraída, subyugada por los momentos que hemos vivido, por esos instantes en los que pensé que tocaba el cielo con las yemas de mis dedos y esperanzada en que el futuro nos reserve mejores oportunidades para ser felices, como cuando nos conocimos. En estas semanas algo ha cambiado en mí y tú ya lo has percibido y, afortunadamente, yo también.

—Sí, es cierto —apunté con mi mejor sonrisa.

—Por fin desapareció la angustia y, a veces, la desesperación. ¡SIEMPRE!, y no exagero, siempre, desde que te detuvieron, pensé que cada encuentro sería el último. ¡SIEMPRE!, la misma sensación al separarme de ti, las mismas preguntas recorren cada poro de mi piel: ¿será esta la última vez?, ¿volveré a verlo? El temor a la respuesta equivocada me provoca una sensación de parálisis en mis sentimientos, conduciéndome a una catarsis y entonces siento miedo, mucho miedo. Me debilito y observo cómo esa ansiedad me condiciona hasta el punto de anularme, enmudecer, para esconderme bajo una apariencia que te ha llevado demasiadas veces a la confusión. A mí no, tengo tan claros mis sentimientos desde que entré en tu interior, que jamás he dudado de mi amor hacia ti —me dijo temblando. En sus manos portaba unos informes que se le cayeron al suelo. Puse mis

manos en su cuello atrayéndola, nos besamos. Sin volverme, de espaldas a la puerta, la empujé con el pie, con suavidad siguió su camino hasta ajustarse con el marco. Quise tomarla allí mismo, recordando cómo lo hicimos la primera vez en su despacho. Ella me detuvo, cariñosamente me dijo:

—No seas animal, Doménico.

—María, mi bella María, no seas boba. ¿Acaso no me quieres? ¿Acaso tus labios no me desean? —susurré, mientras besaba su cuello.

—¿Quererte? Quererte es fácil, lo difícil es aguantarse a los deseos que me provocas y si no apartas tu aliento de mí, si no retiras tus manos de mi cabeza, te juro que me pierdo —sacó su cabeza de entre mis brazos, me apartó poniendo su mano en mi pecho, resopló, se mordió el labio inferior. La así por la cintura, le robé un beso tierno, dulce, efímero y a la vez pausado, eterno para el recuerdo del momento—. Anda locuelo déjame trabajar que este fin de semana quiero llevarte conmigo, te tengo preparada una sorpresa.

La felicidad que sentía al lado de María nunca creí que existiera. Esa felicidad no tenía precio, la palpaba con su presencia. Probablemente ya habría hablado con el doctor Otaola y con Salvatore. Seguro que tenía la aprobación a esa petición. María no era mujer de hacer promesas, era una mujer sensata y muy discreta, así que di por hecho que el fin de semana saldría fuera de la institución y que como en todas las ocasiones que salimos juntos, era su costumbre tratar de que fuera inolvidable. No obstante, no pude reprimir mi pregunta:

—Dime, ¿qué sorpresa me tienes reservada? —pregunté picaronamente.

—No preguntes por saber lo que el tiempo te dirá, que no hay nada más bonito que saber sin averiguar. ¿Acaso tu mamá no te enseñó esto de pequeñito?

—¡Ay mi bella princesa!, si supieras la de cosas que mi mamá me enseñó, pero he de confesar que ninguna para eludir el embrujo de la mujer a la que amas.

—¡Ay, Doménico! ¿Cuánto tiempo hacía qué no me llamabas así?, creí que lo habías olvidado. ¿De verdad me quieres?, a veces tengo dudas cuando te miro.

—Nena, solo te amo a ti, únicamente tengo ojos para ti. No has de tratar de ver en ellos, sino en mi interior, donde capa a capa me has desnudado hasta dejar mi corazón latiendo gracias a tu aliento. Cuando me miras, lo que ves no es falta de amor, es esta situación que no me deja transmitirte mi sensibilidad, quizás debido a la incertidumbre por no saber si me esperarás.

—¿Esperarte? ¿Y cómo no hacerlo? Cuando te oigo hablar así, cuando me miras. Los ojos se me ponen como platos, mi boca de pez y el semblante de enamorada. ¿Acaso no lo ves? Y no estoy loca, créeme cuando te lo digo.

En ese pequeño mundo, en el que yo vivía, a veces las sombras eran demasiado tenues como para saber si era de día o de noche. En esa situación de embriaguez en la que el tiempo parecía no responder a mis sueños, María me prometía que me esperaría. No estaba dispuesto a ceder en mis premoniciones en las que solo entendía vivir con ella.

Y sí, muchas noches imaginé que las cosas eran distintas a cómo lo eran en realidad; en esas fantasías imaginarias gozaba de libertad y corría por un prado con María de la mano.

La atraje con fuerza hacia mí, la estreché contra mi cuerpo.

—Te quiero —musité besando cada palabra que le decía mientras nos desnudábamos el uno al otro con inusitada violencia.

Creo que corrí el cerrojo de la puerta de su despacho. Mis dientes buscaron sus pezones ofrecidos, con la misma furia que el león clava sus afiladas zarpas sobre el lomo de la elegida, quizás para marcar mi territorio ante la cada vez menos dudosa relación entre ella y Anna. Gritó, me insultó, arañó mi espalda hasta llevarse jirones de mi piel entre sus afiladas uñas. Tomó con fuerza mi pene enhiesto apretándolo contra su abdomen, me apoyó contra la mesa y poniéndose de rodillas lo perdió en lo más profundo de su garganta.

OceanofPDF.com

Capítulo 4

Muerte en Mijares

«Estudia el pasado si quieres pronosticar el futuro».

Confucio

Nada más salir del gabinete de María con una sonrisa de oreja a oreja que delataba mi estado de felicidad, me encontré con Ticio. De nuevo su sonrisa sarcástica me exasperó, su sola presencia ya era para mí motivo de repulsa. Traté de ignorarle pasando a su lado sin mirarle. Pronto se iniciaría el recuento para bajar al comedor. La mañana se marchaba, el reloj de esfera metálico que estaba sobre la puerta de salida a las escaleras hacía tiempo que abandonó la función para la que fue creado, su último trabajo fue dejar marcadas las doce horas. Por curioso que pudiera parecer, en ese momento no había ningún celador, las celdas estaban cerradas y en una pequeña estancia situada frente a nuestros dormitorios tampoco había nadie. Entonces oí la voz de Ticio:

—¡No pierdes el tiempo, eh, chaval!

Paré en seco y, sin mirarle, le inquirí:

—¿Perdón? ¿Qué has dicho?

—Pues que no solo te tiras a la morenita, sino que también juegas con la abogada y con la pecosa. Veo que te gustan todas, en el fondo somos iguales. A mí la que me gusta es la pecosa, se la ve tan tierna. Yo sí que sabría darle aquello que la haga enloquecer.

La sangre subió a empellones hacia mi cerebro, me giré y antes de que pudiera reaccionar lo levanté de la pechera y lo empujé contra la pared. Apreté mi mano derecha contra su cuello hasta notar una acentuada cianosis en su cara, sus ojos pequeños, como cabezas de alfiler, se abrían con ansia, queriendo absorber el aire que le faltaba en los pulmones. En su

desesperación por liberarse trató de darme rodillazos y patadas, cuando dejó de dar coces lo solté. Cayó casi desmayado, vomitando y babeando.

—Escúchame cabrón, tú y yo no somos iguales. A mí me gustan las mujeres a ti las niñas, maldito bastardo. Algún día pagarás por tu pedofilia.

Le propiné un puntapié en el estómago y poniendo un pie sobre sus gónadas le espeté:

—La pecosa es mi hermana, la morenita es mi mujer y con la abogada no tengo nada. Si vuelvo a oírte te juro que te mato.

No se amilanó, al contrario, desde su posición indefensa sacó su lengua de babosa y comenzó a moverla de un lado a otro de la boca con un claro síntoma de provocación. Entonces comprendí que aquel hombre estaba pidiendo la muerte. Era inteligente, por tanto, entendí que sus actos no eran los de un estúpido sino los de aquél que buscaba que alguien le proporcionase la paz. Como quiera que yo en ese momento estuviera dispuesto a concedérsela, me volvió a provocar.

—¿Así que la pecosa es tu hermanita?, cuando salga de aquí yo le enseñaré cosas. ¿Y quién es su papá? ¡Ah! Se me había olvidado, sois hermanos —la furia se apoderó de mí, empecé a patearlo hasta que sentí cómo unos fuertes brazos me placaban. Lancé un cabezazo hacia atrás con el fin de liberarme, no conseguí mi objetivo y fui desplazado unos metros más allá.

Me levanté con tanto ímpetu que me escurrí y caí de nuevo. Cleto estaba frente a mí pidiéndome que no me moviera. En la puerta de su despacho vi a María llorar, asustada. Sonó una alarma y vino otro celador y un funcionario. Me golpearon con saña, mi ira aumentaba no por los golpes que recibía sino por las dos imágenes que presenciaba. Una de María asustada y la otra de Ticio pidiendo a gritos que dejaran que me acercara a él. Me introdujeron en la celda totalmente reducido.

Cuando desperté, continuaba inmovilizado mediante un cinturón ancho sobre el abdomen, las manos y piernas atadas con correas. En mi mente los gritos de Ticio recordándome que en tres meses estaría libre. Mi orgullo resquebrajado, mi cuerpo dolorido parecía un amasijo de huesos partidos y músculos rotos. Intenté zafarme de mis ataduras, al no conseguirlo decidí tranquilizarme y esperar a que vinieran a verme. Noté cómo tenía todo el

pantalón mojado, debí orinarme encima. El primero que entró fue Juan Cleto, no dijo nada, se marchó tal y como llegó. Después aparecieron el doctor Otaola y María. Su semblante era un poema.

—Veo que ya te has despertado —observó el doctor Otaola. María permanecía a su lado, en silencio; por su aspecto se diría que llevaba tiempo sin dormir.

—¿Podéis liberarme de estas ataduras, por favor? —imploré.

—Depende de ti. ¿Sabes?, llevas aquí cinco años, ni en tus peores episodios te hemos tenido que contener. ¿Qué ha pasado?

—Caí en su trampa. Perdí los nervios, ya estoy bien. No volverá a ocurrir.

—¿Cómo creerte?

No lo vi, ni lo oí llegar, ni ellos tampoco. Era Salvatore, su mirada desprendía furor, ira.

—Deben hacerlo, estoy bien y tú no eres nadie para impedirlo. Ellos son los médicos. Tú solo eres la máquina que me destruyó —clavó sus ojos sobre mí, esta vez no rehusé su ataque visual.

—Haced con él lo que esté dispuesto en los protocolos para estos casos, sin contemplaciones —se marchó. El doctor Otaola mantenía su semblante serio; María estaba desencajada, su mirada furibunda no me permitía entrar en su interior. No lloraba, pero seguro estoy que disimulaba para no exteriorizar su sufrimiento.

Al igual que Caronte llevaba en su barca las almas de los difuntos por la laguna Estigia para recibir un premio o un castigo, según la vida que habían llevado cuando estaban vivos, yo percibía que en esos momentos era María la que me conducía por las fangosas aguas de la sutil línea que separan el amor de la decepción.

Cuenta la leyenda que fue en esa laguna donde la ninfa Tetis sumergió a su hijo Aquiles sujeto por el talón y lo convirtió en inmortal. Únicamente sería vulnerable en ese punto. En ese momento me preguntaba si mi acción, habría quebrado el único punto vulnerable de nuestra relación.

—Eres injusto con él. A veces me pregunto en qué parte de tu corazón está la piedad —protestó María.

—Ahora no. Salga por favor doctora y dígale al celador que venga —le ordenó de forma condescendiente; esperó a que saliera. Al momento entró Juan Cleto, con un gesto le pidió que cerrara la puerta. Entonces se dirigió a mí, carraspeó, frunció el ceño, se ajustó las gafas. No estando a gusto se las quitó y exhaló vaho sobre los cristales, los limpió con un pico de la bata. Volvió a ponérselas con parsimonia. Lentamente dirigió su mirada hacia donde yo permanecía inmóvil—. Sé, intuyo, que puedes tener poderosas razones para haber agredido a Ticio, pero no puedes reaccionar así cada vez que alguien te ofenda.

—Es un mamón —le interrumpí.

—Es todo lo que quieras que sea y quizás más, pero tu actitud ha sido desproporcionada a los hechos. Tendrás suerte si no interpone una denuncia. Estamos luchando por conseguirte un indulto, estas cosas te perjudican, Doménico. Hablaré con él para que todo se olvide, le haré ver que si plantea una reclamación probablemente se juegue su libertad. Ahora Juan te liberará, a cambio pedirás perdón a tu padre y a María —me quedé pensando, dubitativo, sobre si debía hacerlo con Salvatore, no así con María.

—¿Debo hacerlo? ¿Es necesaria esta humillación? Él me trata como si fuera un niño —protesté aún a sabiendas que sería rechazada mi queja.

—Sí, debes hacerlo, has cometido una felonía sobre aquellos que te dan todo. Además, quiero tu palabra de que, pase lo que pase, no entrarás más en conflicto con ningún interno, ni con el personal de esta institución.

—De acuerdo, lo haré. Haré todo lo que me pide.

Juan soltó con toda celeridad las correas que me tenían prisionero sobre la cama. Despacio fui incorporándome, se ofreció a ayudarme y decliné la invitación. Mantuvo su mano sin inmutarse, nos miramos y dejé que lo hiciera. Fue la primera vez que le vi sonreírme. No dijo nada, su boca permaneció en todo momento cerrada. Así era Juan Cleto.

Me quedé sentado sobre el borde de la cama, erguido, la cabeza levantada y la mirada fija en la lejanía. En los barrotes se posicionó una paloma. En su pico una pequeña vaina de olivo con una aceituna picada. Se entretuvo, o no fue diestra en comerla, y otra más hábil llegó y se la quitó limpiamente de entre su pico. Comprendí que mi situación en ese momento

era como la de la paloma. Ante mí se presentaba mi futuro representado en forma de alegoría. Si quería ser libre como la paloma debía ser más listo u otra vendría y me dejaría allí encerrado de por vida. La paloma ladrona representaba a Ticio. Yo era la paloma feliz, enamorado, amado, pero me entretuve y otra llegó y me arrancó de los labios la libertad, representada en forma de aceituna. Debía reaccionar, reconocer mi estúpida salida de tono. Pedir perdón, incluso a Ticio, tiempo habría de ajustarle el dogal al cuello.

Cuando ya por la hora creí que se habría marchado, Salvatore me esperaba de pie, en su despacho, mirando al horizonte, quién sabe si él también contempló el vuelo de la paloma con sus aires de libertad, pensando que era yo. Esta vez no me oyó, ni me dijo: «entra te estaba esperando». Giró hacia el lugar desde donde yo le hablaba, le noté apesadumbrado. El movimiento de su cuerpo fue pausado, más de un anciano que el de aquel que días antes me había propinado una gran cantidad de golpes. Avanzó hacia mí, contemplé sus ojos, en su día azules, que ahora tornaban grises, quizás por el paso del tiempo o tal vez porque los tenía nublados por las lágrimas que habrían chapoteado y que quedaron ahí quietas, para que nadie pudiera ver su pena. Entré y no tuve necesidad de hablar, tendí mi mano en señal de pedir la paz y abrió sus brazos para acogerme, al igual que la gallina clueca hace con sus polluelos. No sé si corrí o volé, pero aquel gesto me recordó, a cuando de pequeño me ocurría algo y raudo corría hacia él, y siempre me esperaba de rodillas, con los brazos abiertos en círculo. Luego, después de abrazarme y consolar mis quejas, limpiaba con sus nudillos mis lágrimas. El instante de mayor consuelo era cuando me lanzaba al aire.

Sí, al igual que los polluelos, yo también corrí a su abrazo. Fue reconfortante sentirme arropado entre ellos. ¡Dios!, cuánta humanidad vi en su mirada, en su abrazo. ¡Cuántos recuerdos y momentos perdidos! Lloramos. Sentí sus palmas recorrer toda mi espalda. Me besó. No me dejó hablar. Su aparente aspereza se convirtió en ternura.

—No digas nada. Todos somos culpables. Ve con María, ella si necesita oírte. Yo estoy bien, satisfecho y orgulloso de ti.

Asentí con la cabeza y le pedí perdón. Le prometí, sin que me lo pidiera, que nunca más volvería a entrar en esa guerra. Recordé las palabras de

Oscar Ramón advirtiéndome de que anduviera con cuidado pues Ticio intentaría jugármela. Del despacho de Salvatore al de María apenas había veinte metros, se me hicieron largos. No sabía cómo me recibiría o si su recibimiento sería para decirme: «Hasta aquí hemos llegado». Llamé a su puerta con suavidad, nadie respondió. Dudé sobre qué hacer y tomé la decisión de entrar. Estaba sentada, la cabeza sobre la mesa escondida debajo de sus brazos, a un lado sus gafas, con los cristales casi opacos como señal inequívoca de haberse restregado con ellas puestas. No me fue difícil discernir que el sonido del moqueo que me llegaba, era de la congoja que tenía.

—Soy yo, he venido a pedirte perdón. Probablemente pienses, y con toda razón, que son ya muchos los errores que he cometido, que de nada sirve pedir perdón si en verdad no hay intención de enmendar —conforme hablaba avanzaba hacia ella sin observar ningún cambio en su posición. Sí cambió su gimoteo por un silencio compungido, el rostro permanecía huido y oculto. Probablemente continuara recelosa hacia mi petición de perdón contrito. Acaricié sus cabellos y le supliqué una nueva oportunidad. Le conté el porqué de mi pérdida de raciocinio para con Ticio. Le expresé que no pude aguantar su cobarde opinión sobre Isabella y sobre ella. Separó la cabeza de los brazos, no se atrevió a mirarme, busqué sus ojos fugitivos y le animé a que me perdonara.

—Debes madurar, Doménico, o acabarás pudriéndote aquí —sus palabras estaban ahogadas, su mirada antes esquiva ahora me buscaba—. Aprecio tu sinceridad, me place tu humildad, pero ser valiente no es pegarse con el primero que te ofende, eso es locura. Esa carencia de sentimientos, de amor por tus semejantes, te convierte en un ser primitivo.

—No volverá a ocurrir, quiero salir de aquí, quiero demostraros que estoy curado y que eso fue un enfurecimiento más propio de un animal que de un ser humano. Quiero darte mi vida y mi alma si fuese necesario.

Yo permanecía de rodillas. Tomó con mimo mi cabeza, la levantó hasta que nuestros ojos se encontraron. Tragó saliva y me habló despacio, como si no quisiera que se perdiera ninguna palabra por el camino:

—Eres humano y dispones del don de errar, por tu amor bebería el veneno más mortal confundiéndolo con el vino más sabroso, pero te ruego

que no lo hagas más. Debes aprender y sobre todo reconocer que Isabella ya no es una niña. Isabella hace tiempo que se hizo mujer, una mujer muy bella por la que muchos hombres suspiran en el mundo real, fuera de estos barrotes. No pretendo justificar esos comentarios hacia ella, aunque los encuentre razonables, pues los hombres aquí encerrados tienen a flor de piel sus instintos más primarios. Su conducta es primitiva, animal, por eso se comportan como machos en celo.

Ya no estaba furiosa, su mirada furtiva había vuelto a mí. Sus palabras me devolvieron a una realidad ignorada hacia la transformación de Isabella. Sin darme cuenta había pasado de niña a mujer.

—¿Hablaste con Salvatore? —murmuró, besando mis oídos queriendo así evitar una posible afrenta.

—Sí, lo hice. También a él le pedí perdón.

—Dame un beso, que se me hace tarde. Hoy es el cumpleaños del niño y le prometí que iríamos al cine.

—¿Crees que podrás sacarme de aquí este fin de semana como me prometiste?

—Probablemente, todo dependerá del camino que haya tomado Ticio.

Me levanté y ayudé a María a limpiarse la cara, estaba hecha un cromo por limpiársela con las manos mientras lloraba. Sus palabras alentadoras me animaron, me parecía increíble que estuviera enamorada de mí. Yo no era capaz de medir la suerte que tenía porque una mujer de ese nivel me protegiera.

* * *

En el recuento que se hace antes de encerrarnos en nuestras celdas, todos los presos o enfermos formamos delante de nuestra puerta. Entonces apareció Ticio, acompañado de un funcionario. Se mostraba triunfador, sonriente. De manera cobarde, pues sabía que me tenía cogido por los huevos, me dijo:

—¡Tres meses, chaval! No lo olvides. Tres meses y ella será mía —volvió a sacar la lengua, regalándome gestos obscenos con ella, paseándola con rapidez de un lado a otro de la boca. Apreté los labios contra los dientes y asentí con la cabeza.

Una vez hecho el recuento nos dieron la orden de entrar en la celda. Antes de pasar, oí de nuevo su voz gangosa:

—¡Recuérdalo, Doménico! ¡Recuérdalo esta noche cuando sueñes conmigo! ¡Jajajajaja!

Noté una mano en mi hombro y una voz que me decía:

—¡Adentro! No le escuches, ignora su desafío. Él es muy ladino y tu demasiado animoso para este lance —agradecí aquellas palabras del funcionario cargadas de sabiduría.

El resto de la semana pasó como un suspiro. Una vez que supe que Ticio no se atrevió a continuar con su denuncia estaba deseando que llegara el viernes, pues a las tres me iría con María a pasar el fin de semana fuera del centro. Hacía bastante tiempo que no salíamos y me hacía mucha ilusión. Desconocía adónde me llevaría, todo lo había planificado en secreto con la ayuda de Anna.

Cuando Ticio fue a prestar declaración sobre lo que ocurrió, se encontró con que no tenía testigos. En su escrito reclamaba el testimonio de Juan Cleto. Este, sin ningún rubor, declaró que los dos nos estábamos pegando. Tampoco le animaron mucho los consejos intimidatorios del doctor Otaola.

* * *

Nervioso, apenas si probé bocado. Por fin abrieron el rastrillo y como un pajarillo salí a toda prisa; fuera me estaba esperando María, la notaba exultante, satisfecha por haberlo conseguido. Apoyada sobre el capó de un coche rojo, con las perneras de sus vaqueros dentro de unas botas altas marrones; sonriente, con unas gafas de sol de grandes cristales que cubrían, además de los ojos casi, toda la cara.

Me dirigí hacia ella y noté que alguien me acechaba, me paré y volví la vista atrás, elevé mi mirada hacia la primera planta, pero no lo vi. Probablemente adivinó que me había percatado de su presencia y se retiró antes de que pudiera ver cómo me escudriñaba. Pero no pudo evitar que me diera cuenta de cómo las cortinas se movían. Sabiendo que estaba allí, levanté mi mano y saludé. En ese juego de padres e hijos que nunca se sabe cuándo debe terminar, percibí con alegría cómo una mano desde el despacho de Salvatore me devolvía el saludo.

—¿Listo? —me preguntó María conforme me acercaba a ella.

—Sí —respondí con entusiasmo—. Cuando quieras. ¿Y este buga?

—Es un Ford Mustang del 73 —me apuntó mientras se retiraba las gafas y me hacía un guiño.

Sonreí, dibujando en mi cara una mueca con la que describía que estaba en la más absoluta ignorancia. María trataba, por todos los medios, de que mi vida fuese lo más natural posible, así que esas informaciones extras que me aportaba las tomaba como parte de mi pronta integración a la vida normal.

—Es muy bonito, ¡claro que tú no mereces menos!

—Venga, adulador, que me vas a poner más nerviosa de lo que estoy. ¡Sube de una vez! ¿Quieres llevarlo tú?

—No, preciosa. Quiero que mis manos estén libres para otros menesteres.

—¡Ay, niño malo! Miedo me das —me dijo con voz picarona, esbozando una dulce sonrisa—. Anda guapo, abre mi bolso y ponte unas gafas que te he traído, no se te vayan a estropear esos luceros que llevas por ojos.

Miré en su bolso y me encontré unas gafas de sol con montura metálica. Las saqué y me las puse:

—A ver, mírame que vea qué guapo estás. ¿Te gustan?

—Sí, en verdad que sí. Son muy bonitas. Gracias, estás en todo.

—Dicen que son las que usan los pilotos americanos, me las trajo Anna.

Nos pusimos en marcha, el sol desde lo alto brillaba sobre un cielo azul celeste. Fuera hacía frío, aun así bajé la ventanilla, quería sentir ese aire de libertad sobre mi cara. El pelo lo tenía largo, no tanto como antes de ingresar en el centro. María salió despacio, entendía la sensación que me reportaba encontrarme libre, aunque solo fueran unas horas. De vez en cuando posaba su mano sobre mi pierna, acariciándola. El amor nos envolvía y nos buscábamos con nuestras miradas. Sin hablar nos regalábamos una sonrisa. Pasados unos kilómetros, me dijo:

—Ya sé que eres un chicarrón del Norte y que no tienes frío.

—¡Ah, perdona! Lo siento, deberías habérmelo dicho. Ahora mismo subo la ventanilla.

—Gracias, cariño.

—Bueno, ¿se puede saber a dónde me llevas? —le pregunté con socarronería, tras comprobar que íbamos en dirección opuesta a Toledo—. Porque por mí puedes parar ya, en este pinar —le dije señalando con mi mano hacia un bosque de coníferas que nos rendía honores a ambos lados de la carretera.

—Es una sorpresa. Deberás esperar a satisfacer tus deseos que te aseguro no son menos ni diferentes que los míos.

—Está bien, acepto tu misteriosa y enigmática sorpresa. Al menos impresióname y deléitame con una pista.

—Mijares, vamos a Mijares —me dijo en un susurro como si no quisiera que la oyera.

—¿Mijares? —pregunté sorprendido—. ¿Qué es eso?

—Es un paraíso perdido. Únicamente para nosotros y no preguntes más que de mí no sacarás prenda —la miré y observé una linda sonrisa en su perfil.

Pasada media hora cogimos la carretera N-V, dirección a Portugal. Me pidió que le encendiera un cigarrillo rubio. ¡Qué cosa más mala!, pensé. Me pregunté cómo la gente podía fumar con lo malo que era.

—¡Joder! Casi echo los higadillos. ¡Toma, coño! Y abre un poco la ventana —dije tosiendo, mientras ella se desprendía de una sonora carcajada.

—Qué delicado te has vuelto.

—¿Sí?, pues como no abras te meto mano.

—No serás capaz. Yo por si acaso no bajaré la ventana —ambos nos reímos con ganas. Luego la bajó. Puso música, eran baladas de Dyango. María conducía tranquila, feliz, percibía cómo me miraba de soslayo, al mismo tiempo que tarareaba a voz en grito todas las canciones que la casete nos ofrecía. En el salpicadero le habían instalado un juego de luces que dependiendo del sonido se apagaban unas y encendían otras.

Cerré los ojos un poco, María dejó de tararear, mis manos, mis dedos avanzaron lentamente hacia su pierna. Dyango continuaba cantando, nunca lo había escuchado, las letras de sus canciones me embriagaron. Su voz sensual, los acordes musicales que le servían de acompañamiento,

convirtieron rápidamente el ambiente dentro del coche en una atmósfera hipnótica. Me sentí atrapado, hechizado, mis manos acariciaban su pierna y sus pechos con la misma suavidad y tacto que aquel que toca las teclas de un piano para sacar de ellas la más linda de las melodías. Los dos nos excitamos de manera irresponsable, pero ¡qué coño!, los dos éramos jóvenes llenos de vida, henchidos de un amor con desbordante pasión.

María ya no me miraba, su cuerpo era una amalgama de sentimientos encontrados, jadeaba. La respiración por momentos desaparecía; tras la opresión del sujetador, camiseta y jersey aparecía duro su pezón, ansioso por la libertad. Deslicé de nuevo mi mano y con suavidad la posé en su entrepierna, cerré los ojos pensando que ese lugar era el mejor teclado de piano jamás creado y yo el más afamado de los pianistas. Mi dedo corazón presionando sobre el centro de mi teclado imaginario. Sentí como sus piernas se cerraban encarcelando mis dedos. Apenas unos susurros logré que dijera hasta que movió la cabeza en señal de negación. Acepté su negativa a mis actos suicidas y retiré mi mano al mismo tiempo que la casete paraba. Acaricie su mentón y, con un giro suave, atrapó mis dedos succionándolos. Los retiré y la oí decir:

—Qué facilidad tienes para volverme loca, ni mis mejores fantasías se pueden comparar con el placer que me provocan tus caricias. Tus manos, tus dedos, son un regalo para mi piel. Déjame, estoy completamente húmeda.

—Gracias, a esa sensación se le llama amor, AMOR con mayúsculas.

—Sí, es cierto. Pero tienes un don especial en la forma en que me acaricias.

—Hablando de fantasías, ¿me puedes contar ese sueño que te persigue y que nunca me has querido contar? —Se aferró con fuerza al volante, sintió mi mirada traviesa, se ruborizó. Me pidió otro cigarrillo. Esta vez no se lo encendí. Guardó silencio—. Y bien, ¿me lo cuentas o te da vergüenza?

—Un poco sí. Bueno, no me mires.

—De acuerdo, no lo haré —murmuré asombrado por tan extraña petición. Largó un par de caladas al cigarro, consumiendo más de la mitad. El papel se constriñó y dejó al descubierto briznas de tabaco

incandescentes. Expulsó el contenido de su mortal veneno de los pulmones y comenzó a hablar.

—Antes de nada, y para que no tengas sospechas o dudas de mi amor por ti, te diré que estás conmigo desde que me acuesto hasta que me despiertas, que disfruto de ti, aunque no estés, que ha sido muy duro pero lo he conseguido, que algún momento de flaqueza he tenido, no lo niego, pero creo que estoy curada de esa enfermedad que los clásicos llamaban mal de amores. Desde que me pediste que te lo contara estoy desasosegada. Por un lado digo sí y por otro tengo dudas de contártelo. A veces sueño, incluso despierta en la cama o en el más placentero de mis baños, que estoy desnuda y soy observada por varias personas. De entre todas, una de ellas, una mujer se acerca a mí. Siento que tú estás enfrente, sentado, desnudo —ahora el que se removía era yo. Mientras, ella conducía y hablaba con toda naturalidad. Un cartel anunciaba Talavera de la Reina a 10 km, no quise interrumpirla, me preguntaba cuánto faltaría por llegar a nuestro destino. Abrí la ventana para intentar que la libido me abandonara, ella no lo permitió. Soltó la mano del volante y jugó con la bola de la caja de cambios. Después estiró su brazo hasta mi pierna. Me preguntó si me encontraba bien, tomé su mano y con suavidad, besándola antes, la llevé hasta el volante.

—Sí estoy bien, un poco sobrepasado y algo excitado, pero muy bien. Continúa, por favor.

—Siento que te encanta verme acariciada y penetrada por el utensilio que ella elige. Sé que mis senos acariciados por esa desconocida, mostrándotelos como si fueses un espectador de lujo, será un festín de lujuria para ti. ¿Me dejaría hacer? No sé, quizás atada y por supuesto con los ojos tapados, quizás entonces sí. Me dejaría acariciar, penetrar y lo que tú demandases, porque tendrías que ser tú el maestro de ceremonias y así, solo así, podría hacer mis fantasías realidad. Yo atada, ella activa, glorioso orgasmo lésbico que haría tus delicias. Pero hay algo en el ambiente que me asusta, que me provoca inseguridad —calló por unos instantes, esperó a que la mirara y a que mi sonrisa le diera fuerzas para continuar.

—¿Y bien? Venga continúa, me gusta oír tus sueños —le dije posando mi mano sobre la suya.

—¿Y si es ella la que te atrae? ¿Y si no estoy a la altura y no logro que te sientas atraído por la fiesta que te he preparado? Llegado ese momento me despierto y me digo que jamás lo haré, ya que el miedo a perderte me provoca zozobra.

Llegados a este punto la interrumpí:

—Espera, ahora estoy perdido. Creí que eras tú la experta, la que me proponía hacerlo delante y con una tercera persona de nombre Anna —le dije atribulado ante tanta información recibida en tan poco tiempo para mi mente pueblerina—. Porque una cosa son tus fantasías que, como dijo el poeta, pertenecen a los sueños y los sueños, sueños son y no hay que ir más allá, y otra es pretender hacerlos realidad. Hablémoslo antes, ¿te parece?, tendría que prepararme.

—Por supuesto, cariño. Si me preguntas si quiero darte, concedernos la oportunidad de experimentar cosas nuevas que nos satisfagan a los dos, yo te digo que sí, que quiero.

Nos cogimos de la mano y nos dimos fuerza, energía. Hacía tiempo que abandonamos la carretera nacional y nos dirigíamos hacia ese lugar misterioso que María había buscado con el fin de perdernos y dar rienda suelta a esas fantasías de las que quería hacerme partícipe. El paisaje era de ensueño, al fondo podía divisar las crestas de una montaña nevada. La carretera era estrecha y mal señalizada, de vez en cuando un bache nos obligaba a soltarnos de la mano. Un cartel anunciaba: «Bienvenidos al Valle del Tiétar».

Campos enteros de castaños y cerezos nos acompañaban en nuestro camino, algún carro tirado por mulos nos hizo detener la marcha obligándonos a desplazarnos a un arcén peligroso lleno de grava. Conforme nos acercábamos a nuestro destino, la zona se hacía más abrupta. Los montes aparecían tapizados por frondosos pinares donde el agua corría por doquier.

María demostró gran pericia en la conducción, fueron varias las gargantas que nos encontramos antes de llegar a nuestro destino. Tras pasar un puente de piedra con tres ojos, divisamos el pueblo. Antes paramos un momento a coger higos, se contaban por cientos. Al otro lado de la carretera

la ladera de la montaña estaba cubierta por un manto inmenso de bolas con pinchos. Nunca había vista nada parecido, pregunté a María:

—¿Has visto el suelo de la ladera? Qué cosa más rara, es como una manta gigante.

—Se les llama erizos y en su interior se reproducen las castañas, cuando están maduras se caen al suelo y allí se abren solos dejando al descubierto el fruto. Lo de erizo me imagino que será por las púas que tienen.

Terminó su alocución con un gesto muy propio en ella que consistía en subir los hombros y refugiar entre ellos la cabeza, al mismo tiempo su boca dibujaba una mueca como pidiendo perdón por su conocimiento.

Proseguimos nuestro camino con la certeza de que nuestra meta estaba próxima ya que, sobre un mojón había un cartel indicando Mijares. En lo alto de una sierra una gran cruz advertía que era un pueblo devoto y lleno de fervor. En verdad que mereció la pena ir. Si María lo eligió para perdernos, sin lugar a dudas acertó en su elección.

Cansados, pero contentos por el deleite que había supuesto contemplar la naturaleza en su estado más puro, entramos al pueblo.

—Es aquí —dijo María parando el coche.

—¿Estás segura? —le pregunté, a la vez que me bajaba del mismo y, con decisión, me disponía a preguntar a un campesino que, subido en un asno, venía hacia nosotros, cuando la oí decirme con seguridad:

—Sí, es aquí, Hostal Barbacedo. No creo que haya dos —me dijo sonriente encendiendo otro cigarro.

* * *

Descargamos el equipaje y nos dirigimos a la entrada del hostal. Una vez dentro, tras un pequeño mostrador, emergió la figura de una mujer esbelta, rubia, con el pelo ondulado. Al mirarla se ruborizó, yo me quedé un poco alelado pues nunca imaginé que pudiera ver a una de las hijas del mismísimo Odín en un pueblo perdido de la geografía española.

—¡Hola, soy Tina Coín! —nos dijo sonriente al mismo tiempo que se retiraba el pelo de la cara dejando a la luz los ojos más azules que yo hubiera visto nunca. En sus manos portaba un gazapo que no sabría describir si era blanco con un gran lunar negro o negro con una mancha

blanca—. Soy la encargada de facilitarles todo aquello que necesiten para que su estancia sea lo más agradable posible. ¿Es usted la doctora Hortaleza? —María asintió con una breve sonrisa—. Les estaba esperando con ligera impaciencia pues, como estamos tan al interior, alguna vez se nos han perdido.

Al mismo tiempo que nos hablaba, dejaba en el interior de una caja de cartón al animal. El cual, temeroso, pero a la vez curioso, asomaba su cabeza para rápidamente esconderla.

Abandonó la protección que le ofrecía el mostrador de recepción y se acercó a nosotros. Besó primero a María y luego a mí, de manera entrañable, como si me conociera de toda la vida, se agarró a mi brazo; su mirada angelical no se apartaba de nuestros ojos cuando nos hablaba o cuando escuchaba. Era una mirada llena de seguridad y, al mismo tiempo, amistosa; una boca grande mostraba su dentadura perfectamente cuidada, blanca, quizás los dientes de arriba un poco separados. Ese pequeño detalle, en mi opinión, la hacía más atractiva. Continuamente sonreía. Pensé que esa sonrisa debía venir de serie, de nacimiento, pues es imposible que alguien pudiera estudiar o falsear ese gesto durante todo el tiempo.

—¡Hola, yo soy María Ruiz y él es mi novio, Doménico! Sentimos haberla inquietado, no pudimos reprimir la agradable sensación de parar en el camino y coger unos higos.

—¿Quién es el jovenzuelo temeroso que nos mira agazapado desde la caja? —pregunté nervioso, pues Tina no se había desprendido de mi brazo y el olor de su piel, mezclado con un perfume desconocido, me confundía. Al mismo tiempo disimulaba y miraba a unos invitados de piedra que estaban en el salón.

—Es mi conejito, se llama Lupita. Ya sé que es femenino, le puse el nombre antes de saber su género —respondió con toda naturalidad Tina.

María la observaba, mejor dicho, la contemplaba, mientras yo me fijaba que en el salón había un hombre fingiendo leer un periódico sentado en una mesa tomando un café. Desde la primera vez que lo vi no había pasado página. A su izquierda, frente al calor del hogar desprendido por una enorme hoguera, desde donde me llegaba el crepitar de los troncos ardiendo, había un sillón alto orejón, sentado en él sin ser visto, percibí que

había otra persona ya que, de vez en cuando, salían nubes de humo propias de un cigarrillo. Era extraño, no habíamos visto coches en el aparcamiento cuando llegamos.

Por indicación de Tina nos acercamos al mostrador de recepción y entregamos nuestro carnet de identidad para cumplimentar la ficha de alojamiento.

—¿Disculpe, Doménico lleva tilde? Se lo pregunto porque tengo un disco de Domenico Modugno y la primera vez que lo leí me di cuenta que no la llevaba —observó Tina.

—Sí, mi nombre sí. El castellano lo contempla y en el Registro Civil el funcionario, al anotar mi nacimiento así lo contempló. —Repuse, convencido de haber satisfecho la curiosidad de Tina.

Una vez terminó de rellenar la ficha de viajeros nos indicó dónde firmar. Con toda amabilidad se ofreció a acompañarnos hasta nuestro dormitorio. Por el camino le pregunté si había muchos huéspedes alojados durante esos días.

—Solo vosotros y unos señores que han venido de fuera —respondió abriéndonos la puerta—. Pero mañana, sábado, tendré lleno completo. En esta zona se hacen muy buenas monterías y a su reclamo vienen las mejores escopetas de España.

Se adelantó y descorrió las cortinas. Aún el crepúsculo agonizante del sol quería dejar su huella, en forma de rayo luminoso, sobre un cuadro que estaba de cabecero. Representaba una escena con motivos del dios Baco en una gran bacanal con sus ménades. Mientras Tina y María hablaban, yo aproveché para reconocer la zona, me asomé por la ventana. Se trataba de un edificio de dos plantas situado en lo alto de una loma, las vistas eran preciosas, incluso con esa luz mortecina, roja, que deja el sol en su ocaso. Abajo vi un coche aparcado. Nuestra habitación daba a la parte trasera del edificio. Estaba claro que su propietario pretendía pasar inadvertido o era del dueño del hostal. María y Tina se despidieron dándose un beso, Tina la besaba mirándome. Esa chica desde el primer momento me puso nervioso, me sentía atraído por ella, por su olor, por el calor que desprendía cuando me tocaba. Yo la despedí con un gesto cariñoso con la mano, sonrió. A

María en vez de ponerla en guardia le gustaba esa sensación que notaba en mí. Una vez que se marchó, pregunté a María qué planes teníamos:

—Pues lo primero deshacer el equipaje, luego si te apetece nos damos un baño antes de bajar a cenar. Tina me ha dicho que nos preparará una cena y nos acompañará y, si puede, también su novio.

—Perfecto —respondí—, presiento que habéis intimado. ¡Eres la leche, nena! Hay que ver la facilidad que tenéis los psiquiatras para haceros con el cerebro de los mortales.

Ambos nos reímos con ganas, luego María apuntó:

—No es cuestión de psiquiatría, creo que mejor de empatía y simpatía. Simplemente hemos congeniado solo con la mirada.

—Bueno, ¿qué te parece si primero nos damos un baño los dos juntitos? —susurré pegadito a ella, abrazándola por detrás.

—No es mala idea, no señor. Pero primero dejemos limpio el campo de batalla y guardemos el equipaje en el armario. El primero que termine recibirá todos los deseos del otro.

—Me parece muy bien —concluí, poniéndome a destajo sobre mi bolsa sabiendo que yo terminaría el primero.

Apenas había sacado la ropa interior cuando mis dedos tocaron algo, dentro de la bolsa, que me era muy familiar. No lo saqué para que no lo viera María. Era mi cuchillo, aquel que me regaló Berto. ¿Cómo pudo llegar ahí, si yo no lo metí?

Había sido el viejo de Salvatore, el muy cabrón no paraba de sorprenderme. Entonces recordé que, una vez que preparé la bolsa y antes de salir del centro, la dejé en su despacho. Él lo colocó sin avisarme. Siempre camina dos pasos por delante de los demás. Lo saqué con cuidado y lo metí debajo de la cama, no dije nada a María.

—¡Eh, Doménico, terminé! Deja de zascandilear debajo de la cama y ven al baño a satisfacer los deseos de tu reina. —Me anunció completamente desnuda y corriendo hacia el baño.

—«*Sí mi ama, tu negrito bueno irá contigo*» —respondí tratando de imitar la voz de un recogedor de algodón en aquella película… «*Lo que el viento se llevó*».

María había llenado la bañera, el vapor de agua mantenía un ambiente más propio de una sauna. La encontré escondida bajo una nube de espuma. Me pidió que me metiera a su lado. Suavemente, con parsimonia, enjaboné todo su cuerpo. Lavé su cabeza, jugué con su vello púbico. Se sentó y yo detrás de ella. Masajeé su espalda y acaricié sus pechos. Mordí su cuello mientras mis dedos buscaban entre sus piernas la zona más erógena. Con la mano izquierda se agarró a uno de los asideros de la bañera, la otra la extendió hacia atrás para jugar con mi miembro.

Tomé su mano y la llevé sobre sus labios, los aparté hasta dejar el clítoris a su merced, juntos deslizamos nuestros dedos por la bocana de su alma, luego la dejé sola mientras yo acariciaba sus pechos. Volvió la cabeza y apenas pude oír que me decía con la voz entrecortada:

—No hay mayor placer que hacer realidad tus deseos como una marioneta en tus manos, en tus dedos fisgones que me escrudiñan. Muero de ganas por tenerte en mi ser, tengo miedo a convertirme en adicta, pero no al sexo, a ti, a mi dueño y señor. Ahora me masturbo, porque tú así lo quieres. Quiero sentir tu maravilloso miembro dentro de mi cuerpo. Quiero notar tus empujones y sentir como atraviesan mis entrañas.

Besé su cuello y la volteé sentándola entre mis piernas, besé su boca, aplasté sus pezones contra mis labios que los succionaban a la vez que mi lengua los lamía con voracidad. Ella intentaba introducirme dentro de sí. Yo lo impedía, pues quería que sintiera una verdadera necesidad de apagar el magma de su volcán en plena erupción.

—¡Dámelo, dámelo ya, Doménico! —me suplicaba mordiendo mi boca, arrancándome la piel. Sus uñas clavadas, hacían surcos de placer en mi espalda dolorida.

—Espera, ten paciencia —le susurré mientras la empujaba hacia el otro lado de la bañera. Alcé su cuerpo y la senté en el espacio reservado para toallas y artículos de baño, habría unos cuarenta centímetros desde la bañera a la pared. Acomodé su cuerpo sobre las toallas. Separé sus piernas, la miré, estaba fuera de sí con los ojos cerrados. Temblaba nerviosa, la ansiedad por lo que le podía ocurrir la tenía en un estado de placer inconmensurable.

Subí sus piernas sobre mis hombros y bebí de ella, bebí hasta que el dolor, por los tirones de cabello que me proporcionaba, me hizo abandonar. Gritaba, gemía. La abracé hasta que su espíritu volvió. Llorando, comiéndome a besos, me susurró:

—Te quiero mi niño salvaje. ¿Por qué me haces esto?

—Creí que te gustaba.

—¿Acaso lo dudas?

—¿Qué elixir brota del interior de tu alma que pierdo la cordura cuando lo bebo? —le pregunté.

—El mismo que de la tuya amado mío. Quizás por eso alguien opine que nuestro lenguaje parece de otra época. Quizás seamos dos amantes del Renacimiento, pero todos quisieran amar así…, no tengo la menor duda. Sentirse así de amados y deseados. Hacer el amor con tanta pasión como lo hacemos nosotros. ¡Dios!, estoy empapada de ti, quiero comerte, lo noto en mi garganta. Siento el dolor y muero por ese momento orgásmico. Soy tuya, mi dueño.

La dejé hacer, ahora era ella la que me hacía perder el juicio. Quise hablar, decirle cuán feliz me hacía. Puso sus dedos en mi boca y me pidió silencio.

—¡Shhh! Ahora déjame hacerte sentir lo dichosa que me encuentro cuando estoy contigo. —Quise decirle que lo sabía, que lo veía en sus ojos temblorosos y húmedos. Quise decirle cuánto la amaba. Quise decirle que me diera unos segundos para saborear ese momento. Pero no me dejó. Retiró los dedos que mantenían mis labios sellados para atraparlos, con fiereza, por los suyos. Los soltó y fue besuqueando mi boca y barbilla hasta que sus dientes se clavaron en mi cuello, alivió mi dolor con succiones canibalescas, con ferocidad. Apretó mi cabeza entres sus manos y la atrajo hacia sí, mordisqueó mis oídos y me susurró con rabia:

—No me vuelvas a pedir que espere, ya lo hago cada día cuando la suave brisa matinal me hace recordar tus manos recorriéndome, tu aliento deseándome, mi cuerpo desnudo esperándote.

Me apartó. Se liberó de mis brazos que la rodeaban. Se montó entre mis piernas, de espaldas a mí. Resopló, gimió de dolor. Se paró el tiempo.

Entonces gritó. Yo mordí su hombro mientras nuestros corazones, a punto de estallar, bombeaban toda la sangre hacia el lugar mágico.

* * *

Debí quedarme dormido. María me despertó y me apremió para bajar a cenar. Me dijo que cenaríamos con Tina y quizás con su novio si lograba convencerlo.

—Mientras te vistes bajaré a dar una vuelta, estaré en el salón quizás frente a la chimenea. Me ha gustado. Echaré un leño a la hoguera. No tardes, guapo —concluyó acercándose y besando mis ojos aún en estado de cierre.

—Yo también te quiero ¡Bye! ¡María, no salgas fuera del hostal, por favor! —le advertí.

—¿Por qué no he de hacerlo? ¿Ocurre algo que yo no sepa? —protestó.

—Recuerda de quién soy hijo y quién soy yo. Quizás veo peligro donde no lo hay, pero no pasa nada porque advirtamos un poco de precaución. ¿Lo harás por mí, por los dos? ¡Por favor! —rogué con la esperanza de que cediera en su rebeldía por hacer lo que le apeteciera. Se quedó en silencio y me anunció:

—De acuerdo, por esta vez cederé. Pero me debes una explicación. Presumo que tienes fundadas sospechas —me lanzó un beso y se marchó.

Sin prisas conseguí levantarme. Mientras me vestía pensaba en la suerte que tenía por haber conocido a María. Bajé las escaleras reparando en la cantidad de adornos de caza que colgaban por doquier. Cuando llegué al salón allí no había nadie, me acerqué al hogar para apreciar el relax que desprende el fuego. Oculto tras el sillón orejón estaba el hombre que vi tomando café cuando llegamos.

—¡Hola, buenas noches! —le saludé. Se me quedó mirando, me escrutó con su mirada altanera, de arriba abajo. Con desgana y volviendo su cabeza hacia el crepitar del fuego, balbuceó:

—¡Buenas noches!

A su derecha había una puerta de doble hoja, cuarteada, con cristales opacos color miel. Del interior provenía un ruido muy característico por lo intuí que sería el comedor. Dejé, con la misma indiferencia con la que él me

trató, al hombre del café, si se me permite la expresión. Era una persona gris, taciturna, de esas que pasan a tu lado y no reflejan ni su imagen. Son capaces de estar junto a ti y no notas su presencia. No podría recordar nada destacable que lo pudiera describir con fiabilidad.

Toqué la puerta con los nudillos, de su interior provenían los mismos sonidos que producen la vajilla y cristalería cuando se está poniendo una mesa. Abrí y allí me encontré con María charlando animadamente con Tina, mientras esta preparaba la mesa para la cena. Junto a María, una botella de vino tinto, una copa a medio llenar que supuse sería de Tina. Al verme, levantó su copa, me guiñó un ojo y me invitó a pasar.

—Ven cariño, únete a nosotras que no mordemos.

—Cuidado, yo en tu lugar no estaría tranquilo, somos unas chicas malas, muy malas. Y el vino nos convierte en vampiresas —las risas fueron sustituidas por el «*chin-chin*» que pronunciaron al mismo tiempo que hacían chocar sus copas.

—Por nosotras —apuntó María con un tufillo de alegría conseguida por la ingesta de vino.

—Sí, por nosotras —subrayó Tina.

—Bueno, si me dais una copa os podré acompañar y disfrutar de vuestra presencia.

—Al momento, señor —dijo Tina, al mismo tiempo que accedía por detrás de la barra del pequeño bar y sacaba una copa. La besó y me la dio. Entonces, María dijo:

—Alto ahí, yo también quiero poner mis labios junto a los vuestros —me quitó la copa de la mano y, antes de llenarla, besó en la marca de carmín que había dejado impresa Tina.

Un reloj de péndulo, colgado de la pared, hizo acto de presencia con su alborotada melodía. Las agujas marcaban las diez. Tina dio la orden de acomodarnos a la mesa que había preparado para cuatro. Faltaba un comensal. Al instante sonó el teléfono. Tina descolgó y habló con su interlocutor. Antes de colgar la oímos decir muy molesta:

—¡Diez minutos, ni uno más! Si no estás aquí en diez minutos, cenamos sin ti.

Colgó el teléfono con un golpe seco, presa de esa manía que tenemos de colgar cuando estamos enfadados con el del otro lado, pensando que lo oirá.

—Es Carlos, mi novio. Ha llamado para decirme que se retrasará. ¡El muy gilipollas! —puntualizó.

Se abrió la puerta del salón y el hombre gris entró. Tina se volvió hacia él. Le miró y escrutó. Con su natural sonrisa permitió que el extraño preguntara:

—¿Señorita, podría prepararme algo para cenar?

—Lo siento, señor Gutiérrez, la cocina está cerrada. Esta tarde le pregunté a su amigo el señor Carvallo si iban a cenar y me dijo que saldrían y tomarían algo fuera.

—Es posible, pero he cambiado de opinión —apuntó el señor gris, apellidado Gutiérrez.

Tina, sin perder su sonrisa consideró lo contrario y le propuso que fuera al bar de Paco, que estaba a cincuenta metros.

—Está abierto y le pueden cocinar alguna ración de venado o de cochifrito. Es su especialidad. Siento no poder atenderle.

—¡Pues llame y que me lo traigan! —ordenó el señor Gutiérrez con malas formas.

—¿Es qué no ha entendido lo que le ha dicho la señorita?

Detrás de ese vozarrón apareció un hombre de mi edad, unos diez centímetros más alto que yo, y cerca de los cien kilogramos de peso. Era un auténtico bigardo, bien formado. La tez morena, curtida por el sol y el frío de las nieves de la tierra.

—Disculpe joven, no es mi intención molestar, pensé que, si estos cenaban, ¿por qué no podría hacerlo yo?

—Pues para no querer molestar se ha lucido —adujo Carlos ya un poco subido.

—¡Carlos, cállate! Tengamos la fiesta en paz. Vienes tarde y con mal recado. Le pido disculpas, señor Gutiérrez, por lo de mi novio y porque no puedo satisfacer sus necesidades. Y ahora si nos permite tenemos una cena entre amigos. Buenas noches —concluyó Tina, dándole a este la espalda.

María y yo nos miramos, no entendíamos nada de lo que ocurría ante nuestros ojos. Desconozco en qué momento nació ese lazo de amistad entre

María y Tina, para que nos agasajase con una cena íntima, de amigos. Era la primera vez que íbamos al Hostal Barbacedo. Apenas habían transcurrido tres horas desde que nos habíamos presentado y nos sentaban junto a ellos no como clientes, más bien como si nos conociéramos de toda la vida. Desde joven aprendí a no fiarme de nadie, quizás por eso no tenía amigos, salvo a Berto. Así que procuré permanecer receptivo ante cualquier gesto y ser educado, pero sin abandonar ni por un momento las defensas en alerta. Carlos tomó la iniciativa y se dirigió hacia nosotros. Aún permanecíamos sentados.

—¡Hola, soy Carlos, aunque me podéis llamar Charles! El novio de Tina.

María, muy sonriente y con un puntito de excitación, se prestó a recibir el saludo de Carlos.

—¡Hola, Charles, soy María! Encantada de conocerle. —Exclamó al mismo tiempo que dejaba su copa sobre la mesa y tendía la mano para saludarle. Carlos hizo una reverencia, la tomó, la giró y realizó el ademán de besarla sin llegar al contacto físico.

—El placer es mío —comentó Carlos.

Me levanté y estreché la mano de su brazo extendido con la palma hacia abajo. Al mismo tiempo que me decía:

—¿Qué tal?

—Muy bien —respondí estableciendo contacto visual con él, a la vez que esbozaba una sonrisa—. ¡Soy Doménico Aspartana!

Por la forma de hacerlo me atreví a definirlo como una persona dominante, segura de sí misma. Su apretón, al igual que el mío, fue firme y decidido; fuerte, sin llegar a demostrar, ninguno de los dos, excesos de testosterona y de autoridad.

Desde el otro lado de la mesa, de pie, Tina bastante molesta, dijo socarronamente:

—¡Hola, yo soy Tina!, la que se supone que es tu novia.

Carlos —o Charles—, como gustaba que le llamasen, se dirigió hacia ella, la asió por la cintura y le pidió disculpas. Tina las aceptó, no así los besos ni lisonjas que este le ofreció. Al contrario de lo que hubiera deseado

Carlos, permanecía seria. Introdujo sus brazos flexionados entre su cuerpo y el de él y, sin perder su sonrisa, le soltó:

—Últimamente estás muy tonto, como «empanao», deberías aparcar tus problemas cuando vienes a verme. Me gustaría creer que lo nuestro es algo más que sexo.

—Sí, no lo dudes nunca —respondió Carlos, tratando de esquivar la respuesta a los pensamientos incrédulos de Tina—. Venga, levantemos nuestras copas y brindemos por nuestros invitados.

Brindamos una y otra vez, y nos adentramos en una animada charla. Dimos cuenta de una segunda botella, así como de las viandas que preparó Tina. Las risas y besuqueos entre parejas tampoco cesaron. Sí lo hicieron los platos de fiambre de la zona, los cuales fueron sustituidos por unas raciones de presa ibérica, lomo adobado, filetes de venado en salsa y unos revueltos de setas que nos obligaron a romper el protocolo y rebañar los platos mojando pan con los dedos.

Cuando alabamos la exquisitez de lo que Tina nos había servido, ella nos reconvino y, en vez de apuntarse honores impropios, puntualizó:

—No todo el mérito es mío. Benita, la cocinera, lo dejó preparado antes de irse.

En esos compases de la cena, nos encontrábamos todos un poco cocidos, así que, con marcialidad militar, nuestros brazos levantaron de nuevo la copa.

—¡Por Benita, la cocinera! —arengó María.

—¡Por Benita, la cocinera! —gritamos todos al unísono.

Charles se levantó, hizo sonar con estridencia su copa con una cuchara y nos ordenó guardar atención a lo que iba a contar:

—Quiero deciros que todo lo que habéis cenado es de mis tierras —apuntó, ya con signos de debilidad lingual—, al igual que los higos que os comisteis esta tarde.

—¡Aghhh! —gritamos María y yo—. Nos han pillado con las manos en la higuera, somos unos ladrones.

—Sí. Lo sois —exclamó Tina, subida sobre una silla—. Brindo por los ladrones de higos más guapos y mejor gente que ha pasado por Mijares.

No recuerdo si fue Charles o Tina quien puso música en un tocadiscos que yo no había visto nunca. Se podían disponer al mismo tiempo tres elepés que, descargaba él mismo cuando el anterior se había acabado. Me acerqué a contemplarlo como si fuese la octava maravilla del mundo. Tina siempre pendiente de mí reparó al instante en mi asombro y se acercó, me cogió por el brazo y me murmuró:

—Es lo último, me lo trajo Charles de Londres. Estuvo estudiando allí un año. En realidad, estuvo viviendo, porque estudiar, estudió poco. Por no saber, no sabía ni decir su nombre, de ahí que le llamen Charles, como al príncipe inglés.

No pude evitar reírme, como tampoco me pasó desapercibida la forma en que Tina apretaba mi brazo contra su cuerpo. Para mi suerte sonó una canción que me volvía loco desde mis años en libertad, años de juventud que poco disfruté. Recordé las noches de verano en el río con los amigos y los guateques que hacíamos en casa de Rafa. Eran Los Bravos y su «*Black is Black*». Fue ella la que me dijo sorprendiéndome:

—¿Te gusta verdad? —me guiñó un ojo y me invitó a bailar.

Bailamos juntos, separados, en pareja. Cada vez que la miraba, me encontraba con ella y su sonrisa. De repente se separó de Carlos, lo dejó en medio de la pequeña pista que habíamos creado, se sentó y encendió un cigarrillo. Apenas le dio dos caladas y, con furia, ofendida por lo que les hubiera ocurrido, lo aplastó contra un cenicero.

—¿Sabes qué?, qué te den. Que te puedes ir y cuanto antes mejor —gritó Tina fuera de sí, altiva y desafiante al rostro huidizo de Charles. Dejamos de bailar, no sabíamos qué habría ocurrido. Los veinte minutos del elepé llegaron a su fin. Mike Kennedy dejó de cantar. Tanto era el ruido ominoso del silencio, que solo lo superaba el que hacía la aguja por las pistas vacías del vinilo.

—No te enfades nena, ¡por favor! —Infirió Charles suplicando comprensión a Tina—. Es una montería de pago, está organizada desde hace más de un mes. Prometo compensarte.

—La montería es mañana. Me dijiste hace una semana que no irías. Así que, ¡métete tus compensaciones por donde te quepan!

Charles, poseedor de todas las dotes del mejor vendedor, no perdió la compostura. Sus modales de caballero permanecían imperturbables. Se arremangó y soltó la mayor de las estupideces. Creyendo que sería una solución, generó un problema imprevisto; la pérdida de confianza de María. Con el besamanos se la ganó, ahora podríamos decir que la cagó:

—Tengo una idea —soltó como quien no quiere la cosa—. ¿Por qué no me acompaña Doménico?

Me quedé perplejo. Los ojos se me abrieron de par en par, no podía dar crédito a semejante estupidez. Atónito le requerí información.

—¡Charles!, ¿acompañarte adónde?

—Pues a cazar. No habrá guardias civiles, ni rurales, es una simple salida para comprobar que todo está bien. Saldremos a las seis de la mañana, yo te dejaré un rifle. Iremos de rececho, seremos tres escopetas. ¡Venga, anímate!

—¡Ni de coña! —Terció María, bastante enojada—. Hemos venido a pasar el fin de semana juntos y así lo haremos.

—Como queráis, nos vemos por la tarde. Cuando vuelva os enseñaré las piezas abatidas.

El silencio se incrustó en el ambiente de la misma forma que un cuchillo en la manteca. La atmósfera quedó enrarecida, en un momento se diluyeron las risas y la alegría con que celebrábamos una fiesta con unos desconocidos. Yo no atinaba a comprender las intenciones de Carlos. Tina se sirvió otra copa y se la bebió del tirón. Se levantó y lo ignoró, volvió a recargar el tocadiscos. Él se despidió con un «*hasta mañana*» y ella ni se volvió a responderle. Tanto María como yo le saludamos con la mano. Si Tina se quedó tranquila en él tampoco observé mayor preocupación. Cerró la puerta al mismo tiempo que por los altavoces se escapaban los acordes musicales de Los Moody Blues y su «*Nights In White Satin*».

—¡Venid, bailemos juntos! —nos pidió Tina abriendo sus brazos para acogernos.

Los tres nos abrazamos, aún no sé qué pudo ocurrir para que sintiéramos una fuerte empatía hacia Tina. Apenas la conocíamos; yo me sentía inmerso en una fuerte atracción desde el primer momento en que la vi. Quizás fue su sonrisa eterna; tal vez su mirada azul cristalina que no

cejaba en perseguirme; probablemente fue su forma de sujetarme, cuando se aferraba a mi brazo, haciéndome sentir la turgencia de sus senos o por qué no pensarlo, fuese el conjunto de todas esas coincidencias en la misma persona lo que me tenía embriagado.

Al principio bailamos en corro, luego juntamos nuestros cuerpos como si fuese uno solo. María me entregó a Tina, mientras ella me abrazaba por detrás. No me atrevía a mirarla, cuando lo hacía, allí me encontraba con sus ojos. Mis manos rodeaban su talle, ella con sus brazos en mis hombros; María dejó de abrazarme para, sin perder su posición, abrazar a Tina contra mí. Eso me convirtió en la mantequilla que está entre dos cuerpos golosos. Digo mantequilla, si se me permite, porque con el calor me estaba derritiendo.

María, con el rostro lívido, se ausentó al baño. Hizo una señal para que continuáramos bailando. No la echamos en falta cuando nuestros labios se encontraron. Fue en uno de esos instantes en que la miré y sonrió; entornó los ojos y abrió sus labios para recibirme. Fue fugaz, placentero. Fui yo el que interrumpió. Me sentía atraído y envuelto por la suavidad de sus manos sobre mi cabeza y, a su vez compungido por mi deslealtad para con María.

—Lo siento, no puedo. No está bien. Apenas nos conocemos. Ambos tenemos pareja —murmuré separándome de Tina. El calor húmedo de sus labios me confería una sensación de no saber si estaba obrando correctamente. Como si fuera una premonición, las luces se apagaron; desde las ventanas del comedor pudimos ver cómo el cielo se tornaba de un color violáceo, pintado por una descarga de relámpagos. Después, el ruido ensordecedor de los truenos hizo temblar los cristales. Sentí más su cercanía.

—Tienes razón —respondió Tina sin separarse ni dejar que yo lo hiciera —, aunque no es del todo cierto lo que dices.

La luz volvió a tiempo de ver cómo bajaba la mirada para que no viera alguna lágrima que, desconcertada, quería abandonar sus ojos y correr con libertad por su cara y caer al vacío. Levantó la testa, sus grandes ojos azules, detrás de su nariz perfilada, ahora se prestaban a confundirlos con un cielo azul visto detrás de un cristal moteado por las gotas de agua que cayeron con la tormenta. Antes de hacerme una confesión inesperada, abrió

sus labios para entregarme otra sonrisa; tras ellos, los dientes separados le proporcionaban un semblante simpático y juvenil.

—Estoy enamorada de ti desde que era una niña —no podía dar crédito a lo que estaba oyendo, me sumergí en un estado de confusión tal que, por un momento, pensé que eran los efluvios del vino que estaban haciendo su efecto en mi atormentado cerebro. Quise interrumpirla y, al advertirlo, me hizo un gesto para que callara y la permitiera continuar. Ya no había música de fondo, se fue con la luz, ni sonidos que me impidieran distraer mi atención sobre lo que no quería oír. Únicamente el ruido del agua y el de los rayos que no cesaban en mostrar su lúgubre luz al exterior, al vacío de la noche.

—¿No te has preguntado por qué conocía tus gustos musicales? —prosiguió—. Nací en Toledo en la calle Plegadero. Mi padre murió siendo yo una niña, mi padrino se hizo cargo de mi madre y de mí. Me llevaba cuando podía al barrio de la fábrica de armas y siempre estabas tú. Tan rubio, tan guapo, destacabas entre los demás chicos. Todos eran morenos y más bajos. En verano, algunas noches, bajábamos mi madre y yo, con él, al río a cenar y yo solo tenía ojos para ti. Habías crecido, llevabas el pelo largo, muy rubio. Te recuerdo con un polo verde ajustado y un pantalón marrón, de campana. Te veía bailar con tus amigos y con chicas, pero tú siempre lo hacías solo. Oía cómo defendías a Los Bravos frente a la opinión de ellos, a los que les gustaban más Los Canarios.

Alguna ventana se abrió empujada por el viento. Me resultaba difícil retirar la vista de los pequeños recovecos en los que mi alma guardaba secretos y quería buscar en cada rincón de mi cerebro aquellos momentos de los que me hablaba Tina. El cielo de la noche se veía sin mirar por la ventana. No conseguí ver en mi interior. Entonces le pregunté:

—¿Quién era tu padrino? ¡Dime su nombre, por favor!

—No lo sé. Recuerdo que le llamaba padrino y que me quería mucho. Siempre que salíamos, él lo hacía disfrazado. Me contaba que era un agente secreto y que nadie debía saberlo. Tanto él como mi madre me hicieron jurar que nunca lo hablaría con nadie y así lo hice. Él dormía en el sótano, nunca bajé. Lo cerraba con llave. De repente todo acabó. Un día dijo que nos teníamos que ir de aquella casa por nuestra seguridad. Nos vinimos a

vivir a este pueblo, nos compró este hostal. No volvimos a verle. Por las noches pensaba en él y te recordaba a ti. Alguna vez le pregunté si te conocía y me dijo que sí. Mi madre decía que era mejor olvidar el pasado y que, al igual que nos cambiamos de casa, teníamos que aprender a cambiar de recuerdos.

Todo eran conjeturas, nada tenía seguro salvo el testimonio de una niña ahora convertida en toda una mujer.

—Lo que te voy a preguntar ya no tiene la mayor importancia. Hace años, sí. No obstante, te agradecería hicieras un esfuerzo y me dijeras si tenía un acento raro tu padrino.

Sus ojos quedaron sujetos como por un espasmo, sin pestañear, incrédula, sin saber si había de responder o no a mi pregunta. Su rostro cambió su imagen angelical por otra llamada al desconcierto. Su cuerpo de carnes fuertes, musculosas, se hizo rígido, huidizo y fugitivo. Tensó todos los músculos, mis brazos que aún permanecían en sus caderas, apreciaron como sus formas suaves tornaron tensas. Me separé de ella.

—Sé que juraste no hablar de ello con nadie. Quizás haya sido el estrés de la noche lo que te ha llevado a bajar la guardia, y ahora te preguntas quién soy yo y si debes seguir hablando conmigo. Si mis elucubraciones son correctas, la persona de la que estamos hablando es mi padre.

—Nunca supe su nombre. Desde que lo conocí le llamaba padrino y su acento era italiano. ¿Entonces mi padrino era tu padre? —se atrevió a preguntar. Cogió una silla y se sentó junto a la mesa. Escondió la cabeza entre sus manos—. Todo esto es muy fuerte para digerirlo sin un buen trago de buen vino. ¡Anda, sírveme una copa!

—Sí —sonreí—. Me serviré yo otra —repuse.

—Que sean tres —oí la voz de María un poco gangosa. Volví para mirarla. Con el rostro demacrado y los labios amoratados, el peinado deshecho y un tacón roto, se dirigía hacia nosotros marcando unas eses perfectas. Su imagen era el más fiel testimonio de quien acaba de vomitar.

—No creo que sea una buena decisión —me atreví a formular. Soltó una mezcla entre hipo y eructo antes de caerse.

Tanto Tina como yo saltamos, veloces a levantarla. Después del primer sobresalto nos miró y, por las muecas de su cara, rompimos a reír los tres.

La incorporé del suelo y la senté en una silla.

—¿Sigues queriendo esa copa?

No respondió. Reclinó la cabeza y se echó a dormir sobre su brazo en la mesa. Tina aprovechó para cerrar las ventanas. Fuera, la lluvia azotaba con crudeza todo lo que encontraba a su paso. El viento proveniente de la sierra arreciaba contra los postigos de las contraventanas de madera. Los goznes, ya viejos y oxidados, chirriaban ante su ímpetu. Luego echó a María por encima el abrigo que se había traído. La ayudé a colocárselo. Nuestros dedos se tocaron como atraídos por un fuerte imán, se negaron a separarse. Nos miramos, nos deseamos en silencio. Despacio, como si la magia desapareciera, se fueron liberando. Tina me esbozó una sonrisa esquiva y yo le respondí cobardemente, dejando que mis ojos huyeran a cualquier rincón del salón.

—Nosotros sí podemos tomar la penúltima, ¿no? —sugirió Tina.

—Sí. ¡Por qué no! —apunté—. Podemos retomar la conversación donde la dejamos, si te parece.

—¿Solo la conversación? —Se atrevió a preguntar burlonamente, pero dejando entrever claramente su malestar por haber roto el momento dulce de nuestro primer beso. No quise entrar en su juego así que, mientras llenaba las copas, fui directo:

—¿Qué edad tienes? ¿Cuántos años llevas aquí?

—Eso son dos preguntas y además me parecen poco elegantes.

Me quedé planchado. Pasados unos segundos y degustando el vino en su boca, soltó:

—Tengo veintiocho años, hace ocho que tu padre nos trajo aquí. Sí, has oído bien, ¡tu padre!, suponiendo que lo sea. Lo que sí es cierto es que, tú y yo, no somos hermanos. Por tanto, tu alma no se perderá por incesto.

—No es esa cuestión la que más me preocupa. Me alegra saber que lo que no disfrutó conmigo, al menos, lo hizo contigo. ¿Vino a veros alguna vez?

Guardé silencio reflexivo. Vacilé sobre qué preguntarle. Necesitaba pensar y rápido. No quería desaprovechar la ocasión de averiguar cosas sobre mi padre, sobre su vida anterior. Es cierto que el lunes, en cuanto llegara al centro, trataría de hablarlo con él. Me acerqué a la ventana, fuera

había dejado de llover. Una ligera bruma se apoderó de la sierra y amenazaba con cubrir los tejados del pueblo. Un arroyo amagaba con abandonar su cauce. Al otro lado de la calle, frente al hostal, un hombre con gabardina y sombrero fumaba un cigarro; su silueta, bajo la luz de la bombilla que pendía de la pared de una casa, era la misma que nos ofrecían los americanos en sus películas de espías.

—Se te ha comido la lengua el gato —oí el susurro de Tina a menos de veinte centímetros de mí.

Una bofetada de humo de tabaco me sacudió en la nariz.

—¿Lo conoces?, por la pinta no parece de este pueblo —pregunté, moviéndome un poco para que ella pudiera verlo.

No ocupó el espacio libre que le dejé para que oteara mejor; al contrario, clavó uno de sus senos sobre mi costado, haciéndome sentir la turgencia del mismo.

—Va a ser cierto que eres hijo de mi padrino. ¿Tú también eres espía? —si no me apartaba de ella, corría peligro de quedar hechizado por la fragancia de su piel. Dejó caer a su suerte lo que le quedaba del cigarrillo. Estrechó un poco más, si cabe, su cuerpo contra el mío. Iba a dejarme llevar cuando, sin separarse de mí, comenzó a proporcionarme datos—. Creo que es uno de mis huéspedes, del tipo de los que tu padre me previno para que me mantuviera en alerta. Después de traernos aquí, vino unas cuantas veces a vernos. Siempre venía disfrazado, ocupaba una habitación que hay en la buhardilla. Cuándo murió Franco, estuvo aquí una semana. Después vino al entierro de mi madre; entonces me dio un número de teléfono y me dijo, que si lo necesitaba, a cualquier hora, lo llamara y que no hacía falta que diera detalles, con que lo saludara, él ya sabía que yo estaba en peligro.

Desde que conocí a Tina, las noticias me venían en tropel. No terminaba de hilar una con otra, cuando me procuraba una nueva. Todo era confuso, en la calle la neblina levantaba y donde antes había un hombre con pinta de espía o de gánster, según uno lo quisiera ver, ahora eran dos los que hablaban. Miré el reloj de la pared y las agujas estaban preparadas para hacer repicar la una de la madrugada. El cajón era de madera noble, se veía viejo y ajado por las aristas, tenía forma octogonal. La esfera con el fondo color marfil, estaba grabada con números romanos pintados de negro, en

relieve blanco. Las agujas eran piezas labradas con forma de flechas. Tenía pinta de ser muy antiguo.

—¿Te gusta? —me dijo Tina.

—Sí, es una verdadera reliquia —observé.

Ella al notar mi indiferencia, se había apartado. Confieso que prefería sentir su proximidad.

—Me lo regaló tu padre, a la vuelta de un viaje que hizo a Italia. Dentro guardó una llave con una carta dándome instrucciones. Siempre tan enigmático e increíble. Le gustaba tenerlo todo controlado.

—Salvatore, se llama Salvatore Aspartana —dije.

Asintió.

—Aún vive. Vivimos juntos desde hace cinco años. Se hace tarde —murmuré.

—Sí. Me ha alegrado verte de nuevo —dijo Tina—. ¿Volveré a verte algún día?

Nuestros cuerpos se juntaron, besé sus labios de forma cándida. Levanté su cara por la barbilla y le susurré:

—Creo que es mejor así, tú tienes pareja y yo también.

—Sí, tienes razón —atajó y fue directa—. Charles y yo no tenemos futuro y a tu novia no le hubiera importado. Desde que me vio no ha cejado en su empeño por llevarme a la cama, a solas o acompañada por ti.

—Lo sé, su actitud no me ha pasado desapercibida.

—No la juzgo, Doménico, al contrario, toda la tarde creí que la noche terminaría así. Lo deseé. Por estar contigo lo hubiera hecho.

Nos separamos y le pedí que me ayudara con María. Tina, asiéndola por un brazo y yo por el otro, intentaríamos incorporarla. El efecto del vino había sido contundente, estaba totalmente dormida. Otra vez nos encontramos a una cuarta el uno del otro, fue entonces cuando reparé que de su cuello pendía un cordoncillo de oro y prendido a él, una medalla. Como aún no habíamos iniciado la acción de levantarla, pasé las yemas de mis dedos, sin ningún miramiento ni rubor, por el canalillo de su escote y cogí la medalla para verla. Era la misma que yo tenía. Por el reverso una inscripción: «*De Jaume para Tina*».

—¿Qué ocurre? —dijo Tina, echándose hacia atrás.

—Nada, me llamó la atención tu medalla. Yo tengo una igual —respondí.

—Era de mi padre. Mi madre me la dio antes de morir. ¿Qué significado tiene? ¡Ay, Doménico!, creo que entre nosotros hay más cosas en común de lo que podríamos pensar.

Guardamos silencio y pasamos al turno de miradas con marcado acento de complicidad. Afuera la tormenta había cesado. Empezaba a hacer frío dentro del salón. Bajo la camisa de Tina, los rabillos de sus pezones acentuaban su presencia.

—Es tarde, tienes que madrugar mañana. Ayúdame a levantar a María, por favor.

—Sí, claro. Sería muy importante para mí que esta conversación no acabe así. Quiero decir que la retomemos en otro momento. Necesito saber cosas y creo que estás en disposición de contármelas —objetó Tina.

—Lo haremos. Pero te advierto que no debes augurar un buen futuro para ti si no cejas en tu ilusión hacia algo que no conoces. Yo solo te puedo traer problemas. Las mujeres que me amaron sufrieron por mi causa.

Echamos la silla hacia atrás y cogí entre mis brazos a María. Tina la cubrió con el abrigo que se le había caído y me acompañó hasta nuestra habitación. Abrió la cama y le quitó el único zapato que llevaba puesto.

—¿Quieres que te ayude a desnudarla o eso sabes tú solito?

—Gracias, creo que debes irte —refunfuñé.

—No, que no se vaya. Tumbaros junto a mí los dos, cada uno a un lado, como los ladrones que acompañaron a Jesús en el Calvario —tartajeó María abriendo sus brazos en señal de acogida.

Apenas si pudimos entender lo que había dicho. Tina me hizo una mueca y dijo:

—Yo, por mi parte, me quedo, será una experiencia excitante dormir con una borracha y un hombre honesto y fiel.

Sonreí. En ese momento María volvió a quedarse dormida. Tina esperó a que me pronunciara y, al no hacerlo, decidió marcharse. Antes de cerrar la puerta la oí resoplar:

—Quizás sea lo mejor. Quizás te había idealizado.

Asentí. Cerró la puerta tras de sí. Pensé que la había ofendido y decidí ir en su búsqueda para disculparme. Abrí y allí estaba esperándome.

—Has tardado demasiado —fue lo único que le permití decir.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Hostal Barbacedo

«No me saques sin razón ni me envaines sin honor».

Anónimo

El *hall* de recepción estaba lleno de gente con sus pequeñas maletas y escopetas enfundadas. Diversidad de hombres ataviados con la indumentaria propia para la montería que se celebraría al día siguiente. Algunas mujeres les acompañaban igualmente vestidas para la ocasión. Todos esperaban, en animada charla, su turno para ser atendidos.

Me llamó la atención el emblema con la bandera de España, de la época de los Reyes Católicos acuñado por el régimen de Franco, ya dado por extinto, que exhibían dos hombres en la solapa de sus abrigos verdes austriacos. Eran abrigos Loden.

Aunque preso, siempre estuve al tanto de la realidad extramuros. Era un símbolo anticonstitucional, por tanto me atreví a prejuzgar a esas personas como muy afines al desaparecido régimen. En uno de ellos destacaba un bigote muy fino, que parecía pintado con un lápiz.

Las ventanas daban al aparcamiento; reparé en que todos los coches eran de gama alta, lo cual me indujo a pensar que sus propietarios eran poseedores de un alto nivel de vida. Probablemente fuesen miembros de la cúpula del antiguo régimen y empresarios con habilidad para cerrar oscuros negocios.

Despuntaba el día y un sol radiante trataba de hacerse hueco entre unas escasas nubes. Los cazadores comentaban que las condiciones climatológicas serían excelentes para pasar un buen día de caza; en tono jocoso hacían plegarias para que les hiciera esa misma temperatura el domingo, que era en realidad cuando saldrían de montería y se solicitaban, entre ellos, información sobre qué hacer o qué lugares visitar hasta llegado

ese momento. El señor del bigote perfilado se les acercó y soltó una «*escopetá*»:

—Yo la víspera de tan magno acontecimiento la pasaré en cama con mi señora —señalando a una mujerona muy repintada que a duras penas podría pasar por su mujer, pues a la vista quedaba la diferencia de edad.

Pasamos al comedor. Serían las nueve de la mañana cuando nos encontramos de nuevo con Tina. Estuvo muy atenta con María, aún con las gafas de sol puestas y lamentándose de gozar de un excelente dolor de cabeza. A mí me guiñó un ojo y se aventuró a decirme:

—Veo que el buen vino te sienta bien.

Sonreí y le dije:

—Más que el buen vino, creo que es el buen yantar y la dulce compañía de dos damas tan encantadoras como vosotras. Por mí, repetimos esta noche —me atreví a solicitar.

—No, por favor, repetir no —intervino María.

Nos reímos y sin quedar en nada firme, no desdeñamos la posibilidad de reunirnos de nuevo para cenar.

—Será complicado tener la intimidad de anoche —advirtió Tina—. Tengo todo el hostal lleno y la mayoría querrán cenar. Bueno, ¿qué os apetece desayunar?

Después de dar debida cuenta de un revuelto de huevos con panceta, tomamos café con leche y unos bollos aún humeantes. La panadería del pueblo estaba cerca y se los entregaban en un pispás. María se recuperó. Eso sí, necesitó de la ayuda de un «optalidón».

Decidimos hacer una pequeña excursión por la zona. Tina nos aconsejó subir hasta La Cruz, nombre con que se conocía al monumento más emblemático del pueblo.

—Disfrutaréis de un paseo muy bonito, no os defraudará —insistió ante nuestra idea de bajar al valle del Tiétar—. Desde allí arriba veréis el pueblo y el valle. Podréis beber agua fresca de cualquiera de las fuentes naturales que os encontréis, incluso puede que halléis animales bebiendo en los arroyos. Los corzos y jabalíes son los más abundantes por esta zona.

Nos pusimos en marcha. Sin que María se diera cuenta, me eché el cuchillo en la parte de atrás del pantalón. La ruta era preciosa, Tina se

quedó corta en sus halagos. Conforme íbamos subiendo, nos encontramos con una zona de riscos; si mirábamos hacia abajo, contemplábamos frondosas gargantas y riachuelos en los que su agua limpia y helada cantaba al pasar por los guijarros desnudos por la erosión de miles de años. Pasamos por un puente de piedra sobre una garganta cuyo fondo parecía se hubiera empedrado de forma manual para facilitar el curso del río. El agua bajaba crecida, con rapidez y turbulencia por lo inclinado del terreno. El sonido, provocado por ella en su lucha contra los pedruscos, nos llegaba con claridad a decenas de metros de altura. El desnivel me avisaba que el curso del torrente rompería, no muy lejos, en alguna cascada.

Hacía un buen rato que me había percatado de que no estábamos solos en nuestra subida. No quise alertar a María para no intranquilizarla. Al final del puente me agazapé detrás de la frondosa arboleda. No me había equivocado, teníamos compañía. María también se dio cuenta. La tranquilicé:

—Son excursionistas igual que nosotros —atajé.

—¡Ya! Por eso te has echado mano al cuchillo. ¿Crees que no me he dado cuenta? —objetó.

—Es por pura rutina —aclaré sin tener claro si la habría convencido, ni tampoco sabía en qué momento me vio ponerlo.

Un kilómetro más adelante, ante nuestros ojos, se encontraba el origen del ruido. Una preciosa cascada digna de ver. Pedí a María que se sentara y descansara, que se relajara mientras yo me apartaba a orinar.

Parapetado detrás de unos arbustos, esperé a que aquellos que nos seguían dieran la cara y no nos hallaran por sorpresa. Pude haberlo hecho antes, al cruzar por un paso estrecho, pero no quise arriesgar y poner en peligro a María. Ella permanecía extasiada contemplando cómo la naturaleza, aun siendo salvaje, se nos presentaba magnánima, permitiéndonos participar de su fuerza, de su belleza. El agua discurría cristalina, limpia, era su primer alto desde el nacimiento. El salto del agua brava, el trinar de pájaros, nos regalaba un ambiente de paz. En ese remanso, y como auguró Tina, unos corzos bebían agua de la balsa creada al final de varias cascadas formadas por la unión de arroyuelos y manantiales de menor caudal y, estoy seguro, que a partir de ese encuentro,

juntos prepararían el inicio de un río. Parecía como si el conjunto de todos ellos, después de sus vertiginosas carreras desde la cima de la sierra, quisieran darse un merecido descanso.

Al norte, monte arriba, a unos doscientos metros divisé el símbolo de Mijares, su monumento más preciado, La Cruz. En la distancia, se la podía contemplar escuálida, sin ninguna figura sobre ella. Presumí que los hombres y mujeres de aquella zona rezarían a sus pies con gran fervor esperando que el Todopoderoso atendiera sus súplicas. Aparentemente eran dos trozos de madera cruzados uno contra el otro, pero seguro que tenía un poder oculto que la hacía merecedora de la devoción de sus seguidores. Yo también quise acogerme a su poder y con recogimiento pedí ayuda. Pedí por María. Pedí por mí. Resulta extraño cómo sin ser creyente o agnóstico, cuando estás en las vísperas de la muerte, entregas tu alma a aquel del que has renegado toda tu vida. Es, en estos momentos, cuando entierras el estado de confusión continuo en el que has vivido, dudando siempre sobre su existencia o ignorando la misma.

No tuve que aguardar demasiado, aparecieron entonces a la vista un par de hombres. Surgieron de manera furtiva y hostil. Un sudor frío corría por mi espalda abajo. Por primera vez en mucho tiempo tuve miedo. María, al verlos, se asustó y gritó. De un brinco, salvó la presencia de los dos invasores y corrió despavorida hacia donde me encontraba. La protegí ocultándola detrás de mí. Eran el hombre gris y su amigo, aquel que fumaba oculto tras el sillón frente a la chimenea; el mismo que la noche anterior lo hacía frente al hostal, bajo la luz mortecina de una bombilla. Hasta ese momento su cara había sido invisible.

—Buenos días, señores —les saludé con más miedo que otra cosa. Traté de aparentar presencia de ánimo para hacerles creer que no me intimidaban. Quise mostrar aplomo y serenidad, pues en esos momentos era vital mantener entereza.

Primero me escrutaron; luego, el hombre invisible, tomó la palabra:

—Buenos días, sentimos haber asustado a la señorita. No era nuestra intención. ¿Verdad, Gutiérrez?

—Cierto —apostilló Gutiérrez, con una sonrisa más falsa que una moneda de cuero, al mismo tiempo que escupía a un lado.

Luego hurgó en el bolsillo interior de la gabardina y extrajo una cajetilla de tabaco, entonces me percaté que de la sobaquera le colgaba una pistola. Mientras encendía un cigarrillo, le dije:

—Pues lo han hecho y más teniendo en cuenta que llevan tiempo siguiéndonos —les referí con gallardía, mientras mi mano derecha, lentamente, había conseguido sacar de la funda el cuchillo. Lo empuñé presto a utilizarlo, recordando aquella frase que los Caballeros de la Edad Media grababan en un lado de su espada toledana: «*No me saques sin razón, ni me envaines sin honor*».

—¡Qué jodido! Es listo el zagal, ¿eh? —apuntó Gutiérrez, al mismo tiempo que se apartaba la gabardina y me mostraba sin ningún disimulo su pistola enfundada.

Ya no se oía el revoloteo de los pájaros, los corzos habían abandonado la charca en donde bebían apaciblemente. Era consciente de que necesitaría algo más que un golpe de suerte para salir con vida de allí. No los conocía y, sin embargo, ellos habían venido en mi búsqueda. La tragedia, el desenlace final, se barruntaba en el ambiente.

—Nos lo advirtieron —dijo el otro, sujetando entre los dientes el cigarro, al igual que lo hacían los personajes secundarios en las películas del oeste. Sacó su pistola y me apuntó al cuerpo, a la vez que me ordenaba:

—¡Ahora, pon las manos al frente que yo las vea! No va a pasar nada, no te hagas el héroe y nadie saldrá herido.

—¿Por qué? ¿Quiénes sois? —traté de ganar tiempo a la llegada de la muerte—. Al menos dejad que ella se vaya.

—Tú saca las manos hacia adelante, despacio; respondes a unas preguntas que queremos hacerte y todos nos vamos. ¿De acuerdo?

No dio tiempo a más conversación. Sonó un disparo y el hombre invisible, pistola en mano, cayó desplomado. Antes de que Gutiérrez desenfundara, le arrojé mi cuchillo que entró lacerante en el centro de su garganta. Hubo unos instantes de peligroso silencio. María seguía aferrada a mi espalda. Traté de dar un paso y ella tiró de mí, como si de un pulpo se tratara. Sentí sus delgados brazos, como si fueran tentáculos, alrededor de mi abdomen. Aprecié sus gritos ahogados, sus lloros de miedo. No habló. No hacía falta, la entendía perfectamente.

Delante de nosotros los dos cuerpos yacían tumbados en el suelo boca arriba, malheridos. Las heridas que presentaban eran mortales de necesidad, por lo que solo cabía esperar una muerte rápida. Apenas si emitían algún quejido. El hombre gris, Gutiérrez, trataba de contenerse la hemorragia. Con las dos manos presionando en el cuello, no podía evitar que la sangre saliera a borbotones. Entró en un estado convulsivo, pataleaba y bufaba hasta que la muerte le llegó.

Respecto del hombre invisible, apellidado Carvallo según rezaba en su documentación, murió de inmediato por el certero disparo que atravesó su corazón. Antes de dejarnos pude oírle gemir pidiendo ayuda.

No muy lejos, cañada abajo, se oían voces y ladridos de perros. Tranquilicé en lo que pude a María, le pedí que se quedara quieta, resguardada entre los matorrales hasta que yo volviera. Avancé como un cuadrúpedo hasta el lugar en donde yacían aquellos desconocidos. Recuperé mi cuchillo arrancándolo de un tirón. De su cuerpo, aún caliente, brotó la sangre con fuerza. No sentí ningún remordimiento ni pena, ni tampoco consuelo hacia ellos, pues de haber podido habrían acabado con nosotros. Lo guardé en su funda y cogí la pistola empuñada de Carvallo. A él no le sería útil en el viaje que acaba de emprender. Comprobé el cargador y le puse el seguro.

—¡Vámonos! Aquí no pintamos nada —ordené a María, aún nerviosa y petrificada. Estaba sentada en cuclillas, tal y como la había dejado hacia unos minutos. Estaba literalmente pegada al suelo presa del pánico que la invadía. Sus pupilas estaban dilatadas. Le tendí mi mano para que se cogiera a ella y se pudiera incorporar con mayor facilidad. No quería hacerlo, lloraba. Miré su entrepierna y descubrí el motivo. Se había orinado encima—. No te azores, pronto acabará todo. Confía en mí, te sacaré de aquí con vida.

No anduvimos más de cien metros cuando cuatro perros, delante de nosotros, nos impedían continuar. Estaban perfectamente adiestrados, el líder era un perro lobo con unos colmillos exageradamente grandes y blancos, los otros eran de raza desconocida para mí; intuí que serían de los usados para dar caza a las presas heridas. Ladraban y mostraban sus fauces iracundos; nos cortaron el paso hacia adelante y hacia atrás. Su orden no era

de atacarnos sino de impedirnos la huida. No sabía quién había disparado, ni quería pararme a averiguarlo. Levanté la pistola y retiré el seguro. María estaba uncida a mí de tal forma que parecía que ambos formábamos parte del mismo cuerpo. Cuando me disponía a abatirlos, al igual que ellos lo hicieron, aparecieron de la nada dos cazadores. Iban completamente ataviados para el camuflaje. Uno de ellos levantó su mano en son de paz, en la otra cargaba un rifle con mira telescópica y me dijo:

—¡Tranquilo Doménico, no dispares! Baja el arma, somos amigos.

—¿Amigos? Manda callar a tus perros o me los cargo. ¿Quiénes sois? —les grité desafiante y fuera de mí. En lugar de bajar el brazo, apunté a la cabeza del que me hablaba. Los dos tenían el rostro cubierto por un pasamontaña—. ¡Descubrid vuestro rostro que lo vea o disparo! ¡Joder!

Se miraron. El que pronunció mi nombre denotaba ser el jefe. Hizo una señal a su compañero y ambos dejaron los rifles en el suelo, dio orden a los perros de que callaran. Luego se quitó el pasamontaña.

* * *

Durante todo el camino de vuelta, hasta el hostal Barbacedo, María no soltó palabra. Todo el camino lo hizo agarrada a mi mano, con fuerza, la vista clavada en el suelo. Dudo que a lo largo de su vida pudiera olvidar fácilmente todo lo que aconteció aquel fin de semana.

Atrás dejamos a los cazadores, ocultando cualquier rastro que permitiera vislumbrar algún atisbo de nuestra presencia en el lugar de los hechos. Nos dijeron que ellos se ocuparían de todo. Me tiraron un trapo para que limpiara mis huellas de la pistola; luego me pidieron que se la entregara. Era una Astra 400, según relataron, hacía muchos años que dejaron de fabricarse y fue usada tanto por el ejército español como por el alemán. Dicho esto, y de ser cierto, dejaba patente que su dueño pudiera haber sido un miembro de cualquier estamento del anterior régimen. Eso, inevitablemente, me conducía a La Hermandad, aquella que creía extinguida.

Al entrar en el pueblo, vimos a una pareja de la Guardia Civil. María me clavó las uñas con tanto ímpetu que alguna se le partió. Al pasar junto a ellos nos miraron. El sol, en todo lo alto, salió victorioso de entre unas

nubes que jugaban a entorpecer la dicha que nos brinda en los días de invierno.

—Buenos días —les dije.

—Buenos días —nos respondieron—. ¿Se encuentran bien?

María se encogió y dio unas arcadas. Uno de los guardias se acercó demasiado y sobre sus pies cayó, con la misma furia que un volcán en plena erupción expulsa la lava, hasta la última brizna de alimento que guardaba en su estómago.

—¡Joder! —exclamó, con solemne enfado.

—Lo siento señor. Está indispuesta desde anoche, no debimos salir del hostal.

—Eso es que está preñada —dijo el otro guardia, escondiendo su risa detrás de un mostacho negro.

—Con su permiso señor, la llevaré a su habitación.

—Lo que necesita es un médico. Estos aires no son buenos para los señoritos de la ciudad.

Asentí y la cogí en brazos. Tina nos debió ver desde el hostal y salió a recibirnos en su coche.

—¿Qué le ha pasado? —me preguntó, al mismo tiempo que fijaba su mirada sobre la pareja de guardias civiles.

—Nada —dijo el guardia del mostacho—. Salvo la vomitera que ha echado en los zapatos del sargento. ¿Los conoces?

Tina ni lo pensó, le salió del alma y así fue más creíble:

—Sí. Es el hijo de mi padrino y su novia. Han venido a verme.

—Pues pronto dejarán de ser novios, «*la tiene preñá*». —¡Jajajaja!, sonaron sus risas sin ninguna gracia ni para nosotros ni para su compañero, el cual, una vez recuperado, me dijo:

—No le hagas caso. ¡Tina!, don Julián salió esta mañana temprano, mira a ver si ha venido ya y que vea a la chica.

—¡Gracias, sargento!

—Déjate de filigranas, puedes llamarme por mi nombre o por mi apellido.

—De acuerdo, Gamboa. Gracias por tu ayuda.

Una vez en el coche Tina me preguntó qué había ocurrido:

—Ahora hablamos, creo que me tienes que contar muchas cosas.

La atmósfera en el interior del coche se hizo irrespirable, se podía cortar el aire. Apenas doscientos metros nos separaban del hostal, ninguno de los tres articulamos palabra. Tina cabeceó un par de veces. María estaba en estado de *shock* y retiró su cara a las caricias de esta. En mi cabeza giraba todo lo ocurrido como piezas sueltas de un puzle que tenía que componer.

Nada más llegar, María abrió las puertas y corrió despavorida hacia el interior. Fui detrás de ella, no sin antes repetirle a Tina que teníamos que hablar. Paré en recepción para coger la llave de la habitación; un chico joven, poco espabilado, trató de someterme a un ligero interrogatorio:

—¿Me quieres dar la llave de la 132 de una puta vez? —grité de manera desmesurada al joven botones.

—Ezequiel, dásela, por favor —oí la voz de Tina desde la entrada.

Cogí las llaves con malos modos y al pasar al lado de ella le dije:

—Te espero en mi habitación, ¡ya!

Su respuesta no fue la de la niña mona, rubia, con aires de princesa nórdica que conocí el día anterior.

—Iré cuando pueda, y que sea la última vez que en mi casa hablas así a un empleado mío.

Al no prestarle atención, me cogió del brazo y me repitió en voz baja, con firmeza.

—¿Me has entendido bien?, pues mírame cuando te hable la próxima vez.

Miré hacia la mano que sujetaba mi brazo Tina me soltó y en dos zancadas subí las escaleras. En la puerta, con la cabeza apoyada entre los brazos estaba María. A sus pies, una mancha de líquido viscoso con fuerte olor a ácido clorhídrico denotaba que había vuelto a vomitar, probablemente, debido al estado de ansiedad que le produjo todo lo vivido hacía una hora. Abrí la puerta y la tomé entre mis brazos, llevándola a la cama.

Limpié su cara con una toalla humedecida y también lo hice con sus cabellos. Saqué de su maletín una pastilla que me pidió y se la acerqué con un vaso de agua. Al rato oí tocar en la puerta.

—Es Tina —le dije a María—. Tengo que hablar con ella.

—Prefiero que no sea aquí, por favor. Estoy bien. ¡Ve!

—De acuerdo, no tardaré. No abras a nadie. Descansa mientras averiguo qué está pasando.

Al salir de la habitación eché una última mirada a María, estaba sentada en la cama encendiendo un cigarrillo. Debía encontrarse en su mundo, en ese lugar al que todos acudimos, dentro de nuestro cerebro, cuando buscamos respuestas y no las encontramos. Volvió a sonar el «*toc toc*» provocado por unos golpes de nudillo sobre la puerta de madera. Abrí y allí estaba Tina. Le pedí hablar en un lugar discreto y me condujo a su estancia, al final del pasillo.

Abrió la puerta y me ofreció que pasara delante. La habitación ocupaba toda la esquina, era diáfana; tan solo estaba la puerta del baño. No existía separación de ambientes definidos. Al fondo estaba su cama, con dos mesitas y un armario. Una mesa y un sofá, frente al televisor sobre un aparador sin puertas, dejaban claro que era la zona dedicada al salón. La balda del aparador, toda cubierta de portarretratos; en las de abajo, se amontonaban botellas de alcohol de distintas clases. Al lado, un frigorífico.

—¿Qué ha pasado? ¿A cuento de qué viene tanto alboroto? —Oí la voz de Tina, tras un portazo.

De una ojeada había memorizado cada punto de la habitación, desde las ventanas se controlaban todos los accesos al hostal y, por extensión, al pueblo. Eran muchas las preguntas que se agolpaban en mi cabeza para poder resolver el puzle que me habían regalado, sin preguntarme si lo quería. Sentí el aliento de ella tras de mí. Me giré y cogiéndola por los brazos le dije:

—Ahora te vas a sentar, quietecita y me cuentas todo, porque aquí quien pregunta soy yo.

—Suelta, me haces daño. No sé de qué me hablas. —Debió pillarme desprevenido o la infravaloré, el caso es que se soltó de mi prisión y se puso en guardia.

—Acabo de matar a un cliente tuyo que no estaba aquí de paseo. No tengo ganas de jugar a hacer *katas*, así que empecemos por el principio. No te lo preguntaré dos veces, ¿quién eres?

El semblante de su cara se tornó rojizo, del mismo color que se le pusieron las orejas. Cejó en su postura de defensa y exclamó:

—¡Dios! ¿Estáis bien vosotros? ¿Y el otro? ¿Qué ha pasado con el otro?

—Deja de moverte como una estúpida de aquí para allá, y dime por qué insististe en que subiéramos al monumento de La Cruz.

—De acuerdo, te contaré todo. ¿Quieres tomar algo? Yo me prepararé una copa de vino.

—Hubiera preferido un café. Pero qué coño, que sean dos —sentencié.

Mientras las preparaba comenzó, lo que sería un largo monólogo.

—Me llamo Agustina Coín Carreras, hija de Jaime Coín y de Guadalupe Carreras. Mi padre, al igual que mi madre, era bueno y honesto. Fue su situación geográfica, en aquella maldita guerra, quien les otorgó el bando. Era guardia civil y su mayor error fue formar parte de La Hermandad del Alcázar. Allí conoció a tu padre y a Giovanni. Junto a ellos, y otros más, decidieron abandonar la actividad y olvidarlo todo. No les dejaron, les hicieron la vida imposible. Por una causa u otra los fueron eliminando, hasta que entre ellos se unieron y formaron la Contra Hermandad. Años más tarde se asociaron bajo el nombre de la Fundación de la Virgen de los Desamparados. Tu padre, Salvatore, fingió su muerte y el mío le dio cobijo. Meses después mi padre murió en circunstancias muy extrañas. Dicen que fue una bala perdida de unos cazadores furtivos, cerca de Los Yébenes. Salvatore juró venganza y prometió cuidar de nosotros. Y así lo hizo. Me educó y formó igual que a un chico, con la pena, para él, de ser a mí y no a ti a quien educaba.

—Es extraño lo que me cuentas, pues no coincide con lo que me contó mi padre, por tanto, presumo que uno de los dos no dice toda la verdad.

—¿A qué te refieres en concreto? —paró de hablar y, sin dejar de mirarme, ofendida, se acercó para entregarme mi copa.

—¿Qué es?

—Vino.

—Eso ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo preguntas?

—La botella, me choca, no había visto una igual.

—¡Ah!, ¿es eso?… ¡vaya! El envase representa a Cuenca y el contenido es un vino de Valdepeñas que me trae Charles, cuando va de montería a Santa Cruz de Mudela —respondió, sin apartar sus ojos de los míos, temiendo los dos pestañear, por miedo a perder algún detalle que delatara las intenciones del otro. Así, en silencio, ambos manteníamos la incertidumbre sobre mi acusación.

Encendió un cigarrillo. Me ofreció uno y decliné la oferta.

—Creí que no conocías a mi padre. Me engañaste —aseveré, incidiendo en la conversación inicial.

—Creíste muchas cosas, creíste lo que yo quería que vieras —dijo expeliendo el humo desde el fondo de sus pulmones—. Y bien, ¿me desvelarás tus acusaciones o las debo considerar como un truco de gañán en una feria de ganado?

—Necesito conocer todo lo que sepas de la relación entre mi padre y La Hermandad.

Asintió. Bebió y continuó hablando. De vez en cuando paraba para encender otro cigarrillo o rellenar su copa.

—Es muy temprano y eres muy joven para beber tanto —le advertí.

—Como te decía —prosiguió con su relato, sin entrar en mi comentario —. Los de la contra se fueron agrupando y cada vez eran más los que se unían a ellos, también ocurrió, como en las películas, que había agentes dobles. Todo o casi todo marchaba en contra de La Hermandad, hasta que apareciste tú en escena. Cometiste un grave error al dar muerte a Corrochano, era un falangista muy activo y revolvieron «*Roma con Santiago*» en su búsqueda. Tu padre casi se vuelve loco cuando encontró el cadáver a la entrada del pasadizo. Aún restallaban en su cabeza las heridas por el asunto de Julia.

Mientras hablaba, yo la escuchaba sin pestañear. Todos los datos que me aportaba tenían visos de ser creíbles, pues en los referentes a mí, demostraba que estaba bien informada. Decidí atajar la conversación e ir al grano.

—Hay que ver de lo que es capaz de hacer el alcohol —la interrumpí sin ningún rubor—. Lo que ayer era materia de secreto y conciencia, hoy es de fácil conversación.

—Pensé que querías saber todo.

—Y acertaste. Pero quizás deba ser Salvatore a quien competa aportarme estos datos. Datos que considero son de índole familiar. Los recuerdos gráficos y objetos que veo por toda tu habitación son de valor sentimental para los dos. Aunque me temo que cada uno los apreciaremos de distinta manera.

Tina me observaba desconcertada sentada a horcajadas sobre el brazo del sofá en sus manos abrigaba la copa de vino. Opté por retomar la conversación y reconducirla a la parte que me interesaba. De lo otro, del pasado, decidí que debía ser Salvatore quien me lo contara.

—Tengo entendido que Salvatore huyó a Italia durante unos años, si lo doy por cierto, ¿cómo es que te cuidaba a ti?, ¿acaso tenía el don de la ubicuidad?

—Creo que tu padre te sobreestima, incluso yo me planteo que tengas un mínimo de inteligencia racional, a veces te comportas como un auténtico «*descalabra pesebres*».

—Centrémonos —dije, con pasmosa naturalidad y sabiendo que ella había desguarnecido sus defensas por la ira, sus pupilas comenzaban a dilatarse y su rostro a desencajarse. Ahora tenía yo, la oportunidad de pasar al ataque y no la desaprovecharía—, tus bravatas verbales no me inmutan, por tanto, te repito: si mi padre huyó a Italia y cuando volvió se refugió en la casa del Callejón de los Muertos, no recibiendo más visita y ayuda que la de Don Giovanni, ¿cómo es posible que él viviera contigo y con tu madre? ¿No crees que ya has mentido demasiado? ¿Quién hizo la reserva en el hostal?

Se apartó y me apartó de un manotazo.

—¡Eres gilipollas! —Exclamó fuera de sí—. Me llamó tu padre y me dijo que quizás vinieras con tu novia. Me advirtió que estuviera preparada por si ocurría algo. La reserva la hizo Anna Alcaraz, la abogada de la Fundación. Respecto a tus dudas sobre si tu padre vivió o no con nosotros, lo que has relatado también es cierto. Al principio se quedó en casa y luego se marchó. Cuando volvió era otro, se mostraba taciturno. Se acomodó en el sótano y descubrió que comunicaba con un pasadizo secreto. Compró la casa de la calle de atrás y, con ese hermetismo propio en él, inició el

acondicionamiento y unión de las dos viviendas. Las contadas ocasiones en que salía con nosotras, lo hacía disfrazado. ¿Satisfecha tu curiosidad?

Se puso en jarras, desafiante. Temí que me arrojara el vino y se me tirara encima. Así que decidí templar gaitas y recoger amarras. Tiempo habría si fuera necesario volver a la andanada.

—Digamos que de momento, sobre ese aspecto, corremos un tupido velo y nos centramos en lo que ha pasado aquí, hoy. ¿No hablaste con nadie más? —le requerí.

Llegados a este punto conseguí que se relajara y que continuara explicándome lo relacionado con nuestra llegada. Mirándonos, guardamos una solemne pausa. Abrí los brazos invitándola a romper el incómodo silencio.

—No. Únicamente con Charles. Juntos preparamos la estrategia. Fingimos ser novios, así él podría moverse por el hostal sin levantar recelos ante nadie.

Llegado ese momento, tuve entonces la sospechosa certeza de que todo lo que ocurrió el viernes por la noche no fue mera coincidencia, sino que correspondía a un plan trazado con premeditación, lo cual me condujo a pensar que ni tan siquiera sus besos fueron dados desde el corazón. Arqueé una ceja y simulé no estar afectado, por lo que creí fue un golpe en mi henchido ego. Dicho lo anterior, de ser cierto este descubrimiento, me convertía en un estúpido engreído, pues ya era la segunda vez que me dejaba seducir por los cantos de sirena de una jugosa y apetecible mujer.

—¿Entonces, vuestra discusión sobre la ausencia prematura de Charles formaba parte de una estrategia? —insistí en el mismo asunto pues no quería imaginar que todo lo que aconteció entre ella y yo, fuera producto de su actuación prodigiosa.

—Sí —asintió Tina, mirándome a los ojos con despiadada crueldad.

—¡Bravo! —vitoreé y aplaudí—. Perfecta actuación la vuestra. Fuimos agasajados por dos actores perfectamente entrenados en el arte del engaño.

—Gracias, aunque noto cierta acritud en tus palabras —dijo con sorna.

Dejó la copa en la mesa con un fuerte golpe, se levantó y puso su mentón a una cuarta del mío y gritó coléricamente:

—¡Por Dios Santo, Doménico!, ¿quieres dejar de comportarte como un crio al que se le ha pillado haciéndose una paja? Se trataba de protegeros, ¡esa era mi misión!

Guardamos silencio, ninguno titubeamos, nuestras miradas desafiantes se enfrentaron, atrás quedaron nuestros besos y arrumacos. Se dio la vuelta y anduvo unos pasos para tomar aliento, luego ya más calmada, prosiguió:

—Desde que llegaron sospechamos de ellos. Hablé con tu padre y corroboró nuestras dudas. Al que tú mataste, se llamaba Ginés Gutiérrez, era un delincuente de poca monta, perteneciente al Movimiento Nacional; el otro, era Lázaro Carvallo, también de dudosa reputación, que fue expulsado de La Brigada de lo Social. Sus malas artes y crueles interrogatorios le condujeron a una jubilación anticipada con la entrada de la democracia.

—¿Si tenías sospechas de que corríamos verdadero peligro, por qué no me advertiste? Pudieron matarnos, ¿lo entiendes? —atajé, cogiéndola por los brazos.

—Suéltame, me haces daño.

—Disculpa. Me siento impotente ante todo lo que ha ocurrido.

—No pasa nada —me dijo al mismo tiempo que yo la soltaba—. Queríamos saber cuáles eran sus planes, por eso pensé en serviros una cena fraternal. Estoy segura de que Gutiérrez fingió querer cenar, en mi opinión fue una argucia para saber de vuestros planes. Bailando, los vimos merodeando por los alrededores del hostal. Entonces, decidí que Charles se fuese para vigilarlos. Por la mañana, cuando os marchasteis después de hablar conmigo, le llamé indicándole la ruta que ibais a hacer, para que os protegiera. Como pudiste comprobar, era una zona escarpada y de poco tránsito, por eso era muy importante que accedierais a hacer la excursión adonde y por donde yo os dije.

—Estuvimos en peligro. ¿Eres consciente de tu negligencia?

—Sí y lo siento. Pero de nada hubiera servido avisarte, habrías actuado *motu proprio*. Ahora me preocupa saber qué ha sido de Carvallo.

—Lo eliminó Charles de un certero disparo a distancia. Pero pudieron habernos matado si no hubieran vendido nuestra piel antes de cazarnos. Les mató su exceso de confianza.

—¡Dios mío! Me alegro.

Se abalanzó hacia mí y se abrazó a mi cuerpo férreo y frío. Despacio retiró sus brazos. Conforme se recostaba sobre el sofá la puse al tanto de lo que había ocurrido allí arriba. Apenas terminé de ponerla al tanto de cuanto ocurrió, entró Charles. No le preguntamos nada, directamente se sirvió una copa y mirando por la ventana nos contó que habían despeñado su coche con ellos dentro. Luego le prendieron fuego.

—Antes, al que disparé, le saqué la bala de su cuerpo abriéndolo como si fuera un cochino —refirió con pasmosa frialdad.

Le llamé:

—¡Eh, Charles! —cuando se giró le propiné un puñetazo tan fuerte que hizo que su cuerpo se tambaleara y cayera al suelo.

—¿Qué haces, estás loco? —intervino Tina.

—Tardó demasiado —dije yo, dando por terminada la reunión.

Me encaminé hacia la puerta con paso firme y decidido, ya tenía suficientes datos, ahora María me necesitaba y yo debía estar con ella. No volví para despedirme, ni tan siquiera con la mirada, tras de mi cerré la puerta. Allí en el suelo, dejé a Charles con una mano sobre su barbilla dolorida; a su lado, Tina preocupándose de su estado. Cuando estaba a punto de abrir la puerta de nuestra habitación, la oí decirme:

—¡Eh, Doménico! Mis besos fueron de verdad.

Pensé en decirle: «¡Vete a la mierda!», pero callé y en vez de perderme entre los abrazos rotos de María, decidí volver hacia el lugar en donde estaba Tina. En un intervalo tan corto de tiempo mi mente aturdida cambió. Ella, apoyada sobre el umbral de la puerta, esperaba mi llegada con los brazos y piernas cruzados. Entonces me miró. Ahora era yo el que no era capaz de resistir su mirada. Sus ojos morunos del color del mar, en una tarde brava, reposaban tras el telar de sus pestañas. El pelo echado hacia un lado del cuello dejaba al descubierto la mitad de su belleza. Ella, al igual que un depredador, olió mi sangre y trató de sacar provecho de su ventaja. Creyó verme débil y, ante mi silencio, susurró cálidamente unas palabras cautivadoras, sensuales:

—Has vuelto, ¿te das cuenta? Eso es porque tú también sospechas de que entre nosotros hay algo más.

—Sí, he vuelto, pero no para caer en tus brazos, sino para decirte que el amor no es un juego. Y tú has jugado, debes aprender a amar. Hace años que yo también jugué con los sentimientos de una mujer y te aseguro que el final no fue el deseado.

—Me puedes enseñar mucho, darme mil consejos, pero no me digas qué es amar, porque amo profundamente desde que me levanto cada día.

Hay algo especial en ti que me tiene atrapada y que forma parte de mí. Si algo puedes enseñarme es a llorar, porque si algo sé y corre por mis venas es el amor.

—Ya está fuera de lugar, quizás sea demasiado contundente en mis respuestas. Pero no hay vuelta atrás —le dije dando por concluida la conversación—. Nos iremos esta misma tarde.

—Como quieras —me dijo con tristeza. No atisbé en sus ojos ningún rasgo que me permitiera sentir aflicción por lo que le dije. Probablemente tenía razón cuando me dijo que a lo único que podría enseñarle era a llorar. Tomó mi brazo y balbuceo:

—Te quiero. Te querré y pensaré en ti cada día de mi vida.

Di media vuelta y ahora sí, con la firme decisión de no continuar con ese juego. No volví la vista atrás.

* * *

Una hora antes María se había quedado sentada en la cama. En el interior de su cabeza giraban los últimos acontecimientos con virulencia, se preguntaba por qué esos dos hombres los quisieron matar. Volvió a encender otro cigarrillo, era el tercero desde que marchó Doménico con Tina. Se había tomado un ansiolítico y algún somnífero para dormir. El estómago comenzó a dolerle, probablemente fuese por las pastillas al tenerlo vacío. Recordó cómo vomitó en los pies del guardia civil. Miró en su bolso de viaje en búsqueda de algún protector para el estómago. Maldijo su mala suerte al no encontrar nada. Pensó que no era justo lo que le ocurría desde que conoció a Doménico, planteándose si merecía la pena amar a alguien con tantos problemas. No podía dormirse, así que decidió llamar a recepción y que le subieran algo frugal para comer y una botella

de agua con gas. Sonaron unos golpes en la puerta, se había quedado un poco dormida. Somnolienta respondió:

—Sí, ¿quién es?

—Servicio de habitaciones —oyó desde el otro lado. Con bastante torpeza se levantó, sin darse cuenta que no llevaba los pantalones puestos. Abrió y permitió que pasara:

—¡Póngalo allí encima, por favor! —ordenó señalando la mesita.

Así lo hizo la persona que portaba la bandeja. Antes de irse María observó que la botella venía destapada.

—Un momento —llamó la atención al camarero, el cual no quitaba los ojos de su cuerpo semidesnudo, dándose cuenta en ese instante de su estado y cubriéndose como pudo con las manos— viene abierta, ¿por qué?

—Siempre lo hacemos así, señora —respondió sin retirar su mirada lasciva y ofensiva del cuerpo de María.

—¡Váyase y deje de mirarme!

El camarero se retiró y María la emprendió a dentelladas con el bocadillo. De dos tragos casi se bebió la botella, de medio litro de agua mineral que le había llevado. Decidió meterse en la bañera y esperar allí hasta que viniera Doménico. Pensó que un baño de agua caliente y mucha espuma le vendría bien. Al intentar erguir su cuerpo notó cómo las piernas le pesaban, sentía cómo sus ojos se cerraban en contra de sus intenciones. Con torpeza consiguió desnudarse y llegar hasta el baño; echó gel, abrió el grifo de agua caliente, percibía que se caía; la mente y la mirada las tenía nubladas. Oyó un ruido en la habitación y pidió ayuda:

—¡Doménico! ¿Eres, tú? —nadie respondió a su llamada. Como pudo, sujetándose en el lavabo primero y luego en la puerta entreabierta vio una figura. Un fuerte golpe en la cabeza hizo que se desplomara. Antes del golpe pudo oír:

—Deberías estar dormida. Ahora lo harás.

Soñó que paseaba por el campo de la mano de Doménico mientras los niños corrían. Sí, se dijo, podríamos haber tenido muchos hijos.

* * *

Todo lo que le había dicho a Tina debería apuntarlo y guardarlo en esa parte del cerebro que nos recuerda qué cosas no debemos repetir, pues me estaba convirtiendo en un ser promiscuo.

Pero el destino, ese juez imprevisto que nos enfrenta a situaciones no controladas, me tenía reservadas más sorpresas. El pasillo estaba iluminado por los últimos rayos de sol que llegaban a través de la cristalera de una ventana situada en el otro extremo.

Conforme me acercaba a nuestra habitación, sentí el chapotear de mis zapatos por el suelo firme del corredor, encendí las luces y observé que por debajo de nuestra puerta salía agua; sin saber por qué me alarmé y grité a Tina que viniera corriendo. Al abrir, me encontré a María desnuda en el suelo, sobre un tapiz de agua roja. Me acerqué a ella y comprobé que respiraba. Tenía un golpe en la sien por donde fluía un hilo de sangre. En la habitación no había nadie, tampoco en el baño. Cerré el grifo de la bañera, fueron momentos de pánico, la levanté y la recogí entre mis brazos gritando su nombre. Maldije a quien hubiera sido y, por mi mente malsana cabalgaron todos los demonios de la muerte.

Sobre su mesita había una bandeja con una botella de agua. Entre los dos la subimos a la cama y la cubrimos con una sábana. Limpié su cara y cabeza hasta ver que solo tenía un golpe. Tratamos de contener la pequeña hemorragia con una toalla. De forma fugaz, a vista de pájaro, revisé la habitación para comprobar si alguien había entrado a robar, y todo estaba en orden. Alguien había intentado matarla, en venganza, por algo que yo había hecho.

A los gritos de Tina acudió Charles. Después, todo fueron voces y carreras. La puerta se taponó con los curiosos de otras habitaciones que querían ayudar o más bien husmear. La Guardia Civil actuó con rapidez personándose en el lugar. Enseguida noté su presencia:

—¡Váyanse cada uno a su habitación! —pidió por favor el sargento, abriéndose paso a golpe de empujones, hasta llegar a la cama donde yacía postrada María.

Ante la reticencia de algunos a perder su posición de espectadores de lujo en sesiones macabras, su compañero comenzó a empujarlos con la culata de su fusil.

—¿Es que no han oído al sargento? ¡Circulen, coño!, o me los llevo al cuartelillo —entró y cerró la puerta, se quitó el tricornio y sobre su cabeza quedaba reflejada la marca de este. Daba una imagen feroz con el pelo rapado y el mostacho negro.

—¡Juárez, quédese fuera! —le ordenó el sargento— y asegúrese de que no entra nadie salvo el médico. Otra cosa, insista a los de la ambulancia o esta chica se nos va.

La tensión, los nervios me mataban, fueron momentos de silencio contrito. Me flagelaba mentalmente una y otra vez. Golpeaba mi cabeza contra la pared, repitiendo que la culpa era mía por haberla dejado sola.

—¿Quiere callarse de una vez?, esa actitud no ayuda. Ya tendrá tiempo de contarme lo que sepa —intervino el sargento, con mal talante.

Tina me abrazó y me pidió sosiego.

—Saldrá de esta y cogeremos al cabrón que lo hizo —me susurró, a la vez que me besaba.

Al rato apareció don Julián, el médico del pueblo. Sobre la marcha abrió su maletín y se acercó a María.

—¿Qué ha ocurrido? —requirió información a la vez que le tomaba el pulso en su muñeca. Someramente le expliqué lo poco que sabía. Sacó del maletín un fonendo y aplicándoselo en los oídos la auscultó.

—¡Respira! —concluyó.

Tina estaba sobrecogida y yo acongojado; oír al doctor me tranquilizó, creo que todos albergamos una pizca de esperanza. Incluso entreví un amago de sonrisa en los labios de María.

—Sin embargo, su corazón late demasiado deprisa, quizás tenga una hemorragia interna —observó mirando a Gamboa.

—¿Vivirá? —inquirió éste.

Las esperanzas que nos había dado un minuto antes, ahora percibía cómo se esfumaban, dando paso a un estado de elucubraciones sobre si se salvaría o no. Don Julián era muy lento en dar respuestas por lo que esas pausas en sus diagnósticos nos tenían sobrecogidos.

—Es pronto para decirlo, pero como tarde mucho en llegar la ambulancia puede no contarlo —respondió al mismo tiempo que retiraba la

toalla de su cabeza. La hemorragia había cesado. Le examinó las pupilas e hizo lo propio para que mostrara sus reflejos.

Una hora después, una ambulancia llegada desde Talavera de la Reina, se la llevaba inconsciente. En un principio, el sargento Gamboa no permitía que la acompañara, pues tenía que interrogarme; para él todos éramos sospechosos. Tina le convenció y me dejó marchar:

—¡Déjalo ir con ella, por favor! Si se despierta será bueno que vea a alguien conocido a su lado. —Miró a los de la ambulancia y a don Julián y todos asintieron afirmativamente.

—De acuerdo, espero no me la líes y desaparezcas —convino, reafirmando su posición con una mirada aprobatoria.

—No lo haré, soy hombre con palabra de honor —intervine yo.

—¿A qué hospital la lleváis? —preguntó el sargento Gamboa.

—Al Virgen de Prado de Talavera, señor —respondió en tono militar el joven conductor de la ambulancia, que por su corte de pelo daba a entender que hacía poco tiempo que se había licenciado. Este aspecto, tampoco le pasó desapercibido a Gamboa, el cual formuló su pregunta al tiempo que salíamos de la habitación.

—¿Y dónde serviste?

—¿Éste?, este es un enchufado, hizo la mili de voluntario en la Cruz Roja —atajó su compañero ávido por hacerse notar—. Yo la hice en Ciudad Real, eso sí que es una mili puteada. ¡Claro que… a mí me fue bien, pues era el ayudante del capitán médico!

Toda esta conversación se formaba al mismo tiempo que de manera profesional y diligentemente avanzaban, ante la mirada aún presente de algunos curiosos hacia la ambulancia. Ayudé a subirla y antes de cerrar las puertas volví a oír a Gamboa:

—Usted no se mueva de allí, ¿me ha entendido? —insistió con vehemencia.

El viaje fue angustioso. No muy lejos de nuestro camino pude ver el rastro silencioso de una columna de humo negro que salía de un barranco. Oí comentar al ayudante del conductor advertirle que tuviera cuidado: «no nos vaya a ocurrir lo que a esos desgraciados».

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—No sé gran cosa; un coche con dos personas cayó al barranco y quedaron atrapados en su interior. El fuego se los comió. Cuando salíamos para acá, llegaban ellos con otros compañeros nuestros.

A nuestra llegada al hospital de Talavera de la Reina, nos esperaba el equipo médico de urgencias. No consintieron que entrara con ella. La Guardia Civil también hizo acto de presencia, tenían orden de retenerme. Nos sentamos en la sala de espera. Les pregunté por qué me detenían y su respuesta fue que recibieron la orden de retenerme hasta que vinieran a por mí. Los nervios, las dudas me consumían. Pensaba en ella y en quién pudo haberlo hecho. Fue un acto cobarde que no quedaría impune, me decía a mí mismo continuadamente una y mil veces. Refugié mi rostro lleno de ira y furia entre mis manos. Quise llorar, pero no me atreví a hacerlo. Entonces oí una voz familiar, aparté las manos de mi rostro huidizo y allí estaba, delante de mí, Salvatore. Lo reconocí por la voz, mas no por su aspecto, pues venía perfectamente caracterizado. Fingió conocerme, no así Anna que en su papel de abogada mostró sus credenciales. Traían firmada una orden judicial para que me liberaran y ellos se harían cargo de mi custodia, para volver a recluirme en el centro psiquiátrico.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

Orden de los desamparados

«Matad al niño y dejad que nazca el hombre».

George R. R. Martin

En la puerta del hospital nos esperaba el Mercedes de color negro de mi padre. En la parte delantera se elevaba reluciente y señorial la estrella anillada que lo relacionaba con la marca y su poderío. Entonces me vino a la mente un juego gamberro que de pequeños hacíamos en el barrio, a los coches de los turistas, consistente en coleccionar las estrellas de estos coches, y debería omitir que, para tenerlas, había que arrancarlas.

Una vez acomodados en su interior, el señor que conducía se volvió hacia mí y se presentó como Pedro Hermoso. A su lado, de copiloto, se sentó mi padre que vestía un traje gris alpaca, con una corbata de tonos rojos y fucsias suaves que le ofrecían un aspecto muy elegante y saludable. Se había pegado un bigote estrecho y el pelo se lo había engominado hacia atrás. Sus ojos azules ahora se tornaban grises. En la boca me pareció que se había implantado una dentadura postiza, que terminaba por desfigurar completamente su fisonomía.

Atrás, junto a mí, iba Anna tan guapa y exuberante como siempre. Ella se decidió por un traje de chaqueta, con falda de cuadros marrones y verdes. Llevaba un bolso de mano y un maletín.

—No te preocupes, se encuentra bien. Está vigilada y fuera de peligro, en unos días la tendremos con nosotros —me dijo Salvatore antes de ponernos en marcha.

Abandonamos el hospital dejando allí a María. Le agradecí en silencio la información, mientras unas pequeñas gotas cautivas en mis ojos, los humedecían. Opté por cerrarlos y pensar en los buenos momentos que habíamos vivido juntos. Por extraño que parezca, cuando amas de verdad a

alguien, solo recuerdas lo mejor de esa persona y aparcas, ocultas, en lo más profundo de tu cerebro, los sinsabores, los instantes negativos. Entonces vino a mi mente aquella ocasión en que me preguntó si algún día sería suyo; en su interior recelaba de mi amor por Julia y sin titubear le respondí: «Soy más tuyo que mío, porque ahora sé que nunca fui de nadie hasta que apareciste tú».

Dormité durante un tiempo, lo suficiente para despertar en medio de una carretera estrecha y mal pavimentada. Un fuerte exabrupto del chófer, tras meterse de lleno en un bache, hizo que me despertara.

—¡Me cago en Sos! —repitió, aún con más vehemencia.

—¡Hermoso!, deja de jurar y ve más atento, ¡joder! —le recriminó mi padre.

—¿Qué tal te encuentras? —murmuró Anna, cogiendo mi mano.

—Cabreado, muy dolorido por no haber podido hacer nada.

—No te martirices, no estabas allí. Todo lo que hiciste estuvo bien, la culpa es mía por no haberte advertido. Lo que ha ocurrido hoy tendrá consecuencias. Debes prepararte para lo que se te ha elegido —tomó Salvatore la dirección de la conversación.

—Espera, ¿qué me estás diciendo? ¿De qué coño estás hablando? Mi destino lo elijo yo, ¿entiendes?

—Ya es tarde para ello, ¿no crees? —atajó con sequedad.

Anna mantenía mi mano entre las suyas, sus caricias no conseguían aplacar mi enojado estado de ansiedad. Pasamos un cruce con un indicador a Mijares, pero el conductor tomó otro.

—¿Adónde vamos? —solicité al percatarme del cambio.

—A Candeleda.

—Creí que iríamos a Mijares —refunfuñé.

—Sí, pero antes quiero ver a un amigo, haremos una pequeña parada en su casa. Necesito cierta información —insistió Salvatore—. No nos pilla de paso, tendremos que alterar la ruta y dar un pequeño rodeo. Aprovecharemos para repostar y comer algo. Después iremos a Mijares, tienes que declarar en la Guardia Civil sobre lo que le ocurrió a María.

—¿Y a qué hora pretendes que declare ante la Guardia Civil?

—Si no es hoy, será mañana —intervino Anna—. Además, hay cosas más importantes que debes saber.

Ya hacía tiempo que había soltado mi mano y se había desplazado por completo al otro lado del coche, así sus palabras aparecían revestidas de cierto formalismo. Pude observar que tenía unas piernas largas y fuertes. Se había despojado de la chaqueta y llevaba desabrochado los botones de la camisa, justo hasta dejar a la intuición, y deseos del que la mirara, el nacimiento de sus pechos.

—Creemos que detrás de lo que ha pasado está Ticio —intervino ahora Pedro, el conductor.

Me encogí de hombros dando poco crédito a sus palabras. Salvatore permanecía en silencio observando todos mis gestos y movimientos, a través del espejo retrovisor del interior del coche. Tanto Anna como yo, aprovechamos ese leve *impasse* para acomodarnos, de tal forma que al hablar nos viésemos la cara. Decidí interrumpirle con un tono de voz burlón.

—¿Ticio? Solo oír su nombre me pone enfermo. ¿Cómo pudo saber que vendríamos aquí? —Observé, cuestionando la versión de Pedro Hermoso. El hecho de que súbitamente apareciese en esta historia me dejó patidifuso.

—Únicamente nosotros sabíamos que vendríais a Mijares. Sobre mi mesa estaba el escrito dirigido al juez de vigilancia penitenciaria solicitando permiso para ti en estos días; al lado, unas notas garabateadas, con el nombre del hostal y el pueblo —ahora era Anna la que tomaba el control de la conversación—. Lo vi salir de mi despacho, al preguntarle qué hacía allí me respondió qué vio la puerta abierta y se tomó esa licencia.

Conforme Anna exponía los hechos que ellos daban por ciertos, sus palabras penetraban como cristales rotos por mis oídos, clavándose en mi cerebro. Lo notó y guardó un reposo en sus manifestaciones. Entonces aproveché para lanzar un exabrupto:

—¡Maldito cabrón! Debí acabar con él. Pero tú y tu gente me lo impedisteis —culpé a Salvatore señalándole con el dedo índice en continuo movimiento.

—Cometimos un error. Pero no el de perdonarle la vida. Su castigo puede esperar, tu libertad no. Nunca lo tuvimos en cautela. Ahora sabemos

que su padre nunca lo abandonó, fingieron esa historia para que el pueblo de Jaén cejara en sus protestas y estas no afectaran a su posición política —insistía Anna en sus explicaciones, sin que Salvatore mostrara el más mínimo signo de contrariedad por los comentarios que le había hecho hacía unos minutos—. Nos engañó a todos —puntualizó.

—¿Lo conocías? ¿Conocías a su padre? —me dirigí a Salvatore.

—Sí, pero no me acordaba de él. Era un falangista, un señorito andaluz que se enroló en las fuerzas de Queipo de Llano y luego marchó con el general Varela sobre Toledo. También estuvo en la liberación del Alcázar y participó en la fundación de La Hermandad. A su peculio particular agregó todo lo que pudo y más, con sus saqueos. Llegó a ser el jefe del movimiento en Jaén y procurador de las Cortes franquistas. Ahora es senador.

—Acabaré con Ticio —sentencié, golpeando con virulencia sobre el asiento del conductor el cual, asustado, dio un «*volantazo*» que casi nos echa fuera de la carretera.

—Tiene genio el chaval, me recuerda mucho a ti —dijo una vez se hizo con la situación y detuvo el coche en el arcén.

—¿Te quieres calmar? —me reclamó mi padre con la voz pausada y sin gritar. Ahora era él quien me señalaba con el dedo índice y pude comprobar en su rostro una amenaza velada hacia mí—. Debes pensar más antes de actuar, te sobra sangre en el cerebro y te falta paciencia. Te he instruido en diferentes técnicas para contactar con tu interior, debes llevarlos a la práctica, no solo en el tatami. Llevas preparándote cinco años, a veces pongo en dudas tu aptitud.

Todos callamos. Asentí reconociéndole como líder. Pasado el tiempo que él creyó necesario, hizo un gesto a Pedro Hermoso para que se pusiera en movimiento. Traicioneramente la noche se había llevado la tarde, no me di cuenta de ello hasta ver los aguijonazos luminosos de los focos del coche sobre la carretera negra sin pintar. Miré la hora, serían las cuatro de la tarde, entonces miré por la ventanilla buscando el cielo azul y su lugar lo ocupaban unas nubes negras a punto de soltar su carga sobre las faldas de la Sierra de Gredos. Al fondo, cuatro luces desparramadas, eran indiciarias de que nuestra primera parada estaba cerca.

—Pronto saldrás libre y volverás a abrir la librería, que te servirá de tapadera. Deberás instruirte en el arte de pasar inadvertido, a no inmiscuirte en problemas que no interesan a nadie. Tu misión está destinada a salvar a mucha gente, no a unos pocos que pongan en peligro a la organización.

—Creo que estás extendiendo demasiado tu brazo, que no tienes ningún derecho a diseñar mi futuro. He vivido sin ti, he cometido errores que ya he pagado. Ahora es mi momento y yo seré quien marque las etapas de la vida que quiero vivir. Lo haré a mi manera.

—Todo cuanto has dicho es cierto y puede ser justo, pero ya es tarde. Esas etapas de las que hablas están marcadas por tu pasado y, como bien sabes, el pasado no se puede alterar, forman parte de tu personalidad. Nunca hubiera querido que estuvieras en la Orden de los Desamparados, pero tú solo has forjado los cimientos de lo que será tu futuro, muy distinto al que tu madre y yo deseábamos. Se te unirán Tina y Charles. Anna será tu conexión conmigo. Al resto de la familia la tratarás como tal. Especial trato deberás tener con Isabella.

No quería discutir en ese momento, pues tenía la sensación de que aún lo necesitaba para que me consiguiera el indulto, pero al oír el nombre de Isabella me quedé dubitativo sobre los propósitos de Salvatore.

—¿Qué tiene que ver Isabella en esta historia? ¿No tienes bastante con dirigir mi vida, sino que además la inmiscuyes a ella? —le dije reprobando sus comentarios—. ¡Déjala fuera!

—Isabella tiene conciencia, sabe lo que hace y lo que quiere. Es su decisión, y no puedo aportarte más datos en estos momentos, de cómo ayudará a extinguir lo que ya no debería existir. Quiere continuar con el legado de su padre y cree que la mejor forma es trabajando con nosotros.

—Salvatore, creo que es esta la gasolinera. ¿Dónde aparco? —le interrumpió Pedro Hermoso.

—Allí está Julio, sigue sus indicaciones —ordenó Salvatore.

Delante del coche, a unos cincuenta metros, había un hombre haciendo señales para que le siguiéramos. Nos condujo a la parte de atrás del restaurante, al otro lado quedaba la gasolinera. Bajamos del coche en el lugar que nos indicó Julio. Salvatore y él se fundieron en un solemne abrazo. Entre ellos cruzaron palabras de bienvenida, luego repitió el mismo

gesto con Anna. Después abrazó a Pedro Hermoso y gastaron bromas sobre lo bien que les iba la vida a cada uno de ellos. Por último, vino hacia mí, se quedó parado contemplándome, giró la cabeza hacia Salvatore, el cual no pudo ocultar la emoción por sentirse orgulloso de mí. En verdad que la cara de mi padre era inexpresiva, máxime en circunstancias como estas en las que iba desfigurado por los retoques que se había dado para enmascararse. Julio volvió a mirarme, recorriendo con su mirada todo mi cuerpo, de pies a cabeza; pasados unos segundos dijo:

—¡Hola, Doménico! ¿No me recuerdas?

—No, ¿debería hacerlo?

—Sí, eras un muchacho cuando te vi por última vez. Fue en tu casa, ese día cumpliste catorce años, te entregué una carta, una carta especial.

Me quedé asombrado y esbocé una ligera sonrisa. A mi mente llegaron, como por arte de magia, los recuerdos de aquel día. No me dio tiempo a saborearlos.

—Soy Julio Amaro Becerra, camarada de tu padre y espero serlo de ti también —extendió su brazo con firmeza y estrechamos nuestras manos.

—Ya sabe mi nombre, tanto gusto señor.

—Bien, sácanos de aquí Julio, comienza a cerrarse la tarde y hace frío —intervino Anna.

—De acuerdo; seguidme, he preparado una pequeña estancia para tomar algo y hablar con tranquilidad —se apresuró a decir Julio de forma animosa, devolviéndome la sonrisa.

Fuera dejábamos la noche negra queriendo ocultarlo todo, una bombilla colgada de una farola en la pared era su única resistencia. Más a lo alto, en el firmamento, dentro de ese orden natural por el que se rige el universo, en el que cada elemento tiene su espacio y su momento para ser divisados desde la tierra, ni la luna se atrevió a mostrarse, ni tampoco las estrellas.

Como si fuera una premonición de lo que pudiera acontecer, el cielo se encendió de luces de color púrpura, la bombilla se asustó y dejó de emitir su tenue luz. Antes de pasar por la puerta que nos abrió Julio Amaro, el cielo se abrió en dos, o en mil pedazos, y un ruido ensordecedor descosió hasta el último aullido de los perros que corrían despavoridos en busca de un

refugio que les librara de lo que parecía el fin del mundo. El agua empedrada caía del cielo sin piedad sobre coches y tejados.

—¡Venga!, daos prisa o nos descalabrará la muy puta —nos urgió Julio nada temeroso.

Una vez dentro, nos confinó en una pequeña habitación. Todo estaba dispuesto para que aquello que tramase mi padre pudiera llevarse a efecto sin que nadie nos molestase. No habíamos terminado de acomodarnos, cuando una mujer entró por otra puerta distinta y con acceso al restaurante.

—Buenas noches, don Salvatore —dijo acercándose a mi padre y dándose un abrazo con él. Luego nos saludó a todos, haciendo de maestro de ceremonias su marido Julio.

—Tráenos algo de comer, Merceditas —dispuso Julio.

—No acarrees demasiado, pues queremos cenar en Mijares —intervino Salvatore.

Una vez salió Merceditas, Julio nos puso al tanto de cómo estaban las cosas en Mijares. Relató que habló con Tina y que esta le dijo que la comandancia de la Guardia Civil estaba en Casavieja y no en Mijares y que ella se había comprometido, con el sargento del puesto, para que el chico prestase declaración por la mañana.

—De acuerdo, no hay problema. Si a todos os parece bien, por mí perfecto —intervino Anna.

—Creo que no es necesario recordar que todos los que estamos aquí nos hemos juramentado para un fin común: La extinción de La Hermandad del Alcázar. Que este juramento nos obliga a formar parte de una organización llamada «*La Orden de los Desamparados*» y que al igual que una gran familia, nos debemos protección los unos para con los otros, ante cualquier ataque de nuestros enemigos —siempre que mi padre hablaba, el ritual era el mismo. Después de una breve alocución guardaba silencio y miraba, solícito de lo mismo, a todos los que le escuchaban. De esta forma apreciaba si se había entendido lo que había dicho y si representaba alguna duda para su interlocutor. Me dejó para el final. Su mirada, su semblante era de esperanza en conseguir que mi decisión fuera inquebrantable a sus planes. Nuestras miradas se adentraron la una dentro de la otra y, fue entonces, nunca antes, cuando Salvatore leyó en mis ojos que yo no estaba

decidido a seguirle en su proyecto, pero también le dejé entrever mi lealtad. Cuando lo entendió y sin dejar de mirarme, probablemente decepcionado dijo:

—Todos menos Doménico que deberá hacerlo en este instante.

Sentí una diminuta presión en mi rodilla, suficiente para apartar mi atención sobre lo que allí se dirimía y mirarla. Anna se había sentado junto a mí o yo junto a ella, creo que aquello no era nada importante tan solo, si acaso, paradójico. Entonces, apretó su rodilla contra la mía, haciéndome sentir incómodo por la situación; no así ella que, por su cara sonriente con aires provocadores y llenos de malicia sensual, parecía placerle ese juego provocador. Un gran mantel de encaje de hilo blanco con bordados en rojo, cubría la mesa, sus faldones ocultaban nuestras piernas; esto me recordó la mesa camilla que había en mi casa, debajo de la cual estaba el brasero y que, en la búsqueda de su calor, hacía que todos nos refugiásemos.

En mi mente continuaba grabado el cuerpo desnudo de María, inconsciente, sobre un tapiz de agua y sangre. Aparté la pierna y busqué su atención, ofreciéndole mi desaprobación y reproche ante lo que consideré un acto de deslealtad hacia su amiga. Hizo una mueca, cerró los ojos y movió la silla alejándose lo suficiente de mí.

Antes de que me pronunciara sobre la petición de juramento que me exigía Salvatore, del otro lado por donde marchó Merceditas, nos vinieron voces de hombres discutiendo. Los insultos y amenazas de los unos contra los otros nos llegaban con claridad.

—Son unos cazadores, están en el bar, se ve que han bebido demasiado —intervino Julio.

Mi padre lo miró y Julio se levantó con intención de ver qué ocurría. Antes de que él llegara, la puerta se abrió. Era Merceditas, asustada exclamó:

—¡Julio, sal que se matan!

Sonó un estruendo, era el ruido de una escopeta que al dispararse, como si fuera un cañón de artillería, retumbó en la pequeña sala en donde Julio nos había acomodado para mayor tranquilidad y discreción en nuestra conversación. Merceditas cayó, rota por dentro, en brazos de su esposo. Las

esquirlas de huesos y demás trozos de órganos nos llenaron la cara y las ropas.

Otro disparo salió por los ojos, negros como la misma muerte, si es que esta tiene color, de la escopeta de otro cazador, alcanzando a Julio y, aunque Merceditas, le sirvió de coraza, el disparo era tan cercano que su impacto le hirió en un costado.

No se trataba de una reyerta entre cazadores, era una trampa para cazarnos como a conejos. Todos gritamos, saltamos de nuestras sillas, atrás quedaban las peticiones de juramento. Salvatore, el más experto en estos percances, demostró una gran pericia y una alta dosis de reflejos. Con la mayor celeridad, al segundo disparo, volcó la mesa sobre la que Merceditas nos había dispuesto unos vasos y una botella de vino, sirviéndonos de parapeto.

Pedro Hermoso desenfundó su pistola y como un bravo samurái se fue a por ellos. Se oyeron varios disparos. Los truenos de las escopetas eran los más estridentes, pero ninguno de ellos, ni juntos, lograron ahogar los gritos de rabia de Julio Amaro Becerra. No pedía por él, lloraba por su amada que le cayó encima, herida de muerte, por una bala traicionera. Debió sentir como Merceditas le entregaba su último suspiro. Con toda seguridad, adivinó que su última mirada antes de que su alma se encaminara hacia ese lugar que unos llaman infierno y que otros llamamos eternidad, fue para él.

Mi padre consiguió taponar la hemorragia de Julio Amaro con el mantel blanco de Lagartera que Merceditas tenía reservado para las grandes ocasiones. Despacio, con mi ayuda, conseguimos liberar a Julio, retirando el cuerpo de Merceditas.

Sonó otro disparo de escopeta, el último. Luego dos más de pistola. Cuando el silencio de las armas cesó, solo podíamos oír los gritos desgarradores de Julio; gritos llenos de sollozos que ninguno de los presentes podíamos aliviar. Quedamos conmovidos ante tan trágica pérdida, pues aunque todas las muertes debidas a la acción homicida, de aquel que se atribuye poderes para hacerlo son perversas, más lo son las que afectan a nuestros seres queridos.

Tras la puerta apareció Pedro, pistola en mano.

—Debéis marcharos —nos urgió.

—¿Podrás solo? —instó Salvatore.

—Sí, aquí ya no hay nada que hacer. Eran tres, están muertos. Esperaré a la Guardia Civil.

—¡Salvatore, Salvatore! —Suplicaba Julio, cogiéndole de la mano y atrayéndolo hacia sí—. ¡Véngame!… ¡Hazlo por ella!

Entre medias le dijo alguna frase que no pude oír. Con un fuerte suspiro, dio por terminada su petición.

—Tranquilo, no hables. No vas a morir, al menos esta vez no lo harás —Salvatore separó las manos de Julio de las suyas y con lágrimas escondidas besó en la frente de su amigo. Terciaron entre ellos una última mirada. Salvatore se puso en pie, el traje de alpaca quedó impregnado de la sangre y restos de sus amigos. Julio Amaro asintió y volvió la cabeza hacia Merceditas que yacía impávida a su lado, recorriendo sola ese camino que nos conduce a las mismas puertas del averno y una vez allí cerrarlas para que las almas de sus asesinos nunca salgan ni descansen en paz.

* * *

Abandonamos el restaurante por la misma puerta que entramos. Afuera ya había cesado la tormenta. El cielo ya no era de color púrpura, las cortinas de nubarrones que nos impidieron ver el sol se habían recogido, el suelo empedrado de bolas de hielo nos hacía recordar lo que había ocurrido media hora antes. Refugiados en la oscuridad, en silencio, unos ojos brillantes delataban que no estábamos solos. Algún maullido, mutilado por el dolor, quería traernos el viento de la sierra que, al resoplar contra los huecos de las chapas de uralita que cerraban el techo, los ahogaba. Tan solo un valiente se atrevió a acercarse a nosotros, era un mastín blanco con una gran mancha negra en su lomo. Con su zarpa inició un lento movimiento contra la puerta, con la firme intención de abrirla o al menos transmitir a sus dueños que estaba afuera, que había vuelto. Olisqueaba que dentro, la sangre de sus amos se había derramado, mientras él, cobardemente, había huido, impresionado por los gritos de los dioses en forma de truenos y relámpagos. Me agaché y le cogí por debajo de la boca al mismo tiempo que acaricié su cuerpo. Le hablé y le dije que él no tenía la culpa, pareció entenderme y guardó su rabo entre las patas.

Subimos al coche. Ninguno de los tres hablamos, ahora al volante iba Anna y yo a su lado. Como si nada hubiera ocurrido, con toda naturalidad, paró a repostar. El mastín había dado la vuelta y ahora estaba haciendo guardia en la puerta del restaurante. Miré hacia dentro y me pareció ver una sombra en la barra.

—No te inquietes —me dijo Salvatore de forma alentadora apoyando su mano sanguinolenta sobre mi hombro—. Es Pedro, sabe lo que se hace.

—¿Morirá? —pregunté temeroso.

—Murió en vida, en el instante en que Merceditas cayó en sus brazos. Ahora estará en manos de los médicos y de Dios.

* * *

No habíamos recorrido ni un kilómetro cuando nos cruzamos con el Land Rover de la Guardia Civil, su presencia nos infundió tranquilidad, ahora quedaba saber cuánto tardaría la ambulancia y si llegaría a tiempo de salvar al bueno de Julio Amaro.

—¿Qué te dijo Julio?

—No le entendí bien —respondió Salvatore.

—Quiero que sepas que estoy contigo. Que juro lealtad a vuestros principios y que daré mi vida por ello si fuere necesario —apostillé, girando la cabeza para que Salvatore me viera—. Pero, probablemente, mi pasado os cree más problemas que ventajas.

—Lo sé —como siempre guardó unos segundos de silencio y me envió un mensaje que creí exculpatorio—. Doménico, quizás no sea este el mejor momento —era la primera vez que dudaba sobre la oportunidad de relatar o confiar un secreto, carraspeó y prosiguió hablando con solemne parsimonia — para decirte que según los informes del doctor Otaola, no eres ningún psicópata, pues muy a tu pesar, no sientes ningún placer por matar. Tu conducta venía precedida por una desorientación propia, por el *shock* que sufriste ante lo que creíste fue mi muerte. Recreaste en tu cerebro la figura de un héroe justiciero que luchaba constantemente contra un monstruo al que pintaste como a un alcohólico que maltrató a tu madre.

—Eso no viene ahora a cuento, sé lo que vi. Incluso acompañé a mamá Vega a denunciarte.

—¡Por Dios Santo, Doménico! —Levantó el tono de su voz— tenías seis años. Habla con tu madre, nunca te atreviste a hacerlo. Mata al niño que llevas dentro y deja nacer al hombre que está por llegar. Siempre permanecí a tu lado, cubrí tus necesidades.

—Cubrir necesidades y ser padre son cosas distintas —sentencié.

—Creo que debéis aplazar esta conversación, y tú —dijo Anna, mirándome— trata de pensar en todo lo que pasó desde que llegaste a Mijares, hasta el momento en que contactamos en Talavera de la Reina. Debes encontrar en tu mente detalles que nos lleven a descubrir quién pudo herir a María. Hay demasiados cabos sueltos, cualquier detalle puede ser el que nos conduzca hasta el agresor.

Anna tenía razón, así que de nada servía enzarzarme en otra conversación impregnada de controversias con mi padre. Estiré las piernas y me recosté lo mejor que pude. No tardaríamos más de una hora en llegar a nuestro destino, según nos informó Anna, así que traté de concentrarme en todos los pequeños detalles que acontecieron en poco más de veinticuatro horas, tratando de vislumbrar alguno que me condujera a los sospechosos.

Anna permaneció en silencio, atenta en salvar los numerosos baches que había en esa maldita carretera. Tanto Salvatore como yo, también nos recogimos en nuestros pensamientos.

Por mi parte dediqué el resto del trayecto a repasar uno a uno a todos los personajes con los que coincidimos en el *hall*, antes de desayunar. Reparé en el sargento Gamboa y en su ayudante. También en que el médico debía ser un alcohólico de cuidado, pues le vi sacar una petaca de su maletín y «*morreársela*» sin ningún recato. Me extrañó que junto a la botella de agua sobre la mesita de nuestra habitación no hubiera un vaso o quizás María lo llevó con ella hasta el baño. Enigmática me resultó la conversación que mantuvo Charles, con uno de los huéspedes, cuando nos llevábamos a María en la camilla y traidoras y furtivas sus miradas cuando les observé. Misterioso el modo como trasladaron a Carvallo y a Gutiérrez desde lo alto de la montaña y les subieron en su coche, sin que la Guardia Civil, apostada en el único acceso al pueblo, por el camino que viene de La Cruz, se percatara. Pudiera ser que estos vieran el Renault salir del hostal y que no repararan en ello. Pero cabía la presunción de que el sargento Gamboa era

un lince y que esos pequeños detalles no le dejarían indiferente, al fin y al cabo, desde el hostal a su puesto de observación, no habría más de cien metros.

Apenas pude dedicar unos recuerdos para María, que a fin de cuentas era la que más me preocupaba. Algunas imágenes sobre lo acontecido en la gasolinera de Julio Amaro me hicieron recapacitar en que el paso por esta vida es efímero y que merece la pena vivirla a tope: nunca sabes cuándo te llegará la muerte. Alcancé el firme convencimiento de que es mejor vivirla a que otros te la cuenten.

A pesar de lo acaecido, eché un «*coscocorrón*» con la conversación de Anna y Salvatore de fondo. Desperté sobresaltado contemplando el cuerpo desnudo, sin rostro, de María a mi lado.

—Ya hemos llegado. Esa debe ser Tina —anunció Anna.

—Sí, es ella —aclaró Salvatore.

* * *

Aparcamos y sin más preámbulos pasamos al interior del hostal. En el salón, al abrigo del fuego, los cazadores comentaban sus historias; cada uno de ellos, de manera exacerbada, trataba de convencer a los demás de que la pieza de mayor enjundia era la que él había tomado. Sin darme cuenta busqué con la mirada a aquel que vi charlando, de manera furtiva, con Charles. Fue entonces cuando, desde las sombras, apareció este con aspecto contrariado y formulando una exclamación como si yo fuese un espectro viviente.

—¡Estás aquí!

—¿Y por qué no habría de estar, Carlos? ¿O prefieres que te llame Charles? —refunfuñó Salvatore, proyectando el calor de sus ojos punzantes hacia la cara demacrada de Charles.

He de decir que la entrada en escena de Salvatore descolocó a Charles. Quizás fuese que, por su enmascarado aspecto, este no le reconoció.

—¿Y usted quién es para entrometerse en una conversación a la que no ha sido invitado? —protestó Charles airadamente, de forma altanera y montaraz, una vez recuperado de la sorpresa inicial.

—Atiende a tus invitados a la montería y no seas grosero —le ordenó Tina—. Intuyo que mañana tendrás un día de caza movidito.

—Yo hablaba con Doménico y él me provocó —respondió Charles, aún receloso.

—Márchate, ¡ahora! —intervine yo, dando por terminada la conversación.

Por indicación de Tina la seguimos hasta la planta de arriba, fuimos hasta su habitación directamente. Al pasar por mi habitación no pude evitar recordar lo que había ocurrido. Tina debió leerme el pensamiento y me hizo un gesto con la cabeza para que no la abriera.

En aquellos momentos todo era confusión para mí, no así para Salvatore. Una vez dentro de la habitación lo primero que hizo fue besar y abrazar a Tina, cuando se separaron tomó su barbilla con cariño y le levantó la cabeza, luego le limpió unas lágrimas inocentes y fervorosas que se le escapaban. Lágrimas cobardes y traidoras, pensaría Tina, dejaron a la luz, de los que allí estábamos, sus sentimientos y emociones que, a buen seguro estoy, no le agradó que quedara en entredicho su imagen de chica dura.

—Estás muy guapa. No llores hija mía, tus padres estarían muy orgullosos de ti.

—Me ha llamado Pedro. Cree que Julio Amaro vivirá —dijo Tina, una vez sobrepuesta de su imagen tierna.

—¿Adónde lo han llevado? —preguntó Anna.

—A Talavera, querían trasladarlo a Ávila, pero Pedro insistió en que si lo llevaban allí podría morir en el camino.

—Hemos dejado solo a Pedro, ¿qué le ocurrirá? Ha dado muerte a tres hombres —inquirí recriminando nuestra acción.

Los tres me miraron al unísono. En sus miradas pude leer que Pedro Hermoso sabría salir airoso de la situación. No tuve que esperar demasiado para que se confirmaran mis buenos augurios.

—Pedro perteneció a las Fuerzas Especiales de la Legión y posteriormente pasó a formar parte de las primeras Compañías de Operaciones Especiales, las famosas y conocidas COES. Actualmente trabaja para el Servicio Secreto —apuntó Salvatore.

—Desconozco el número de los que formáis parte de lo que denominas La Orden, pero aprecio que estáis bien organizados y formados, por tanto sospecho que Pedro sepa justificar, y ser creído, sobre lo que aconteció esta tarde en el restaurante, ¿o me equivoco? —dije yo.

—Intuyes bien —intervino Anna—. Doménico, has jurado estar con nosotros. Has elegido seguir la senda de aquellos que imparten justicia más allá de las leyes que les protegen, por tanto, es justo que conozcas cuantos más detalles mejor.

—Dicho esto, sentémonos para contarnos todo desde el principio. —Atajó Salvatore.

Inició Tina la conversación, relatando cómo preparó la estrategia de nuestra protección, al sospechar de Carvallo y de Gutiérrez. Mostró inquietud por la tardanza de Charles y su acompañante en aparecer en el alto de La Cruz, aunque dijo que era justo reconocer que fue él quien eliminó a Carvallo de un certero disparo.

—¿Quién era el gnomo que le acompañaba? —interrumpí.

—¡Jajajaja! —rieron mi padre y Tina.

—No le encuentro la gracia a mi observación. He dicho gnomo por lo bajito y panzón.

—Es Nicolás, más conocido por «*el Madreperla*», pues su tez es blanca y es muy bajo, tan bajo como se encuentra la Madreperla en el fondo del mar; y de panzón nada, para soportar el peso de la mochila se coloca un cojín en el estómago —respondió Tina, sin parar de reír a causa de mi opinión.

Debieron notar mi falta de humor, pues ante todo lo que había ocurrido no me agradaron sus risas y ocurrencias en forma de chascarrillos. Dejaron de reírse y volví a solicitar información a Tina.

—Podrías decirme, por favor, ¿de qué forma Charles y Nicolás bajaron los cuerpos de la montaña y cómo los introdujeron en el coche, que estaba aparcado detrás del hostal, sin levantar sospechas de la Guardia Civil? —pregunté yo.

Tina, nada nerviosa, miró a mi padre solicitando su aprobación.

—Respóndele a todo lo que te cuestione, desde este momento ya no dependerás de mí. Trabajarás en equipo con él, será el responsable del

grupo —dijo Salvatore extendiendo sus brazos y haciéndolos descansar sobre nuestros respectivos hombros—. Sobre vosotros deposito mi honor y la protección de la vida de personas inocentes.

Debió percatarse de que llevaba restos de sangre en las manos y en la ropa y se retiró al baño para asearse. Dejó la puerta abierta y pidió a Tina que continuara hablando, pues el tiempo corría en nuestra contra. Mientras se lavaba me fijé en su torso desnudo; un escaso vello níveo se había acomodado en los pectorales, permitiendo ver una gran cicatriz hipertrófica en diagonal que le recorría el costado derecho hacia el ombligo. Probablemente consecuencia de una herida causada en la guerra y que, por cuestiones inherentes a la misma, no le permitió estar inmovilizado el tiempo suficiente para una mejor cicatrización.

Yo nunca había trabajado en equipo hasta ese momento, jamás tuve que dar explicaciones a nadie sobre lo que hacía, ni tampoco las pedí. Desde el mismo instante en que Salvatore me proclamó jefe de un grupo de acción, aprecié una sensación de responsabilidad que nunca antes había experimentado. La sonrisa de Tina aceptándome, reconozco que me reconfortó. Retomó la conversación y como la del soldado más fiel, creó un ambiente en donde parecía que solo estábamos los dos. Todas las explicaciones que se le pedía, las daba, pero siempre mirándome.

—Para bajar los cuerpos de la montaña —explicó Tina—, usaron el remolque que utilizan para las piezas abatidas. Los cubrieron con mantas y ramajes, y sobre ellos dispusieron a los perros. Cuando pasaron ante la Guardia Civil, esta no advirtió nada. Luego aparcaron detrás del hostal y cargaron los cuerpos en el interior del coche de ellos.

—¿Qué relación tiene Charles con el guardia que acompañaba al sargento? —la interrumpí con la intención de que no avanzáramos dejando cabos sueltos.

—¿Con Juárez?, pues entiendo que la normal. En esta zona todos nos conocemos y Charles, por todos es sabido, se dedica a organizar monterías y por tanto frecuenta, a menudo, el cuartel para solicitar los permisos, además de pasar las revisiones de las armas que posee.

—Quiero toda la información que me puedas recabar sobre Juárez. También necesito saber quién es un huésped que viste muy elegantemente

con un bigote que parece más pintado que natural —solicité con frialdad.

Salvatore y Anna me miraron, en ambos aprecié su aprobación y en él, cada vez más frecuentemente, podía adivinar, pese a parecer un hombre áspero, signos inequívocos de sentirse orgulloso de mí. Su mirada era tierna y ya hacía rato que, mientras nosotros hablábamos, él se fue quitando todos los complementos que había utilizado para disfrazarse. Pese a que Tina tomó nota de lo que le pedí, ninguno de los tres me preguntó por qué quería saberlo. Entonces comprendí que en ese mundo en donde tu vida depende de la de los otros y viceversa es muy importante tener fe en el líder y no cuestionar ninguna decisión.

—Si te pido esto es porque los vi a los tres juntos en el momento de trasladar a María hacia la ambulancia. No tendría la menor importancia si no me hubiera percatado de que sus comportamientos cambiaron al sentir mi mirada.

—Es de agradecer, Doménico, que nos des explicaciones, pero no es necesario que lo hagas. Así es nuestra forma de actuar, pues habrá momentos en que no puedas explicar el porqué de tus peticiones y haya que intervenir con rapidez. No somos una secta, pero sabemos que debemos confiar ciegamente en el que da las órdenes, de esta forma nos mantendremos vivos —intervino Salvatore ya despojado de todos los adornos que había utilizado para encubrir su aspecto y así pasar inadvertido ante los demás. Tenía una habilidad poco común en el arte del escamoteo.

—Siempre que pueda lo haré —zanjé. Miré hacia donde estaba Tina y proseguí con mi pequeño interrogatorio—. Nos contabas que dejaron los cuerpos en el coche de ellos, ¡continúa, por favor!

Sonó el teléfono. Salvatore levantó la palma de su mano, llamando la atención de Tina. Con un gesto le indicó que lo cogiera. Esta asintió con una sonrisa; después de hablar con su interlocutor, se dirigió a Salvatore y le dijo:

—Padrino, es para ti. Es Pedro Hermoso.

Se levantó y se retiró con el teléfono hasta la ventana; Tina marchó un momento al baño y Anna Alcaraz aprovechó para lanzarme una mirada cautivadora, retándome a contemplar su belleza. Era una mujer que no gustaba de perder el tiempo y nunca daba puntadas sin hilo. En sus ojos

pude contemplar la fusión del magma de nuestros agitados cuerpos. Consideré que la perfidia de nuestra acción hacia María, era más grande que el deseo porque nuestros labios voluptuosos, cargados de energía sexual, se entregaran a la locura de morderse. No estoy seguro sobre qué respuesta no verbal le transmití pues, con su sonrisa, dio por hecho que más temprano que tarde me tomaría entre sus brazos.

No me di cuenta de que Tina estaba tras de mí hasta que sentí sus manos sobre mis hombros. Entonces el rubor se hizo dueño de mi semblante y, sin que ella lo viera, le pedí que prosiguiera relatándonos los hechos acaecidos a lo largo del día.

—Como os decía, mientras Charles entretenía a la pareja de la Guardia Civil, Nicolás *el Madreperla*, sacaba el coche del aparcamiento y lo dirigía hacia el barranco. Luego Charles marchó tras él y después de arrojar el coche, tomaron el desvío por el camino hasta Casavieja y, desde allí, retornaron al hostal. Después de comprobar que nadie les había seguido, subió a contármelo y tú no le dejaste hablar. Le propinaste un puñetazo tirándolo al suelo.

Por el rabillo del ojo comprobé que Salvatore había terminado de hablar con Pedro Hermoso y observé como colgaba el auricular y mantenía su posición frente a la ventana. Tina debió percatarse de que ya no le prestaba atención y calló. Dejó el teléfono sobre la pequeña mesita que tenía dispuesta y se sentó de nuevo a nuestro lado.

—¿Y bien? —pregunté, más preocupado por María que por Julio Amaro.

—Están bien. María está fuera de peligro —respondió mi padre, sabedor por mi mirada nerviosa que esa era la primera respuesta que debía dar. Sentí una sensación de alivio, reconfortado por el calor de su mano sobre mi pierna, así como por las caricias de Tina en la espalda. Anna, ahora enfrente, también me mostró su afecto regalándome un gesto pícaro envuelto en una sonrisa—. Ha despertado de la inconsciencia y ya ha sido interrogada por la Guardia Civil, parece ser que le debieron suministrar un somnífero con el café o en el agua que pidió.

—¿Ha recordado quién intentó matarla? —pregunté yo.

—Escuchó un ruido y creyó que eras tú; no pudo ver quién o quienes la golpearon pues se encontraba aturdida por la ingesta de la droga que le suministraron.

—¿Por qué omites decir: la intentaron asesinar? —insistí.

—Porque según la Guardia Civil no fue esa su intención. Si lo hubieran pretendido, nadie podría haberlo evitado. Buscaban algo o a alguien. Probablemente a ti.

—¿Y de Julio Amaro, qué sabemos? —interrumpió Anna, dando por zanjada las explicaciones sobre María.

—Lo han operado y aunque está muy grave por la cantidad de sangre que perdió, creen que saldrá de esta.

Todos sonreímos y nos felicitamos por tan gratas noticias. En pleno éxtasis de emociones volvió a interrumpirnos el sonido inequívoco de la chicharra del teléfono.

—Es el sargento Gamboa —susurró Tina, haciéndonos una señal con la mano para que guardásemos silencio.

Antes de colgar la oímos decir que bajaría enseguida.

—Me requiere en recepción. Es sobre María, desea hacerme unas preguntas —nos informó Tina haciendo una mueca y disponiéndose a cumplir con la palabra dada a Gamboa.

—Voy contigo —dije yo.

—No es necesario —farfulló Tina, nerviosa.

—Sí lo es. Y no lo tomes como una sugerencia —insistí.

—Entonces que os acompañe Anna —ordenó Salvatore.

Tina bajó delante las escaleras, detrás iba Anna. Yo me quedé algo rezagado contemplando la puerta de mi habitación, pensé que se podrían haber tomado huellas, pero quizás ya fuese demasiado tarde para hacerlo.

El bullicio que nos encontramos en el salón cuando llegamos había desaparecido. Al fondo, al calor de la lumbre y el crepitar de unos leños, cuatro hombres en animada conversación escuchaban expectantes a una dama que estaba sentada con ellos. Debía ser interesante lo que decía pues la contemplaban con deleite.

Portaba sobre su cabeza un sombrero verde tipo tirolés que cubría parte de una frondosa melena pelirroja, al abrigo de la cual ocultaba su rostro. En

un lado del sombrero llevaba prendida una tímida pluma color verde salpicada de motas amarillentas oscuras. A las claras dejaba entrever su fina elegancia. No le faltaba ningún complemento. Cada uno de ellos conjuntaba en colorido con los otros. Iba ataviada con una chaqueta verde y pantalón marrón de pana, de canutillo fino, embutido dentro de unos botines.

Por su aspecto diría que tendría unos cuarenta años, era una mujer hermosa, no una de esas sílfides que aparecen en las revistas de moda y que bajo su ropa llevan más piel que carne.

Era hermosa y aparentaba ser atrevida. Con las piernas cruzadas, en una mano portaba con gran desparpajo una boquilla larga y grácil con el cigarrillo en la punta, emulando a la más descarada y vampiresa Marlene Dietrich en cualquiera de sus películas de espías. Como hipnotizados la contemplaban y ella, sin ningún sonrojo, les expelía el humo a la cara. Debía agradarles a los muy memos, que ofrecían su boca para que les eligiera a ellos como destino de su hálito desagradable.

En plena fiesta de observación morbosa, sentí un pellizco en el brazo a la vez que oía a Anna decirme:

—¿No es muy mayor para ti, don Juan?

En ese mágico y desconcertante momento la mujer, pipa en mano, debió darse cuenta de mi instante *voyeur* y me miró. Ambos sonreímos, parecía una de Las Tres Gracias que inmortalizó Rubens.

—Desconocía que te gustaban tan jóvenes —volvió a lacerarme Anna sarcásticamente.

—Es bella, hermosa dama —me atreví a responder sin dejar de mirarla.

Cerca de nosotros, apoyados sobre el mostrador de recepción, Tina hablaba con Gamboa. Al otro lado, el joven Ezequiel permanecía inmóvil, pálido; la mirada fijada en el infinito denotaba nerviosismo.

—Sí, reconozco que lo es. Es de una belleza inquietante y siniestra —susurró Anna lo más próximo que pudo a mi oído—. Pero para ti es flor de un día y ella lo sabe. Aprecio que es una mujer curtida y experimentada. Una devoradora que sabe que tú la cambiarás por otra más joven llegado el momento.

—¿Qué dices?, ni me conoces ni la conoces —musité sin dejar de contemplarla. A ella le complacía nuestro juego de miradas. Sus

acompañantes se apercibieron de la situación y alguno me miró altivo. Pero yo no estaba para reyertas entre depredadores.

—No hace falta que os conozca —insistió Anna. El tono de su voz la delataba ofendida por los celos, lo cual aumentó mi ego de gallo de corral —. Es muy difícil que perdure una relación entre una mujer mayor y un adonis. Nuestro cuerpo envejece, huis de la piel arrugada y marcháis en la búsqueda de la tersura y frescura en un cuerpo más joven.

—Interesante observación —me atreví a responder, retirándome del campo visual de la dama en cuestión.

Afuera el viento arreciaba y al entrar por la chimenea provocaba el languidecer de la llama, que trémula se resistía a apagarse. Junto a Gamboa el guardia Juárez, tricornio en mano, también observaba a los del fondo del salón.

—¿Podemos hablar en privado? —solicitó Gamboa a Tina.

—¡Seguidme, por aquí! —respondió Tina señalando con la mano hacia el comedor. Al ver que tanto Anna como yo iniciábamos el paso tras de ellos, Juárez se interpuso en nuestro camino cerrándonoslo.

—Únicamente quiero hablar contigo —farfulló Gamboa, molesto.

—Él es el novio de la chica y supongo que tu conversación está relacionada con ella y lo que aconteció esta mañana, ¿o me equivoco?

—Sé quién es, le recuerdo perfectamente, su aspecto no pasa inadvertido. Mañana le tomaré declaración en el cuartel de Casavieja.

—Entonces, si me permite, ¿puedo pensar, que su visita es de cortesía? —espeté yo.

—Sí y no.

—Venga Gamboa, a ambos el flirteo nos pilla lejos. A mí, por joven y a ti, por otras circunstancias que no vienen al cuento —dijo Tina, ya un poco cansada.

—¿Y bien? —Atajó muy serio Gamboa—. ¿Me respondes a unas preguntas aquí y ahora o te llevo al cuartelillo?

—Perdón sargento, soy Anna Alcaraz, la abogada de la señorita Tina Coín —intervino en tono severo y firme.

Gamboa frunció el entrecejo. Juárez la crucificó malévolamente, lanzándole una mirada perversa. Mucho habían cambiado las cosas en

España en los cinco años en que estuve detenido; cambios sobre los que el guardia Juárez aún no había incorporado a su intelecto. Dudo que en otros tiempos se hubiera conformado con atacarla de forma despectiva con gestos y miradas. En cambio, Gamboa quizás por ser más joven, había asumido perfectamente su papel como servidor de la ley. Ahora en España se vivía bajo un régimen de libertad, en donde los ciudadanos tenían unos derechos inalienables, entre ellos figuraba la asistencia de su abogado en los procesos de retención. Este era uno de los cientos de cambios que trajo a nuestra sociedad la democracia.

—No está detenida —respondió Gamboa.

—Pues lo celebro, y si la conversación no es de ámbito privado y mi patrocinada desea que esté presente, así debe ser —aseveró Anna.

—Está bien —asintió Gamboa, chasqueando lo dedos.

Después miró a su compañero y le ordenó:

—Juárez, quédate por el salón, hazte el remolón y pega la oreja a todo lo que haga ruido.

Este, no de muy buen grado, aceptó la orden. Se puso en posición de firmes y declaró:

—A sus órdenes.

Luego, Gamboa, con aspecto taciturno, me miró y exclamó:

—¿Supongo que usted también querrá entrar?

—No, creo que estaré mejor fuera. Ya tendremos tiempo mañana de conocernos mejor —respondí con una sonrisa sarcástica, sin dejar de observar al grupo del salón al que, de forma encontradiza, se había unido Juárez.

* * *

Era una tierra rica en contrastes climatológicos. Desde las ventanas del salón observé cómo la noche se comía cualquier imagen que estuviera a más de cinco metros de distancia. De repente una niebla densa y expectante comenzó a cerrar lo poco que la negra noche no había ocultado. Debí abstraerme contemplando el vacío inesperado de imágenes que provocó la niebla, ya que no me percaté del acercamiento de la mujer pelirroja hasta que oí su voz detrás de mí.

—¿Tienes miedo?

Con lentitud pasmosa volví la cabeza hacia el lugar desde donde me llegaba una voz melosa, arropada por una bocanada de humo que se estrelló contra mis ojos.

—Ahora sí —respondí un poco molesto, haciendo un gesto con la mano de ladear el humo de mi cara—. No vuelva a hacerlo, por favor. No se moleste, pero no quiero que me tome por uno de sus acompañantes a los que parecía gustarles ese juego.

—Lo siento —me dijo, cerrando los ojos y mostrando un tenue sonrojo. Entre los dedos de su mano derecha portaba la larga boquilla, en cuyo extremo se ajustaba un cigarrillo interminable con olor a mentol.

Me sentí un poco atribulado y le pedí disculpas.

—Me llamo Doménico. Discúlpeme llevo un mal día —me presenté.

—¡Hola, Doménico, soy Lorena Brenes! Vine a acompañar a mi marido en la que se supone sería una montería interesante y nunca sospeché que estuviera tan llena de acontecimientos. Menuda movida se formó esta mañana. ¿Tú también eres cazador?

—No. Vine de fin de semana con una… con mi novia —le dije.

—¿La chica a la que agredieron?

Por un momento pensé mentir. Me pregunté a qué jugaba. ¿Por qué me preguntaba por María? ¿Qué tenía para que me sintiera atraído por ella? Podría ser mi madre; así, de cerca, igual podría tener cincuenta años. No era su físico ni su contextura, el tipo de mujer que me atraía. No alcanzaba a entender por qué me sentía impresionado, intimidado ante aquella mujer. Quizás fuese su forma de mirar y de gesticular que desprendía un aura de fascinación. Quizás fuese cuando hablaba, pues el sonido de su voz me llegaba envuelto en paños de nubes aterciopeladas, cargados de sensualidad. Por su acento diría que era gallega, pero por sus formas diría que se trataba de una mujerona del norte de Europa. Era exuberante en todo, irradiaba magnetismo. Su estilo estaba impregnado de misterio. Apenas habíamos cruzado unas palabras, todas ellas irrelevantes, y me daba la impresión de que era una peligrosa embaucadora.

—Te confieso que yo no vine con mi marido, soy viuda. Ya sabes, a veces ante extraños debemos ocultar nuestros secretos, no está bien visto

acompañar a un hombre casado —volvió a enviarme una sonrisa engatusadora, queriendo convertirme en el guardián de su mejor secreto.

—Yo no tengo secretos —apostillé.

—Todos tenemos secretos, Doménico. Y si no dime, ¿por qué alguien querría hacer daño a una chica tan guapa en un lugar tan recóndito como este?

—Esa es una pregunta que nos hacemos todos, señora.

—Lorena, puedes llamarme por mi nombre y tutearme. Presiento que vamos a ser muy buenos amigos. ¿Sabes?, tú y yo tenemos muchas cosas en común, damos placer a cambio de la energía vital de nuestras víctimas. Eres endemoniadamente bello y un peligroso seductor para tu corta edad.

—No diga estupideces, usted no sabe quién soy y no estoy para jueguecitos —le dije un tanto molesto.

—¿Crees, en serio, que no te conozco? Tu belleza despierta deseos en todas las mujeres que te rodean, las atraes y las subyugas sexualmente para conseguir tus fines. Eres un íncubo que aún no ha descubierto su poder —me regaló una sonrisa malévola, libertina. A continuación, me preguntó—: ¿Has pensado qué sueños tormentosos quieres aplacar conmigo?

Le devolví una mueca sarcástica intentando enrocarme para que no percibiera que por primera vez sentía miedo a hablar con una mujer. No sé por qué a mi mente vino el recuerdo de todas las mujeres a las que de una forma u otra amé. Reparé en esos momentos de amor y de placer que tuve con ellas, no encontrando en ese lugar recóndito del cerebro imágenes que dieran sentido al perfil demoníaco con que me había definido. Advertí un rasgo común en todas ellas. Las tres eran mayores que yo y las tres estaban casadas. Quizás estuviese maldecido por algún hechizo que, de una manera u otra, me empujaba a la cama de otro para arrebatarle su más preciado tesoro, su felicidad. Pude apreciar que ese afán por conseguir lo prohibido algún día podría depararme consecuencias funestas.

Entonces me di cuenta que la desconocida que tenía ante mí, había conseguido perturbarme tratando de encontrar algún punto débil por el que acceder a mi mente y así dominarme. Tenía las pestañas largas y rizadas, detrás de las cuales se refugiaban unos ojos rasgados, que, si no fuera por su tamaño, diría que eran chinescos.

Aun siendo consciente del peligro que podía correr, no dudé en preguntarle si su acompañante estaba presente entre los que estúpidamente le habían ofrecido su boca para que ella les escupiera su veneno envuelto en humo. Al otro lado del salón, en donde en animada charla hablaban con Juárez, el cual se había integrado al grupo sin ningún escrúpulo, olvidando las órdenes que hacía rato le había dado el sargento Gamboa. Con el tricornio en la mano, con su gran mostacho negro y la barba abandonada de todo el día, era la más fiel imagen de las fotos que en su momento mostró la prensa en las fugas y detención de Eleuterio Sánchez «*El Lute*». Su tez morena, ennegrecida por las largas horas que pasaba al aire libre, era el más fiel exponente donde el sol, con insolencia, mostraba todo su poder.

Antes de responderme, su forma de mirarme me provocó inquietud; la sangre de mi cuerpo corrió atronadoramente hacia mi cintura sintiendo un calor intenso que anhelaba sofocarse allí mismo.

—Yo soy libre y yo decido con quién y cuándo y, esta noche, el elegido eres tú —rio con una suavidad apenas perceptible más allá de nosotros.

Aquella conversación estaba comenzando a incomodarme, más algo había en ella que me impedía dejar de mirarla.

—Respeto tu decisión, pero olvidas que yo no soy libre y que no formas parte de mis planes para esta noche —atiné a responderle sin gran convencimiento de lo que decía.

—Quizás debiera dejarte volar libremente y acabar con tu agonía presente, pero ya es tarde para eso. ¿No crees? No debiste entrar en ese juego peligroso de la seducción del cual siempre has salido airoso. —Mientras esto me susurraba, su mano se apoyaba con suavidad sobre mi hombro para acercarse a mí y así hacerme sentir la fuerza de su corazón. Luego la retiró y colocó sobre su cadera y la emprendió contra la pipa, la cual ya había llevado a su boca.

—Eres caprichosa y te sientes poderosa, ¿verdad?, pero esta vez no será como tú dices. Ni mi novia ni yo escondemos nada, estoy seguro que todo ha sido fruto de un error o de un ladrón que se confundió de habitación y que no me equivocaría si pensara que la habitación que buscaba era la tuya.

El viento de la noche invernal abrió con virulencia la puerta de salida del hostal; se encontraba tras de mí, justo al otro lado del salón, cerca de

recepción. Me sobresalté y vi la muerte dibujada en los ojos de Lorena Brenes, su semblante se transformó. Aquella mirada que segundos antes me habría esclavizado y sodomizado, ahora tornaban al terror. Los golpes de la hoja abierta contra una de las jambas me rescataron de mis flirteos y probablemente de una atracción mortal. Antes de que me respondiera y me cautivara, me volví con rapidez a cerrarla. Fue entonces cuando me pareció ver una sombra perdida entre la niebla. Por el tamaño pensé podría ser un gran perro, aunque bien pudiera haber sido un lobo o cualquier otro animal propio de estas tierras y que, en invierno, en las noches de negro satén, bajaban a los pueblos en busca de algo que echarse al diente.

Una vez cerrada la puerta se oyeron gritos lastimeros, pidiendo auxilio. El corazón se me encogió y de dos zancadas me acerqué, el primero, al lugar de dónde provenían los llantos. Detrás de mí llegaron todos, Juárez a la cabeza, dando órdenes.

—¡Apártense! —le oí gritar.

Al otro lado del mostrador de recepción, encogido con las manos sobre el corazón, estaba el joven Ezequiel. ¡Dios! Lo habían matado delante de mí. Entonces pensé que la sombra que me había parecido vislumbrar no era de un animal sino la de un salvaje, sin alma, que había arrebatado sin escrúpulos la vida al chico de mirada perdida. Salí lanzado a buscar aquello que vi correr, sin saber si era humano o animal, entre la niebla y gritando furibundo, sin saber si mis gritos llegarían a paralizar en su huida a aquel que acaba de cometer un acto ignominioso contra la vida de Ezequiel.

—¡Asesino! Te voy a coger —gritaba yo—. ¡No huyas! ¡Sé dónde te escondes! ¡Sé quién eres!

Corrí hacia adelante y hacia atrás. Paré exhausto, enfadado, jodido. Hasta que oí y vi, pistola en mano, a Juárez, que llegando a mi altura gritaba:

—¡Alto, ahí! ¡Alto a la Guardia Civil o disparo! —órdenes de aturdimiento y amedrentamiento, recogidas en las obras de García Lorca y que nunca hubiera imaginado que en verdad se pronunciaran.

—¡Soy yo, hombre! Guarde eso no vaya a herir a alguien —exclamé manos en alto, colérico.

—Han matado a Ezequiel delante de nosotros —llegó gritando, desasosegado.

—Ya lo sé, tranquilo, los cogeremos —le dije, pidiéndole calma. Entonces aquel hombre duro, forjado con el acero de mil batallas se derritió como una barra de mantequilla. Uno, por las historias que había oído, creía que los hombres de la Benemérita eran gentes hurañas, personas duras como los campos que vigilan por esos caminos llenos de malhechores. Desde el primer instante que lo vi pensé que Juárez era uno de esos guardias civiles de las películas y, al verlo llorar frente a mí, me hizo estremecer su humanidad.

—Dejad los besos y los abrazos para otro momento —quien así nos hablaba no era otro que Salvatore—. Ha huido por allí, es un hombre de baja estatura.

—No puede ser —bramó Juárez para, con rabia, pronunciar su nombre —. Es el *Madreperla*. Sé dónde encontrarlo, ¡vamos, a por él!

Juárez era un auténtico sabueso, nos condujo con celeridad por las calles empinadas del pueblo. Lo cruzamos entero de abajo arriba; luego tomamos un sendero estrecho y pedregoso. Pasamos ante unos cobertizos. Detrás se levantaba una cabaña en la cual, y a pesar de la niebla, se podía distinguir una columna de humo negro que salía de lo alto de su techumbre. Paramos ante la orden gestual que nos dio abriendo sus brazos. Yo iba tenso, emocionado por la presencia de mi padre.

Ocultos tras la niebla, cautelosos y enrabietados nos sorprendieron tres perros grandes. Aparecieron con sus dientes afilados y balbuceantes a recordarnos que esa era su propiedad, su territorio. Al mando, el pastor alemán que interceptó mi huida por la mañana. Ahora lo hacía acompañado de dos jóvenes dobermann. Juárez disparó al aire y los dobermann recularon, el macho alfa saltó hacia su garganta. Volvió a sonar la Star BM reglamentaria que portaba, al mismo tiempo que caía al suelo con el perro lobo encima intentando descuajarle la yugular de una dentellada. Salvatore se lanzó en su ayuda consiguiendo que el animal renunciara al gaznate de Juárez, protegido con firmeza por sus manos, y buscara la carne desnuda del brazo de mi padre al despojarse de su chaqueta. El animal le atacó con

fiereza, pero en esa lucha sin igual el hombre venció. Salvatore le clavó su cuchillo en el vientre, abriéndolo en canal.

Por esa solidaridad ante su amigo y líder, los otros dos, al oler su muerte, nos atacaron con saña. Al primero lo abatí de un disparo certero con la pistola de Juárez. El segundo fue a por mi padre y consiguió atrapar entre sus fauces el brazo que le ofreció como arma defensiva, al mismo tiempo que lo desarmaba. Apenas un grito de dolor salió de su garganta.

—¡Mi cuchillo, Doménico! —me gritó. Fue un momento de nervios, apunté al perro, pero no pude disparar por temor a fallar y darle a mi padre.

—¡Dispara, joder que lo va a matar! —exclamó un despavorido Juárez —. ¡Más que perros parecen demonios! —sentenció.

Por fin, los movimientos del perro por afianzarse sobre su presa me ofrecieron una postura franca y disparé. Cayó fulminado sobre Salvatore. Durante unos segundos no se oyó nada; la niebla se había depositado a ras de tierra, apenas se veía a un metro, aun así, observé como Salvatore se quitaba el perro de encima, ofreciéndome, a continuación, la mano para que le ayudara a levantarse.

—¡Buen disparo! —Me dijo, para continuar como si nada hubiera ocurrido dando órdenes—. Ahora devuelve el arma al agente, sin ella se sentirá sin honor.

—Deberías mirarte esa herida —le dije.

—Ya lo he hecho —me respondió a la vez que arrancaba una manga de su chaqueta y se la colocaba sobre ella. Juárez se acercó y le alargó el cordel de su bota para que se lo anudara.

—Señores, vayamos a por lo que hemos venido hasta aquí —nos ordenó Salvatore.

—¡Sí, señor, vayamos a por ese cabrón! —espetó Juárez con rabia al mismo tiempo que recargaba su Star BM de ocho balas.

Mi padre demostró que era un líder y que estaba bragado en ese tipo de tareas. Nos indicó precaución y con la poca visibilidad que había, rodeamos la cabaña. Únicamente tenía una puerta y ninguna ventana; las paredes eran de piedra. A unos veinte metros había un cobertizo; más tarde comprobamos que servía para guardar aperos de labranza. No se oía nada.

En el silencio de la recién entrada noche retumbó el grito de guerra de Juárez:

—*Madreperla*, ¡sé que estás ahí! Sal con los brazos en alto y no te pasará nada.

Salvatore me preguntó si llevaba algún arma y ante mi negativa, nos dijo:

—Tú, échate a un lado. Derribaré la puerta. Usted entre pistola en mano.

Tanto Juárez como yo asentimos. Se lanzó contra ella, al igual que un miura contra el engaño del torero. No consiguió su propósito, en cambio la violencia del impacto le retorció de dolor por las heridas que le causó el perro. Por su boca salieron una barbaridad de exabruptos y gritos ahogados. Le cogí del hombro y le aparté, le sonreí y susurré:

—Cambio de planes. La derribo yo.

—Está bien, los dos al mismo tiempo —atajó.

Utilizando nuestro cuerpo como el ariete más robusto jamás usado para abrir la más custodiada de las fortalezas, nos lanzamos contra nuestro objetivo. Fue un ruido estruendoso. Desprendimos la puerta de los goznes y nosotros dos, encima de ella, caímos de bruces sobre el suelo.

Todo fue en vano. Delante de nuestros ojos estaban las piernas de aquel al que llamaban *Madreperla* por su baja estatura y blanca palidez, balanceándose. Allí, ante nosotros, pendía colgado por el cuello de una soga. Se llevó con su muerte las respuestas al porqué de su macabro proceder. En cambio, nos dejó sumidos en un mar de dudas. Su vida al igual que su muerte, resultó un misterio que yo tardaría en resolver.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

La Posesión de los sueños

> *«Los gatos salvajes se juntarán con hienas y un sátiro llamará al otro; también allí reposará Lilith y en él encontrará descanso».*
>
> *Isaías 34:14*

Cuando llegamos al hostal nos recibieron el sargento Gamboa, Tina y Anna. Por indicación de Juárez, don Julián, el médico del pueblo, atendió a mi padre.

Les contamos, más bien lo hizo Juárez, todo lo que había ocurrido. En la cabaña en donde hallamos a aquel desgraciado ahorcado, había una nota manuscrita en la cual se confesaba autor de la muerte del chico, al que culpaba del intento de asesinato de María, también le culpaba de que, por su enfermedad, traería la desgracia al pueblo, pues era hijo de un humano y un demonio.

Una vez hizo las primeras curas a Salvatore, el médico se marchó junto a Gamboa y su ayudante hacia el lugar donde apareció pendiendo de una soga el infortunado *Madreperla*.

Algunos huéspedes habían bajado a cenar y, al igual que los buitres carroñeros buscan huesos que romper, formaban corrillos en búsqueda de alguna información morbosa que echarse a la boca y pese a las andanadas de Juárez, conminándolos a retirarse a sus habitaciones o a que pasaran al comedor, permanecían desobedientes y cuchicheando entre ellos sus apreciaciones sobre lo ocurrido, más propio de un ambiente festivo y de carnaval que del recogimiento que se debe exigir en momentos luctuosos como este.

La señora que dijo llamarse Lorena Brenes, y que ya no coqueteaba conmigo, permanecía aparentemente ajena a nuestra conversación al regazo del calor de la chimenea, agarrada del brazo de aquel cazador que vi por la

mañana con pintas de llevar el bigote pintado a carboncillo. Ahora, a la luz mortecina de la lumbre, se mostraba de nuevo como una exuberante mujer. Todos nosotros les observábamos y ellos sin ningún rubor hacían lo propio. Bueno, todos menos Anna, cuyo empeño en seducirme cada vez resultaba más patente. Se acercó por detrás y susurró:

—¡Oh, aprendiz de Bradomín!, ¿perdiste a tu dama o te perdió ella a ti?

—Ni lo uno ni lo otro, mi bella Celestina —respondí sonriendo con sarcasmo.

Anna me giró un pellizco, de esos que se llaman de monja y me preguntó:

—¿Celestina, por vieja o por puta? —continuó con su juego de palabras.

—Ni por lo uno ni por lo otro, por murmuradora.

—Eso me encanta —me respondió dándome un beso frío en la oreja, para terminar diciéndome—: no me gusta nada esa mujer, lleva la muerte dibujada en los ojos.

—¿De quién habláis? —terció en la conversación mi padre, ajeno a ella, al igual que Tina.

—De la dama momificada que se halla junto a la chimenea —apuntó Anna, ya separada de mí.

Me atreví a mirarla y coincidí con que ella hacía lo propio; me vi a mí mismo a través de sus ojos fogosos, que por momentos hacían ostentación de una demoniaca heterocromía; fue en ese instante cuando reparé en que era muy parecida a *Lady Lilith*, aquella cuya imagen se atrevió a pintar *Dante Gabriel Rosetti*, con su frondosa melena pelirroja. Ahora comprendía por qué su semblante tornó de mujer sensual, que irradiaba incandescencia lasciva, a aquella que según algunos estudiosos de la Biblia fue la primera mujer de Adán. Esta, y siempre según la opinión de los eruditos en la materia, al contrario que Eva, no fue creada de una costilla, sino de inmundicia y sedimentos putrefactos. Abandonó a su esposo por no compartir sus deseos carnales. Adán pretendía que ella permaneciera debajo de él, a lo que *Lilith* se negó por considerarse una igual.

Recordé haber leído que esta hembra, al igual que hacían los súcubos, seducía a niños y jóvenes adolescentes para convertirlos en demonios, en caballeros de su ejército del mal. Pero a diferencia de ellos, no cohabitaba

con sus víctimas, sino que las atacaba en sus sueños y se apropiaba de su semen derramado involuntariamente mientras dormían. El semen robado, en la polución nocturna, lo emplearía para desovar niños demonios. Los días de luna llena *Lilith*, la primera mujer conocida antes que Eva, se transformaba y atacaba a sus víctimas por las noches.

Entonces advertí que se refirió a mí llamándome íncubo[1]. Lo cual me hizo pensar y repasar mis relaciones con las mujeres a las que amé, llegando a la conclusión de que yo nada tenía que ver con las patrañas de Lorena Brenes y que más bien fue un comentario para mostrarse como la enigmática y misteriosa mujer que aparentaba ser.

—Pasemos adentro, que os cuente lo acaecido entre Gamboa y yo. Aunque Anna lo sabe todo, pues estaba presente, creo que es muy interesante que sepáis lo descubierto por la Guardia Civil. —Atajó Tina, invitándonos a seguirla al lugar donde ella se reunió con la autoridad.

—¡Vamos, Doménico! ¿Qué ronroneas? —me dijo Salvatore, tomándome del brazo y retirando de mi cabeza los pensamientos demoníacos con que relacionaba a Lorena Brenes.

—Nada. Estoy bien.

—Según Gamboa —comenzó Tina su relato, estupefacta por mi aparente desidia, debida a que en mi mente aún jugaban las dudas sobre mi forma de ser y actuar con las mujeres, por culpa de la inescrutable Lorena Brenes—, Ezequiel le contó que recibió una llamada de María pidiéndole agua y un café con leche; también relató que, mientras lo preparaba, Charles se encontraba en recepción y le preguntó para quién era; que dejó el café en una bandeja y se ausentó unos minutos en búsqueda del agua con gas, pues al llevar poco tiempo trabajando en el hostal desconocía donde se almacenaba. También afirmó que una vez que volvió lo encontró hablando en el zaguán con Nico, el *Madreperla*.

—¡Maldito sea!, no me gustó desde el principio —la interrumpí alterado, quizás más por la excitación que me estaba provocando la perversa mirada de Lorena Brenes incrustada en mi retina que por las dudas planteadas por la Guardia Civil. Salvatore, sabedor de mi impericia en controlarme y disimular, me tomó del brazo y dijo:

—Tranquilízate, hace tiempo que sospecho de él, pero no tengo pruebas. Debemos fingir no saberlo hasta estar seguros. Julio Amaro, antes de perder la conciencia, me susurró que Charles le había llamado, interesándose por nuestra salida hacia Candeleda. Ese interés, es el motivo por el cual sospecho que estaba detrás de la trampa que nos tendieron.

—No fue Charles quien golpeó a María —zanjó Anna—. Según Gamboa el golpe se lo dio una persona de baja estatura. Lo cual confirma que pudo haber sido el *Madreperla*.

—No me cuadra nada —intervine molesto por haberme equivocado—. Entonces, si no fue Charles el ejecutor material, sí pudo ser el inductor.

—Sí, esa es mi sospecha —volvió a incidir Salvatore.

—¿Has dicho que le subieron una taza de café? —pregunté dirigiéndome a Tina.

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Cuando llegamos miré y grabé en mi memoria todo lo que vi, y no había servicio de café. Eso significaba que fue ahí donde le echaron el sedante, después se llevaron la taza para no dejar rastro y así desviar la investigación.

No pudimos hablar más. La puerta se abrió sin decoro ni petición de permiso para entrar. Al otro lado estaban los dos guardias civiles, visiblemente cansados.

—Asunto concluido —dijo Juárez.

—No lo tengo tan claro —le respondió Gamboa mirándole con solicitud de silencio en lo sucesivo y que no hablara hasta que él no le autorizara a hacerlo—. Mañana con la luz del día podremos hacer un mejor análisis. He llamado a la comandancia de Ávila para informar de todo. Esperaremos a que venga el juez a levantar los cadáveres y rezaremos porque alce esta maldita niebla.

—¿Piensa dejar el cadáver solo? —preguntó mi padre. Gamboa le miró y Salvatore, experto en silencios y comportamientos gestuales, entendió en su mirada una petición de acreditación.

—Perdón, sargento. Soy Salvatore Aspartana y estoy de paso; estaba en mi habitación cuando los gritos de Juárez me alertaron del peligro y decidí actuar en su ayuda.

—Gracias a él, estoy vivo —intervino Juárez con coraje, a sabiendas de que acaba de desobedecer a su superior.

Gamboa frunció el ceño, miró desafiante a su ayudante y se rascó una oreja, chasqueando los dedos. Este gesto, yo ya lo había advertido en él, era un tic que repetía cuando reclamaba tiempo para pensar.

—Los muertos no se mueven, por tanto, esperaremos a que venga el forense y dé orden de levantarlos —insistió Gamboa.

—Creo que no fue un suicidio —aseveró mi padre. En ese instante los dos colosos se miraron, Gamboa cambió el rictus y preguntó:

—¿Qué le hace pensar que no lo fue, si la puerta estaba cerrada por dentro y no había más salida que esa?, y dígame, ¿por dónde se esfumó el presunto asesino? ¿Quizás por la chimenea que estaba con carbón y leños candentes?

—Demasiadas preguntas y casi ninguna sin respuesta clara —respondió Salvatore.

—¿Entonces? —insistió el sargento, con una sonrisa propia de aquel que cree llevar las mejores cartas en una partida de póker, espirando aires de triunfador.

—Precisamente en la chimenea encontraremos base para una de sus preguntas.

—¿Qué quiere decir, señor Aspartana?

—Pues que alguien que se dispone a irse al mundo sin retorno, no se preocupa de que la casa esté calentita mientras él muere. Esos leños fueron echados poco antes de que el *Madreperla* diera muerte al chico de recepción. La persona que se preocupó de calentar la cabaña estaba esperándole, ahora la cuestión es saber quién era y por dónde se fue.

Todos los allí presentes nos miramos y ninguno provocó articulación alguna. Ahora era mi padre quien dominaba la situación; sabedor de ello volvió a ejercer de experto sabueso y, al igual que haría Hércules Poirot[2], dijo:

—Ustedes son de aquí, de la zona, por tanto, sabrán de las actividades del finado. Saber de él, de sus amistades, nos podría servir para entender quién y por qué le mató —como si acaso él no hubiera sabido de su existencia, pero dicho así al aire, se limpiaba de sospecha su relación con

Nicolás o con cualquiera de los posibles involucrados y al mismo tiempo, recababa información sobre algo que pudiera desconocer.

—No es de esta zona. Vino a vivir hace muchos años, lo recuerdo perfectamente, pues aunque yo era un chaval no me pasó desapercibido su aspecto. La primera vez que lo vimos fue al salir de la escuela; doña Magnolia, la maestra, nos regañó por mofarnos de su baja estatura y de su arrugada piel —contó Charles incorporándose al grupo. Observé la facilidad que poseen los miembros de la Organización de los Desamparados en aparecer y desaparecer. Tampoco me pasaron desapercibidas las muestras de barro y briznas de hierbajos que traía adheridas en los zapatos y en el tabardo que llevaba puesto.

Fue Juárez el que al ver que ya no quedaba nadie en el *hall*, nos animó a salir del comedor pequeño, dónde la noche anterior Tina nos ofreció la cena íntima, pues la temperatura comenzaba a bajar. Accedimos gustosos, sobre todo Anna que comenzaba a dar síntomas de tener frio y no cesaba de dar tiritones. Pasamos frente al mostrador de recepción; detrás yacía, envuelto en una sábana, el desgraciado de Ezequiel. Don Julián, el médico, hacía tiempo que se marchó, una vez que su presencia ya no era necesaria, pues él ya había cumplido con su cometido, que no era otro que el de librar los certificados de las dos muertes acaecidas en esa aciaga noche. Observé como trataba dignamente mantenerse en pie, no hice ningún comentario no entendiendo como podía ejercer la medicina si la mayor parte del tiempo la pasaba beodo.

—¡Ya! —dijo Gamboa, retomando la conversación—, y si no es de aquí, ¿de dónde vino?

—Me contó que trabajó en las minas de Puertollano, hasta que las cerraron a mediados de los sesenta. Siempre, de manera ufana, alardeaba de haber participado en las huelgas contra el cierre de las mismas, haciendo un buen trabajo de topo. Era un infiltrado de la «*Brigada Político Social*» a través del Sindicato Vertical. Cuando los mineros detectaron la doble actividad su vida corrió peligro; huyó y se le dio por desaparecido. Decía que, por su delgadez y baja estatura, su trabajo era muy apreciado en el frente y así fue como aprendió a construir túneles y a usar la dinamita.

Conforme Charles contaba la historia de *Madreperla*, con el fin de despistarnos, en mi mente se produjo el efecto contrario, pues rápidamente relacioné a Miguel, el marido de la infortunada Sagrario, con él. No quise contar ni dar detalles del porqué de mi presunción, miré a mi padre y nos apartamos del grupo, al oído le dije:

—Ya sé por dónde escapó el asesino y a la vez compinche de Nicolás. Debemos ir ahora a los cobertizos, antes de que todo esto se llene de guardias civiles, creo que en la cabaña descubriremos el enigma de su huida —no respondió. Se apartó de mí, susurró algo a Tina e instantes después dijo:

—Me apetece tomar un poco el aire, ¿me acompañas Doménico?

—Sí, buena idea —intervino Tina—. Gamboa, es tarde, estaré arriba en mi despacho, si me necesitáis ya conoces el número.

Anna también se despidió y Charles dijo:

—Yo también me tengo que marchar, dentro de unas horas daremos la montería y necesito descansar un poco.

* * *

Tanto mi padre como yo fuimos los primeros en retirarnos. Antes de salir, oí como Gamboa le preguntaba a Charles si celebrarían la montería si no levantaba la niebla. Este se quedó hablando con él. Dimos la vuelta al hostal en silencio. Mientras esperábamos le conté a mi padre mi presunción. Desde arriba oímos la voz de Tina, llamando nuestra atención. Una vez se cercioró que éramos nosotros nos echó, atada a un cordel, una linterna.

El reloj carrillón del salón, hacía rato que dio las diez campanadas, y el relente calaba hasta los huesos, la niebla en vez de menguar acrecentó su presencia, la visibilidad quedó reducida a menos de un metro. Íbamos en silencio, cuando descubrimos la figura de Charles que, con rapidez, abandonaba el hostal. Casi nos topamos con él. Detuvimos nuestra marcha, protegiéndonos tras la pared, para que no nos descubriera; tratamos de seguirle, pero el desconocimiento del terreno y su rápida zancada permitieron que nos diera esquinazo. Decidimos continuar nuestro camino, si es que éramos capaces de llegar. Pregunté a mi padre como se encontraba, pues de vez en cuando mascullaba y se aferraba al brazo herido:

—Aguantaré, pero ese cabrón tenía los dientes bien afilados y estaba amaestrado. Me mordió con saña. Empezaremos a buscar en la cabaña donde encontramos al muerto. Dime, Doménico, ¿qué te hizo sospechar que pudiera haber un túnel?

—Cuando Charles nos contó la historia sobre que *Madreperla* había sido minero en Puertollano, tuve un *flash* y lo relacioné con Miguel, el cual en una ocasión alardeó que, por haber sido minero, tenía experiencias en túneles y que alguna vez ayudó a construirlos en la casa de algún conocido, por si tenían que usarlos como salida de escape. Por tanto, deduzco que si la cabaña tenía una sola entrada y ninguna ventana, debió haber creado una salida de emergencia para el caso en que alguna vez tuviera que huir, y nada mejor que un túnel y, además, te apunto que quizás esté conexionada con cualquiera de los otros cobertizos.

—Es muy posible lo que dices; al derribar la puerta sospeché que alguna entrada secreta tendría que tener la cabaña, pero las prisas de Juárez, por comunicarse con su jefatura, permitieron que la idea se desvaneciera de mi pensamiento. Cuando me dijiste que tenías una sospecha y que sería conveniente volver aquí, algo me dijo que necesitaríamos de una linterna. Suerte que Tina es lista y lo caza todo a la primera —apuntó Salvatore, dándome unas palmadas en el hombro.

La humedad fría del ambiente nos caló hasta los huesos, la niebla empezó a levantar y después de saltear los cadáveres de los animales de pelaje negro esparcidos por el pasto, pudimos vislumbrar la cabaña de Nico, aquel al que un día alguien cruelmente le rebautizó con el sobrenombre de *Madreperla*.

Tuvimos que desplazar la puerta hacia un lado, pues la habían sobrepuesto con el fin de evitar que entraran alimañas y se apoderarán del cuerpo yerto de aquel infortunado, que delante de nosotros continuaba colgado de una vasta soga, la cual burlaba el perfil de una de las cerchas, sobre la que se sostenía el techo. Salvatore recorrió su pequeño y enjuto cuerpo alumbrándolo con la linterna; a la altura de la bragueta observamos una mancha parduzca.

—Es orina —dijo Salvatore—. Eso demuestra que fue colgado vivo.

—¿Crees que lo asesinaron? —le pregunté.

—Sí, estoy convencido.

Continuó su recorrido macabro, ayudado por el haz luminoso que desprendía la linterna, para cerciorarse de que estaba en lo cierto. Reparó en las uñas de las manos llenas de hilachos, probablemente arrancadas a la cuerda al querer evitar su ahorcamiento.

—Convendrás conmigo en que un hombre solo no puede ahorcar a otro, salvo que haya una gran diferencia de fuerza y de peso entre ellos —le dije.

—Sí, en eso baso mis conjeturas para creer que no fue un suicidio —dijo entre susurros, como si no quisiera que el fiambre le oyera—: si sospechamos de Charles esa diferencia de la que me hablas existe, pero no debemos obviar que este hombre, aunque de baja estatura y de pocas carnes era un junco de fibras aceradas. Era indómito, debió luchar hasta el último aliento. El que lo asesinó nos tendió una emboscada con los perros para ganar tiempo.

Rodeó al cadáver, y yo con él. Apuntó a la nuca con la linterna y descubrimos que tenía sangre seca. Tomó uno de sus brazos para comprobar si tenía marcas de cuerda en su muñeca, resultando esta prueba negativa.

—Juraría que ocurrió así: lo estaba esperando, le golpeó en la cabeza de forma contundente y en la inconsciencia aprovechó para izarlo. En ese momento se recuperó e intentó quitarse la soga del cuello. Luego su asesino puso el taburete debajo de los pies para disimular que se suicidó —se apartó y recogió el taburete que estaba tirado en el suelo y lo puso a los pies del ahorcado—: como puedes ver no llega hasta él, por tanto, podemos afirmar sin equivocarnos, ante la evidencia de las pruebas, que fue asesinado para que no hablara —sentenció.

No respondí a su aseveración pragmática, pero al mismo tiempo convincente; luego nos apartamos y con meticulosa pulcritud comenzamos a inspeccionar el suelo, hasta que Salvatore hizo un sonido raro, débil, para llamar mi atención; después me dijo:

—Doménico, échame una mano.

Señalaba hacia el montón de leña que estaba a la izquierda de la chimenea, al otro lado había otro montón con menos troncos. Ambos descansaban sobre unas planchas metálicas. Le miré, y con la tenue luz sobre mi rostro, que desprendían las brasas ya a punto de morir y

convertirse en cenizas al viento, y con el auxilio de la linterna dirigida hacia mí, dedujo que yo no entendía por qué había elegido un montón en lugar del otro.

Retiró el haz de luz de mi cara y lo alargó hasta su pie, con el que comenzó a apartar cenizas y ramajes, palos secos, pequeños y delgados provenientes de sarmientos, usados de yesca para encender la lumbre, que se hallaban sobre la plancha hasta dejar al descubierto un agujero a cada lado de la misma, los cuales permitían introducir dos dedos como máximo en cada uno. Por instinto me volví hacia la otra y con avidez repetí los mismos movimientos que le había visto hacer, encontrándome con una respuesta negativa. Me puse de rodillas frente a la chapa e introduje los dedos por los agujeros, tirando con toda mi fuerza.

—¡Aghh! ¡Joder! —exclamé al sentir el perfil de la chapa contra las rodillas. Fue un golpe seco, violento; luego algunos leños cayeron sobre mis dedos. Blasfemé en silencio, los ojos me dolieron, quizás por el ímpetu con que cerré los párpados para impedir que alguna lágrima desleal abandonara su refugio.

Era un sistema sencillo, pero ni Salvatore ni yo nos percatamos de ello. El que lo montó había dispuesto debajo cuatro ruedas que hacían su recorrido sobre unas traviesas de hierro con el fin de aminorar el esfuerzo y facilitar de esta forma su deslizamiento para retirarla. En esta ocasión no me salvó su experiencia, la misma que momentos antes nos ayudó a descubrir donde podría estar la entrada a la salida secreta. Una vez repuesto del intenso dolor, y adoptando otra postura, acabé de retirar la chapa con su pesada carga encima. En su lugar encontramos una pequeña puerta, la subimos; ahora lo hice despacio, con precaución, por si acaso tenía algún resorte que facilitara su apertura.

Enfocamos al interior del hueco, era estrecho, vislumbramos unos escalones de acero corrugado, enclavados sobre la pared, que terminaban en un pequeño pozo. Estaba claro que lo había hecho *Madreperla* a su medida. Le quité la linterna a mi padre y le dije:

—Quédate fuera, iré solo. No cabemos los dos, si no doy señales en media hora pasa a por mí.

—Sí. Lleva cuidado, toma por si te hace falta —se quitó el cinturón, en la parte central llevaba cosida una funda de cuero que albergaba un cuchillo.

Me lo puse a la vez que le pregunté:

—¿Y tú?

—Por mí ni te preocupes, sabré responder si tuviera necesidad. Lleva cuidado ahí abajo.

* * *

Los dos, padre e hijo, intercalaron miradas de amor y respeto ocultas para ambos por la falta de luz. Un apretón de manos les demostraba que estaban recuperando los afectos perdidos por tantos años de abandono de Salvatore. Ninguno, en ese momento, tuvo necesidad de luz para ver en su corazón lo que sentía hacia el otro.

Mientras Doménico gateaba, con la linterna unas veces en la boca y otras en una de las manos, tratando de ganar con gran dificultad siquiera unos metros por un túnel de no más de ochenta centímetros de alto por otros tantos de ancho, afuera Salvatore había perdido la conciencia del peligro de la operación hasta que el ruido del quebrar de unas ramas y un olor característico a gasolina le devolvió a la realidad. Levantó la cabeza y vio la sombra de un hombre portando una tea ardiendo. Antes de poder pronunciar palabra alguna, la sombra se deshizo de la tea arrojándola al interior. En unos segundos aquello se convirtió en la antesala del infierno, si de verdad existe. Salvatore tomó la decisión de lanzarse al interior del pozo y dejar a la ventura de la suerte su vida y la de su hijo.

Rápidamente el humo se expandió a través de la portezuela secreta que permitía la entrada al túnel. Estaba muy bien ideada para cerrarla desde dentro sin dificultad y así lo hizo. En ese momento la más absoluta oscuridad se hizo dueña del pozo.

Pero a veces el destino no juega a tu favor y te presenta imprevistos, en esta ocasión el salto a ciegas y las prisas por cerrar el acceso le impidió comprobar dónde estaba; desorientado avanzó y golpeó su frente contra la pared, el golpe fue tan virulento que lo tiró hacia atrás. A pesar de ser un hombre fuerte y experto, tanta agitación lo dejó exhausto. Durante un

tiempo permaneció aturdido sentado en el suelo, con la cabeza apoyada contra la pared; a punto de la inconsciencia por la nube de humo asfixiante, que no dejaba de entrar. La falta de oxígeno le impedía respirar con normalidad y comenzó a hacer mella en sus constantes vitales.

El pozo no tendría más de dos metros de profundidad, la oscuridad y la cortina de humo le impedían moverse, estiró las piernas y comprobó que allí estaba la bocana de la galería, se tumbó buscando aire limpio y gritó. Gritó el nombre de su hijo, sacó fuerzas de flaqueza, de donde ya no le quedaban; hizo un último esfuerzo pues comprendió que, si Doménico no llegaba a por él, su vida había llegado a su fin. Intentó reptar por un suelo inhóspito, sin limpiar, sembrado de raíces y piedras que se le clavaban en las rodillas y en los codos. Durante minutos estuvo luchando contra la atmósfera tóxica que se iba apoderando de sus pulmones, notaba que la presión sanguínea le estaba subiendo, que el pulso se le aceleraba; la respiración, aunque lenta, había mejorado.

Reclamó la ayuda de su hijo dando su último grito. Cuando comenzaba a perder la fe por continuar con vida cerró los ojos y dispuso su alma a Dios. Repasó su vida y se amargó por el tiempo no dado a su querido Doménico y a su mujer Vega.

* * *

A no más de treinta metros donde dejé a Salvatore, avanzaba lo más rápido que podía por la galería, sobre un paso angosto, con el suelo pedregoso. De pronto a mis oídos llegó el eco de gritos ahogados que retumbaban a lo largo del túnel. Al principio no entendía bien de dónde provenían ni qué decían. Detuve el paso, giré el cuello y, tal como si fuera el animal con mejor sentido de audición, aposté el oído en la dirección opuesta. Entonces, pude percibir claras las voces lastimeras de auxilio de mi padre. Como pude di la vuelta, mi estatura me impedía moverme con soltura en la estrechez de la galería. Ayudó, y mucho, en ese arduo quehacer, la elasticidad con la que había dotado a mi cuerpo en tantos años de entrenamiento.

No me lo pensé y rápidamente acudí en ayuda de mi progenitor, conforme ganaba metros, ya sin importarme para nada el dolor en manos ni

en rodillas, dejé de oír la petición de auxilio de mi padre. Una nube de humo avanzaba a través de la galería hasta chocar contra mí. Comprendí la gravedad del asunto y me puse un pañuelo en la cara para así poder respirar mejor y aceleré la marcha.

Cuando llegué hasta Salvatore no pudo responder a mis preguntas. Le hice el boca a boca hasta que le oí toser. Me despojé de las prendas de abrigo y arranqué con fiereza mi camiseta; con el cuchillo la hice jirones del tamaño de una venda, rodeé su cabeza con las vendas prefabricadas, taponándole la herida que tenía. Luego corté dos trozos de mayor tamaño para usarlos como pañuelo e impedir que el humo nos entrara por la boca y la nariz. No teníamos agua, así que decidí orinar sobre ambas prendas. Las escurrí y a él le puse una y yo la otra.

Me senté de espaldas a la salida del túnel y eché su cuerpo sobre mí, introduje mis brazos por sus axilas e inicié la escapada hacia atrás arrastrando su cuerpo. Fue un recorrido duro; conforme avanzábamos, Salvatore se iba recuperando y me ayudaba impulsando con sus piernas.

Por fin llegamos al final del túnel. Al igual que en la otra parte, *Madreperla* había dispuesto de otra escalera similar para salir al exterior. Con la ayuda de la linterna me fue fácil encontrar el artilugio que habría la escotilla de salida del túnel. Como había imaginado, estaba situada en otro de los cobertizos.

Una vez fuera, agotados por el esfuerzo realizado en esa travesía, en la que nunca se avistaba el final, casi asfixiados, padre e hijo nos abrazamos. Hubo momentos en los que sentí desfallecer, dando por extinguida mi corta vida. Después de todo lo acontecido, era feliz, pues si había que morir, nada más digno que hacerlo intentando salvar la vida de un ser querido: mi padre.

Cuando Salvatore se recuperó, cogido de mi hombro, salimos del cobertizo.

—Gracias hijo pensé que nunca más te volvería a ver. Entonces ocurrió el milagro, tu voz animosa detrás de la luz de la linterna me bañó los oídos expulsando unos pitidos que hacía rato se habían adentrado en mi interior —oí que me decía Salvatore apretando su mano contra mi hombro. Creo

que fue la primera vez que me habló como padre. Sin saberlo habíamos fortalecido nuestros vínculos en una alianza estable y duradera.

—Llegados a este punto, creo que es justo reconocer que, aunque Nicolás no fue persona que cuidara los detalles, pues bien pudo haber limpiado el suelo, la construcción del túnel es una verdadera creación digna de considerarse entre las mejores obras de ingeniería de la minería. ¿No crees? —observé jocosamente.

—Sí. ¡Jajajaja! —rio, Salvatore en una carcajada contenida, al cual acompañé en la chanza abrazándonos de nuevo.

—Aunque bien pensado, quizás no lo limpio porque lo construyó para él —repuse.

La niebla había levantado y en lo alto, como testigo de excepción, brillaba espléndida, exultante, la luna. Delante de la cabaña, convertida en una tea gigante, se encontraban contemplándola dos coches de la Guardia Civil con las luces encendidas. También entre ellos había voluntarios y curiosos del pueblo que se agolparon frente a la cabaña con el fin de ayudar unos, y de chafardear los otros.

Dejamos de reír y nos preguntamos qué sería mejor, si hacernos invisibles o presentarnos y contar lo ocurrido. Decidimos, puesto que aún no nos habían visto, dar un rodeo y volver al hotel. Así evitábamos tener que dar explicaciones sobre lo que nos había acaecido y del motivo que nos llevó hasta allí.

—A fin de cuentas, lo sucedido en la cabaña es de nuestra competencia —dijo Salvatore.

—¿Qué ha pasado ahí adentro? —le pregunté.

A hurtadillas, teniendo a la noche como aliada, tratábamos de ganar camino para llegar al hostal y recuperarnos de tantas vicisitudes como habíamos sufrido en tan poco espacio de tiempo. Nos favoreció la complicidad de algunos nubarrones que se empecinaron en ayudarnos, ocultando a la luna mientras avanzábamos para no ser vistos. Por el camino me contó lo que le había acontecido.

—¿Le reconociste? —le pregunté con deseos de venganza.

—No. Me atrevería a decir que fue Charles, pero sería aventurado inculpar a alguien solo por una sombra.

Antes de llegar al hostal, en el aparcamiento, fuimos descubiertos por la Guardia Civil, que rápidamente vinieron a por nosotros.

—¡Alto ahí! ¡No se muevan y pongan las manos en alto!

—Tranquilo, Juárez, somos amigos —habló mi padre.

—¡Pero hombre de Dios!, ¿otra vez usted? —respondió este alegrándose de vernos—. ¿Qué le ha ocurrido en la cabeza?

—Sí, ya ve —comenté.

—Ver, lo que se dice ver, no vemos nada más que una venda manchada de sangre, sobre su frente —dijo Gamboa, acercándose a mi padre.

A ellos les acompañaban dos señores de paisano, uno de ellos que parecía estar al mando de todo, haciendo gala de su jefatura, nos preguntó circunspecto. Antes de que respondiéramos, el sargento Gamboa dejó claro ser un buen maestro de ceremonias relatando a los presentes nuestra relación con el asunto. Respecto de ellos, los presentó como dos inspectores de la policía judicial, llegados desde la comandancia de Ávila.

—Salimos a tomar el aire y, a pesar de la niebla, vimos unas llamaradas, por lo que decidimos ir en auxilio de lo que fuera. Entonces fue cuando caí golpeándome en la cabeza —respondió Salvatore.

—¿Eso es todo? —repreguntó el inspector venido desde Ávila.

—Sí y ahora, si me permiten, voy a lavarme y a dormir, son demasiadas emociones en una sola noche para mi edad.

Nos despedimos y nos fuimos directamente a la habitación de Tina. Cuando abrió la puerta, se nos echó encima con síntomas de haber estado llorando. Mientras curaba a Salvatore la pusimos en antecedentes.

—Me temo que los expertos de la Guardia Civil, cuando se apague el fuego no encontrarán nada que pueda serviles para incriminar al cómplice, si lo tuvo, de Nicolás en la muerte de Ezequiel —dije más como hecho notorio que como premonición.

—Sí, todo fue muy rápido, las llamas en escasos segundos se adueñaron del pequeño reducto que *Madreperla* utilizó como su casa. El fuego lo devoró todo, incluso a él —dijo mi padre, serio y dolorido.

Serían las dos de la mañana cuando dejé a mi padre y a Tina. Mi habitación ya estaba desprecintada, por lo que decidí irme a dormir y declinar la invitación de Tina para que ocupara otra.

⁎ ⁎ ⁎

No di tiempo a repasos ni gaitas, me duché y directamente me tumbé sobre la cama quedándome dormido al momento.

Soñé que estaba desnudo, con María a mi lado, besándonos. Mis manos acariciaban su piel y jugaban en el limbo de su alma y así lentamente la recuperaba y elevaba al cielo. En mi sueño tomaba su cara entre mis manos y la besaba; besaba su boca, sus ojos, mi lengua recorría y cincelaba la piel de sus labios, de su mejilla; sentí el calor de su sangre correr por el cuello y suavemente mis labios se adueñaron de él, como el más experto vampiro mordía y succionaba esa parte tan sensible hasta dejarla paralizada, sus gemidos eran ahogados, mientras sus caderas se movían apretándose contra mi ser. Soñé que la besaba una y otra vez en sus labios abiertos como los pétalos de una rosa en flor.

Soñé que me apartaba y se subía en mí; lento, muy despacio, me besaba y acariciaba con su cabello, mientras sus pezones recorrían mi cuerpo. Intenté acariciarla, sujetó mis manos y las apartó subiéndolas por encima de mi cabeza. Continúo su paseo hasta llegar al centro del poder de ese lugar maravilloso llamado placer. Presionó mis testículos y miembro contra sus ondulados pechos, mientras su lengua húmeda y su cálido aliento se recreaban en mi estómago. Sujetos entre ellos, describió unos movimientos suaves, ascendentes, para luego hacer lo mismo hacia abajo. Cuando mi excitación estaba a punto de llegar a su fin, se retiró. Me besó y mordió con saña el labio inferior. Gemí de dolor. Se montó encima y cabalgó, pude sentir su respiración en mi pecho. La oí gritar primero:

—¡Ahhh! ¡Qué placer! ¡Síííí!

Y susurrar después, cansada, extenuada, sobre mí:

—Doménico, oír tus gemidos, sentirte tan dentro, poseerte con mi cuerpo y con mi alma… ¡Es lo más!

En ese crucial momento volví a la realidad y supe que no había sido un sueño. Aquella que trató de robarme el alma no era María sino otra. La arranqué de encima de mí y fui yo el que ahora se subió encima, con ferocidad entré y salí de ella con fuertes arremetidas a la vez que con una de mis manos le apretaba en el cuello para ahogarla. Al mismo tiempo le grité:

—Nunca seré tuyo, jamás te llevarás mi semen, Lorena Brenes.

Para mi desconcierto la bruja Lilith, encarnada en el cuerpo de Lorena Brenes, en vez de gritar, gemía y se estremecía de placer. Entonces apreté con fuerza sobre su garganta para acabar con ella. Un fuerte golpe en mi cabeza y el grito de una voz conocida hizo que abandonara mi intención de ahogar a quien intentó robar mi alma. La ladrona de mis sueños encendió la luz y me dijo, entre extasiada y enfadada:

—Eres un salvaje. Nunca había hecho sexo así, casi me matas. Pero me ha gustado —guiñándome un ojo acompañado de una sonrisa burlona.

—Lo siento, fue una pesadilla —respondí a Anna que permanecía desnuda sobre mi cama; guardando con gestos de dolor, entre sus manos, el cuello dolorido—. ¿Qué haces aquí?

Tardó en responder, apenas podía hablar. Cuando se repuso me dijo:

—Vine a decirte que a primera hora vendría a buscarte para ir al cuartel de Casavieja. Te oí hablar y entré, dejaste la puerta abierta. Estabas delirando, un sudor frío recorría tu cuerpo. Por instinto materno o camaradería decidí quedarme a tu lado —le costaba hablar, carraspeó, se levantó y pasó al baño a beber agua. No tuvo reticencia en pasear su cuerpo desnudo delante de mí; yo en cambio aproveché el *impasse* para ponerme los calzones.

Volvió del baño hablando, nuestras miradas se cruzaron y no pude evitar contemplar su magistral figura. Con toda naturalidad se sentó en la cama abrazando sus piernas recogidas; los pies cruzados de manera fortuita, simulaban una cancela que impedían el paso de mi mirada hacia la intimidad del jardín de Jade; lugar que yo besé y después bebí de su elixir venenoso, el cual me subyugó y confundió.

Continuó relatando una vez apreció que dejé de mirarla y que podría prestar más atención a sus palabras que a sus tetas.

—Dormitaba cuando noté como tus dedos recorrían mi piel, me acariciabas con una suavidad impropia de unas manos masculinas. Luego me besaste una y cien veces; yo permanecí quieta, calentita entre las mantas. No quise mover ningún músculo, ni siquiera un solo dedo para acariciarte, no deseaba respirar, me daba pereza abrir los ojos y despertar. Sin desnudarme, acariciaste mi clítoris y lo rozaste; luego lo presionaste

aun con las braguitas puestas. Mientras, hacías lo mismo con mis pezones, aún dormidos y aletargados, con la punta de tu lengua. Qué calor, el deseo de que lo tocaras fue casi inmediato, retiraste las bragas hacia un lado y un calambre recorrió mi alma al comenzar a tocarlo. Estaba tan húmedo y resbaladizo que mi cuerpo se retorció de placer. Luego separaste los labios para que quedara libre y tu lengua sabia lo mimó ¡Ay, Doménico, cuánta excitación! Me hubiera gustado gritar, pero tú llevabas el control y no quería por nada del mundo impedir que lo dejaras. Volviste a mi boca, friccionando tu miembro contra mi vagina, tus dedos entraban separando mis labios, yo los abría, como si mi boca fuera la de un pez en busca de aire; el olor de tu piel me embriagó, y cuando más no podía y creía que ya me dejarías volar te apartabas. Después tus dedos, con sabiduría, tornaron al lugar de mi perdición, abriste las puertas que lo protegían y sentí que mi humedad me aliviaba, jugaste en ellos y tu boca al mismo tiempo mordía mis pechos, succionando mis pezones. Dime, Doménico, ¿se puede ser más feliz con tan poco?

—No sé qué decir. No tengo palabras, te entiendo perfectamente y no creo necesario que debas ser tan precisa en relatarlo con todo tipo de detalles, no debiste dejarme tocar tu cuerpo, creí que era un sueño y te confundí con María. Tu amiga, por si lo has olvidado. Fuiste desleal para con ella, te aprovechaste de una situación irreal de forma torticera.

—Yo no tengo amigas en la cama, no hago sexo con mis amigas. Con los amigos se habla, se confían secretos, se llora, pero no se fornica. Deberías saber que me tenías en tus manos, que jugabas conmigo, que me traías y me llevabas, y que me estabas volviendo loca. Por fin está ahí, me dije, cuando noté tu cálido aliento como avanzadilla de tu lengua y tú me preguntaste: «¿Aquí? ¿Aquí te gusta?». Sí, y lo sabías. Mi cuerpo estaba henchido de complacencia. Aún puedo sentir cómo mi corazón se quedó privado, por momentos me faltó la respiración, se detuvo el tiempo. Sé que, probablemente, serán los segundos más maravillosos de mi vida. Te pongas como te pongas son míos y tuyos, de nadie más. Y cuando me ahogué de gusto la introduje muy despacio y la sentí conmigo muy muy dentro y cabalgué para ti, con pasión hasta que rebosáramos los dos de gozo. Sintiendo un deleite nunca antes igual, desde mi interior hacia fuera. No sé

qué ocurrió en tu cabeza, me apartaste y te volviste un salvaje, el resto ya lo sabes.

—Vístete y vete, por favor. Y no olvides nunca, que conmigo no hiciste el amor, ¡follamos! Yo, en oposición a ti, solo hago sexo con amor.

—No te engañes, Doménico tú no eres mejor que yo. Puedes llamarlo como quieras, pero tu cuerpo, tu piel, tu olor, tus ojos, «mis ojos azules», que no me canso de mirar, los llevo grabados en mi retina, siento que nunca dejarán de mirarme, que siempre irás conmigo y juntos, de la mano, tus ojos y los míos se perderán en las verdades del silencio. Y no me digas que no sé lo que es amor, he acunado tu alma entre mis manos, la he besado y mimado y tú me has dejado. —Calló y con dignidad parsimoniosa se vistió, antes de abandonar mi habitación me dijo—: ¡Gracias!, por haberme mostrado placeres que para mí eran ocultos.

Me quedé dubitativo, su asombrosa elocuencia consiguió que en mi interior nacieran dudas sobre si en verdad lo soñé o fui partícipe de la vorágine de sexo en la que nos habíamos envuelto.

* * *

Cuando nos vimos por la mañana, no observé en ella un atisbo de remordimiento o pesadumbre por lo ocurrido horas antes, al contrario, se mostró totalmente indiferente. En cambio, yo estaba apesadumbrado y una vez recuperé la conciencia sobre lo acontecido me juré contárselo todo a María.

Durante el trayecto al puesto de la Guardia Civil en Casavieja, apenas pronuncié palabra alguna; en cambio Anna, transformada en su papel profesional no paraba de darme consejos sobre cómo y qué debía declarar ante Gamboa. Se recogió el pelo en una coleta y ocultó sus ojos detrás de unas gafas muy oscuras de plástico. El cuello cubierto con un pañuelo de motivos florales, predominando los tonos verdes y rojos, ocultaba los moratones que le propicié en la batalla hacía unas horas.

Yo sin embargo no tenía tanto fondo de armario y opté por los vaqueros que traje, con bastantes muestras de suciedad, sobre todo en las rodilleras.

Al llegar a la casa cuartel, aparcamos en las medianías y con prontitud nos atendieron. El guardia civil de la puerta nos indicó la sala en la cual nos

esperaba el sargento Gamboa. Para nuestra sorpresa, este no estaba solo, le acompañaba el mismo señor que horas antes nos dijeron que había venido desde Ávila. Después de saludarnos, el sargento ocupó su sitio detrás de la mesa del despacho, pero antes pidió permiso a su invitado para hacerlo:

—Con su permiso, mi capitán, voy a proceder a tomar declaración al aquí presente —movió la silla situándose frente a una máquina de escribir color verde. Era un verdadero armatoste; en el frontal ya desgastada por el uso y la falta de limpieza de tantos años, se podía leer Hispano Olivetti; como si fuera un ritual, comenzó a preparar los documentos en los cuales escribiría, con la mayor fidelidad, la transcripción de todo aquello que yo declarara. Puso un folio en blanco y sobre él un papel calco negro por una cara y gris por la otra, luego repitió la acción hasta cuatro veces. Con excesiva meticulosidad los tomó y golpeó sobre la mesa hasta que folio y calco se centraban, luego los introdujo por el carro, lo hizo girar, ajustó los márgenes y comenzó a escribir. Por indicación de Gamboa, nos sentamos al otro lado de la mesa, frente a él. El capitán se colocó junto a unos archivadores, encima de los cuales había excesivos legajos en completo desorden, lo cual me llamó la atención, pues acababa de observar a Gamboa, y su trabajo era pulcro en lo referido al orden y la limpieza.

Comprobé que la democracia, la nueva España Constitucional, aún no había llegado a este cuartel. La decoración de las paredes se repartía la jerarquía entre fotos del dictador Franco y la del nuevo Jefe del Estado, su majestad el Rey.

Después de anotar mis datos personales, la causa y demás parafernalia, común en cualquier toma de declaración, Gamboa inició sus preguntas particulares sobre lo acontecido. A sus preguntas rutinarias sucedieron otras de mayor enjundia y complejidad, con el fin, presumo yo, de cazarme en alguna contradicción. A la mayor parte de ellas respondía de inmediato; otras en cambio, miraba a Anna antes de responderlas y esta me ofrecía un gesto aprobatorio o las matizaba con vocablos jurídicos. Hasta que saltó la pregunta del millón, realizada por el capitán, que hasta ese momento había permanecido parapetado entre los legajos del archivo, abriéndolos y dejándolos de nuevo sobre el mismo a su gusto. Eso inquietaba a Gamboa, que estaba más pendiente de él que del interrogatorio:

—¿Conocía usted a las dos personas que fueron encontradas calcinadas? —Su mirada revestía severidad a la vez que mostraba un aire de suficiencia propia de alguien que estaba acostumbrado a otro tipo de interrogatorios, llevados a cabo por él y no muy lejanos en el tiempo.

—Desconozco de qué me está hablando.

—Se lo diré de otra forma: «Cuando usted y su novia dieron el paseo por los alrededores del pueblo hasta La Cruz, ¿se encontraron con alguien?».

Miré a mi interlocutor con extrañeza a su pregunta, él en cambio aguzó los ojos de búho que tenía, creyendo haber conseguido carne donde clavar sus dientes. Su mirada ávida pretendía incitarme a la confusión, o a la sublevación, y así tener algo con qué machacarme después.

Yo, por mi parte, tenía dudas sobre si era una pregunta capciosa o tiró a dar por tener conocimiento probatorio sobre lo que ocurrió. Dudé en mi respuesta pues no conocía sus cartas, entendía que pudieron haber hablado con María o, mismamente, Tina les pudo haber hecho algún comentario al respecto. Anna fue a responder por mí, quizás, llevada por la intimidante mirada del capitán, o por entender, que mi silencio provenía de una vacilación y no de una reflexión. Toqué su hombro haciéndole ver que respondería al capitán.

—No recuerdo si nos cruzamos con un hombre o con dos. Ayer hizo buen tiempo, por lo que fue aprovechado por excursionistas para ver el valle desde la montaña.

—¿Entonces los conocía? —volvió a cargar en sus preguntas retorcidas con el único interés de ver en mí un atisbo de debilidad y crear en mi mente un caos que me condujera al error.

—No creo haber dicho eso, capitán. Le repito que no me fijé en nadie en particular, bastante tenía con preocuparme de mi novia.

—Puede decirme ¿cuál fue la causa de su indisposición?

—Como ya le conté al sargento en su momento, desconozco las causas de su desmayo y posteriores vómitos. Una vez que llegamos al hostal, abrió su maletín y ella misma se administró un medicamento, pues como buen detective que es, a estas horas ya debe saber que es médico —respondí de forma socarrona, desgarrando de su semblante una sonrisa retorcida—.

Dicho esto, sin que deba observar en mi respuesta acritud alguna, al contrario, es una explicación meramente descriptiva que sabrá entender.

Gamboa le miró y recibió el consentimiento para que continuara con el interrogatorio. Solo usaba los dedos índices de cada mano en el golpeteo de las teclas que con gran rapidez imprimían su carácter al papel blanco. Una vez cambió el primer folio comido con avidez por la escritura negra de la cinta, más que desgatada por tantos interrogatorios y formulismos operados en ella, volvió a la carga:

—¿Dónde estaba cuando la atacaron? ¿Por qué no se encontraba con ella en ese momento? —a esta altura del interrogatorio las preguntas las lanzaban en batería. Anna volvió a protestar y les dijo que había ido a declarar y que las preguntas iban dirigidas en un tono severo, como dando por hecho que yo era culpable de algo.

—Usted lo ha dicho, señora abogado —respondió el capitán con acidez —. Ha venido a declarar… sobre todo aquello que se le pregunte.

El ambiente se iba crispando conforme avanzaban las preguntas y repreguntas sobre los mismos hechos o detalles. Decidí cambiar de táctica pues pensé que no tenían nada contra mí y que lo mejor era responder rápido e impedir que Anna volviera a hablar.

—Anna, creo que el capitán tiene razón. Te agradezco tu protección, pero cuanto antes terminemos, mejor, no tengo nada que ocultar —se quedó petrificada, luego dirigí al capitán una mirada de rendición, haciéndole creer que era él quien mandaba allí. Después me volví a Gamboa y le dije —: «Continuemos donde lo habíamos dejado, si le parece bien» —este me miró y devolvió una sonrisa de alivio.

—Sí, cuando quiera puede responder.

—Una vez en la habitación, María dijo encontrarse mejor y me pidió que la dejara descansar y que la avisara para comer. Yo me fui con Tina, la dueña del hostal, a su despacho a tomar un café. Luego llegó su novio, Charles, y me marché en busca de María para comer.

—¿No le extrañó que quisiera estar sola, cuando lo más normal era pedirle que se quedara haciéndole compañía?

—No. Ella es así. No me sorprendió su petición, pues ya se le había pasado el mareo.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

—Quizás una hora, no más.

—¿Por qué está recluido en un centro psiquiátrico? —me atacó sin piedad el capitán.

—La respuesta a su sarcasmo la tiene en el informe que está leyendo —respondió Anna, fuera de sí, para terminar apostillando—. Y con su permiso, si no tienen más preguntas que hacer nos gustaría irnos.

Tanto Gamboa como el capitán cruzaron una mirada dilatoria. Se pertrecharon, compungidos, de tiempos de silencio, conminados el uno y el otro a buscar una estrategia en la cual pillarme o sacar algo en claro. Entonces Gamboa, cuando creyó conveniente, giró el carro de su Olivetti y extrajo los folios escritos con sus calcos, presentándomelos a la firma. Los leímos antes de rubricarlos. El capitán rompió su silencio y como un auténtico «*tocapelotas*» reclamó mi permiso de salida del centro psiquiátrico. Anna abrió su maletín y se lo extendió. Mientras lo leía, Gamboa se dirigió a mí de forma amistosa:

—Doménico, espero disculpe las molestias. Es un trámite rutinario.

—Lo comprendo —le dije extendiendo mi mano para saludarlo.

Una vez el capitán terminó de leer el permiso por el cual se me autorizaba a viajar, se dirigió hacia Gamboa y mirando despectivamente a Anna, dijo:

—Este país se nos va a la mierda Gamboa, quién lo hubiera dicho: una mujer de juez de Instituciones Penitenciarias.

—Tomaré su comentario como una ocurrencia —dijo Anna, cada vez más iracunda y tratando de retirar mi permiso de las manos del capitán. Fue un lance tenso, pues al gesto de ella para retirar el documento se juntó el del capitán de sujetarlos para no cederlos.

Anna, de pie, pudo sentir, oler mi crispación, pues puso su otra mano sobre mi hombro para que no me levantara. El capitán se percató dando lugar a un cruce de miradas de violencia soterrada entre él y yo. El bueno de Gamboa que tan contemporizador había estado hasta ese instante echó la silla hacia atrás y gritó con empaque:

—¿Qué pasa aquí?

Ninguno dijimos nada. Anna relajó su brazo y dejó mi permiso entre los dedos del capitán. Yo continuaba sentado, pero con los ojos clavados, desafiantes, en los del capitán como si fueran los colmillos del más fiero de los felinos. Anna, sin mirarme, sabía que algo pasaba y apretó su mano contra mi hombro, esa sensación, ese calor dio resultado pues poco a poco fui doblegándome a la mirada intimidatoria de él.

—Volveremos a vernos —dijo vociferando, sintiéndose derrotado, pero sabedor de su poder a la vez que, ahora sí, entregaba mi permiso a Anna—. Estoy seguro que sabes más de lo que nos has contado —dijo el oficial, mientras salíamos del despacho.

Ya de vuelta, en el coche, Anna me felicitó por mi contención y aguante ante las impertinencias soldadescas, de otras épocas, del capitán. Recogimos a mi padre, que nos esperaba en el hostal; a su lado, asida a su brazo, estaba Tina Coín radiante. Al vernos, esbozaron una sonrisa placentera y en apariencia deseosa, por conocer cuánto nos hubiera ocurrido en el cuartel de Casavieja. En solo una noche parecía haber envejecido años, se presentó sin afeitar, perdiendo ese porte que le distinguía; con el brazo izquierdo en cabestrillo, el mismo en el que con furia el animal se entregó a dentelladas llenas de rabia, la noche anterior. Un aparatoso vendaje le cubría la frente incapaz de ocultar un fuerte derrame en la zona ocular.

Nos despedimos de Tina. Tanto el hostal como los aledaños estaban tomados por periodistas y alguna cámara de televisión. Los cazadores aún no habían regresado de la montería, por lo que no pude ver por última vez a aquella que me robó el sueño la noche anterior.

* * *

Después de la noche aciaga en el pozo lóbrego que construyó Nicolás Abad Avilés, el *Madreperla*, por fin dejábamos Mijares, lugar de ensueño, pero para mí sería de infausto recuerdo; lo recordaría siempre como una zona hostil, en donde en pocas horas nos había ocurrido todo lo inimaginable, más que una excursión de fin de semana, en donde se daban todos los ingredientes para entregarnos en cuerpo y alma el uno al otro,

como dos amantes deseosos de amor y pasión, pareció que habíamos estado en una zona de guerra.

Nuestro primer destino sería Talavera de la Reina para ver a María y a Julio Amaro; por el camino relaté con todo detalle a Salvatore todo lo que había ocurrido en Casavieja. Nos preguntó por la edad del capitán y su nombre, pues no entendía tanto ensañamiento cuando no había ninguna prueba que pudiera incriminarme.

—No creo que tuviera más de cuarenta años —dijo Anna, a lo que yo no repliqué ni contradije, pues entendía que en esa materia las mujeres tienen un olfato más afilado que los hombres—. Según me pareció oír a Gamboa en uno de los pocos recesos que nos concedimos, es malagueño, de San Pedro Alcántara, oficial de carrera y uno de los oficiales más cualificados de la comandancia de Ávila. De hecho, es la mano derecha del teniente coronel. ¿Me preguntabas por su nombre? Creo que se llama Eliot Roldán de la Vega.

No recuerdo si las últimas palabras de Anna las llegó a oír mi padre pues entró en un sueño profundo.

Cuando entramos en el hospital Virgen del Prado de Talavera, nos recibió un Pedro Hermoso ufano por saber que todo había salido bien. Ellos se fueron a ver a Julio Amaro y yo me fui a ver a mi amada María.

Entré sin llamar para darle una sorpresa, o probablemente avergonzado por lo que había ocurrido la noche anterior entre Anna y yo. Estaba levantada, vestida, sentada en una silla junto a la ventana. Su compañera de habitación era una joven con una pierna escayolada. La silla de su acompañante se encontraba desocupada.

No se percataron de mi presencia hasta que yo las saludé. La chica con la pierna enyesada, hasta la cintura, abrió los ojos y con ello me di por saludado, a duras penas podía mantener su estado de vigilia, quizás fuese por la medicación que le habían suministrado para aliviar su dolor. El caso es que se encontraba más a gusto entre los brazos de Morfeo que en atender a mi presencia.

El aire de la habitación presentaba una neblina gris y maloliente, propia del humo del tabaco y de los cigarrillos a medio apagar sobre un cenicero repleto de colillas. María, al verme, apagó el cigarrillo con rapidez y saltó

hacia mí, presa de alegría. Aferró sus brazos a mi cuerpo con todas sus fuerzas. Rompió a llorar y me dijo:

—¡Sácame de aquí, por favor! ¿Qué ha pasado, Doménico? Desde que desperté, te eché en falta y temí lo peor.

Debió notar en mis abrazos, en mis caricias por consolarla, que algo había ocurrido. Me pidió que la besara. Lo hice, la chica de la cama de al lado continuaba dormida. Me apartó de ella, me miró y me preguntó:

—Tus besos son fríos, distantes. No me abrasan, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué has hecho, Doménico? —su mirada, su lenguaje es lacónico. Sus pupilas persiguen despacio, sin descanso, a mis ojos cobardes que no se atreven a contemplarla.

—No ha sucedido nada que te haga temer por mí.

—Me estás mintiendo. ¿Qué me ocultas? —tomó mi mentón entre sus suaves manos para obligarme a mirarla—. No temo por ti, temo por nosotros, noto en tus ojos apagados la ausencia de destellos de enamorado.

—Te lo contaré todo, ahora creo que no es el lugar ni el momento —dije haciéndole un gesto hacia la chica que dormitaba en la cama de al lado.

—La traición, la deslealtad, si espera perdón no puede esperar, Doménico. ¿Fue con Tina?

—No, no fue con ella. Pero no es lo que piensas, no es fácil de contar. Lo haré, si te parece bien, cuando estemos solos.

Fue un gesto rápido, su pequeña mano cruzó mi cara de un lado al otro, luego fueron sus puños los que tocaron arrebato sobre mi pecho. La dejé hacer hasta que, el cansancio o el haberse desahogado, la dejó exhausta. Se tumbó en la cama y lloró su rabia, sin contención de gestos y gritos.

Entonces la chica con la pierna enyesada hasta la cintura, que presentaba moratones que desfiguraban su linda cara de ángel, abandonó por un momento ese estado de placer en el que a veces nos sumimos los humanos, me sonrió a la vez que abrió sus lindos ojos negros, dejándome contemplar por un instante su inocencia; después los cerró y volvió a dormitar.

María no me preguntó con quién, no quería saberlo y si tenía interés, no se atrevió a saber el nombre de aquella que pudo con la fuerza de nuestro amor, rompiendo los lazos que nos unían.

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE

OceanofPDF.com

Capítulo 8

Un hombre de honor

«Si yo pudiera darte una cosa en la vida, me gustaría darte la capacidad de verte a ti mismo a través de mis ojos. Solo entonces te darías cuenta de lo especial que eres para mí».

Frida Khalo

Para nuestra sorpresa, a la salida del hospital, nos estaban esperando Tina y Charles. Vinieron a traer el Mustang rojo de María. A mí se me olvidó por completo. El encuentro fue frío y tenso. Salvatore acogió la mano de Charles y no la soltó hasta pasados unos segundos largos, ambos la estrecharon con fuerza.

—¡Señor! —dijo un Charles prepotente, seguro de sí mismo, sonriente. Mi padre no le respondió y aguzó sus ojos como puñales en los de él, hasta que Charles no pudo aguantar la mirada penetrante, lacerada, intimidatoria de Salvatore. Entonces su arrogancia tornó a otra actitud más humilde, comprendiendo que no había tenido una buena sintonía con mi padre.

—Volveremos a vernos —le respondió Salvatore, ya con la mirada puesta en su querida y amada niña. La abrazó y, tomándola del brazo, la apartó lo suficiente para que ninguno oyéramos lo que pudiera decirle.

Luego vino el corro de despedidas. Cuando María se despidió de Tina, ambas se fundieron en un abrazo y María rompió a llorar.

—¿Por qué señor, por qué? —atiné a oír.

—Ya ha pasado todo, tienes que ser fuerte —le susurraba Tina, sin entender el motivo de su súplica.

Partimos en los dos coches. En uno, mi padre, Anna y Pedro. En el otro, María y yo.

—¡Conduce tú, por favor! —me pidió María, abriendo la puerta del copiloto.

—No tengo experiencia para un viaje tan largo, sería conveniente que lo hicieras tú —respondí tratando de oponerme a su petición.

—Puedes hacerlo, por favor, vámonos ya —me dijo, escondiendo su cuerpo dentro del abrigo que llevaba puesto.

—Doménico, ¿quieres que conduzca yo? —dijo Anna, siempre tan solícita. La silueta encorvada de María apenas se irguió, lo suficiente para asomar la cabeza, mirarme y moverla. Todos entendimos lo que quería. Quedamos en vernos en el centro psiquiátrico.

El camino de vuelta se hizo largo, muy largo. María abandonó la protección que le brindaba el abrigo y se refugió en unas grandes gafas oscuras y, a veces, encendía un cigarro sin haber apagado el otro. Su nerviosismo era palpable, no quise tocar el tema de fondo, así que le pregunté por su estado:

—¿Te encuentras bien? Quizás debiste haberte quedado un día más, el doctor no quería darte el alta.

—Sí, estoy bien. Estoy deseando acabar con esto, llegar a casa y abrazar a mi hijo. Esta historia me desborda, Doménico —sacó unos pañuelos del bolso, limpió sus lágrimas y sonó la nariz. Yo no tenía mucha soltura con el volante, aun así me atreví a tomar su mano y acariciarla, ella la retiró y se alejó protegida por la tiniebla de humo que había en el coche; giró su cuerpo diminuto hacia la ventanilla.

La tarde se iba, dejando tras ella un fin de semana horrible. No paramos en todo el trayecto; cuando llegamos al centro nos estaban esperando. Anna Alcaraz me acompañó al interior, antes me despedí de mi padre, nunca lo había visto así, estaba demacrado, las heridas del brazo no presentaban buen aspecto.

—Pase lo que pase, no te metas en líos, ¿me has entendido? Pronto saldrás de aquí y ajustaremos cuentas —como siempre, más como una orden que como un deseo. Así era Salvatore, así era mi padre, y cada momento que pasaba, mi complicidad para con él era mayor.

—Lo haré. No me gusta tu herida, tiene mala pinta —le dije—. Prométeme que irás a que te la vean, aprecio un estado febril en tu mirada.

Nos dimos un fuerte abrazo y, por primera vez, le besé en muchos años. Me di cuenta que volvía a tener sensación de vínculos emocionales entre un

padre y un hijo.

—No te preocupes, le llevaré sí o sí —dijo Pedro abrazándome.

Cuando escuché el sonido de los cerrojos de la puerta al abrirse, el mundo se me vino abajo; dudé entre cruzar la puerta o darme la vuelta y salir corriendo hacia la libertad. Sentí la mano de Anna Alcaraz, al igual que la de un ángel, sobre mi espalda, aportándome el calor suficiente para entrar. Entonces oí la voz lastimera de mi padre:

—¡Eh, Doménico!

Volví a mirarlo para ver qué quería y vi que Pedro Hermoso me hacía señales para que fuera. Me acerqué y me preguntó:

—El cuchillo, ¿dónde está?

—En tu bolsa —le respondí, remarcando con la cabeza hacia el lugar donde se encontraba.

—Dime, ¿en algún momento lo abandonaste?

—Sí, cuando fui a Talavera de la Reina a acompañar a María en la ambulancia, hasta ese momento siempre lo llevé conmigo. ¿Por qué?

—Sospecho que fue el cuchillo lo que fueron a buscar cuando atacaron a María —me dijo.

—Se lo dejé a Tina para que lo guardara. Ve tranquilo.

Antes de dar por finalizada nuestra conversación, María abandonó el recinto destinado para aparcamiento. La observé hasta que el coche desapareció en dirección a Toledo. Saludé de nuevo a mi padre y Pedro Hermoso puso en marcha el coche en el que habían venido.

* * *

En la puerta me esperaba Anna Alcaraz para entregarme. Llegué justo al recuento. No había terminado de colocar mis pertenencias dentro del pequeño armario que disponíamos en la celda, cuando oí detrás de mí una voz inconfundible:

—Nunca imaginé volver a verte, eres un hombre con mucha suerte o muy peligroso —no quise volverme, apreté los puños contra el jersey que me disponía a colocar en la balda del armario y que aún estaba dentro de la bolsa—. ¿Te ha comido la lengua el gato o papá te ha pedido que no hables con desconocidos?

—Vamos, Ticio, ponte en la fila o vete a tu habitación —ahora el que hablaba era Juan Cleto—. Y tú, date prisa, te quedan cinco minutos.

Me volví para darle las gracias. Ticio aún continuaba apoyado sobre el marco de la puerta. Tuve que aguantar otro gesto asqueroso por parte de esa sanguijuela. Recordé la promesa hecha a mi padre y le respondí con ironía:

—Yo también me alegro de verte, Ticio, y espero que estemos mucho tiempo juntos para poder demostrarte mi afecto.

Juan Cleto, uno de los seres humanos más inexpresivos que había conocido, esbozó una leve sonrisa, apenas visible, pero suficiente para apreciar que estaba más en sintonía conmigo que con él.

Ticio Carbonell, no digirió bien mi sarcasmo y volvió a arremeter:

—No creo que tengamos tiempo para amarnos. Yo me iré en unas semanas de aquí y tú te quedarás unos años más. Pero será placentero hacerlo con tu hermanita, la pecosa.

Aguanté con dolor su primera andanada de bravuconadas. Sus insultos fueron punzantes mas no por ello me dejé llevar, pensé que tiempo tendríamos los dos de resolver nuestras pequeñas diferencias.

Hasta ese día, desde hacía cinco largos años, todas las noches que había pasado en prisión me había costado encontrar el descanso. Podría decir que nunca lo hice sin la ayuda de somníferos. Las dos noches que pasé fuera del centro no los tomé; es más, no tomé nada. La noche del viernes dormí plácidamente, probablemente me ayudó la ingesta de vino o la placidez de saberme en libertad. En cambio, todo lo que ocurrió la noche del sábado con Lorena Brenes y después con Anna Alcaraz, fue producto de mi imaginación paranoica, que me condujo a un estado de ansiedad y excitación que bien pudo terminar en otra desgraciada tragedia. Seguro estoy que di pábulo a las estupideces de Lorena Brenes, confundiéndola con Lilith, por no haber ingerido mi medicación.

No me pasó desapercibido que Anna tratara de consolar a María, mas esta se mostró reacia a cualquier contacto; desconozco de qué material está impregnado el corazón y el cerebro de una mujer, pero una cosa tengo clara, no se parecen en nada al de los hombres. Están revestidos de una capa de ternura y sensibilidad que a nosotros nos supera, somos incapaces de apreciarlas. El sexto sentido que poseen, y del cual muchos hombres

carecen, la hizo sospechar que mi infidelidad fue con Anna. Solo una mujer enamorada es capaz de percibir la traición.

Reconozco que la situación me superó, incluso me hizo cuestionar la razón del enfado de María. Me preguntaba por qué le dolió que mi infidelidad no fuera con Tina. Quizás su enojo, su ira, no procedía tanto de mi traición, sino de con quién lo había sido.

* * *

Serían las doce de la mañana cuando sonó el teléfono en la casa cuartel de Casavieja. A pesar de que a esas horas todo el cuartel estaba en danza; a pesar de que nunca había registrado tanto trajín de agentes en su interior y de medios de información en el exterior, ninguno de los que allí se encontraba sintió la obligación de descolgar el auricular y de saber quién era la persona que de forma insistente llamó hasta tres veces. Seguro que ninguno de los guardias civiles adscritos en el cuartel había vivido una situación igual desde que juró su compromiso para con la Bandera.

Por fin, un agente decidió averiguarlo, mas no con buen talante, probablemente agobiado por tanto movimiento y tantas órdenes como había recibido en los dos últimos días.

—¡Diga! —ordenó con voz refunfuñona.

—¡Buenos días! —oyó desde el otro lado a aquel que de manera tan persistente había estado llamando. No le reconoció, era una voz ronca, áspera, provocada por la fatiga de las cuerdas vocales en alguien que durante muchos años ha estado gritando y fumando, pero la experiencia le revelaba que, por la forma de hablar, era alguien importante. Sin llegar a cuadrarse, cambió el tono de su voz por otra más servicial.

—¿En qué puedo servirle?

—Soy el comisario Trebujillo, del Cuerpo Superior de Policía de Toledo —mintió para conferir más autoridad a su petición—. Querría hablar, por favor, con el sargento Gamboa.

—En estos momentos está ocupado, señor; tengo órdenes de no molestarlo, ¿quiere que le diga algo?

—¡No cuelgue! —Ahora era el guardia civil el que recibía una orden de obligado cumplimiento—. Vaya y dígale simplemente que estoy al teléfono.

Él decidirá lo que ha de hacer.

—Sí, señor, a sus órdenes señor. No cuelgue.

Pasados unos minutos, el impaciente Silvestre Trebujillo recibió a través del auricular el sonido de una voz familiar, aunque no muy seguro de que fuera la de su amigo:

—¿Sí?

—¿Eres tú, Gamboa? —preguntó un poco perplejo pues no percibía con nitidez el tono de su voz.

—¡Sí, soy yo! ¿Quién iba a ser si no? —respondió el sargento.

—¡Buenos y santos días tengas querido amigo!

—Igualmente. ¿Oye, va todo bien por ahí?

—Sí, claro. ¿Por qué habría de ir mal? El hecho de estar jubilado no es sinónimo de malestar —respondió Trebujillo, ya más jocoso al notar que por fin podía hablar con su antiguo compañero.

—Hombre, como no viniste a la montería, pensé que igual te habría ocurrido algo.

—Pues para eso te llamaba. Me adelantaron que haría mal tiempo y decidí que no sería bueno provocar a mi delicada salud, así que opté por quedarme en casa y visitar a mi hijo que hacía tiempo que no lo veíamos, ni a él ni a los nietos.

—Pues tomaste una decisión juiciosa, como es propio de ti —Gamboa, que conocía desde hacía muchos años a Trebujillo, no se anduvo con remilgos y fue al grano—: Mira, Silvestre, dejémonos de rodeos y dime qué se te ofrece. No me convence que el motivo de tu llamada sea para contarme que estuviste en casa de tu hijo y, por cierto, no está bien mentir sobre un cargo inexistente.

Gamboa sorprendió a Trebujillo, que no esperaba que su camarada, con el que había compartido determinadas vicisitudes años atrás, a pesar de la diferencia de edad, le respondiera en ese tono que rayaba la descortesía. No obstante, se sobrepuso y decidió pensar que «*Gambito*», nombre con el que se le conocía en la extinta SIAF (Servicio de Inteligencia Antifascista), estaba sobrepasado por los acontecimientos del fin de semana. Así que sería tan claro como lo había sido el sargento para con él.

—Pues sí, ya que lo dices, es cierto. Te llamo, porque ayer en el telediario dieron la noticia de que habían asesinado a dos personas en Mijares y que otras dos aparecieron calcinadas, no lejos de allí, y que sospecháis que no murieron accidentalmente. Si a ello sumamos lo ocurrido en Candeleda, creo que es para estar preocupado.

—Silvestre, no te puedo confiar ninguna información, todo está bajo la investigación de la Policía Judicial y todavía no disponemos de los informes de la autopsia. Tú ya bastante has dado a este país, ahora dedícate a tu mujer y a los nietos, como hacen todos los jubilados, ¡coño!

—¡Escúchame, Gamboa! He hecho ciertas averiguaciones sobre uno de los «supuestos cazadores» que fueron abatidos en Candeleda. Se trata de Giuseppe Marco Cardinale, nacido en Roma y buscado por su presunta implicación en el caso de la Matanza de Atocha.

—¡No me jodas, Silvestre! ¿Cómo lo has sabido? —dijo un Gamboa absolutamente desconcertado. Vamos, lo que se dice en el argot: «*fue pillado en bragas*».

—Vi su fotografía en los periódicos de ayer, y lo reconocí. Luego busqué en los archivos, aún tengo «*amigos*» dentro del Cuerpo, y estoy casi seguro que es él. Lo cual me lleva a pensar que no fue algo derivado de una simple reyerta. Es algo más gordo.

César Gamboa casi se atraganta con la información que le acababa de dar «*El Cepillo*», nombre de guerra con el que se conocía a Trebujillo por la forma en que acostumbraba a cortar su cabello. No pudo por menos que recordar aquellos días que siguieron a la matanza de Atocha.

Miró por la ventana de madera carcomida por el paso de los años, y observó que las carencias de presupuesto habían impedido darles una mano de barniz que les confiriera mejor aspecto, y vio cómo después de un fin de semana negro y titubeante, el cielo estaba azul con apenas unas nubes de pecho blanco, incapaces de evitar que un sol radiante iluminara la pequeña habitación, que hacía las veces de despacho y de sala multiusos. Era un sol engañoso, insuficiente para calentar las cuatros paredes que rezumaban humedad. La crudeza del invierno estaba a punto de dar paso a la primavera, pero él aún vestía, debajo del uniforme, camiseta y calzoncillos largos. Intentó borrar de su memoria, cogiendo un bolígrafo y pintando

unos garabatos, aquellos días en que formó parte de la mejor brigada contra la lucha antiterrorista de grupos afines al régimen extinguido, con la muerte del dictador Franco. Pero el frío reinante, dentro de sala, afectaba por igual a todo lo que allí había y el bolígrafo no iba a ser menos. Se puso nervioso pues no conseguía ni expulsar de las trincheras, que formó en su cerebro los recuerdos de aquellos días, ni pintarrajear sobre el húmedo papel. Apretó con saña y lo único que consiguió fue romperlo. Entonces se lo llevó a la boca y lo calentó con vaho.

Sin soltar el auricular de su mano izquierda, olvidándose que al otro lado estaba impaciente su amigo y maestro Silvestre Trebujillo, se sentó. Notó como gotas de sudor que corrían grávidas, presas de pánico, debajo del tricornio que aún llevaba puesto. Apartó de su cabeza el casco y lo colgó en el perchero tembloroso que tenía detrás. Lo miró y, como siempre, pensó en que debería ponerle una escarpia que lo sujetara con firmeza a la pared. Con las mangas, limpió su frente y el paño de madera del escritorio.

Se relajó y dejó abierto un fichero de su cerebro donde huían, con fluidez, las imágenes y sucesos agolpados y encerrados de por vida en su memoria. Evocó su reclutamiento a mediados de 1976, después de los graves incidentes ocurridos en Montejurra, para formar parte de un grupo creado para la desarticulación de grupos neonazis que operaban en España. Recordó que el mismísimo Adolfo Suárez lo recomendó, merced a la buena imagen que tenía de él cuando fue escolta de Herrero Tejedor. Su desgraciada muerte le obligó volver a su destino.

No podía olvidar que, de aquel grupo operativo, era el de menor rango. Según le dijo su jefe de operaciones, fue admitido por su tenacidad e inteligencia para infiltrarse y su alto compromiso con su país. Tampoco podía olvidar que fue la lealtad a la España que nacía, la que le condenó y que aquellos por los que luchó le dieron la espalda, enviándole destinado a un lugar recóndito de la Sierra de Gredos. Se sintió humillado y traicionado, perdió el destino y puestos en el escalafón.

—¡César! ¿Me oyes? ¿Estás ahí? —oyó la áspera y estridente voz de Trebujillo.

—¡Escúchame bien, Silvestre! Aquello es historia, nadie me creyó cuando dije que era una conspiración del fascismo internacional y no una

mera y absurda maniobra de cuatros falangistas españoles —respondió un Gamboa, ahora sí, iracundo. Sus palabras rezumaban odio, un odio visceral hacia todo aquello que le recordara los malos momentos que vivió.

—Sí se te creyó, César. Fuiste tú el que no entendió que por razones de Estado había que detener ahí la investigación. Desobedeciste una orden cuyas consecuencias pudieron derivar en un mar de impredecibles consecuencias. Fue un momento delicado, nuestra democracia aún no estaba, ni está, asentada.

—No estoy al mando, como podrás suponer —respondió con gravedad Gamboa—. Ha venido desde Ávila, para hacerse cargo, la Policía Judicial. Al frente está el capitán Eliot.

—¡No me jodas! —Asumió de mal grado Trebujillo, que todavía guardaba en su haber los conflictos de competencia que tuvo con él cuando estuvo destinado en la comandancia de Toledo, con el grado de teniente—. Es un buen sabueso, aunque su prepotencia le lleva a veces a cometer errores de bulto.

—Me ha resultado grato hablar contigo, ahora tengo trabajo y no quiero hablar más de este asunto.

—Piénsalo bien, César, me necesitas. Te puedo ayudar a atar cabos. Una última pregunta, ¿crees que hay relación entre las distintas muertes?

—No, todo fue consecuencia de una cadena aleatoria de infortunios que pudieron haber ocurrido en otro lugar, en cualquier otro momento. Todo sucedió a partir del mediodía, cuando una pareja de tortolitos que habían venido a pasar un fin de semana bajaron desde lo alto de La Cruz excitados y ella vomitó en mis botas. Luego la chica fue agredida en su habitación por unos desconocidos. A partir de ese momento los hechos se fueron concatenando unos con otros.

—Deberías repasar las fichas de los huéspedes del hostal. Seguro que ahí encontrarás alguna pista que te conduzca a relacionar todas las muertes. Yo no creo en las casualidades, sí en las causalidades. Quiero decir que pienso que esos desastres no son aleatorios sino circunstanciales a algo en común.

—No te garantizo nada. Te repito que estoy a órdenes de lo que disponga el mando, ya escarmenté. ¡Cuídate, viejo amigo!

⁎ ⁎ ⁎

Silvestre Trebujillo sintió como Gamboa había colgado, no dándole tiempo a despedirse. Un reflujo agrio salió de sus entrañas haciéndole más daño en el alma que en las vísceras. Pensó que su cobarde silencio en pos de su defensa, cuando le apartaron del grupo operativo SIAF por insubordinación, fue lo que más dolió al joven César Gamboa. Si bien es cierto que fue el Gobierno quien escribió su destitución, también lo es que fueron ellos, sus compañeros de más infortunios que de gozo por éxitos cosechados, quienes le condenaron con su silencio contrito e insolidario; por no darle, no le dieron ni unas palabras de aliento.

Un día después, en la hora perruna de la siesta, sonó el teléfono en casa del excomisario Silvestre Trebujillo. Como cada día, al terminar de comer, no podía evitar quedarse dormido sentado frente al televisor viendo su programa favorito. Hacía tiempo que dejó de oponerse a mantener vigilia a esa hora. Con la jubilación notaba que su vejez se recrudecía y que la próstata ya no le importaba. Prefería ignorar la respuesta, temeroso de que le confirmaran algo sobre lo que no quería saber.

Otra cosa bien distinta eran sus ganas de contribuir a desmadejar los ovillos revueltos en torno a los atentados terroristas que casi a diario se producían. Le dolían más que si atentasen contra sus propias carnes. A esa España que acababa de nacer, después de tantos años de opresión y de retroceso, a la que toda Europa esperaba recelosa con los brazos abiertos, es a la que Silvestre Trebujillo ofrecía sus pensamientos y con ella se quedaba dormitando.

Fue su mujer, aquella que ya ni siquiera recordaba cuando dejó de decirle que su familia era la que estaba bajo el techo de su casa, la que descolgó el teléfono; estaba acostumbrada a llamadas intempestivas, la sabiduría de los años le había mostrado que de nada servía preguntar quién era, ni qué deseaban, pues cualquiera que fuera la respuesta, su marido siempre estaba en guardia y presente.

Pero ni él ni ella podrían decir que no se amaban, o que no se necesitaban. Ella sabía que «*lo de la próstata no era bueno*» y que sus

cambios de humor eran consecuencia de su temor a morir. Así que descolgó y como siempre preguntó, de forma educada:

—¡Buenas tardes!, ¿dígame?

—El comisario Trebujillo, ¡por favor! —En otro tiempo ese tono de voz la habría puesto nerviosa. Ahora, la hidalga toledana nacida en la cuesta de la Reina, recordaba la fuente donde las mujeres y adolescentes iban con cántaros y cubos a por agua potable y que en uno de los revuelos que se formaban por saltarse la vez, fue donde conoció a su apuesto Silvestre, recién destinado a Toledo. Ya nada externo le preocupaba.

—¡Silver!, ¡Silvestreeee!, no te hagas el muerto. Sé que estás despierto, es para ti —le acercó el auricular con cariño, aunque él no se daba por aludido. Cuando Trebujillo oyó la voz de quien le hablaba, su rostro emergió de las penumbras y esbozó una sonrisa que le devolvió años de juventud.

Ella se marchó feliz porque su marido volvía a serlo. Al pasar por el tocador, peinó sus cabellos y miró su silueta, aún joven, en el reflejo del espejo. Se ajustó el talle y se tocó los pechos, sin darse cuenta se ruborizó y trató de recordar cuándo fue la última vez que sintió su cuerpo vibrar bajo las manos toscas de su marido; había pasado mucho tiempo desde que ambos contemplaron la desnudez; sin pretenderlo, evocó las sensaciones perdidas por el placer del roce de su piel con la de él. No pudo evitar oír el saludo de Silvestre a su interlocutor:

—¡César!, qué alegría. No, no me interrumpes nada —mintió—: estaba leyendo el periódico —le dijo.

—Oye, Silvestre, tengo a mi lado al capitán Eliot que quiere comentarte algo —no le gustó la idea y un rictus de desagrado le embargó el semblante.

—Comisario Trebujillo, ¿qué tal se encuentra? Soy Eliot Roldán de la Vega, ¿me recuerda?

—Sí, claro. Es usted una persona bastante peculiar, no es fácil de olvidar.

—Por el bien de nuestro país, se hace necesario que olvidemos nuestros rencores particulares y colaboremos.

—De acuerdo, pero no crea que las tiene todas consigo. Cuénteme, por favor.

—Alguien de arriba, quiere contar con usted para un asunto especial. Estamos convocados en el despacho del gobernador civil, mañana a las diez.

—Espere, va muy deprisa. ¿El gobernador de dónde, y quiénes estamos en esa lista?

—Perdón, omití ese detalle. Será en Toledo. Vive allí, ¿cierto? —Trebujillo guardó silencio y esperó a que Eliot continuara hablando—. Entiendo por su silencio que sí, y respecto a la convocatoria solo puedo decirle que, conocidos, usted y yo.

—Dígale a quien le haya dicho que me llame, que si César Gamboa no forma parte del grupo, no acudiré de forma voluntaria.

—¡Cómo se atreve a postular a alguien! ¿Pero qué se ha creído?

—Capitán Eliot, ya me ha oído. Llámeme si cambian de opinión.

Colgó y se dijo que: «*más valía ponerse una vez colorado que ciento amarillo*». Gamboa se merecía pasar a primera línea y ser restituido en su honor.

Horas más tarde volvió a sonar el teléfono, y Trebujillo hizo una señal a su mujer para que no lo cogiera, ahora era él quien quería poner nervioso a Eliot. Cuando lo creyó oportuno, descolgó:

—¡Dígame! —habló con autoridad.

—Silvestre, soy yo, Gamboa —¡vaya!, se dijo. Sintiéndose contrariado por haberse equivocado en tan pequeña nimiedad, pero al mismo tiempo contento por oír a su amigo—. Me han ordenado que te llame y que te diga que formaré parte de la reunión. No sé si darte las gracias o decirte que te metas en tus cosas y no busques problemas a los demás.

—El tiempo te dirá lo que debes hacer. Entonces, ¿mañana a las diez?

—Sí —respondió Gamboa, sin que se pudiera apreciar en su tono ningún estado de ánimo. Un sonido inconfundible le hizo entender que había colgado.

* * *

A sesenta kilómetros de Toledo, en el centro penitenciario Virgen de los Desamparados, destinado a la confinación de presos con trastornos psiquiátricos, se vivían los últimos días de excarcelación de un preso muy

peligroso. A su lado, como si fuera su sombra, se debatía Doménico entre protegerle o darle él mismo la sentencia que el pueblo, la familia de las niñas violadas de Jaén, requerían como acto de justicia por sus actos execrables de pederastia.

Había conseguido dominar sus impulsos, quizás no tanto por ignorarle, sino porque tenía otros problemas en su mente. Desde el domingo no había vuelto a saber nada de María, se había dado de baja laboral, achacada a fuertes mareos y dolores de cabeza. Él sabía que la causa era todo lo ocurrido en Mijares. Intentó llamarla por teléfono y todo era en vano, nadie descolgaba. Por fin, en una de las infinitas llamadas que hizo, sintió una voz conocida al otro lado: era Nacho, el hijo de María. El crío le dijo que su madre estaba acostada y que no se podía poner; lejos de sentirse mejor por saber que se encontraba bien, una pena le acongojó el corazón.

Respecto de Salvatore, los datos que tenía era que mejoraba de la infección provocada por las dentelladas que el perro le dio.

El doctor Otaola Salupe manifestaba su preocupación por el estado de impaciencia y ansiedad que mostraba Doménico. Tenía miedo de que recayera y diera al traste con todo lo conseguido.

* * *

Óscar Ramón, el jefe de servicio, me advirtió de que no debería desatender mis exigencias en la guarda de Ticio. Me preguntó si sabía dónde se encontraba; tras mi negación, me conminó a que lo buscara. No tuve que buscar mucho, bajé a la planta de abajo y me pareció que el silencio que provenía de la sala de calderas no era el habitual, sentí un pálpito y en dos zancadas me personé en el lugar. Allí estaba Ticio, peleando con Miki «*el Enterrador*» en una lucha desigual. Ticio era más fuerte, y seguro que lo cogió desprevenido, pensé; con Miki en el suelo, Ticio vaciaba sus inmundicias a patadas, como si fuera el más fiero de los onagros, sobre su cuerpo recogido. Grité que pararan y entre mirarme y propinar otro golpe, Ticio resbaló y cayó en la carbonera. Miki alargó el brazo y cogió por el mango a su compañera de trabajo; tenía experiencia en su manejo, así que desde el suelo le asestó un golpe en las piernas. Después

se levantó y alzó la pala por el mango, con intención de abrir la cabeza o degollar de un golpe ciego al perverso de Ticio.

Antes de que asestara su golpe mortal, sujeté los brazos de Miki. Como siempre suele ocurrir en estos casos, uno nunca sabe si llega a tiempo o demasiado pronto, el caso es que salvé de una muerte cierta a Ticio, al menos por esta vez.

—Hoy, no; lo siento Miki —le dije.

Miki, «*el Enterrador*», sintió que había perdido la ocasión de dar muerte a aquel despojo humano y la emprendió a gritos y golpes perdidos contra mí. Cuando me hice con la situación, me dirigí a Ticio y le pedí que se levantara, al mismo tiempo que le dije:

—Hoy has tenido mucha suerte, no juegues con ella pues llegará un día en que te abandonará.

A los gritos de Miki, aparecieron dos celadores; entre ellos, Juan Cleto. No preguntaron nada, la experiencia les confería sabiduría. Sin mediar palabra, uno atrapó a Miki y el otro, Juan Cleto, enganchó por el cuello a Ticio, arrebatándomelo de entre los brazos y empotrándolo contra la pared. El pederasta pedía a voces que lo soltara y culpaba, cobardemente, al calefactor de haberle atacado.

—Este no es lugar para ti —bramó, Juan Cleto—. Seguro estoy, de que has llegado a hurtadillas para humillar a este hombre —le decía mientras se lo llevaba de allí.

Una vez reducidos, a Ticio hubieron de ponerle una camisa de fuerza. Reconducida la situación, el jefe de servicio en su informe destacó mi intervención y, en su nota final, agradecía mi colaboración sin la cual hubiera podido resultar herido uno o los dos reclusos.

Semanas después abandonó el centro psiquiátrico, libre y con un informe en el que se destacaba su completa reinserción, dejando de ser un elemento peligroso para lo sociedad. Cuando me enteré de que el doctor Otaola había permitido que se escribiera ese informe, casi me da algo.

Antes de irse, Ticio Carbonell Martos, alias «*el Matamanta*» no dudó en pasar a mi celda a despedirse. Me encontró tumbado en la cama leyendo, levanté la cabeza y allí estaba, apoyado en el marco de la puerta sobre unos zapatos con plataforma, los pantalones de campana pesqueros por encima

de la cadera marcándole el paquete genital, recordándome la «*taleguilla*» de los toreros. La camisa era de lo más exótica, con unos cuellos tan grandes que parecía fuese a volar. Al verle, no pude contener la risa: el muy ¡cabrón! había crecido.

—¿Te ríes? —Me preguntó con aires de grandeza—. ¿Dime, qué es lo que te causa burla?

—Tú, tú eres la causa de mis risas. Vas vestido de lo que eres, un auténtico payaso salido del pasado.

—Tendrás noticias mías, te estaré esperando y esta vez no tendrás ayuda como tuviste en Mijares —hizo ademán de marcharse, pero antes me dijo —: ¡Ah!, se me olvidaba, tu hermanita gustará de mi verga.

Apareció Juan Cleto detrás de él y le conminó a que cogiera su bolsa y se marchara si no quería prolongar su estancia. La paciencia que tuve con Ticio durante el tiempo que coincidimos en la misma galería, fue superior a mis fuerzas, aun así reflexioné sobre las consecuencias si hubiera actuado contra él en ese momento. Me limité a mirarle y llamarle:

—¡Estirado hijo de puta!, nos veremos pronto, si no es en esta vida será en los infiernos. Te juro que te buscaré, no hará falta que me esperes —al mismo tiempo que me pasaba el dedo índice de la mano derecha por debajo del cuello, de un lado a otro.

Sus carcajadas e insultos resonaron incluso después de haberse cerrado la cancela del rastrillo, que daba entrada al puesto de control de salida del centro.

Por fin, Anna, actuando como mensajera de los dioses, me trajo varias noticias. Todas excelentes. Mi padre mejoraba y pronto volvería al centro, se echaba en falta su papel encubierto de guardés silente; él lo controlaba todo, nada dejaba al azar. Julio Amaro Becerra fue dado de alta de la UVI por mejoría y lo pasaron a planta. El Consejo de Ministros, en su próxima reunión, llevaba la petición de concederme el indulto. Ya estaba todo en marcha. Y la última, no por ello la menos importante, María, mi bella y amada hurí, me había perdonado. Al preguntarle a Anna Alcaraz por qué no me había llamado, me dijo: «quiere decírtelo en persona, desea darte una sorpresa».

—¿Hablaste con ella? —le pregunté.

—Sí. Me dijo lo que le habías contado y directamente me preguntó si fue conmigo.

—¿Y?… ¿Le dijiste la verdad? ¿Le contaste que fui presa de una alucinación?

Me miró, sonrió y con sarcasmo me dijo:

—No te preocupes, ya está todo solucionado. ¿Pero de verdad te crees que fue una alucinación?

—Sí. Yo nunca, conscientemente, le hubiera sido desleal con su amiga. Una última pregunta, Anna, ¿dónde la viste?

—No preguntes si no quieres respuestas que te hagan sentir mal.

Ya no era un juego, al menos no para mí, así que la tomé de las manos y le volví a preguntar:

—Quiero saber dónde y cómo, ¿es tan difícil responder a eso?

—¡Suéltame! —me dijo entre dientes, de forma colérica—. Fue en su casa. Después cenamos y bebimos, y brindamos por ti, por vuestro amor. Por los tres.

Perdí el rumbo de mi mirada que, caminando errática, recorrió la sonrisa hipócrita de Anna, perdiéndose aplastada por sus cabellos engominados. Entonces me di cuenta. No fue hasta ese momento, ante su sonrisa triunfadora, en que lo comprendí. Ahora lo tenía claro, su enfado fue porque entre ella y Anna había algo más que amistad y, hasta ese momento, no se había percatado de ello. Creo que en esos instantes enfermó a causa de una lucha interna de sentimientos encontrados, sentimientos ocultos que se había negado a dar salida desde lo más profundo de su corazón. Probablemente, seguro, me amaba a mí y quería a Anna para sus juegos eróticos y ni a uno, ni a la otra, nos quería compartir. Pudo haber muerto envenenada por sus celos, como lo estaba yo en ese momento, sumergido en un mar de dudas sobre qué hacer si se constataban mis peores presagios.

—¿La amas? —le pregunté agonizante de amor, con dolor a conocer una respuesta no deseada.

—Mi vida privada no es de tu incumbencia Doménico, pero para tu tranquilidad no más que a ti —juntó sus labios contra los dientes, se le inflaron los carrillos y arqueó las cejas, dándome a entender que era lo que

había—. ¿Por qué esa cara? ¿Acaso no lo sabías? —me preguntó con cariño, sabedora del desgarro que sentía en mi interior en ese momento.

—Una vez más he sido un estúpido arrogante. Creí que el enojo de María provenía de un ataque de celos por mi adulterio. Sospechaba que entre vosotras había algo, pero siempre pensé que eran juegos, distracciones. Nunca hubiera imaginado que pudiera compartir su amor contigo.

—Y no lo hace, tonto, ella solo te ama a ti —se acercó e intentó besarme. La aparté y le dije:

—No. Vete por favor, necesito estar solo.

Se quedó parada frente a mí, percibí su mirada compasiva lo cual me hirió más que si me hubiera abofeteado. Me refugié tras los cristales de mi celda, a través de ellos contemplé el páramo aún sin reverdecer. El invierno huía despacio, dejando tras de sí un rastro de sangre y de dolor. Desde esos cristales pude comprobar la crudeza con que la naturaleza castiga al hombre como si Ceres persistiera en la condena a la humanidad por el rapto de su hija. Dicen que año de nieves, año de bienes. Hacía tiempo que no se veía a nadie por los campos; hacía meses que los agricultores araron y sembraron la tierra árida y pedregosa, cumpliendo de esa forma con las leyes de la tierra, imperando las condiciones que el propio raptor de Proserpina impuso a su madre Ahora esperan con impaciencia que su fruto germine y de él broten espigas de oro. El cielo azul permitía que el sol saliera e intentara dar vida a la naturaleza dormida. Sin querer, marché con mis alas de ilusión en busca de mi amada; ni siquiera unas tenues gotas de agua sobre mis ojos me impedían volar. Con los párpados formé una presa impidiendo que ni una sola gota cayera al suelo por ella.

La noche me sorprendió volando como ave sin sentido, desorientada en la búsqueda de una raíz que me permitiera soñar que todavía me quedaba amor por dar y recibir. Apoyado sobre la fría pared, me prometí que no derramaría gotas de mi corazón desgarrado, ya marchito, por nadie. Entendí que no era merecedor de sufrir por desamor ni tampoco herir los sentimientos de alguien. Me infiltré pensamientos de culpa, pues mi acción tampoco era digna de méritos ni alabanzas.

Entendí que la inocencia de aquel niño que corría por la vega, jugando a las canicas o tirando el trompo, había desaparecido. Atrás quedaron aquellos días en que peleaba por unas pesetas de los turistas. Ya nada, para bien o para mal, volvería a ser igual. Cada día que despertara sería un día más que ganaba en mi lucha contra la injusticia. Como bien me apuntó Salvatore: «Debería aprender a vivir entre tinieblas».

Debí quedarme dormido acuciado por presagios siniestros sobre qué sería mi vida a partir del día que saliera de la cárcel, pues desperté con la música de fondo con la que diariamente nos tocaban a diana, totalmente empapado en sudor.

El aleteo de unos pájaros tras los cristales, descansando o escondiéndose sobre los barrotes de mi celda, sirvió para alertarme del peligro que corren a diario los indefensos. Fue todo muy rápido, un ave voraz entró en picado en busca de comida fácil, los pequeños ruiseñores se apartaron en el último momento, quizás presas de pánico, y el cuervo negro, precursor de malos augurios, tomó a uno de ellos entre sus garras. Tuvo suerte, pues el córvido dio con su pico contra el cristal y tuvo que soltarlo. Me quedé observando y oyendo su crascitar ronco y cavernoso. Quedó aturdido, y desesperado pegaba con las alas golpes en la ventana. Me levanté y, tras unos segundos, decidí ayudarle a cumplir con las leyes de la naturaleza permitiéndole escapar.

Así, emponzoñado en los lodos de mi tristeza, pasaron los días, días tan largos como los surcos hechos por los labradores, que por fin veían brotar el tallo del trigo verde.

Había transcurrido una semana desde que Anna Alcaraz vino a verme. De las cuatro novedades que me trasladó, tan solo la mitad se cumplían: la recuperación rápida de mi padre, como no podía ser de otra forma y la salida de la UVI de Julio Amaro.

María continuaba de baja y, hasta el día de hoy, tan solo había recibido una llamada suya de teléfono. Hablamos, volvimos a apresar entre fuertes cadenas nuestro compromiso de amarnos de por vida. Terminada la conversación percibí que nuestro amor hacía aguas. Las palabras que derramó regaron mis oídos para llegar vacías a mi corazón.

Respecto de la respuesta del Consejo de Ministros a mi petición de indulto, un nuevo atentado de ETA, ese mismo viernes, hizo que tal petición ni se planteara.

Me encuentro fuerte, más entero que nunca, a pesar de la incertidumbre que me provoca la ausencia de noticias sobre mi libertad.

* * *

Aquella mañana, el comisario Silvestre Trebujillo se levantó sin otro pensamiento que el de servir de nuevo a su patria. Se habló a sí mismo para infundirse aliento de naturalidad, pero él sabía que algo gordo se estaba cocinando en los fogones de las cloacas del Estado.

No tuvo necesidad de esperar a que el despertador de doble campanilla, sobre su mesita de noche, sonara. Hacía tiempo que su organismo adoptó el reloj biológico. Año tras año, cada mañana se despertaba a esa hora, la maldita próstata se sumó a esa rutina y le empujaba a cumplir con su cita habitual, como cada día, a las siete en punto.

A su lado, su mujer Valle Cieza, se hacía la dormida esperando un beso o una caricia de su amado Silver, ocultando sus carnes blancas con un viso de seda que se compró en una excursión que hicieron a Portugal. Unos finos tirantes lo sujetaban, descuidadamente, en los hombros. Todavía era bella y sensual, quizás con el paso de los años tomó unos kilos de más que en absoluto le hacían perder su atractivo, al contrario, por eso se hacía la dormida con un tirante caído dejando entrever parte de un seno. Ella sabía que al volver del baño, como hacía cada día, encendería el aplique de su mesita para ver la hora, y esperaba que algún día su mirada se fijase en ella.

Aquella mañana no fue distinta. Bueno, digamos que algunas cosas sí cambiaron. Después de salir del baño se fue a tomar un café y a esperar que el sol de la mañana le permitiera ver el cimborrio de la catedral. Entonces, sin hacer ruido, pasó a buscar su traje, sin molestar a su amada, aprovechando los tenues rayos de sol que entraban por la ventana de su dormitorio. Mientras tomaba el café y apuraba la colilla que dejó escondida la noche anterior, pensó qué traje se pondría, lo que nunca pudo imaginar es que su mujer ya lo había elegido antes de irse a dormir, mientras él,

cómodamente, roncaba. Al entrar, lo vio sobre el galán, era su traje azul el de las grandes ocasiones y actos solemnes.

Esta vez, como siempre, vio el cuerpo semidesnudo de Valle. Se fijó en su pecho profuso, que otrora fue turgente y ahora se encontraba a medio camino entre lo que fue, por culpa del embarazo y las leyes de la gravedad, principio físico que con el paso de los años acentúa la flacidez, y lo que será por motivos de la edad.

Despacio, con suavidad, la acarició y besó, y palpó con anhelo aquella parte del bajo vientre que hacía tiempo deseaba tocar. Valle Cieza, la hidalga toledana, sintió sus carnes arder, por fuera y por dentro. Silvestre Trebujillo, hombre de grandes batallas, sabía que esta guerra la tenía perdida, pues hacía tiempo que no podía consumar el acto.

—Gracias, mi amor —le dijo en un susurro—. Gracias por estar siempre ahí, durante toda una vida.

Valle Cieza se sintió bien y no pudo impedir que, mientras él se disponía a vestirse, unas lágrimas se le fueran cayendo hasta la comisura de los labios para resbalar y caer, con espasmos, sobre la almohada. No se aferraba a la desilusión, al contrario, luchaba por esos pequeños hilachos de esperanza que pudieran devolverles algunos de aquellos amaneceres en los que la juventud los empotraba con júbilo a momentos inolvidables. Ella nunca olvidaría que era un hombre inusual en su forma de amar, bajo su piel de rudeza. Se amaban en silencio, pero a los dos se les olvidó decírselo al otro.

Silvestre Trebujillo conocía perfectamente el tiempo que tardaría desde su casa, en la calle Santa Isabel, al Gobierno Civil, en la plaza de Zocodover. Se podría decir que había hecho tantas veces ese recorrido que podría apostar, y ganar, a que también sabía los metros, y hasta los pasos, que había hasta la que fue la puerta de su despacho durante muchos años.

Iba tan nervioso como su primer día de trabajo, allá por 1950. Recordó, no pudo por menos, cómo en sus primeros paseos para conocer la ciudad, participó de incógnito en una reyerta de mujeres en la cuesta de la Reina. Recordó, sin poder evitarlo, cómo una joven espigada y huesuda de grandes ojos deshabitados, defendía con aplomo, ante una pareja de policías municipales, su derecho a llenar sus cántaros y cubos de agua, frente a dos

mujeronas que pretendían colarse. Respiró profundo y ahora fue a él al que unas gotas de emoción quisieron quebrar su idiosincrasia de hombre duro.

Despacio, con marcialidad inició su recorrido. Altivo y elegante, vista al frente, pero sin dejar de mirar al suelo por si alguna piedra rozaba sus zapatos o, quizás peor, pisaba algún excremento de perro que tanto abundaban desparramados por doquier. Era muy presumido y gustaba de llevarlos siempre limpios y brillantes, aunque de esa tarea él nunca se encargó. Por eso, en agradecimiento a Valle Cieza, no permitía que nada ni nadie se los manchara. Ella, en su dedicación y preocupación, gustaba, apenas los había usado y para evitar resbalara en las húmedas calles de Toledo, ponerles media suela filis.

Tomó el primer desvío y enfiló por la calle Hombre de Palo, disimuladamente miró el reloj de oro que le regalaron sus compañeros el día de su jubilación. Tragó saliva y no pudo evitar que se perdiera en el recodo de su garganta, viéndose obligado a toser para reconducirla.

—¡Joder! En esta ciudad se contagia todo —exclamó para sí—, aludiendo en su pensamiento a que Toledo era una ciudad de recodos, callejones y callejuelas, de túneles y pasadizos. Una ciudad misteriosa y enigmática. La presencia de dos policías municipales, cuadrándose delante de él, le hicieron abandonar sus reflexiones.

—¡A sus órdenes, señor comisario! —le saludaron, con uniformidad pero con una leve sonrisa de amistad.

—¡Buenos días, José! ¡Buenos días, Isaac! —Silvestre Trebujillo, siempre gozó de buena memoria así que, «*cuando la ocasión la pintaban calva*», no dudaba en exhibirla públicamente. Notó cómo la mano trémula de Isaac se extendió para saludarle:

—Deberías dejar las calles, Isaac, cualquier día originarás un accidente por culpa de esos temblores.

—Ya ocurrió el otro día, señor comisario. En la misma bajada de Zocodover, tanto el conductor de un vehículo como un turista, entendieron que les daba paso a ellos.

—¡Por Dios, Isaac! ¿Y le atropelló?

—No —apostilló José—. Pero casi le pegan a él.

Hacía muchos años que conocía al policía municipal Isaac de la Dehesa. Su forma de dirigir el tráfico por las calles y avenidas principales de Toledo, le habían convertido en un personaje popular. Quizás fuese la propia cobardía de enfrentarse a su enfermedad lo que le animó, a dar un consejo a Isaac, aunque, como era habitual en su estilo, más que un consejo pareció darle una orden:

—¡Debe ponerse en manos de un médico, Isaac! —le dijo—. Si quiere, hablo con el alcalde para que le descargue de las tareas de dirigir el tráfico.

—Gracias, señor comisario —le respondió circunspecto, pues si bien la idea no le era desagradable, sí lo era abandonar su pequeña tarima desde la cual hacía lo que mejor sabía que no era otra cosa que dirigir la circulación entre vehículos y peatones. Tampoco se olvidó de que los agentes de tráfico ganaban más dinero que los que únicamente hacían la calle o, ya por la edad, pasaban el tiempo atendiendo tares administrativas.

Se despidió de ellos —ataviados aún con el pesado tabardo negruzco de invierno y sus trinchas blancas por encima, con los manguitos y guantes del mismo color. Bajo el casco blanco en forma de orinal, con el que protegían sus cabezas, comenzaban a desfilar gotas de sudor. Seguro estaba Silvestre, que en cuanto se apartaran de su vista, retirarían el casco de la testa y limpiarían su frente a conciencia—. Y continuó con paso firme hacia su cita, no pudiendo evitar pensar en el popular refrán español: «*Consejos vendo que para mí no tengo*». Tampoco pudo evitar el estremecimiento que le produjo pensar en la muerte causada por la decadencia natural del cuerpo.

Absorto en sus diáfanos miedos, no se percató del saludo de su amigo Manolo, de la ferretería Cadenas, ni que cruzó la plaza de Zocodover hasta encontrarse de frente con la sede del Gobierno Civil. No le dio tiempo a plantearse si entraría por la calle Santa Fe o por la entrada principal, cuando una voz amiga le devolvió a la realidad:

—¡Buenos días, Trebujillo! ¿O prefieres que te llame comisario? —Era su amigo Gamboa; a su lado un hombre repeinado esperaba su saludo, oculto tras unas gafas de sol. A pesar de su empeño por ocultarlo, con arte, el paso del tiempo había dejado su frente más amplia que la cara. Ninguno de los dos vestía su uniforme habitual.

—¡Buenos días, César! Puedes llamarme como quieras.

A continuación, extendió su brazo con energía hacia su acompañante:

—¿Capitán Eliot, supongo?

Como buen caballero, aunque le perdieron otros hábitos, el capitán Eliot Roldán de la Vega retiró sus gafas, al mismo tiempo que estrechaba la mano tendida de Silvestre Trebujillo.

—Sí, soy yo. Un placer volver a saludarle comisario —dijo, con su inconfundible acento malagueño, dejando ver unos ojos negros, diminutos como aceitunas marchitas, a distancia de una nariz larga y picuda que le confería un perfil psicológico acorde a su fisonomía. Era un buen fisgón, nada temeroso, y gustaba de volar alto. Con un sentido nada común, percibía si su víctima ocultaba algo y se lanzaba a su cuello hasta sacarle la verdad, de ahí su apodo de «*el Aguilucho*».

Fue Silvestre Trebujillo el que, probablemente por su edad, se atribuyó el rango mayor y dijo:

—Bien, señores, si les parece pasemos y veamos para qué nos requieren los políticos de Madrid, que por sus vestimentas entiendo será empresa de dudosa transparencia.

Ni César Gamboa ni Eliot Roldán hicieron comentario alguno a la ocurrencia de Silvestre Trebujillo. Con paso decidido cruzaron las puertas de entrada. Ante ellas, una pareja de guardias civiles, metralleta en mano, hacían de garantes de la seguridad del recinto. Franquearon la entrada y no les pidieron identificación, pues conocían al excomisario desde hacía muchos años; al contrario, se cuadraron a su paso y marcialmente les hicieron el saludo de rigor. Subieron por las escaleras al primer piso, siendo acompañados por la secretaria hasta la sala de reuniones del gobernador, Don Lisardo Garzás Arigüel. Sobre la gran mesa había bandejas repletas de productos de fina bollería, por el olor se apreciaba que estaban recién horneados. La secretaria, muy diligente, ordenó a un ujier que sirviera a tan honorables huéspedes todo aquello que desearan. Los tres declinaron la invitación. Minutos después entraron a la sala una cohorte de personajes vestidos de paisano seguidos del gobernador y un militar con graduación de coronel.

Todos se ubicaron alrededor de la gran mesa de nogal biselada en todo el perímetro, ornada con cenefa de fino trabajo de marquetería con

elementos decorativos de hueso y marfil; en el centro presentaba tres círculos alineados y separados a igual distancia unos de otros. Cada uno de ellos representaba simbología distinta, el más llamativo era el círculo del centro de la mesa en el que había circunscrita una gran estrella de doce puntas; la ornamentación se había hecho en relieve de tal forma que las seis más grandes destacaban de las otras seis que quedaban en un segundo plano. Gamboa, Trebujillo y Eliot se pusieron juntos.

—Es la Rosa de los Vientos —soltó Trebujillo a un Gamboa que desde que la vio se había sentido hipnotizado por ella.

No dio lugar a más comentarios pues a la orden del gobernador tomaron asiento. El ujier les entregó a todos y a cada uno de ellos una carpeta. El gobernador tomó la palabra, fue escueto en su discurso. Simplemente saludó y se marchó, como si no quisiera desvelar que estaba al tanto de lo que allí se hablaría en su ausencia. Con él marcharon parte de los personajes, a excepción de un hombre vestido de paisano, el coronel, Trebujillo, el sargento Gamboa y el capitán Eliot. Una vez se cerraron las puertas, el individuo de paisano con rostro oscuro y grave, se dirigió al grupo.

—¡Señores! El pueblo español decidió libremente vivir en democracia, para ello votó hace dos años a favor de su Constitución, en la cual, en su artículo primero se expone que: «*España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político*». Y a nosotros nos corresponde ser fiadores de su cumplimiento, pues el poder del Estado emana del pueblo. —Así comenzó su arenga.

Trebujillo, sentado entre Gamboa y Eliot, transcurrido un tiempo escuchando, se atrevió a deslizar un pequeño susurro a sus acompañantes:

—Y, ¿este quién es? —No fue necesario que le respondieran. Sin darse cuenta, su comentario llegó a oídos del orador.

—Disculpe, señor Trebujillo, creí que me había reconocido. Soy el representante del Ministerio del Interior, pertenezco al gabinete del Ministro Martín Villa. Hace cuatro años nos presentaron con motivo de los incidentes de Montejurra.

—No le reconocí sin su uniforme de gala. Espero que esta vez estemos en el mismo equipo, comandante Echenique —le respondió Trebujillo, con un sarcasmo nada común en él.

Se miraron como dos gallos de corral, mas la sangre no llegó al río ni tan siquiera al cerebro, pues el que otrora fue comandante de la Guardia Civil en activo y ahora reconvertido a hombre de estado, abandonó cualquier afán de conflicto.

El comandante Echenique reinició su pragmática alocución, hablando con claridad y llamándoles a la lucha contra el terrorismo neofascista que actuaba impunemente en España en esos días.

—Como les decía, de la Dirección General de Seguridad tenemos el firme convencimiento que algunos elementos del Estado, Cuerpo Nacional de Policía, Ejército y Guardia Civil prestan ayuda tanto de armas como de estrategia, así como de documentación, para sus fines delictivos y desestabilizadores, a grupos terroristas de corte neofascista. Desde el Ministerio del Interior, del que hoy soy su voz, creemos que elementos pertenecientes al servicio secreto español, el SECED, los tutelan, dan dinero, armas y conceden un *status* de libertad para delinquir a sus anchas.

—Por el conocimiento que tienen en la materia, y ante los sucesos ocurridos hace unos días, hemos creído conveniente reunirlos para que cada uno aporte los datos que tenga y juntos iniciemos una investigación. Con nosotros se encuentra el coronel Saavedra —dijo, señalando al militar de uniforme, al mismo tiempo que bebía agua de la misma botella.

Entonces inició el turno de presentaciones, aunque él ya dejó claro que todos entre sí se conocían, salvo al coronel Saavedra, al que definió como hombre de confianza del general Gutiérrez Mellado y que el motivo de su presencia allí era hacerles ver la implicación y preocupación del gobierno por acabar con esos grupos de ultraderecha.

—Con nosotros se encuentra —dijo mirándole, amistosamente, el comisario Silvestre Trebujillo, ya retirado, pero como ha demostrado, en esta ocasión, siempre activo. Como todos ustedes saben, hace unos días, en la provincia de Ávila, ocurrieron unos hechos delictivos con resultado de muertes aparentemente fortuitas. Gracias a la perspicacia y pericia del señor Trebujillo, estamos en la línea de que los hechos no fueron casuales. En una

de las refriegas en una gasolinera de Candeleda, apareció muerto Giuseppe Marco Cardinale, que para aquel que no lo sepa, estaba en búsqueda y captura por su implicación en el caso de la Matanza de Atocha. Ahora lo que nos corresponde es encontrar la relación existente entre todas esas muertes.

—¿Qué espera de mí, comandante? —intervino Silvestre sin ánimo de permanecer callado por más tiempo.

—De usted, señor Trebujillo —ahora fue el coronel el que habló— requerimos sus conocimientos de cierto grupo al que usted perteneció hace años. Me refiero a La Hermandad del Alcázar.

Como si le hubieran puesto cables de alta tensión en la cómoda silla que ocupaba, sintió primero escalofríos y luego un picor por todo el cuerpo, a tenor de los movimientos que hizo y por cómo se rascaba. Aquella respuesta no le gustó, no la esperaba. Es más, creía que nadie o muy pocos sabían que un día, recién llegado a Toledo, fue captado por Luis Alfonso, aquel que fuera el último Senescal.

Pensó que de nada servía negar los hechos, así que, con toda naturalidad, trató de contar lo poco o mucho que conocía sobre La Hermandad del Alcázar.

Sin levantarse de la silla, decidió retirar su americana del cuerpo que sentía que le abrasaba. Con un fino y elegante movimiento la colocó en el respaldo. Se tomó su tiempo, bebió agua y cogió un cigarrillo del paquete de tabaco del capitán Eliot.

Tanto Eliot Roldán de la Vega como César Gamboa se quedaron sorprendidos de la respuesta. Es más, no tenían conocimiento de la existencia de La Hermandad, por la expresión de sus caras; no así el comandante Echenique que mostró su conformidad a cuantos hechos iba relatando Trebujillo y, en tono conciliador, se dirigió a él y le dijo:

—No estamos aquí para juzgarle, creemos firmemente que el secretismo con el que se mueven nos hará difícil llegar a ellos sin la información precisa.

—Desconozco con todo detalle sus comienzos —habló Silvestre, sentado con la espalda erecta, mostrando dignidad y nobleza, con los dedos entrelazados apoyados sobre la mesa, mirada al frente y semblante frío—,

por lo que me confiaron, un grupo bastante numeroso de los oficiales supervivientes al asedio se juramentaron en vengar a los héroes allí caídos. Me contaron que el mismísimo coronel Moscardó estuvo presente en el primer acto de fundación, pero no tengo constancia de su pertenencia o de lo contrario. Lo que sí es patente es que fue conocedor de los hechos y no los prohibió.

Su fin principal era perseguir y detener a elementos afines a la República, o como ellos les llamaban: «*enemigos de la patria*». Me contaron que, entre sus miembros fundadores, había falangistas, guardias civiles, militares y civiles; que al inicio buscaban rojos para encarcelarlos o eliminarlos; que su lema era proteger a España del comunismo y salvaguardar la fe en Cristo Rey.

Yo estuve poco tiempo. El alistarme fue como un ardor de juventud, pero pronto vi que los principios sobre los que se sustentó su creación se habían viciado en su contenido. Su organización era piramidal, cuando yo ingresé nadie conocía a nadie, salvo aquellos que estuvieron presentes en su fundación. Aquello degeneró y las células actuaron para delinquir en nombre del régimen. A mediados de los cincuenta comenzaron las deserciones, siendo perseguidos y abatidos aquellos que ya no estaban de acuerdo con la forma de actuar.

—Dígame, comisario. ¿No hay forma de saber quién pertenece, o perteneció, a ese grupo criminal? —intervino el capitán Eliot.

—No. No lo hay y, si existe, no lo conozco —respondió ya más tranquilo, robando otro cigarrillo, ahora a su amigo César—. Tengan presente que entre sus miembros hay jueces, políticos, demócratas de nueva cuña. Estamos ante un grupo mafioso, facineroso, que con el tiempo ha sabido tejer una verdadera tela de araña; donde si es difícil entrar, más lo es poder abandonarla. Desde finales de los sesenta, en La Hermandad no hay jefes ni organización; tampoco hay ficheros de nadie. Cuando quieren actuar, actúan.

—Es imposible que no haya forma de clavar el diente a ese grupo. Alguien habrá que quiera hablar, que nos dé información —se preguntó en voz alta el coronel Saavedra, para terminar apostillando—. Si usted pudo abandonarla y continúa vivo, otros más han podido hacerlo, todo es

cuestión de buscar, de indagar. ¿Qué opina, comisario? ¿Está de acuerdo con mi planteamiento?

El silencio se hizo entre los presentes, unos miraban hacia la mesa, otros a los de enfrente. Hasta que Silvestre Trebujillo dijo:

—Como les he dicho, nadie conoce a nadie, salvo aquel que te introduce y el grupo al que perteneces. Yo fui captado por el último Senescal, como así gustaban en llamarle, para no confundirle con el Gran Maestre, que como saben es el Arzobispo Primado de Toledo. Aquellos que conocían mi filiación con La Hermandad están muertos. Él entendió mis razones y me dejó salir. Nadie lo supo hasta hoy.

—Un momento —intervino Gamboa, poniendo la mano sobre el antebrazo de Trebujillo, en señal de respeto por haberle interrumpido—. Antes dijiste que una de las encomiendas de La Hermandad era la de luchar por preservar «*la fe en Cristo Rey*» y después hiciste un juego de frases sacadas del Medievo como: «*El Senescal*» y «*El Gran Maestre*». ¿Cierto?

—Sí —asintió Trebujillo, sin saber hacia dónde quería ir César Gamboa.

—¿Acaso no existe un grupo de extrema derecha, implicado en actos terroristas con el nombre de Guerrilleros de Cristo Rey, cuyo líder es Mariano Sánchez Covisa, excombatiente en la División Azul?

—Sí —respondieron todos al unísono; unos de palabra, otros asintiendo con la cabeza.

César Gamboa sonrió de felicidad. Por fin, se dijo a sí mismo, mi lucha contra los grupos terroristas, que desde finales de los sesenta delinquían y campeaban a sus anchas por España, obtendría sus resultados.

—Coronel, con su permiso voy a exponerles una teoría. Durante todo el tiempo lo hemos tenido delante de nuestros ojos y no lo hemos visto. Lo que les voy a contar se basa en los largos años de estudio y análisis que realicé sobre la organización y operatividad de grupos terroristas, también quiero reseñar mi experiencia como topo en las filas de alguno de estos grupos franquistas —dijo un Gamboa, ya crecido y exultante. Pidió permiso para levantarse y se dirigió hacia un atril que habían colocado detrás de la posición del coronel y el comandante, quizás pensando que serían ellos los que tuvieran que usarlo. En el atril habían dispuesto un bloc con folios

blancos de casi un metro de alto por igual de ancho, tomó un rotulador y comenzó escribir nombres de grupos afines al franquismo y nombres de personas y hechos acaecidos. Luego, mediante flechas, los enlazaba o enmarcaba en cuadros hasta que fácilmente, se podía entender que todos estaban engarzados por algo común: La Hermandad del Alcázar.

Cogió la jarra y un vaso y llenó este, bebiéndose de un trago hasta la última gota de agua, luego volvió a llenarlo y solo tomó la mitad. Entonces, con la frialdad y el ánimo del que se sabe ganador o del que sabe que nada puede perder, y con la elocuencia del mejor orador usando, como la más mortífera de las armas, un rotulador, les miró uno a uno y les dijo:

—Señores, como todos ustedes saben, existe una animosa amistad entre Mariano Sánchez Covisa y Blas Piñar López; es más, podría decir sin temor a equivocarme, que esa relación de amistad proviene de un sentido de admiración de Sánchez Covisa hacia Piñar López que bien pudiera rayar en la obediencia y lealtad al líder, al Caudillo. Voy a tratar de explicarles lo que he escrito en la pizarra de papel.

Aquí, como ven —dijo señalando a los primeros trazos de su jeroglífico particular—, doy por hecho que el líder de los Guerrilleros de Cristo Rey es Sánchez Covisa y su *slogan*: «*Preservar la fe en Cristo Rey*». En este otro pictograma, dijo señalando a tres letras enmarcadas: BPL, damos como hecho cierto que el fundador de Fuerza Nueva es Blas Piñar López, el cual también a principios de los años sesenta fue cofundador del Cuerpo de los Caballeros del Corpus Christi, aquí en Toledo. Dándose la paradoja de que el máximo responsable recibe el nombre de: «*Gran Maestre*», nombre que en sus orígenes se le daba al máximo responsable de La Hermandad y que para no confundirlos los cambiaron, adoptando unos y otros los nuevos. Así para La Hermandad quedó como el Senescal y para los Caballeros del Corpus Chisti el Gran Maestre.

—Interesante —dijo el comandante Echenique de mal cariz—. Pero creo que te estás metiendo en un berenjenal del cual no te resultará fácil salir y, además, no te permitiré que pises ese terreno. ¿Sabes a quién, indirectamente, estás salpicando con tus teorías de ventilador? —Calló para a continuación dar con el puño sobre la mesa a la vez que se levantaba de la silla, el rostro abotargado se cubrió de un enjambre de arañas capilares,

fruto de su pasión por el alcohol y, señalando a César Gamboa, lleno de cólera, le gritó—. ¡Al mismísimo Arzobispo Primado de Toledo!

—¿Y qué? ¡Siéntate coño! Y no vuelvas a levantar la voz con esa virulencia en mi presencia, es una orden, ¿me ha entendido comandante Echenique? —zanjó el coronel Saavedra. Después se dirigió a Gamboa y le propuso:

—Continúa sargento, pero te advierto que si no tienes ninguna prueba, vas a peinar los montes de Toledo en lo que te queda de servicio.

—Sí, señor —respondió éste nada atribulado—, como les decía, sin que en ningún momento haya pretendido involucrar al arzobispado, lo que quiero es demostrar una conexión entre la Hermandad del Alcázar y el resto de grupos de extrema derecha que nacieron a partir de la década de los sesenta. Los principios de La Hermandad sirvieron para la creación de los distintos grupos neofascistas. Otro hecho evidente es que el señor Blas Piñar estuvo encerrado con los sublevados durante el asedio al Alcázar hasta su liberación.

Rendidos a la evidencia de cuantos datos había aportado el sargento César Gamboa, y ya más calmado el comandante Echenique, fue el capitán Eliot el primero que juntó sus manos para aplaudir la sensata exposición que había realizado su subalterno. Luego lo hicieron los otros y antes de que preguntaran, Gamboa trató de rematar la faena.

—Resumiendo, señores, lo que quiero decir es que se hace necesario encontrar los estatutos de fundación de La Hermandad del Alcázar. Hermandad de la que nunca había oído hablar hasta esta mañana, pero que estoy seguro que, como bien nos ha dicho el comisario Trebujillo, en su opinión, y yo lo creo, está extinta. No así sus miembros, los cuales se han ido asociando en distintos minúsculos corpúsculos con vida propia y que no reciben más órdenes para sus fines mafiosos que la de ellos mismos. De ahí la dificultad en detectarlos y eliminarlos antes de que actúen.

—Gamboa, ¿piensas que Blas Piñar es uno de los fundadores de La Hermandad? —preguntó Trebujillo, el cual no daba crédito a las hipótesis de su amigo.

—No lo sé, son solo conjeturas basadas en hechos paralelos. Pudiera ser que tomara la misma actitud que el coronel Moscardó. Tenemos una madeja

y hay que hilar muy fino para llegar hasta el principio de todo. Para eso necesitamos conocer las actas de su fundación.

—Comisario, ¿podría decirnos quién fue su mentor? —solicitó el comandante Echenique, sin venir a cuento, a un Trebujillo que cada vez que le nombraban ese asunto se le removían las tripas.

—Creo que ya lo saben; pienso que más que colaboración me están interrogando y no entiendo, si sospechaban de mí, ¿por qué no me detuvieron antes?

—No lo sabemos todo, Silvestre. No se le detuvo porque creemos que está limpio. Ahora, de sus respuestas depende que lo tomemos como un amigo del que te puedes fiar o de un agente doble. Vivimos tiempos difíciles. Insisto en mi pregunta, ¿quién fue el que lo captó? —dijo un poco subidito de tono el comandante Echenique, a quien parecía se le había olvidado la refriega que momentos antes tuvo con el coronel Saavedra.

El sargento Gamboa ya no pudo aguantar más y, sabedor de que después de la exposición que había hecho se encontraba con fuerza moral para opinar, dijo muy enojado:

—¡Basta ya! Con todo respeto hacia su autoridad, señor, yo no he venido aquí para ver cómo se machaca a un hombre que ha demostrado con creces su lealtad hacia su patria. No estoy preparado para formar parte de un tribunal inquisitorial.

Dicho esto, hizo un aspaviento y amenazó con marcharse de la sala. Silvestre Trebujillo, conocedor del perjuicio que podría acarrear a Gamboa por el desacato en el que había incurrido, le tomó del brazo y le obligó a sentarse.

—Gracias, amigo Gamboa. ¡Siéntate!, aún no te nombré mi abogado —calló por un momento, ni breve ni espacioso, lo suficiente para hacerles ver que aún tenía reaños para no amilanarse con sus tonterías. Los miró desafiante, primero al comandante Echenique y luego clavó, como si fueran dos rayos, los ojos en los del coronel Saavedra. Encontró en ellos un silencio contrito. Sabedores del daño que habían hecho, bajaron del pedestal de sus galones, al igual que hicieron con su mirada; fue el momento que aprovechó Trebujillo para pedirles secreto en su confesión—. Quiero su palabra de honor de que, ¡jamás! el nombre que les daré saldrá de esta sala.

Todos asintieron. El coronel fue el último en levantar la frente y con orgullo militar miró a Silvestre Trebujillo y le dijo:

—Tienes mi palabra.

La tensión subió; el humo de los cigarrillos creó una neblina plateada que, sumada a la alta temperatura proveniente de los radiadores de hierro, provocó sudor y tos en algunos de los presentes.

—Con su permiso, señor, voy a abrir una de las ventanas —dijo el capitán Eliot. No había andado ni un metro cuando oyó de soslayo la confesión de Trebujillo.

—Fue Luis Alfonso Figueroa Iglesias, el que fuera comandante de la Academia de Infantería —respondió Trebujillo, todo compungido por haber faltado a la memoria del que un día fue su amigo.

—¡Joder! —resopló el capitán Eliot—, aquí están todos pringados.

—Gracias —le dijo el comandante Echenique. Lo mismo le dijo el coronel, pero con la mirada y una sonrisa—. Lo sospechábamos, ahora sabemos de la dificultad en poder entrar en esa Hermandad. Según nuestros datos, una vez contrastados con su información, este grupo se diseminó a finales de los años sesenta en varios grupos que con distinto nombre perpetraron actos terroristas. Estos grupos son responsables de muchas muertes, siendo la última la del pasado mes de enero en un despacho de abogados de la calle Atocha. Buen trabajo, sargento, como bien ha dicho: «*lo teníamos delante de los ojos y éramos incapaces de verlo*», usted nos ha mostrado el camino.

Entonces interrumpió Trebujillo al comandante:

—Un momento, al hilo de lo que ha comentado Gamboa. Entre ellos hay un signo común, todos llevan al cuello una medalla que los hace merecedores de pertenecer a La Hermandad. En una cara lleva una imagen de Santiago el Apóstol, que en una mano lleva una cruz y en la otra una espada; la otra está libre para que cada uno grabe lo que considere. A mí me dieron una y se la regalé a Valle, mi mujer. Y ahora viene lo más sorprendente, pero, ¡cómo no se me habría ocurrido antes! —Dijo, ya más tranquilo y en plan triunfador Silvestre Trebujillo.

Los demás se quedaron con los ojos abiertos como ventanas que esperan el viento limpio de la mañana, un viento fresco que les llegara hasta el

cerebro y les hiciera merecedores de lo recordado por el comisario Silvestre Trebujillo. Así que, con infinita impaciencia, esperaron a que este volviera a beber agua y, antes de que extendiera su brazo a por otro cigarrillo, tanto Eliot como Gamboa le ofrecieron su cajetilla.

—Hace unos siete u ocho años detuvimos a un joven del que sospechábamos por la desaparición de dos personas, uno de ellos quiero recordar que era un activista, muy afín al Movimiento Falangista en Toledo y el otro, el inspector de policía Jaramillo, muy conocido por sus «otras actividades» impropias de su cargo, de oscuras amistades y que ahora no descarto que perteneciera a una de estas células. No hubo pruebas concluyentes, así que le dejamos libre, pero lo más curioso del asunto es que lo defendió Luis Alfonso Figueroa Iglesias. En aquel momento no me sorprendió que lo protegiera, pues en los círculos de poder de la ciudad se sabía que rondaba a la madre del chico, de hecho llegó a casarse con ella.

Años más tarde supe que el chico era huérfano de un miembro fundador de La Hermandad, de nacionalidad italiana. Llegó a España nada más comenzar la Guerra Civil y entró en Toledo con las fuerzas que liberaron el Alcázar del asedio, después siguió con Moscardó y posteriormente en la batalla de Guadalajara, en marzo de 1937 apoyando a las tropas italianas, fue herido de gravedad; una noche apareció muerto en extrañas circunstancias.

De repente dejó de hablar, cerró los ojos, algunas lágrimas huyeron despavoridas mentón abajo. Había estado sometido a una tensión inadecuada a su estado de salud. Los cuatro se miraron no entendiendo adónde quería llegar Trebujillo. Fue el comandante Echenique el que le dijo:

—¿Y? …

Trebujillo hacía rato que apretaba una pierna contra la otra, hasta que notó que un líquido caliente se derramaba pierna abajo. Cambió de color y todo avergonzado se levantó con mal encaramiento, la piel macilenta se apoderó de su semblante y se fue, tambaleándose, a toda prisa de la sala. Los allí presentes quedaron desconcertados. Fue la secretaria la que entró despavorida a la sala, y gritando les pidió ayuda:

—Se ha desmayado, ¡corran por favor! Guardias, llamad a una ambulancia —gritaba la mujer aterida de pánico.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

Aires de libertad

«¡Que nadie duerma! ¡Tampoco tú, oh princesa! ¡Mi nombre nadie lo sabrá! Sólo cuando la luz brille, sobre tu boca lo diré temblando. ¡Y mi beso romperá el silencio que te hace mía! ¡Al alba venceré! ¡Venceré!».

Nessun Dorma
Giacomo Puccini

Procedente de la sede del Gobierno Civil, una ambulancia escoltada por una pareja de motoristas, pasó a toda velocidad por debajo del portón de la Puerta de Bisagra. A tenor de la velocidad que llevaba debía transportar una carga muy valiosa. La ambulancia hizo su entrada en el hospital Virgen de la Salud y, antes de que el conductor de la misma se bajara, el equipo de urgencias ya tenía abierta las puertas traseras y una camilla dispuesta para trasladar a los boxes a su ilustre pasajero.

Durante los dos días que estuvo inconsciente, sentada a su lado permaneció su mujer Valle Cieza. Ella nunca creyó a los médicos cuando le dijeron que, probablemente, nunca más despertaría pues el cuadro clínico que presentaba era casi mortal de necesidad. Había sufrido un derrame cerebral y a pesar de la rapidez con la que se actuó, le había producido grandes daños en el cerebro, posiblemente irreparables. Según el parte médico, Silvestre Trebujillo sufrió una apoplejía, que sumada a la metástasis provocada por el cáncer de próstata que tenía, su vida estaba más en manos de Dios que de la ciencia.

Cuando Trebujillo abrió los ojos, apenas podía gesticular palabra. Balbuceando con media cara paralizada, intentó llamar la atención de la persona que tenía a su lado. Con dificultad trataba de decirle algo. Valle Cieza enseguida comprendió que no la había reconocido, se acercó todo lo que pudo a su boca y trató de dar sentido a alguna de las palabras inconexas

que repetía. Por momentos, conseguía hacer una frase, más su mujer no era capaz de descifrar lo que quería decirle; eran frases inconclusas.

Después de su sorpresa inicial, Valle Cieza se serenó y, aunque un enjambre de lágrimas y temblores se apoderaron de ella, se rehízo, tomó aliento y consiguió rescatar de su memoria, antes de que las alarmas de los monitores sonaran, las dos palabras que más había repetido su amado Silver. Rápidamente, una diligente enfermera, al mismo tiempo que Silvestre Trebujillo cerraba los ojos, la invitó a que saliera y permitiera dejar actuar a los médicos.

—Es mejor que espere en la sala, por favor. No se preocupe, nosotros lo cuidaremos. En cuanto se recupere, la avisaremos.

En el corto espacio que había entre la cama y la puerta de salida se tropezó con un médico que, sin mirarla, la urgió groseramente a que abandonara la estancia. Enseguida, y ante la atenta mirada de la enfermera, se enconó en la ardua tarea de traer el alma de Silvestre Trebujillo de entre los muertos.

Valle se sintió reforzada y alentada con la llegada del galeno y no le importó que este no le pidiera disculpas por casi haberla tirado al suelo. Es más, agradeció que no se perdiera en tonterías de formalismos de buena educación. Sacando fuerzas de flaqueza y arrastrando los pies, consiguió llegar a la sala destinada a los familiares de los pacientes ingresados en la UVI. Allí la encontró César Gamboa esperando, con la mirada perdida y el rostro desencajado. A la misma hora que el día anterior y que el otro, apareció como salido de la nada. Esta vez no la vio a través de los cristales de la UVI. Con la marcialidad que impone el cuerpo, se dirigió a ella:

—¡Buenos días, Señora! ¿Cómo se encuentra el comisario? —preguntó Gamboa, presintiendo que si ella estaba fuera, era porque su amigo había empeorado, si es que se podía estar peor.

—Ha abierto los ojos y me ha hablado —dijo una mujer destrozada, sin lágrimas que ofrecer para su desahogo.

—Entonces, eso son buenas noticias.

—Lo serían si me hubiera reconocido, o si sus palabras hubieran sido inteligibles.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, ahora sí, alarmado y temeroso por la respuesta no deseada que pudiera darle Valle Cieza.

—Ha perdido la visión en los dos ojos y su cerebro está muy afectado. Carece de lucidez al hablar.

En ese momento entró su hijo y se fundió en un abrazo con su madre, intentando, como si eso se pudiera, que todo el dolor de ella le pasara a él.

César Gamboa dio un paso atrás y, con toda discreción y dolor, dispuso de retirarse. Antes de salir de la sala oyó a Valle que le dijo:

—Te nombró, repitió tu nombre junto a otro, que supongo se refería al Greco.

—Gracias —dijo un Gamboa afligido y desconcertado.

Se detuvo frente a la ventana de la UVI, desde la cual se podía ver a su amigo con infinidad de tubos de plástico que entraban y salían de su cuerpo; unos aportaban las sustancias que lo mantenían con vida, otros sacaban de él aquellas que ya no podía expulsar por sí mismo. Cables y electrodos, conectados a máquinas y monitores, registraban sus constantes que se traducían en números y símbolos ininteligibles para él. A los pies de la cama se hallaban tres médicos hablando entre ellos, y aunque no podía oírlos, estaba seguro que decidían cuál sería la mejor terapia a seguir en la suerte de curarle.

Apoyó la cabeza sobre el cristal y siguió contemplando a Trebujillo por la pequeña abertura que quedaba por las cortinas mal corridas que, cortésmente, de forma descuidada, habían dejado las enfermeras para que los familiares pudieran ver a sus parientes allí postrados. Se mordió los labios, aspiró y cerró los ojos y elevó alguna plegaria al Todopoderoso. Cuando acabó sus rezos, con resignación papal, los abrió lentamente y detuvo su mirada en una hilera de estampitas que había sobre la cabecera de la cama de Trebujillo. Eran casi todas parecidas, en ellas se reflejaban imágenes de la Pasión y Crucifixión de Cristo. Todas eran representaciones de obras de El Greco; todas menos una, que era de Santa Gema Galgani. Un zarpazo seco recorrió su cuerpo, apartó sus manos de la cristalera que le separaba de su amigo agonizante y fue en busca de Valle.

Cuando llegó a la sala, esta ya no estaba. Preguntó a una enfermera y le respondió que estaban en el despacho del jefe de servicio médico. Abrió la

puerta y preguntó:

—Valle, disculpa, por favor. ¿Qué fue lo que dijo exactamente, Silvestre?

—¡Márchate y respeta nuestro dolor! —respondió de forma agresiva el capitán Trebujillo, que sostenía a su madre apoyada sobre él.

—Lo siento —atinó a decir Gamboa avergonzado, cerrando la puerta. Todo compungido por su falta de tacto, optó por irse. Marchaba cabizbajo, apenas había andado unos metros cuando de forma nítida y clara, le impactó un grito, dejándole paralizado por un momento:

—¡Doménico!, fue lo que dijo mi padre. ¿Me ha oído Sargento?

—Sí, alto y claro, señor. Lo siento capitán, su padre es mi amigo y también sufro por él —atinó a decir un Gamboa con una sonrisa escondida por el descubrimiento que acababa de hacer.

* * *

Por fin, el viernes seis de junio de 1980, se aprobó el indulto mediante el cual quedaba en libertad. Fue Anna la que me comunicó la grata noticia, lo hizo breve. Apenas me leyó cuatro líneas, esbozó una sonrisa y me dijo:

—Eres libre.

—¿Cuándo saldré? —le pregunté.

—Mañana. Recoge tus cosas y aprovecha estas horas en preparar tu alma y tu mente. Cuando se cierre la puerta y respires el aire fresco y limpio de la primavera, notarás que una nueva vida brota en ti. Nada será igual, ni parecido, a como lo dejaste cuando te encarcelaron.

No me concedió la duda de saber si le daría las gracias o no. Fue ella la que me dio la espalda y me dejó sumido en un estado de catarsis, entre alegría y melancolía, por sus palabras. Desde el instante en que abandonó mi celda, busqué desesperadamente una interpretación a sus palabras, más no hallé en ellas ningún resquicio de esperanza de que mi vida continuara junto a María y, en ese estado, me sumí en la tristeza pues quise adivinar que tendría que compartir mi amor con María y Anna.

Tumbado en mi catre, contemplando la maraña de redes que trataba de tejer una araña sobre una esquina del techo, me sorprendió la visita del

doctor Otaola Salupe. Entró solo, ni siquiera llevaba la bata que le identificaba como perteneciente al cuadro médico, sonriente me dijo:

—¡Por fin, Doménico! Era cuestión de tiempo y lo hemos logrado. Lo has conseguido con tu comportamiento.

Debió notar en mi cara que no estaba exultante; al contrario, me encontró cabizbajo, pensativo. Llegó hasta mí y, sin pedir permiso, se sentó a mi lado en la cama. Yo aún permanecía boca arriba, recostado sobre la almohada, contra el cabecero. Continuaba abstraído en mi tortura y el único saludo que efectué fue el de ignorarle, quizás arqueé las cejas, más no creo que eso fuera suficiente. Palmeó en mi pierna y guardó unos instantes prudentes de silencio; pasados los mismos, sin encontrar ningún gesto por mi parte hacia él, se levantó y, paternalmente, musitó:

—Estaré en el despacho.

—¡Espera, no te vayas! —me levanté y fui hacia él fundiéndonos en un fuerte y sentido abrazo.

No recordaba haber llorado nunca. Desde siempre fui enemigo de mostrar mi debilidad ante los demás. Sin fuerzas para impedirlo entré en un estado de desconsolación, rompiendo a llorar como el más mortal de los humanos.

—Llora, joven amigo, llora conmigo. Es mucha la tensión que has acumulado estos años.

—Pero llorar es de débiles —atiné a farfullar.

—Craso error por tu parte, pues no son las lágrimas culpables de parecer débil ante los demás, al contrario, el llanto emocional liberará tu mente y limpiará tu alma, te regalará momentos de tranquilidad por el desahogo que has dado a tu corazón al reactivarse la circulación sanguínea; incluso tu mirada se limpiará, será más transparente.

Así estuve durante un tiempo incontrolado, sintiendo el calor apacible de las palmas de las manos del doctor sobre mi espalda. Una vez me tranquilicé, me animó a perder el miedo a expresar mis sentimientos y me exhortó a continuar con la labor que, desde hacía años, iniciaron mi padre y otros disidentes de La Hermandad que fueron cayendo por el camino.

—España ha cambiado para bien en estos años —me dijo—. Durante este tiempo te hemos estado preparando para que portes la antorcha de la

justicia. Serán muchos los que, al ver tu luz, te sigan. No estarás solo, pero debes ser listo, más listo que los demás. Cuando hagas alguna operación no será suficiente con que no te vean; habrás de ejecutarla de tal forma que nadie sospeche de ti.

Al despedirse, me aconsejó que me duchara a fondo:

—Porque el agua, al igual que el fuego, purifica, por eso cuando abandones este centro deberás hacerlo limpio de cuerpo y mente —me recalcó.

Asentí y le dejé marchar, agradeciéndole la ayuda psicológica que me había dado. También le agradecí sus consejos. Estuve bajo el agua de la ducha hasta que un celador me dijo que era hora de recuento y debía bajar al comedor.

Cuando se apagaron las luces, me encontraron los dueños de la oscuridad sentado en la que durante años fue el soporte de mis posaderas, frente a la mesa que servía para todo. La noche me pilló garabateando lo que serían las líneas maestras de mi futuro. Encendí una vela, era una de las ventajas de ser hijo del Guardés, pues creo que ningún preso gozaba de tan alta prebenda. Cuando creí firmemente que estaba preparado para llevar a cabo aquello para lo que fui elegido, me eché en la cama. Decidí no cubrir mi desnudez. Desnudo como vine al mundo, con las piernas abiertas y los brazos en cruz, tal y como pintó Leonardo da Vinci al «*Hombre de Vitruvio*», esperé a que el día me encontrara sin ataduras del pasado. Ya no habría más atardeceres sombríos entre esas cuatro paredes.

Lentamente, el sueño se fue apoderando de mi respiración; pero antes, no pude evitar que por mi mente circulara el pasado que pretendía dejar allí para siempre y, aunque me negaba a ello, intentando dar entrada con fuerza al futuro que deseaba tener, no lo pude evitar y, como un río desbordado, entraron en tropel los recuerdos de los días previos a mi detención.

No sé si fui yo o fue mi subconsciente, pero el caso es que ante mí tenía al que fuera inspector de policía, Trebujillo, aquel que un día permitió que mis crímenes quedaran impunes por el pago de alguna deuda pendiente con Luis Alfonso, el último Senescal de La Hermandad del Alcázar.

Recordé que habían pasado casi seis años desde que el comisario jefe de la policía de Toledo, Silvestre Trebujillo, me encerró en los calabozos de la

calle Santa Fe. Ante mis ojos cerrados se postraron las imágenes de aquel infausto día:

«Como si fuera una premonición, en plena subida, a la altura del Miradero en la cuesta de las Armas, un autobús de color amarillo chillón comenzó a vomitar por el tubo de escape carbonilla, y un humo negro, denso, convirtió el centro de Toledo en una escena dantesca. Después se oyó una explosión y unas virulentas llamaradas cubrieron rápidamente el caparazón del autobús. Las gentes corrían despavoridas hacía ningún sitio; el coche que me conducía a los calabozos, para tomarme declaración, marchaba detrás, por lo que pude presenciarlo todo. Yo iba en el asiento trasero, esposado. El policía que conducía, frenó en seco, se quedó inmóvil. No sabía si bajarse y ayudar o salir pitando de allí como fuere. Fue el inspector de la secreta, desde su puesto de copiloto, el que le ordenó:

—¡Sácanos de aquí!, ¡cojones! No vaya a ser una trampa.

No pude evitar, aún nervioso, soltar una enorme carcajada.

—¡Y tú, de qué coño te ríes! Ya llorarás en la cárcel cuando te pudras dentro —me espetó con ánimo intimidatorio.

—¡Jajajaja! ¿Pero de qué película has salido tú? —le reproché—. ¿No sabes que los "Katangas" son muy viejos y las subidas y bajadas de Toledo son muy pronunciadas? ¿Una trampa?, tú sí que eres una trampa.

Mientras intercambiábamos gritos y miradas, el conductor nos sacó de allí velozmente; aunque antes tuvo que pasar por la vergüenza que le supuso que el coche se le calara. Era un radio patrulla Seat 131 gris.

Cuando detuvo el Seat 131, todo nervioso, en la plaza de Zocodover, oí al inspector decirle:

—¡No me jodas, Santos! ¡Que es nuevo, coño! ¿Cómo se te ha podido calar?

El policía nacional no respondió. Bajaron ellos primero, después el que iba atrás conmigo, y yo el último; esposado me condujeron hacia el arco de la Sangre. Los curiosos, apostados a ambos lados de la boca del arco, al verme llegar, rompieron los corros que en animada charla mantenían embelesados por su curiosidad en conocer al asesino del constructor; me increparon y alguno hubo que me lanzó una patada y que, al intentar

esquivarla, casi consiguen hacerme rodar escaleras abajo con el policía que me sujetaba del brazo».

* * *

Durante el tiempo que pasé detenido tuve muchos momentos de ruptura emocional, de abatimiento y desmoronamiento. En ese estado anímico aprendes a valorar los grandes tesoros que el ser humano posee como son: la familia y la amistad. En mí nunca flaquearon esas muestras. Cada uno de los míos me aportaba inyecciones de estados distintos. Berto me proporcionó el valor de la amistad y la lealtad sobre todas las cosas; Isabella se mostró siempre alegre y juguetona como una hermana pequeña; mamá Vega me concedió el amor sin condiciones de una madre por su hijo, aunque este sea un monstruo. Salvatore se esforzó en enseñarme valores como el sacrificio, la tenacidad, la disciplina y el placer por el trabajo bien hecho, siempre pendiente de mi actitud hacia un estado fuerte mental y físico y María, mi bella hurí, mi ninfa divina, aquella por la que di muerte a su marido, estuvo siempre pendiente de darme y mostrarme su amor lleno de ternura y reconocimiento, pues en cuanto teníamos ocasión nos hacíamos arrumacos o nos entregábamos al sexo más duro y apasionado, hasta que apareció Anna Alcaraz.

En ese periodo jamás pude olvidar el momento en que los abogados me leyeron el fallo del juez. Aun teniendo conciencia de culpabilidad, uno no se hace nunca a la privación de la libertad, pero tampoco era yo el más adecuado para filosofar sobre ello, máxime cuando arrebaté la vida a personas a las que no les di opción a una segunda oportunidad.

No necesité que los rayos de poniente me despertaran, ni tampoco el revoloteo de pájaros sobre los barrotes. Tampoco esperé a que sonara la megafonía y que por el tipo de música, saber quién estaba esa mañana de jefe de servicio. Se acabaron los amaneceres cubiertos de nubarrones cargados de pesimismo y otros, de luz esperanzadora por el día de mi libertad. Ese día había llegado; y juré que una vez pisara la tierra del exterior nunca más volvería vivo a un centro de este tipo.

La apertura de la celda me encontró vestido y con el equipaje preparado. Después del desayuno decidí despedirme de aquellos que durante estos años

fueron mis camaradas. Bajé a la sala de calderas y allí me encontré con Miquel, o Miki, como a él le gustaba que le llamaran. Estaba sentado sobre un taburete de maderas viejas, hecho por él mismo; la cabeza pegada al tronco, reclinada hacia el lado izquierdo del escaso cuello que tenía, quizás para buscar el equilibrio de la joroba que sobresalía en el lado opuesto, apoyaba sobre un cojín cochambroso. La puerta del hogar de la caldera estaba abierta, esperando a que Miki «*el Enterrador*» decidiera el momento de palear carbón a su interior. Del techo colgaban dos bombillas mugrientas, sujetas a sendos cables, cuya luz era más tenue que la de un mechero. Las llamas provocadas por la ignición del carbón, eran mínimas, como si no quisieran avivarse para no dar luz al espacio sagrado y tétrico que Miki quería tener. Me vio llegar, o me olió, y no le inquietó mi presencia, mantuvo la posición que para él suponía un descanso. Las cejas enarcadas permitieron que viera el vacío de sus ojos, no percibí que tuviera ni iris ni pupila, únicamente sobresalía el cristalino blanco. En su rostro todavía quedaban huellas de los ataques de Ticio. Esperé en el umbral a que me autorizara a entrar. No hizo ningún signo de desaprobación, por lo que entendí que no le molestaba mi visita. Avancé hasta quedar frente a él, a no más de un metro. No quise invadir su espacio vital.

—¡Hola, Miki! —le saludé levantando mis manos con las palmas hacia adelante, como signo de respeto y cordialidad.

Se irguió un poco y luego me hizo una mueca con los labios. Lo cual entendí que era una sonrisa. Intentó levantarse y, ante la dificultad, hice muestras de querer ayudarle. De su garganta salió una especie de gruñido y me detuve. Una vez de pie y cojeando, se acercó a mí.

—*Sé a que véns, ¿per que ho fas?* —me habló y no le entendí bien, y me maldije por no saber su lengua.

—Lo siento, Miki, no hablo catalán. Cuánto me gustaría conocer tu idioma y poder despedirme de ti —le dije todo compungido y avergonzado.

—*L’idioma no ha de ser una barrera per comunicarnos entre les persones, sinó la porta que ens condueixi a entendre’ns millor.*

Sonreí y volví a decirle que no lo entendía. La poca luz que emitía el plafón del pasillo se proyectó sobre su exigua figura. Si en ese instante alguien le hubiera puesto una corona de espinas sobre su cabeza, se hubiera

dado cuenta que era la viva imagen del «*Ecce Homo*», que tantas veces había servido a los grandes de la pintura para representar a Jesús de Nazaret aquel infausto día en que fue conducido al Calvario, después de ser presentado a la plebe judía para que decidiera por su libertad o la de Barrabás.

—No te preocupes —me respondió en un castellano ininteligible, que con gran esfuerzo trataba de hablar—, el idioma no debe ser una barrera para comunicarnos entre personas sino la puerta que nos conduzca a entendernos mejor —entendí y agradecí el esfuerzo que hizo para traducir lo que me había dicho.

—¿Sabes entonces a qué he venido? —le pregunté.

Movió la cabeza asintiendo, tornó los ojos y la emoción le embargó, encharcándoselos con la prohibición expresa de su mente de que ninguna lágrima escapara de sus cuencas.

Entonces pude apreciar que aquel hombre, que un día me pareció siniestro y tenebroso, que jamás había recibido cariño de nadie, ahora se mostraba ante mi lleno de humanidad, emocionado. Me miró y contemplé su mirada agradecida por haberle ayudado. Era una mirada destrozada por la soledad y por el miedo a perder a alguien que una vez le ayudó desinteresadamente.

—Cuídate y si alguna vez quieres abandonar este infierno, yo te estaré esperando —le dije aferrando su mano flácida, con reticencia a estrecharla conmigo, porque a buen seguro estoy de que aún no se fiaba del todo, ni de mí ni de nadie.

Abandoné aquel cuarto lúgubre dejando en él a un pobre hombre, cuya única gloria descriptible fue la de escapar con vida de un fusilamiento masivo junto a las paredes del cementerio de su pueblo. Su nombre, Miquel Borrás, nada decía a nadie, en cambio todos le conocían por Miki «*el Enterrador*». Por el camino, ya en la planta baja, me encontré con Juan Cleto, el celador taciturno con andares de horco, y con el que desde el primer día nos mostramos animadversión. Poco a poco, fuimos rompiendo la hostilidad con la que al principio nos escudriñábamos el uno al otro, en la búsqueda de un punto débil con el que zaherirnos.

—Doménico, le esperan en el despacho de su padre —me dijo Juan Cleto, guardando una distancia prudente entre él y yo, y siempre flanqueando el paso para que entendiera que no era una información sino un aviso en forma de orden oculta.

—¡Hola, Juan!, ahora mismo te acompaño.

Balanceó la cabeza dos tres veces hacia abajo y en su semblante aprecié signos de agradecimiento por mi obediencia y respeto a su trabajo. Al llegar a la puerta que daba entrada al despacho, como un fiel legionario, se apartó a un lado para que fuera yo el que llamara y entrara en primer lugar.

—¡Buenos días, Doménico! Puedes retirarte, Juan, gracias —quien así hablaba era el sacerdote del centro; debido a su procedencia militar, gustaba que le llamaran «*páter*».

—¡Buenos días, páter! —dije yo, tomando su mano ofrecida y haciendo el gesto de besarla—. ¿Qué le trae por aquí tan de mañana? —pregunté, sabedor de cuál era el motivo de su inesperada visita.

—He venido a darte mi bendición hijo mío y ofrecerte la paz con Dios.

—Sabe de mi respeto hacia usted y sus creencias, páter. Mas mis deudas, como bien sabe, son de este mundo y ya las he pagado. En cualquier momento seré avisado para abandonar el centro y le aseguro que estoy preparado para lo venidero.

—¿Seguirás viviendo en Toledo o te irás a Madrid a iniciar una nueva vida?

—No huiré de mi destino —atajé.

—Entonces, supongo que te veré algún día —sugirió.

—No pienso volver por aquí y tampoco creo que visite ninguna parroquia —respondí un poco molesto, pues me parecía un interrogatorio y ya me había advertido mi padre que no me fiara mucho de él—. Y como tendrá a bien recordar, nunca fui a verle a la capilla en los años que he estado en este centro.

—¡Claro, hombre! Me refería a verte por Toledo. Es una ciudad pequeña y todos nos conocemos —insistió con afán desmedido por saber qué haría una vez saliera del centro.

Suspiré al oír el carraspeo de una voz conocida desde la puerta, pues no tenía ningún interés en vaciarme en confesiones tardías e impropias de un

agnóstico, como así me consideraba, y menos aún hacerlo con un desconocido.

—Doménico, te estaba buscando. Disculpe, páter, pero ha llegado su hora —era Anna Alcaraz, la muy ladina sabía de mi repulsa a esas conversaciones y a buen seguro permitió que la charla entre el páter y yo durara más de lo debido para poder entrar luego a rescatarme y proclamarse como mi salvadora.

Me despedí, dejándole la incertidumbre de conocer qué haría en mi futuro. Al pasar junto a Anna, me guiñó un ojo aseverando su complicidad.

Recogí mi mochila y resto de pertenencias, que había ido acumulado durante mi estancia en tan insigne mansión, y bajé al punto de control acompañado por ella. Sería medio día cuando se abrieron las puertas, el sol en lo más alto me obligó a fruncir el ceño, me quedé parado bajo el dintel del pórtico, hasta que la mano suave y fuerte de Anna me empujó con ánimo a dar el último paso. Tras de mí, oí el cierre de la puerta y el duro sonido de cerrojos que me dejaban solo en un paraje ignoto. Busqué con mi antebrazo sobre la frente, defenderme de la luz cegadora del sol. Cuando creí que había acomodado mis ojos a la claridad del día, traté de percibir un sonido, una imagen conocida que echarme a la retina. Me sentí decepcionado pues ni tan siquiera un triste gorrión vino a despedirme. Crucé el patio con mi hatillo al hombro y al llegar a la zona destinada para las visitas, mi corazón casi se paró de la emoción. En el exterior estaban esperando mis seres queridos; bueno, casi todos.

Salí corriendo y la cogí en vuelo y le di vueltas como si fuera una bailarina Derviche recién salida de la misma Capadocia. Mamá Vega eligió para la ocasión un vestido verde impregnado de detalles floridos. Casi le rompo alguna costilla de tanta fuerza como empleé en abrazarla. La besé y lloramos los dos; entre susurros le prometí que nunca más la haría volver a pasar por este infierno. Cada vez que la apartaba para ver lo guapa que estaba, observaba sus ojos radiantes de felicidad contenida, tan brillantes como limpios; aunque no pudiera decirse lo mismo de las pestañas o de los pómulos, ennegrecidos de restregarse con las manos para limpiar las lágrimas que, alegremente, por la emoción contenida, salían en oleada.

Luego llegó el turno a Berto, mi hermano, mi amigo. No pude evitar continuar llorando. No eran lágrimas de desconsuelo, sino todo lo contrario: de felicidad. Venía acompañado de doña Manuela, viuda de don Giovanni y ahora su mujer. También había venido Tina Coín y Charles. El mejor instante fue aquél en el que todos formamos una piña gigante.

Sentí, juro que es cierto, las ausencias de mi padre, de Isabella y de María. Las lágrimas de emoción por mi libertad, tornaron por otras de sufrimiento. De pronto comenzó a llover. Un aguacero arrasador, en una primavera tardía, hizo que nos separásemos. Ninguno había previsto que llovería y a todos les pilló de sorpresa, sin paraguas para cubrirse. Todos corrieron a guarecerse a los coches. Todos menos Tina, que permaneció abrazada a mi cuello y susurrando me dijo:

—¡Estas guapísimo! He metido las llaves que me pediste en el bolsillo de tu cazadora. Creo que nos están espiando. Gira noventa grados a tu derecha, sin soltarme, y mira al aparcamiento.

Fingimos seguir abrazados por la emoción del encuentro. Cuando ella creyó que ya había girado lo suficiente, me paró y, entre risas, me dijo:

—Es un coche negro. ¿Lo ves?

—Sí, lo veo —le contesté, cambiando la posición, tratando de confundir a aquellos que nos espiaban.

—Están fotografiando a todos los que hemos venido a recibirte.

—Lo sé —respondí sonriendo, a la vez que le hacía un guiño.

Por su mirada, noté que la había sorprendido y me preguntó:

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el principio. Ya los había visto nada más salir. Creo que es el sargento Gamboa y otro. ¿Dónde está tu coche?

—Al otro lado. ¿Por qué?

—Corramos o nos pondremos como una sopa.

Mientras íbamos hacia su coche, observé las caras de alegría y emoción que tenían todos los que habían venido a recibirme. Todos, con las ventanillas bajadas, nos vitoreaban y animaban a correr. Cuando llegamos al coche, para mi sorpresa, Charles estaba sentado al volante. Decidí que su presencia no fuera un contratiempo en mis planes. Fui directamente al asiento de atrás y, una vez todos dentro, le pedí a Tina que condujera.

Ambos me miraron con sorpresa. Charles me requirió que le diese una explicación:

—¿Por qué no puedo hacerlo yo? Sé conducir perfectamente.

—Es posible, pero hoy no. Ahora quiero que conduzca ella —y mientras intercalaban sus asientos, le dije a Tina—: rápido, sitúa el coche delante del vehículo del *paparazzi* antes de que reaccionen.

Así lo hizo Tina Coín. Paró delante del coche negro impidiéndoles la posible huida. Todo lo raudo que pude, salí del coche y abrí la puerta de atrás del otro vehículo, colándome dentro. Qué cosas tiene la vida. Con el chaparrón que había caído, las ventanillas del coche se habían empañado, impidiéndome detectar que no eran dos, sino tres, los ocupantes del vehículo. Yo pretendía sorprender a Gamboa y, en cambio, el sorprendido fui yo, es lo que se dice vulgarmente «ir por lana y salir trasquilado». Tras unos fugaces momentos de parálisis por el susto, decidí tomar la palabra:

—¡Buenos días, capitán! ¡Qué sorpresa!

—¡¿Cómo te atreves?! ¿Qué carajo haces aquí dentro, idiota? —inquirió el capitán Eliot, que había estado agazapado todo el tiempo y por eso no le vi.

—Nada, no hago nada. Les vi haciendo fotos y pensé en venir a saludarles y así facilitarles mejor su trabajo.

—Sal del coche ahora mismo o te descerrajo un tiro —me amenazó el capitán con el dedo índice de su mano izquierda mientras la otra se la llevaba con ímpetu a la sobaquera.

—No tema nada, voy desarmado y además estoy loco y, aunque los que son como yo a veces mentimos y engañamos, también es cierto que hilamos muy fino para sorprender y confundir a los que nos acechan. Les propongo un pacto de no agresión, un pacto mediante el cual no nos haremos daño. ¿Qué le parece?

—He de reconocer que los tienes bien puestos, pero eres carne de presidio, te pillaremos —dijo Gamboa una vez repuesto de su sorpresa.

—Sospecho que volveremos a vernos —dije con premura mientras abandonaba el coche, con más miedo que vergüenza.

Una vez fuera, resoplé al mismo tiempo que esbozaba una sonrisa picarona.

—¡Vámonos a toda leche de aquí, Tina!

—¿Adónde vamos?

—Llévame a Toledo, lo echo en falta.

—¿Qué ha pasado en el coche? Verdaderamente, creo que tu locura es apasionante —dijo Tina moviendo su cabeza y gritando—. ¡Yuhuuu!

Conforme avanzábamos, abrí la ventanilla e indiqué al resto de vehículos que nos siguieran. Miré a Charles y observé que Tina hacia lo mismo conmigo a través del espejo retrovisor.

Por fin, a lo lejos, pude ver la parte alta del Alcázar. ¿Qué tendrá Toledo —me pregunté— para que sintiera escalofríos solo con saber que pronto estaría allí?

Quizás fuese el enigma de sus malditas calles estrechas y empinadas lo que me había cautivado. Las recordaba empedradas, y sin poder evitarlo, a mi mente vinieron como si fueran olas que acuden a la orilla a descansar, imágenes de mi infancia. Plácidamente, mi espíritu voló a una zona del cerebro en donde encontré un remanso de paz que hasta ese momento no había tenido en mucho tiempo, los párpados se entornaron siendo incapaces de volver a levantarse y así evitar que entrara en un dulce sueño. Los recuerdos reflotaban al principio de manera tranquila, luego lo hicieron con virulencia, atropelladamente, circulaban representaciones vividas en la casa del callejón de los Muertos. Sentí sobre mi cuello un dogal que me ahogaba; de la punta tiraban Miguel y «*el Gocho*». Entonces desperté y vi como Charles, con sus manos, apretaba mi cuello. Lancé mi puño contra su cara, un frenazo brusco me devolvió a la realidad.

—¡Serás cabrón!, ¿pero qué te pasa? —oí como gritaba Charles con la mano en la nariz ensangrentada.

—¡Lo siento!, tuve una pesadilla. Creí que estaba despierto y que me querías ahogar —murmuré sin estar convencido de que mis explicaciones acallarían su ira.

—Empezaste a gritar y a gesticular, y Charles quiso calmarte, entonces le golpeaste —intervino Tina nerviosa y asustada.

El vehículo en donde venía mamá Vega, Berto y Manuela paró en el arcén detrás de nosotros. Berto se acercó a ver qué ocurría y mostró su asombro al ver sangrar a Charles.

—¿Estás bien? —preguntó Berto.

—No. No lo estoy —respondió Charles furibundo.

—Déjalo estar, Berto, he sido yo. Luego te cuento lo que ha ocurrido —miré a Tina y le dije—: Vámonos, tengo ganas de llegar a Toledo.

—Seguidnos, hemos reservado una mesa para comer con tu padre y con Isabella —intervino Berto.

Así lo hicimos. Cruzamos la avenida Barber, a la derecha quedaba santa Teresa, al fondo podía ver la Fábrica de Armas y el barrio donde nací y me crie. Las casas eran bajas y encaladas, eran la peculiaridad común en todas ellas. Avanzamos por la avenida de la Reconquista y allí, en el mismo lugar que dieron muerte al capitán Jesús Esteras, estaba aparcado el coche de Gamboa. No había nadie en el interior por lo que supuse que estarían acechando los alrededores de mi piso. Pensé que Berto pararía allí, pero para mi regocijo continuó hacia adelante. Seguimos por la carretera que iba a la estación. Pasado el puente de Azarquiel, tomamos hacia el paseo de la Rosa, siguiendo la ribera del río. La calzada no estaba asfaltada, era un camino pedregoso y polvoriento. Charles iba en silencio, con un pañuelo sobre la nariz, taponando la posible hemorragia. Tina Coín, de vez en cuando, comentaba la vuelta que estábamos dando:

—Berto sabe lo que se hace, trata de dar esquinazo a algún posible perseguidor. Ya lo conocerás, su lema es la seguridad —apunté, pues creí necesario infundir tranquilidad.

—Está bien, de todas formas, no sé por qué refunfuño tanto si ni siquiera sé adónde nos dirigimos —respondió Tina de manera animosa y dejando ver claramente su lealtad—. Pero este camino de cabras me pone nerviosa.

Abandonamos el paseo de la Rosa, dejando a la izquierda el fastuoso castillo de San Servando y atravesamos por el puente de Alcántara, aún solemne, pese a haber sido construido en época de los romanos, para descolgarnos hacia la ronda de Juanelo por la cuesta de los Doce Cantos. Allí paró Berto y nosotros detrás. Cuando bajé, observé el coche de mi padre, de él se bajó Pedro Hermoso solemnemente vestido con traje negro y sombrero de fieltro. Ambos sentimos emoción al vernos y así lo hicimos comprender a los demás al abrazarnos.

—Bienvenido, joven Doménico —me dijo.

—Yo también me alegro de verte —respondí, sujetándolo por los brazos y abrazándolo de nuevo.

—Dejad los besos para después y subir al coche con Pedro, él os llevará —zanjó Berto.

Tanto mi madre como Manuela eran conocedoras del plan y rápidamente actuaron ocultándose en el interior del coche, no así nosotros. Fue Charles el que se pronunció sobre el error en el cálculo de logística:

—Creo que no has contado bien —le dijo a Berto con sarcasmo.

—Sí he contado bien. Tú no formabas parte del plan. No recuerdo haberte invitado a esta fiesta —le respondió Berto.

Charles, al oírlo frunció el ceño, miró a Tina y esta atajó:

—Te dije que no era necesario que me acompañaras.

—Montad en el coche en el que habéis venido y seguidme rápido. ¡Vámonos! —concluyó Berto con energía.

Y así lo hicimos todos. Ellos fueron ronda de Juanelo abajo y nosotros, después de un caracoleo por la zona, llegamos a la cuesta de los Capuchinos y allí, frente al Alcázar, aparcó Pedro Hermoso. Continuamos andando hasta el callejón de Lucio.

—Es aquí —dijo Pedro, parándose delante de un restaurante que anunciaba preparar los mejores asados de Castilla. Una puerta antigua de medio punto y de dos hojas nos flanqueaba el paso hacia el interior. Presentaba cuatro cuarterones, tallados en madera los blasones, de lo que se debía suponer era la heráldica de la familia propietaria—. Llamad.

Fui yo el que golpeó con los nudillos en la puerta. Al rato se escuchó el chasquido del correr torpe, sobre unas guías oxidadas, de un ventanuco que se había dispuesto en corredera en la parte superior de una de las hojas. Detrás de la hornacina aparecieron unos ojos negros vidriosos. Las arrugas que presentaba el marco de su cara, aparentaban ser de un hombre mayor, de los de «*rompe y rasga*», si se me permite la ligereza lingüística.

Al verlo, no pude por menos recordar mi época de guía turístico narrando, cómo siglos atrás, en la época preislámica, el emir de la ciudad celebró una fiesta que pretendía durase hasta el alba, e invitó a ella a la nobleza de la ciudad. Durante el banquete ordenó degollarlos a todos y

echar sus cabezas a un foso que había preparado al efecto, según yo contaba una y otra vez a aquellos que me seguían. Desde entonces a ese acto se le conoce como la «*Jornada del Foso*». La fantasía popular lo elevó a la categoría de leyenda, naciendo de ella el dicho «*Pasar una Noche Toledana*», como sinónimo de estar en vela o en vigilia nocturna. Es probable que el rostro tenebroso de aquellos que lograron salvarse, huyendo despavoridos de las cimitarras de las huestes del emir, coincidiera con el del guardián del restaurante.

—Abre, Samael, somos la familia de Salvatore —pidió Pedro Hermoso, acercando su cara al ventanuco para que nos abriera.

Volvimos a oír rechinar la portezuela al correr sobres las guías herrumbrosas. Un ruido seco dejó el ventanuco cerrado y perfectamente camuflado desde el exterior.

Al momento se abrió la puerta y, escondido tras de ella, quedó Samael. Fui el último en entrar, los demás avanzaron hacia el interior del restaurante. A mí la curiosidad me pudo y quise ver cómo era de cuerpo entero aquel hombre. Así que, cuando se cerró la puerta, me volví y me quedé contemplándole. De más altura que yo, fornido, de su cuerpo colgaban dos grandes brazos musculosos y, de ellos, unas manos tan enormes como palas de pelota. La tenue luz de unos alambiques antiguos, sobre las paredes, permitía ver una cicatriz que le recorría todo el mentón.

—Te estás preguntando cómo quedó la persona que me la hizo, ¿cierto? —me dijo acompañado de una enorme carcajada.

—No —respondí—, me preguntaba quién había tenido pelotas de hacértela.

Estiró el brazo derecho hacia mí. De él salió la pala que tenía por mano y estrechó la mía. No necesitó apretar demasiado para mostrarme su fuerza; era ruda, basta, áspera, encallada. Estaba seguro que Samael las había curtido a lo largo de su vida en mil y una batallas.

—Soy Doménico, me alegra saludarte.

No terminé de hablar cuando un potrillo locuelo me tomó por su madre o algo así y se subió en mis lomos.

—¡Arre, arre!, caballito.

Con delicadeza la aparté de mi espalda, y lo que me encontré no era la niña pecosa que yo recordaba, refugiada en unos grandes lentes con pantalones piratas a juego con unas bambas de la marca cadena. Lo que tenía ante mí era una hermosa mujer vestida elegantemente, con unos zapatos de tacón de aguja.

—¿Quién eres? —pregunté fingiendo no conocerla.

—Antes era tu pequeña hermana Isabella Chiabrera.

—¿Antes? ¿Y ahora quién eres? —le dije siguiendo su juego.

Se acercó todo lo que pudo para que Samael no la oyera y, en susurros, me dijo:

—Ahora soy Isabel… Isabel Herranz Charmes. Hija del pecado entre Giovanni, mi padre, y Manuela.

Quedé confuso con la declaración que me había hecho Isabella a hurtadillas, en presencia de Samael.

Mis ojos se quedaron encriptados en el escote del vestido color vino que salpicaba su tez pálida, dándole una imagen de inocencia. Pude sentir su cálido aliento mientras me susurraba su nuevo nombre, su profesión y cargo. Como si fuera una pócima el olor de su piel, combinado con el del perfume pulverizado en sus desnudos brazos y cuello, me subyugó y embriagó, apareciendo repentinamente las imágenes de la película de mis recuerdos con ella, como si tuviera urgencia de inventariar todos esos momentos. Debí ausentarme y fueron sus palabras las que me liberaron de su embrujo:

—¡Te quiero! ¡Despierta! —me dijo abrigando mis manos entre las suyas—. No temas nada, ahora seré yo quién te proteja.

Entonces, Samael, el hombre cuyo rostro impregnaba de temor a aquellos que se atrevían a mirarle fijamente, intervino:

—Señores, pasen al interior, el cordero se enfriará.

Le miré sorprendido. Bajo ese rostro feroz, aprecié una sonrisa tierna. Su gran nariz gruesa y achatada, por lo múltiples golpes recibidos a lo largo de su vida, dejó paso a una imagen amable. Cogidos de la mano, pasamos a un salón principal, vacío. A su lado había otro más pequeño de donde provenían ruidos propios de gentes que hablaban y reían en buena armonía. Allí, en una mesa larga con sillas a ambos lados, estaban esperando, en

animada charla, mi padre y el doctor Otaola. Frente a ellos se habían dispuesto Pedro Hermoso y un señor al cual yo no conocía y, a continuación, mamá Vega y Manuela. Por los espacios libres que había, entendí que faltaba gente por llegar y también que la distribución se había hecho pensando en que las mujeres estarían a un lado y los hombres al otro.

Quise mantener mis pensamientos en lo más recóndito de mi cerebro y anular en lo posible mi bajada de ánimo por la ausencia de María.

Abracé, como no podía ser de otra manera, a mi padre y también hice lo propio con el doctor y saludé al hombre desconocido:

—Ven, Doménico, quiero presentarte a un gran amigo de la familia —me dijo mi padre—. Es, Zenón Cogolludo Vizcaray, diputado nacional por el partido socialista.

—Señor, es un placer —le dije—. Considéreme a su disposición; los amigos de mi familia son mis amigos.

—Así lo haré joven, Doménico, y espero no defraudarte si alguna vez me necesitas. Los lazos que me unen a tu padre y al doctor, los hago extensibles hacia ti. Por circunstancias que no vienen a cuento, hubo un día en que mi familia sanguínea me abandonó y, en cambio, personas a las que no conocía, me abrieron su corazón y me salvaron la vida.

—Como bien dices, no viene al caso hablar de ello, al menos no hoy —intervino mi padre frotando su espalda como símbolo de hermandad.

No dio tiempo a más; dejé su mano suave y blanda, y tomé una copa de vino y brindamos.

Como si fuera el guardián del averno, Samael permanecía en pie, quieto junto a las bizarras cortinas que separaban el salón de la puerta. Una pequeña rendija entre ellas, permitiría la llegada del sonido de aquel que aporreara la puerta para llamar su atención y así poder entrar.

Los allí presentes dábamos con gusto a los entrantes y levantábamos las copas en señal de alegría por mi vuelta. En un descuido conseguí hablar a solas con mi padre, le pregunté el porqué de tanto misterio y si era necesario haberlo alquilado solo para nosotros.

—Hoy es un día especial para ti y para todos los que te queremos. Es tu fiesta; tu madre me pidió que lo organizara sin ruidos, sin extraños —

murmuró en susurros para que nadie nos oyera; para terminar, alentándome con unas palmadas en la espalda, me dijo—: no te preocupes, vendrá.

Tal y como lo hubiera predicho el mejor druida, cuando se descorrieron las cortinas, salidos de la nada, aparecieron Berto, Anna y María. Mi bella y amada gitana de ojos melados se presentaba ante los míos después de más de dos largos meses sin verla. Un halo imaginario se iluminaba sobre su cabeza, proyectando un aura radiante. Tan hermosa estaba que hasta Samael, detrás de ella, parecía un adonis.

Dejé a Salvatore hablando solo y me fui hacia ella atraído por la fuerza y energía que solo el amor es capaz de otorgar a los que están enamorados. María hizo lo propio y, nerviosa, vino a mi encuentro. Nos besamos despacio, nos rozamos la piel de los labios húmedos y volvimos a besarnos sin tapujos, hasta que alguien dijo:

—Venga, tortolitos, que ya tendréis tiempo.

Sonreímos y nos miramos, y vi en su mirada ausencia de luz. Era una mirada sin brillo, apagada, triste. No me pasó desapercibida la cara que puso Anna, ni tampoco la de mamá Vega. Entendí que en el poco tiempo que había transcurrido desde el viaje a Mijares, se había producido una ruptura en los afectos entre mi madre y la que sería mi esposa, y que, en medio de esa vorágine de desafectos, se encontraba Anna.

Quise sentarme junto a ella, pero ya habían dispuesto por mí. Yo ocuparía el centro de atención de todos los presentes. Después de dar debida cuenta de los lechales que nos sirvieron, en un ambiente festivo y en donde las heridas no restañadas quedaron por un momento aparcadas, pasamos a los cafés y a las copas. Pedí un puro farias y un carajillo de Terry. Llegado a este punto, el diputado nacional por el PSOE, Zenón Cogolludo, se disculpó, y decidió que había llegado el momento de marcharse. Quedamos en vernos. Me hizo entrega de su tarjeta y le prometí que, si le necesitaba, no dudaría en contactar con él.

—¿Quién es? —requerí información a mi padre una vez que le vi cruzar las cortinas que tan celosamente custodiaba Samael.

—Es un homosexual que fue perseguido durante la Dictadura.

—¿Perseguido? ¿Por qué? —volví a preguntar.

—Por las leyes franquistas que consideraban la homosexualidad como una enfermedad mental. Le fue aplicada la Ley sobre Peligrosidad y Rehabilitación Social, que vino a modificar, a peor, la promulgada años atrás, la temida Ley de Vagos y Maleantes y de Peligrosidad. Fue recluido en el penal de Ocaña; allí le conoció el doctor Otaola y, antes de que lo enviaran al penal de Badajoz, pues era pasivo en su conducta sexual, conseguimos traerlo a nuestro centro con la excusa de curarle de tan grave enfermedad.

—¿Enfermedad? ¿Qué enfermedad es esa por la que se castiga a una persona a tan alta pena? —repregunté contrariado por aquellas malditas leyes—. ¿Acaso el amor es pecado?

—Fíjate, Doménico, su enfermedad consistía en amar a un hombre. ¡Bendita enfermedad! —dijo el doctor Otaola—. ¡Ojalá todos los seres humanos la padeciéramos! —exclamó.

—¿A qué enfermedad te refieres? —intervino mi madre, uniéndose a la conversación, consiguiendo que todos los presentes dejaran sus conversaciones privadas y prestaran atención a su pregunta.

—A la enfermedad del amor sin límites, sin barreras —le respondió.

—Sí, pero el diputado, ¿era soplador o mordedor? —intervino jocosamente Pedro Hermoso.

—Y qué importa si muerde almohada o sopla oreja. Tu burla me parece impertinente y no propia de alguien de tu nivel —le atizó Anna muy molesta—. Estoy totalmente de acuerdo con lo expresado por el doctor Otaola, lo importante es el amor entre personas, sin distinguir el género.

—¿Y tú qué opinas, María? —le preguntó mamá Vega, mirándola de forma inquisitiva, solícita de una respuesta sobre lo que se estaba hablando.

María se sintió incomoda, diría que avergonzada por algo que se me escapaba a entender en ese momento. El ambiente formado por la ventisca de humos de los distintos tabacos que fumábamos, por momentos se enrareció y pareció poder cortarse o explotar por algo no previsto. Isabella miró a mamá Vega y antes de que María, cabizbaja, pudiera expresar su opinión, sentenció:

—Creo que no nos hemos reunido para juzgar los actos del señor diputado. Zenón Cogolludo Vizcaray es una gran persona y un hombre leal.

Por tanto, huelgan los comentarios sobre su orientación sexual. Ninguno de los presentes estamos libre de culpa alguna que nos permita censurar o aprobar los actos humanos de nadie.

Nunca antes la había oído hablar así. Es cierto que siempre la tomé por una niña, ahora era una mujer con voz y autoridad. Cuando calló, todos enmudecimos, probablemente contrariados por la llamada de atención al comportamiento infame hacia uno de los nuestros.

Cada cual se refugió en sus contriciones; yo aproveché para darme cuenta que ya nada era igual a cuando entré en el presidio y posteriormente trasladado al centro psiquiátrico. Por momentos me pareció estar fuera de juego. Podría enumerar a cada uno de los presentes, pero no quise pararme en ello. Mantuve mi cabeza erguida con la mirada puesta en el farias que se consumía entre mis dedos. Con el rabillo del ojo les observaba. Todos habían dejado la vista huir hacia ese lugar perdido a donde la vergüenza te arrastra. Todos huyeron con el rostro y la mirada; todos menos ella que tuvo el valor de mantener el semblante severo y adusto. La encontré en el camino de vuelta a la inspección soterrada que acababa de hacer. El acero de sus ojos me dejó confuso. Levanté las palmas de mis manos con los dedos separados y cerré los ojos por un instante. Cuando los abrí y busqué los suyos, la encontré magnánima, cautivadora. Me sonrió. Después, las cobardes vergüenzas que se despertaron en nosotros fueron desapareciendo y nos atrevimos a mirarnos, sin grandes aspavientos. La conversación volvió a hacerse un hueco entre los presentes.

—¿Qué planes tienes, Doménico? —abrió el fuego Berto.

—Os los iré contando llegado el momento. Ahora necesito encontrarme conmigo.

—Salvatore, creo que el niño necesita descansar —dijo mamá Vega, levantándose y, con ella, Manuela.

—Sí, creo que ha llegado la hora de ir terminando —respondió mi padre.

Todos se levantaron menos Isabella y él, por lo que deduje que la fiesta para mí no había terminado. Otra vez, una más, mi padre se me adelantaba en la organización de mis movimientos. Me despedí de todos.

—¿Vendrás a cenar a casa? —me arrulló María, mordiéndome en el labio.

—Sí, claro. ¿Con quién iba a hacerlo si no? —le hablé al mismo tiempo que le devolvía sus mordiscos y arrumacos. La dejé marchar dándole una palmada cariñosa en el trasero; se volvió y me tiró un beso.

—No tardes, mi niño —me dijo.

De los demás ya me había despedido. Salvatore dio órdenes a unos y a otros, para todos tuvo. No pude evitar sonreír al recordarme la figura de don Vito Corleone en la película El Padrino.

—¡Samael! —llamó mi padre al fiero guardián.

—Dígame, Salvatore —respondió todo sumiso.

—Que se vayan todos. Trae agua y mira si necesitan algo, por favor —le dijo señalando hacia nosotros.

Samael se retiró a cumplir con sus obligaciones. Miré a Isabella y no pude evitar decirle lo bella que estaba. Esperé a que mi padre hablara pues había sido él quién había organizado la reunión. Entonces oí un tintineo de tacones, muy conocido, proveniente de detrás de las cortinas.

—Ya estamos todos —dijo mi padre. Anna Alcaraz se sentó al lado de Isabella y yo junto a él. Volvió Samael con las bebidas y unos frutos secos. También con un plato de aceitunas verdes, sabrosísimas, aliñadas con hinojo y tomillo.

—He sabido que la Guardia Civil te estaba esperando y que has cometido una imprudente tontería —apuntó Isabella.

Fruncí el entrecejo, la miré, y ya no vi a la niña pequeña y risueña. En su lugar estaba la misma que momentos antes nos había puesto firmes a todos.

—¡Qué cojones estás diciendo, Isabella! ¿Cómo te atreves a decirme lo que está bien o está mal? —objeté un poco airado.

—Se atreve porque junto a Zenón Cogolludo, es quien te ha conseguido el indulto —ahora fue Anna la que intervino.

—¿Tú? —protesté mirando a Isabella—. ¡No me jodas, Anna! ¿Y de dónde ha sacado ese poder?

De nuevo todos callamos, me extrañó que mi padre no hubiera abierto aún la boca y se mantuviera más pendiente de que Samael terminara y se

alejara que de la conversación que ya subía en decibelios.

—¿Recuerdas el fin de semana en Mijares? —me preguntó Anna. Asentí—. ¿Recuerdas que presenté un escrito al capitán de la Guardia Civil en Casavieja, mediante el cual se te concedió permiso para abandonar el centro?

—Gracias, Anna —la interrumpió Isabella—. Creo que es mejor se lo cuente yo.

—Desde mi nueva posición, si conseguimos mantener mi anonimato y borrar toda huella que me relacione con La Hermandad, podré ser un pilar importante en la lucha contra aquellos que nos persiguen. Mi nombre, como te dije, es Isabel no Isabella —hizo una pausa.

Debió notar mi cara de asombro y me preguntó si la seguía. Tragué saliva y bebí agua.

—Sí. Por supuesto, continúa —protesté tímidamente.

—Como te decía, mi padre, Giovanni Chiabrera, cuando conoció a mi madre, estaba casado en su país; al no existir el divorcio en Italia tuvieron que mantener la relación de forma oculta. Del fornicio entre ambos nací yo. Me bautizaron con el nombre de Isabel y adopté los apellidos de soltera de mi madre, Herranz Charmes. Y así es como me debes tratar en público. Cosa distinta es en privado. Soy la juez de Instituciones Penitenciarias de Toledo. El señor Zenón Cogolludo pertenece a la Comisión Nacional de Justicia.

—Nunca hubiera imaginado que fueses, entre bambalinas, la mano que mece la cuna —le respondí, ofreciéndole las más dulce de las sonrisas, como muestra de mi gratitud.

—Hay algo más —intervino mi padre—. Según Zenón Cogolludo, el asunto de tu indulto se aceleró de repente. Cree que hay alguien, dentro del Ministerio de Justicia, interesado en que se te conceda la libertad.

—No atino a entender lo que me quieres decir —respondí sorprendido ante lo que acababa de oír.

—Vivimos momentos convulsos. La nueva democracia en España aún no está consolidada. Hay grupos terroristas que, por distintas causas, intentan echar al garete todo lo conseguido. La transición entre la dictadura y la monarquía parlamentaria tiene enemigos muy interesados en que

fracase todo el proceso. Me temo que detrás de los grupos de extrema derecha hay miembros que, en su día, pertenecieron a La Hermandad.

—Un momento, si no recuerdo mal, yo entregué a don Giovanni toda la documentación que encontró mamá Vega para que negociara con La Hermandad y dejaran de perseguirme. A raíz de aquello me contaron, tanto Luis Alfonso como don Giovanni, que la misma se extinguiría, pues la finalidad para la que se fundó ya no tenía sentido.

—Y así debía ser. En aquellos legajos que yo puse a vuestro alcance, se describía paso a paso cómo nació y quiénes fueron sus principales activistas —matizó mi padre.

Al instante me entraron sus palabras como cristales rotos por el tubo digestivo. No pude contenerme y pudo más la rabia que la sensatez.

—¿Cómo pudiste ser tan mezquino al utilizarnos de forma tan torticera? ¿Acaso tu relación con don Giovanni te impedía dárselos en mano? Nos pusiste en peligro, ¡lo sabes! Y no me cabreo tanto por mí sino por mi madre, tu mujer. ¡Joder! —mi tono de voz pasó de ponderado a furibundo.

—¿Por qué no te calmas? —intervino Isabella—. Si tu padre y el mío decidieron hacerlo así, sus razones tendrían. No estamos aquí para repasar tus cuentas pendientes. Estamos organizando el futuro de muchas personas. Se supone que serás el líder y un líder debe saber escuchar, perdonar y actuar de la mejor forma para el grupo, posponiendo, a un segundo plano, sus intereses.

—De acuerdo. Ha sido un arrebato quizás desproporcionado en la forma, pero no en el fondo, —dije yo.

—Al darte esos documentos sabíamos que La Hermandad te dejaría tranquilo y así fue, pero desaparecieron. De una forma u otra todos los que estuvieron al tanto murieron. Todos menos tú y yo —insistió mi padre sobre las aclaraciones, sosegadamente, obviando mi salida de tono.

Estaba tan confundido que las explicaciones de mi padre arañaban en mi pasado, desgarrando mis recuerdos e intentando encontrar algo de luz a lo que allí se dilucidaba en esos momentos. Me pregunté, compungido, si no me habría excedido en mi ataque verbal. Anna hizo ademán de abrir la boca para, supuse yo, continuar el intento de convencerme o aclararme la situación. Levanté mi mano en ademán de pedirle que guardara silencio.

—Por eso vinieron a por mí en Mijares —pensé en voz alta.

—¿Cómo dices? —inquirió Isabella, haciendo un ademán a Samael para que se retirara hacia la puerta, probablemente para que permaneciera en vigilancia.

—Sí —repuse—. Alguien muy importante que en su día estuvo en La Hermandad, y no quiere que pueda incriminarle, sospecha que yo sé quién es o, enrevesadamente, cree que tengo documentación en mi poder. Lo que no alcanzo a entender es qué buscaban en mi habitación cuando agredieron a María.

—Desde aquel día no he parado de pensar en ello. Después de analizarlo minuciosamente llegué a la conclusión que buscaban algo con qué imputarte y hacerte chantaje —apuntó Salvatore.

—Tu teoría no es descabellada. De ser cierta, hemos dejado cabos sueltos, pues según el informe que me pasaste todos los que pudieron participar, murieron —dijo Isabella.

—Todos, no —atajó mi padre.

—Si sospechas de él, ¿por qué continúa con vida?, o como mal menor, ¿por qué no le habéis interrogado? —pregunté yo.

—Esperad, padre e hijo vais muy deprisa y me estoy perdiendo —intervino Anna con apreciada curiosidad, encontrando en la mirada de Isabella una complicidad leal, entre intrigada y animada.

—Continúa tú —le dije a mi padre.

Parpadeó con la misma alegría que un niño al que le entregan su mejor regalo y nos miró. Antes de hablar se irguió y me entregó una sonrisa de orgullo y satisfacción.

—Sospechamos de Charles —hizo una pequeña pausa; carraspeó. Quizás intentaba poner en orden las dudas por las que Charles era sujeto de su desconfianza y también de la mía. Los tres le miramos en espera de sus conclusiones. Anna Alcaraz, conociéndole, quizás mejor que nosotros, le dijo:

—Salvatore, ¿y si estás equivocado? Aprecio por tu silencio que no estás seguro de tus conclusiones, aun así, nos gustaría oírlas y juntos tomar una decisión.

—Gracias, Anna. Si tengo alguna duda es porque su padre fue un buen camarada y no alcanzo a entender su fuga al otro lado.

—¿Crees que la presencia de la Guardia Civil esta mañana, en el aparcamiento del centro psiquiátrico, fue porque él dio el soplo? —intervine yo.

—No creo. Los motivos de su aparición serian otros. Si estaban allí lo sabrían por conductos legales, no tenían necesidad de ningún delator. Una simple llamada a mi juzgado les aporta cuantos datos necesiten. Y ahora, por favor, dejad que Salvatore nos explique las razones por las que recela de Charles y, como bien ha dicho Anna, entre todos sopesaremos si existen dudas razonables para desconfiar o para olvidar el asunto —zanjó Isabella.

—No estoy seguro de si la razón me acompaña. Tampoco creo necesario, ni prudente, alargar las cavilaciones. Así que iré al grano. Probablemente, sus órdenes eran dejar que Carvallo y Gutiérrez acabaran con Doménico en lo alto de la montaña. Su arrojo y valentía, dando muerte a uno de ellos, dio al traste con sus planes y le hizo reaccionar para no ser delatado por Nicolás el *Madreperla*, disparando al otro. Después te pidió, —dijo señalándome— la pistola que quitaste a Carvallo, pero no contaba con que *Madreperla* te echaría un paño para que limpiaras tus huellas del arma.

—Quiero recordar que Charles dijo que no perdiéramos tiempo, que él se encargaría de ello —repuse.

—Así que se quedó sin ninguna prueba consistente con la que se pudiera probar tu participación en la muerte de los dos —ahora intervino Isabella.

—Eso es —afirmó mi padre, para continuar diciendo—: tras la revisión de los cadáveres y comprobar que Doménico dio muerte a Gutiérrez con un cuchillo de corte especial, urdió un nuevo plan. Sabía que María estaba sola y pensó que, una vez en el hostal, ya no lo llevarías contigo y que lo habrías dejado escondido en la habitación. Así que decidió suministrarle un fuerte somnífero. La mala suerte para ella es que no le hizo el efecto deseado con la suficiente rapidez y la golpearon. En la creencia de que la habían matado y el temor por ser descubiertos, les hizo abandonar la escena deprisa y corriendo.

—Disculpa, Salvatore —interrumpió Anna—. Si aceptamos todas tus conjeturas, me quedan muchas dudas en el aire. Quiero decir que, tras el asesinato fallido, tanto de Doménico como del nuestro en Candeleda, ocurrieron muchas cosas para que fueran orquestadas únicamente por Charles.

—Tanto Pedro Hermoso como yo, llegamos a la conclusión de que entre los huéspedes había alguien interesado en darnos caza. Ese alguien era el contacto de Charles en la zona.

—Pero esa duda es fácil de resolver, máxime teniendo a Tina controlando las fichas del hostal —advertí yo.

En verdad que los cuatros estábamos expectantes de cuanto allí se dilucidaba. Cualquier opinión era escuchada con el máximo respeto y tenida en cuenta, pues todos remábamos en la misma dirección. Hasta Samael participaba y, aunque no interviniera con la palabra, sí lo hacía con el asunto de la intendencia. En su posición de guardián, cuando se apercibía de que teníamos necesidad de algo, antes de que lo pidiéramos, él ya había resulto la situación. Traía agua o llenaba las copas del buen vino que se produce en las bodegas manchegas. Incluso estuvo atento para llamar mi atención cuando me vio encender un cigarrillo, después de haber dejado a medias el puro farias.

—Creí que no fumabas —me apuntó.

—Y acertaste, pero hoy es un día especial para mí.

Enseguida retomamos el asunto que con tanta gravedad estábamos tratando. Fue Anna la que respondió a mi pregunta.

—Las fichas de huéspedes no solo las revisó Tina, sin encontrar nada que echarnos a la boca, sino que días después se las requirió el sargento Gamboa y hubo de acercárselas al cuartel de Casavieja.

—Volviendo a la duda que plantea Anna —tomó mi padre de nuevo la palabra—, pensamos que Charles no actuó solo y que aquellos, de los que recibía órdenes estaban en Mijares aquel fin de semana. Estaban bien organizados, por eso es fácil pensar que entre lo que ocurrió en Mijares y en Candeleda, había una conexión. El que hoy estemos aquí para contarlo es más producto de la suerte que de otra cosa.

—Ya. Si mal no te he entendido —dijo Isabella— confabularon un plan por el cual, de alguna forma, conseguirían que tú te dejaras ver por allí —señaló a mi padre. Que asintió, orgulloso de su otra niña—. ¡Claro! El plan era acabar con Doménico y eso haría que tuvieras que abandonar tu anonimato. Urdieron una estrategia con la connivencia necesaria de Charles; de esa forma, en un solo acto, darían un golpe mortal al grupo —concluyó Isabella.

—Así es como yo lo veo. Charles recibía la información, de forma fácil, de Tina. Una vez que supo a través de ella que iríamos a Candeleda, informó de los hechos, orquestándose la cacería en el restaurante de la gasolinera. Los presuntos cazadores estaban en espera de recibir la orden de actuar y el lugar en donde nos darían muerte. Para confirmar nuestra visita, Charles llamó a Julio Amaro hasta dos veces, interesándose por mi presencia —aseveró Anna.

—Es por lo que no ha venido a comer con nosotros y, antes de actuar, quería vuestra opinión. La presencia de su padre en mis recuerdos me exigía que fuera más moderado y no dejara que la sangre nublara mi razón.

—Si creen que gozan de un poder omnímodo que les permita burlar las leyes y dar justicia a su capricho, es que no se han enterado de que España ha cambiado para su mal —sentenció Isabella, a la que solo le faltó dar con el mazo sobre la mesa; aun así, su genio no le impidió poner su pequeño puño, de piel suave y nívea, sobre la palma de su otra mano, golpeándola.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

Juego de espías

«Hay un cierto placer en la locura que solo el loco conoce».

Pablo Neruda

Lo que no sabía Doménico, ni ningún miembro de la Orden de los Desamparados, es que su libertad se había agilizado gracias a los informes del sargento César Gamboa.

La vida es un cúmulo de acontecimientos aparecidos casualmente, pero de cualquier modo encadenados y solo falta alguien decidido a engarzarlos unos con otros. Cuando Valle Cieza prestó atención a las palabras inconexas dichas por su amado Silvestre, en su vuelta del más allá, nunca pudo imaginar que eran el punto de origen de una investigación llevada a cabo por un grupo de hombres prestos a terminar con el terrorismo que amenazaba a España en esos momentos.

Gamboa, al recibir el mensaje sin sentido que le transmitió el hijo de Silvestre Trebujillo, sintió una fuerte descarga que hizo que sus neuronas se alertaran y, rápidamente, encontrara una conexión con el nombre de Doménico.

Abandonó el hospital como alma que lleva el diablo. Les habían acondicionado un despacho en los sótanos de la calle Santa Fe. Bajó los escalones de dos en dos y arreció la marcha, saltándolos de tres en tres. Sin resuello llegó a su mesa y cogió el teléfono; mientras marcaba, el capitán Eliot le miró y le preguntó qué pasaba. Gamboa le hizo un gesto con la mano indicándole que después se lo contaría.

—Casa cuartel de Casavieja, ¿dígame? —oyó decir.

—Soy el sargento Gamboa, busque inmediatamente a Juárez. No cuelgue, le espero.

Pasados unos minutos sonó la voz familiar de su ayudante.

—A sus órdenes, mi sargento —le dijo Juárez.

—No comentes nada con nadie. Ve a la mesa de mi despacho y busca la carpeta de los incidentes de Mijares, junto a ella hay otra de color marrón. En la portada pone: Gasolinera de Candeleda. Cuando las tengas coge un coche y me las traes a Toledo. Te estaré esperando, en la plaza de Zocodover, en la cafetería que hace esquina con la calle Comercio.

—Aproximadamente en dos horas y media estaré allí, mi sargento.

Gamboa dejó caer el auricular y miró a Eliot que aguardaba expectante desde que lo vio bajar, descompuesto y sin aliento.

—Vengo del hospital, fui a ver a Silvestre Trebujillo. Salió del coma y habló de forma confusa. Su mujer pudo entender, de entre todo lo que dijo, el nombre de Doménico. Me dijo que lo repitió insistentemente —informó, atropelladamente, excitado, a su capitán.

Eliot se le quedó mirando; aunque era un hombre avispado, en ese momento no era capaz de seguir a Gamboa. Este lo comprendió por la expresión de los gestos que hacía, y se dirigió a la pared de enfrente. La habían empapelado con recortes de periódico, con fotografías de los más buscados. Habían creado un panel de visualización rápida en donde siguiendo a uno cualquiera de los allí expuestos, mediante flechas, se llegaba a la cabeza del líder de cada grupo. A vista de un neófito aquello era un galimatías, pero los dos lo entendían perfectamente. Todo nacía de La Hermandad, pero no tenían nombres que hicieran de nexo entre ella y los grupos fascistas a los que tenían que desarticular. Gamboa tomó un rotulador y escribió DOMÉNICO en el centro del panel. Lo rodeó con un círculo. Luego comenzó a tirar líneas de un lado a otro y a borrar algunas otras. Cuando terminó, sin volverse, con la mirada puesta en la pared y el rotulador en la boca, dijo:

—Lo tuvimos en nuestras manos.

—Claro, es el chico que interrogamos en Casavieja —asumió Eliot, convencido de que el descubrimiento que acaba de hacer Gamboa valía un Potosí.

—Sí. Él es la punta del iceberg. Es aquel al cual encerró Trebujillo.

Revisaron todo el expediente que les trajo Juárez. Anotaron en el panel todos los nombres que les resultaban sospechosos. Se informaron de la

condena por asesinato que cumplía Doménico Aspartana, de su reclusión en el centro psiquiátrico La Virgen de los Desamparados y de la petición de indulto.

Una vez hubieron deshilado, uno a uno, el entresijo de documentos y opiniones de aquellos días, comenzaron la ardua tarea de tejer un informe en el que quedaran meridianamente claras las conexiones de unos con los otros.

Por el conducto secreto establecido, se pusieron en contacto con sus superiores y les solicitaron una reunión urgente. No tardaron ni dos horas en recibir una llamada y asignarles un punto de encuentro en un lugar de Madrid. Para su sorpresa, el encuentro no fue en ninguna dependencia del estado, sino en la sede de un abogado conocido de la capital. Y, con el mejor argumento de una película de espías, fueron conducidos a una sala de espera. Pasados unos minutos, se abrió el panel de una puerta camuflada, apareciendo ante ellos el comandante Echenique:

—Buenas tardes, señores. Me alegra verlos. ¿Han comido? —les preguntó con exquisita amabilidad.

—No, señor —respondió Eliot.

—Lo celebro, así nos podrán acompañar mientras nos cuentan aquello que han descubierto —les dijo, señalando con el brazo hacia la mesa en donde se habían dispuesto unas bandejas con montaditos y sándwiches. No había ni una mala cerveza. Solo agua.

Sentado y comiendo estaba el orondo coronel Saavedra, persona de faz agradable, con barba blanca y ojos redondos. Les saludó con la mano y les conminó a que se acercaran a participar del ágape improvisado.

Una vez dieron cuenta de lo que allí les habían dispuesto, César Gamboa le entregó una copia a cada uno de ellos. Con avidez iniciaron su lectura; transcurridos unos minutos y sin haberlo leído del todo, el coronel descolgó el teléfono y ordenó a su interlocutor, con una frase breve, que se uniera. Seguidamente, dos hombres hicieron aparición en la sala. No habían terminado de franquear la entrada cuando el coronel les dijo:

—¡Traigan una pizarra!

Volvieron a salir por donde entraron y aparecieron con un atril del cual colgaban folios gigantes. Al colocarla frente a los presentes se les pudo ver

que iban armados. De la sobaquera sobresalía la culata de sus pistolas enfundadas. La presentación fue breve:

—Trabajarán en equipo con vosotros. Os proporcionarán toda la documentación y dinero que necesitéis para resolver cualquier problema. Son los capitanes Carreño y Almarcha, del Servicio Secreto. Ninguno de los cuatro estará al frente de la investigación. Únicamente recibirán órdenes del comandante Echenique o mías. Les repito que son un equipo y juegan para España, no para sus egos ni instituciones particulares. Tienen carta blanca. El gobierno les dará protección, pero en el hipotético caso de que les cojan y les interroguen estarán solos. El gobierno negará cualquier tipo de relación con el asunto. Si alguno tiene dudas, este es el momento de abandonar.

Los cuatro miraron al coronel y los cuatro asumieron la responsabilidad que se cernía sobre sus cabezas. Tan solo Eliot abrió sus labios para decir:

—¡Por España!

—¡Por España! —bramaron los seis al unísono.

Ni César Gamboa ni Eliot Roldán García de la Vega previeron la posible asistencia de más miembros a la reunión, así que hubo que hacer un pequeño receso para fotocopiar su informe. Una vez todos los miembros tuvieron los documentos en sus manos y los leyeron, el coronel ordenó a Gamboa que les explicara con detalle lo acontecido y cómo llegó a esas conclusiones.

—El informe que les hemos dado, es fruto de las investigaciones realizadas por el capitán y yo. Sin olvidarnos de los datos que nos aportó el comisario Trebujillo —inició sus explicaciones Gamboa—. Ha sido una investigación exhaustiva; hemos indagado hasta no dejar ningún cabo suelto. Entendemos que la redacción puede resultar prolija en algunos apartados, pero estimamos que es necesario por lo complejo del asunto. Como recordarán, hace unos meses, en una pequeña población de la provincia de Ávila, ocurrieron una serie de incidentes con resultado de muerte. Al principio no pensamos que tuvieran relación entre sí. Gracias a la pericia del comisario Silvestre Trebujillo, conseguimos llegar a la conclusión de que todos estaban vinculados con La Hermandad del Alcazar, siendo el nexo de unión un joven convicto, que en la actualidad cumple

condena en un centro psiquiátrico por homicidio. Existe en la mesa de algún miembro del ministerio del interior una petición de indulto. Entendemos que dicha petición se debe acelerar, pues todo lo que acontece en los grupos parapoliciales radia a su alrededor. Desconocemos el motivo por el que quieren eliminarlo, pero estamos seguros que una vez en libertad irán a por él. Nosotros estaremos al acecho, lo usaremos de señuelo. La situación creada nos reportará una posición ventajosa, les obligaremos a salir de la sombra. Permitiremos que el joven actúe con impunidad, para ello «*tocaremos*» a fiscales y a jueces. Iniciaremos una guerra de guerrillas y permitiremos que entre ellos se eliminen, protegiendo a nuestro hombre con el mismo celo que se protege a la reina en una partida de ajedrez.

—¿Se refiere a Doménico Aspartana Chamón? —Preguntó el coronel Saavedra.

—Sí, señor —repuso Eliot.

El coronel se les quedó mirando, y golpeó suavemente con su bolígrafo sobre la mesa. Guardó silencio y pasados unos largos segundos, preguntó:

—¿Sois conscientes de la barbaridad que estáis proponiendo?

—Sí, señor —respondieron al unísono ambos agentes. Levantando la testa con convencimiento de lo que acababan de plantear. La mirada al frente, sin titubeos.

—Si sale mal será el final para todos, incluso para el gobierno —dijo el coronel todo compungido. Golpeó con el puño sobre la mesa y preguntó—. ¿Estamos todos de acuerdo?

Todos comprendieron la gravedad de las propuestas del capitán Eliot y del sargento Gamboa. Ninguno opinó lo contrario, y su silencio lo interpretó el coronel Saavedra como un acto de sumisión a lo propuesto.

—Hagámoslo entonces. Echenique, tome nota. Y averigüe en la mesa de quién se encuentra la petición y apresúreles para que la despachen por vía de urgencia. Y ustedes, investiguen quién le concedió el permiso del fin de semana en Mijares al tal Doménico —dijo el coronel Saavedra.

—Ya lo hicimos, señor —intervino el capitán Eliot—. No lo hemos hecho constar en el informe por no considerarlo relevante.

Sacó una libreta pequeña, de bolsillo. Pasó unas páginas y se detuvo por donde tenía unos apuntes, que en la cabecera rezaba: INVESTIGADA, SIN

INTERÉS.

—Lo firmó la juez de instituciones penitenciarias, Isabel Herranz Charmes. No hemos apreciado conexiones con ningún grupo, está limpia. Tiene veintisiete años, soltera, con un expediente brillante. Es una de las jueces más jóvenes en alcanzar la judicatura —aseveró Eliot.

—Creemos, señor —tomó la iniciativa de nuevo César Gamboa—, que todo lo acontecido en Mijares fue un complot para eliminar al chico, pues es hijo de uno de los fundadores de La Hermandad y de los pocos disidentes que continúan vivos; me refiero a Salvatore Aspartana, al que se le dio por muerto en los años sesenta, en extrañas circunstancias, apareciendo más tarde. Amparándose en la Ley de Amnistía General, solicitó su amparo, regularizando su situación. No tenemos fotografías recientes de él ni sabemos dónde se encuentra. He de decir que lo tuvimos delante de nosotros y no recuerdo ningún aspecto interesante de su fisonomía; ni huellas. Su presencia se nos pasó por alto y no le tomamos declaración.

—¿Qué quiere decir, sargento? No le entiendo —preguntó el capitán Carreño, que hasta ahora, al igual que su compañero Almarcha, se había limitado a escuchar y a escribir cuanto les parecía sospechoso de tener en cuenta, escudriñando hasta el mínimo detalle o gesto que se produjera en la sala.

—Como podrán leer en el informe que tienen delante de sus narices —respondió Gamboa, con aires de no haberle gustado la interpelación—, Salvatore Aspartana también estuvo en Mijares ese fin de semana. Se presentó como padrino de la dueña del hostal y nos ayudó a buscar al asesino del joven Ezequiel. Sin su presencia, un guardia civil podría haber muerto. Reconozco que fue clave en las primeras investigaciones. Observé en él dotes de mando y liderazgo. Lo que le convierte en un hombre peligroso.

—Gracias, sargento. Y no se enfade, no es nada personal, simplemente es deformación profesional —dijo haciendo una mueca.

—El resto de detalles lo tienen bien explicado en el informe. Si tienen alguna pregunta, háganla —concluyó Gamboa contrariado, cruzando su mirada con la de los dos agentes del servicio secreto—. Con su permiso, señor, me gustaría ir al baño —dijo, mirando al coronel.

Mientras Gamboa estuvo ausente, ninguno de los presentes hizo comentario alguno. Sus últimas palabras debieron hacer mella pues todos se aplicaron a leer el informe que, con tanto esmero y dedicación, habían formulado el sargento César Gamboa y el capitán Eliot Roldán.

La parte no comentada por Gamboa, comenzaba por el atentado en la gasolinera de Candeleda…

Respecto del atentado de ese pueblo, los tres muertos no eran cazadores al uso. Fueron a cazar personas. Los tres tenían bagaje delictivo y se les asociaba con grupos neofascitas. Giuseppe Marco Cardinale, estaba en búsqueda y captura por el asunto de la Matanza de Atocha.

El propietario, Julio Amaro Becerra, perdió a su mujer. Él salvó la vida de milagro. Actualmente se encuentra en la UVI del hospital Virgen del Prado, en Talavera de la Reina. No se le ha podido pedir declaración. Exmiembro de Falange, participó en la liberación del Alcázar.

Pedro Hermoso, declaró estar de paso y encontrarse por casualidad en medio del tiroteo teniendo que actuar. Fue el que dio aviso a la Guardia Civil. Natural de Jaén, hijo del comandante Pedro Hermoso Encinas, quien también participó en la liberación. Sostenemos que su presencia no fue casual. Es militar en activo, en nuestras indagaciones no hemos sido capaces de saber a qué cuerpo pertenece. Es como si no existiera.

Tina Coín, dueña del hostal Barbacedo. Huérfana de guardia civil. Su padre fue encontrado muerto en Los Yébenes. La investigación realizada en su día no está muy clara. Se cerró rápidamente y se achacó a un disparo fortuito de unos cazadores furtivos. La conozco desde hace años y siento especial predilección hacia ella, por ser una de los nuestros. Está limpia.

Carlos Hortelano, alias «Charles». Huérfano. Su abuelo fue concejal por la CEDA y se refugió con su familia en el Alcázar. Durante el asedio, su padre confraternizó con Blas Piñar. Murió en un accidente de coche. Iba conduciendo; La familia declaró que había sido asesinado, ya que no podía conducir por una lesión en la pierna izquierda que le obligaba a ir con bastón. Al igual que con el padre de Tina, el asunto fue cerrado con muchas preguntas sin responder.

En cuanto a la investigación sobre los huéspedes, no hemos encontrado datos que nos aporten luz. La mayor parte de ellos son empresarios y políticos de nuevo cuño. Sí nos resultó interesante la presencia de la viuda del Marqués de Orgaz, doña Lorena Brenes, señora de Escalona. De origen gallego, procede de una familia de masones. Es muy conocida por las fiestas que celebra, en las que practica brujería y esoterismo.

César Gamboa regresó antes de que hubieran terminado de leer el informe. Se sentó y, de un bocado, se comió el último montadito que quedaba en la bandeja, el que suele dejarse por cortesía. Esperó a que terminaran de leerlo y, como si fuera un ritual conforme lo leían, lo dejaban sobre la mesa. Cuando todos hubieron terminado, el agente del servicio secreto, Almarcha arrancó una hoja de su cuaderno; escribió sobre ella, la dobló y se la pasó al coronel.

El coronel Saavedra leyó con mutismo; aguardó unos segundos con la nota entre las manos, volvió a doblarla y se la pasó al comandante Echenique. El resto permanecía inquieto. Tanto César Gamboa como Eliot Roldán se mostraron recelosos ante el hecho que acababa de ocurrir. No entendían que si iban a trabajar juntos, los capullos del servicio secreto, jugaran a espías en su presencia.

Tomó la palabra el comandante Echenique, se dirigió al capitán Almarcha y le preguntó muy serio:

—¿Está seguro de lo que dice, capitán?

Este asintió con un ligero movimiento de cabeza, cerró los ojos y dijo:

—Con su permiso, señor, creo que puedo aportar luz sobre Pedro Hermoso.

El coronel abrió los brazos en señal de conformidad.

—Es uno de los nuestros —dijo lacónicamente.

—Ahora entiendo el porqué de su misticismo —habló Eliot.

—Así que forma parte del CESID —inquirió Gamboa.

—Sí —dijo el agente Carreño—. Fue reclutado de las fuerzas especiales. Es experto en artes marciales y en escuchas. Suelen darle trabajos de infiltración. Es inquebrantable su lealtad a la bandera. Proviene del CESED.

—Lo quiero en el grupo. Quiero que se una a vosotros —ordenó el coronel Saavedra.

—Con el debido respeto, coronel, no me parece una idea acertada. Mató a tres personas —contravino Gamboa.

—Dígame, sargento, ¿qué hacemos aquí? ¿Acaso ayudar a unos indefensos contra tres asesinos le convierte en un criminal? —insistió el coronel.

—No, señor. Pero podía ser parte del grupo de disidentes de La Hermandad. Si lo introducimos en nuestro grupo, los tendrá informados.

—Mejor. Cuiden de saber con quién está, obsérvenle y, si juega sucio, expúlsenle de la partida —atajó el coronel Saavedra malhumorado.

Les miró a todos hasta comprobar que sus órdenes serían obedecidas. De nuevo nadie dijo nada, así que se daba por zanjado el tema.

—Yo mismo me encargaré de traerlo —dijo el comandante Echenique.

—Perfecto. Ahora, capitán Eliot resúmanos el plan a seguir —ordenó el coronel con frialdad, al mismo tiempo que esbozaba una ligera sonrisa a sus subordinados con el fin de romper la tensión. Todos relajaron los músculos de sus facciones, dejando ver algo de humanidad en sus semblantes.

—Estaremos vigilantes desde el minuto cero. El reloj comenzará a correr desde el momento en que Doménico Aspartana quede libre. Nos personaremos en el centro el día de su salida y fotografiaremos a todos los que vayan a recibirle. Fingiremos estar ocultos, pero dejaremos que nos vean y así enviarles un mensaje. Y por último, señor, necesitaremos más agentes de apoyo, además de los tres agentes del Servicio Secreto —contestó Eliot de forma alentadora.

—Veo que han hecho bien sus deberes. Buen trabajo. Continúen con la misma tenacidad y estoy seguro de que les ganaremos la partida. Ahora es el momento de la política. Trataré de procurarles cuantos medios necesiten —dijo el coronel Saavedra, levantándose y dando por finalizada su presencia en la reunión.

—Coronel, si me permite, tengo que decir que nada se habría descubierto sin la ayuda del comisario y la perspicacia del sargento Gamboa. Es de justicia reconocer que han hecho un trabajo encomiable.

—Capitán, la partida acaba de empezar. Ya llegará el momento de rendir honores —respondió el coronel satisfecho por la labor de sus hombres.

* * *

Nos despedimos y abandonamos el restaurante cada cual por un sitio diferente. Samael acompañó a Isabella, y Pedro Hermoso esperaba, sonriente, a mi padre. Los vi partir con la serenidad apremiante de saber que los quería, participando con mi mirada de saberlos protegidos.

Anna marchó hacia la plaza de Zocodover. Había quedado, me dijo, a tomar algo con una amiga en alguno de los buenos bares de tapas que había en la calle Santa Fe. Me invitó a que la acompañara, pero decliné su invitación.

—Necesito saborear mi libertad —le respondí.

Decidí darme un paseo, tranquilamente, besando cada bocanada de aire que respiraba. Sin darme cuenta, encaminé mis pasos hacia la catedral. Aún era temprano y antes de ir a cenar con María, creí que sería mejor dejar bien hilvanados todos los datos que mi cerebro había recibido en tan pocas horas.

Cada paso que daba me retrotraía a mi juventud: «lástima de tiempo perdido», me dije.

En una, en cualquiera de sus callejuelas, me paré y abrí mis brazos en cruz todo lo que pude intentando abarcar con las yemas de los dedos los flancos de la calle. Recordé así las apuestas que hacíamos la pandilla cuando subíamos a dar un garbeo por el casco, antes de ir a comer «*carcamusas*» a un bar que había en la cuesta Sal.

Comenzaba a refrescar; aun así me apetecía tomar una ración de «*carcamusas*», sentado en algún velador por la zona de la catedral: «Será un placer comerla yo solo», pensé. Nunca pude gozar de ese privilegio.

Frente al Ayuntamiento vi una mesa libre con vistas a la plaza del Consistorio. Decidí tomar asiento y disfrutar del bullicio callejero. Los guiris parsimoniosos, mirando y fotografiando todo lo que veían, se mezclaban con mis paisanos que les desbordaban por la premura de sus quehaceres. Ambos grupos, turistas y toledanos, querían aprovechar hasta el último rayo de sol. Unos, para seguir viendo monumentos a través del

objetivo de sus máquinas, enmarcándolos para la posteridad en sus cámaras; los otros, para llegar a tiempo y hacer sus compras o quehaceres rutinarios.

Algún toledano había que respondía, con desagrado, a la petición del turista para que le hiciera una fotografía con su familia junto al monumento por ellos elegido. De tal forma, que esa instantánea inmortalizaría ese momento mágico siendo, después del revelado, el más claro ejemplo de que ellos una vez estuvieron en la milenaria e imperial ciudad de Toledo. Pero no todos los transeúntes mostraban desafectos hacia esa petición. Por suerte la mayoría, aunque cansados de tantas solicitudes, entendían que debían ser agradables con los turistas, ya que representaban una fuente inagotable de recursos para toda la ciudad.

Absorto en la contemplación del devenir de las gentes en sus quehaceres, al igual que las hormigas en su ajetreo por entrar y salir del hormiguero, no me di cuenta de la llegada del camarero.

—¿Qué va a tomar, señor? —me requirió, pie quieto frente a mí. Vestía pantalón negro muy lustroso, lo cual evidenciaba que hacía tiempo que merecía un descanso. Podría asegurar que fueron muchas las veces que su madre le había pasado la plancha para conseguir que su hijo fuese el más elegante del bar; una chaqueta blanca cubría una camisa del mismo color; sobre ella una corbata negra. El cuello mustio de la camisa me recordó a mamá Vega. Ella cuando estaban rozados, les daba la vuelta y al probarme la camisa, me decía: «Doménico, ha quedado nueva, vamos "*niquelá*»".

—Una caña y media ración de «*carcamusas*» —le respondí con mi mejor sonrisa. Aunque he de confesar que, un poco contrariado por haberme llamado señor. En ese momento me pareció haber envejecido mil años.

—Carcamusas no tenemos, señor —me dijo sin alterar un ápice su posición, con el brazo izquierdo doblado y sobre él un paño de limpieza, en su día blanco y que ahora cernía sobre él un color amarillento, por la grasa acumulada de mil usos y pocos lavados—. En cambio, puedo ofrecerle orejas a la plancha, calentitos, morro, caracoles, tortillas de gallo… También tenemos bombas, si le apetece. Es lo más típico de Toledo.

—Pues me vas a joder, chaval, entre llamarme señor y no tener carcamusas, ya me has dado la tarde. Una cosa te voy a decir, ¿eres de aquí?

—No —me dijo—, soy de Bargas.

—Presta atención, bolo. Lo más típico de Toledo son las carcamusas, así que no pretendas engañarme. Y no me digas más señor.

—Fue por respeto, señor.

—Puedes ser igual de respetuoso sin incomodarme —precisé.

De repente paré el tiempo y dejé a un lado mi conversación con el camarero, cuya única intención era agradarme de ello; era consciente. También lo era la sensación de sentirme vigilado. No se me habían olvidado los trucos que en su día me enseñó Berto para observar sin ser advertido y luego repasados, hasta el agotamiento, con mi padre. Busqué en el reflejo de las cristaleras del bar alguna imagen sospechosa. La suerte no estaba de mi parte, se encendieron los luminosos del local, salpicando centelleos sobre mi mirada inquieta. Bar Cebrián, era lo único que podía ver.

—Tráeme, por favor, vuestra tapa estrella. ¡Impresióname! —le sugerí.

Al mismo tiempo que el camarero se retiraba, yo me levanté, disimuladamente, para cambiar de posición y tratar de encontrar algo que me resultara sospechoso. Ya estaba anocheciendo y, como a toque de corneta, la vorágine de gentes que concurrían por esa zona había desaparecido, por lo que aquello que me estuviera olisqueando se había apartado de mi vista.

El camarero hizo acto de presencia con su bandeja plateada elevada en la mano izquierda, y sobre ella una jarra de cerveza, y al lado pude adivinar que venía la tapa: el olor a fritanga me entró por la pituitaria hasta el mismísimo corvejón. Cuando bajó del cielo la bandeja, mantuve mi mirada en el contenido del plato. El joven camarero debió darse cuenta de la cara que puse, y antes de que abriera mi boca para decirle que se la llevara al cubo de la basura, me dijo:

—Es un champiñón pinchado en una rodaja de pan. Estoy seguro que le gustará.

—Ya lo veo —respondí, con sorna— tampoco hay que ser un Séneca para saber qué es.

Levanté la mano para decirle que callara un momento y me lo llevé a la boca antes de que dijera una palabra más.

—¡Joder! —exclamé—. ¡Está ardiendo!

—Son calentitos, señor —me dijo de forma socarrona, notando yo, que se alegraba de que me hubiera quemado un poco, por la sonrisa pícara y la agudeza de su mirada. Bien merecido lo tenía por mi impertinencia.

—¿Podrías haberme avisado, no? —le dije bajando el tono de mi estupidez.

Apagué el fuego de mi boca con un buen trago de cerveza y después, con la mirada cómplice del camarero, degusté la tapa que con tanta profesionalidad había hecho la cocinera. El pan tostado en la plancha, con toda la pringue del champiñón encima, se había empapado. Una vez en la boca, lo sujeté con la lengua y lo envolví aplastándolo contra el paladar. Le pedí dos tapas más y otra cerveza.

—¿Me cobras? —le solicité. Las campanas de la catedral me enviaron un aviso. Miré el reloj, marcaba las ocho. María me esperaba y yo ignoraba el motivo de no tener prisa por ir corriendo a sus brazos. Me trajo la nota y le pedí que felicitara a la cocinera.

—Gracias… —el muy canalla calló para jugar con el silencio y hacerme ver que, aunque no lo dijo, lo pensó—. Es Laura, mi mujer…, señor.

Quedé sorprendido, pues su bisoñez le delataba, apenas el bello quería irrumpir con virulencia en su cara y los cuatro pelos que tenía desparramados no podrían catalogarse como barba.

—¿Estás casado? —le pregunté.

—Sí, señor, y tengo una niña pequeñita. Se llama Manuela. —Como mi abuela, pensé.

Me despedí de él, prometiéndole que volvería. Ya no podía retener más mi cita con María. Volví a mirar con impaciencia las agujas del reloj que me regaló para mi onomástica, no recordando en ese momento en cuál de ellas fue. Me sentí aturdido por la opacidad de mis recuerdos, no anduve ni tres pasos cuando me volví y le pregunté:

—Chaval, ¿sigue abierto el bar Lorenzana?

El muy ladino no me respondió. Sonrió como solo saben hacerlo aquellos que desde niños aprenden a vivir en la calle y que por circunstancias de la vida tienen que tomar las riendas de su destino antes de tiempo. Envejecen antes de abandonar la infancia. Sin tiempo para madurar, dejan las canicas para afrontar la responsabilidad de ser padres. No tendría

más de veinte años. Me hizo un gesto levantando la cabeza al frente, indicándome que estaba donde siempre.

Tenía que irme a ver a mi amada, su casa me pillaba a escasos diez minutos. Estaba en la plaza de las Cuatro Calles. A punto estuve de sorprender a quien trataba de sorprenderme. Fue fugaz, pero me dio tiempo de percibir su imagen tenebrosa desaparecer por la esquina de la calle Pozo Amargo; tuve un arrebato de correr tras la sombra que me acechaba. Palpé mi cuerpo en busca de un arma, estaba limpio como la patena. Sonaron los cuartos y decidí batirme en retirada, otras cuestiones más importantes me apremiaban y no era cuestión de jugar a héroes, pues bien podría ser que la sombra fuera un cebo y yo me dejara pescar.

Con recelo y apremio inicié la subida por la calle Hombre de Palo, no iba confiado, y miraba con celo en todos los escaparates por los que pasaba. Antes, en la mitad de la calle Arco de Palacio, una mano tocó mi hombro, me giré con brusquedad para golpear a mi agresor. Era un turista japonés pidiéndome una fotografía. El pobre se asustó y yo no supe encontrar palabras para aliviar sus temblores.

El resto del trayecto fue normal hasta llegar a la esquina de la cuesta Sal. Un hombre ebrio y malhumorado chocó contra mí, metros más arriba; otro hombre le gritaba: ¡Eres un borracho, y no vuelvas más por aquí! No, hasta que pagues lo que debes.

Le tendí la mano para ayudarle a levantarse. No podía creérmelo, era mi amigo Rafa. Estaba muy envejecido. No me reconoció. El hombre con mandil blanco, continuaba vociferando.

—¿Eres tú, Rafa? —pregunté acongojado.

Se encogió de hombros y pude ver sus ojeras y el deterioro bucal típico en adictos a la droga.

—Sí. ¿Me conoces?

—Soy Doménico, tu amigo.

Al oír mi nombre se echó a llorar y casi se desmaya de la emoción.

—¡Joder, tronco! Te he echado de menos cada día de mi puta vida. Me dijeron que habías matado a un hombre. Yo nunca lo creí. Ya sabes cómo era, con cualquiera que hablara mal de ti me peleaba. Le pegué una paliza al «*joputa*» de mi jefe y me despidió.

Me abracé a él y no pude evitar estallar en cólera por el daño que había hecho a la gente que me quería. Calmados, le pregunté:

—¿Es ese el Lorenzana?

—Sí —farfulló.

—¿Te apetece una ración de carcamusas?

—Chachi, colega. Como en los viejos tiempos, pero el dueño no me deja pasar porque le debo dinero.

—No te preocupes. Yo me encargo de él.

El dueño del bar, hombre mayor, de cara redonda y frente amplia, permanecía en la puerta. Había dejado de gritar y aguardaba a ver, junto a algún curioso que se había salido fuera del local, en qué terminaría mi conversación con Rafa.

—Él no puede pasar —me dijo.

—Le entiendo, señor, si yo tuviera un bar y alguien como él viniera a emborracharse gratis, yo tampoco le dejaría entrar. Es más, no le dejaría ni pagando.

—Bien, pues no hay más que hablar. Ya puede cogerlo y largarse calle abajo con él. Y vosotros —dijo dirigiéndose a los mirones—, ídem de lo mismo. Esto no es un circo.

Aparté a Rafa a la acera de enfrente y lo senté en el poyete de una puerta; era una calle estrecha por lo que no necesité alejarme demasiado. Luego me dirigí hacia el camarero y le dije:

—¿Podemos hablar un momento?, a solas.

—Creo que no ha entendido nada. No quiero verlo por aquí —me respondió el hombre un poco nervioso. No había que entender mucho de la vida para ver que era un buen hombre cansado de trabajar para sacar el negocio adelante. Su irritación era normal.

—Oiga bien lo que le voy a proponer. Voy a pagarle en este momento todo lo que le debe. Rafa, era y es un buen chico, la maldita droga le ha apartado del camino recto. Usted, al igual que yo, hemos cometido algún error en la vida, más no por eso se nos ha negado una segunda oportunidad. Quiero dársela, quiero que Rafa vea que no todo está perdido. Por favor, se lo pido. Solo tomaremos una caña y una ración de carcamusas.

—De acuerdo, pero si la vuelve a montar, llamo a la policía.

—Le aseguro, señor, que no tendrá necesidad de hacerlo —le dije, convencido de que había encontrado en ese hombre a una buena persona.

Extendí mi mano como muestra de gratitud y recibí la suya, no muy seguro de lo que estaba haciendo. Llamé a Rafa y juntos pasamos al interior del bar, sentándonos en una de las mesas que tenía al fondo del salón.

Qué ricas me supieron servidas en cazuela de barro. Las nueve me dieron, María estaría intranquila. Me levanté y fui a saldar cuentas, las mías y las de Rafa.

—Gracias por su bondad. Todos merecemos ayuda en los momentos de debilidad —le dije.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Soy Doménico Aspartana. Volveremos a vernos, ha sido muy amable.

—Cuando quiera y si en algo puedo servirle, cuente conmigo.

—Pues mire, ahora que se ofrece… He visto que tiene un cartel de que necesita camarero. Le propongo un negocio que le resultará difícil declinar.

El hombre de ojos redondos y cara color salmón me miró aturdido en espera de que prosiguiera hablando.

—Si en lo queda de mes no ha encontrado camarero, yo vendré con Rafa a primeros de julio. Le dará el puesto y durante ese mes yo le pagaré su sueldo y la seguridad social. Si un solo día, un único día, su conducta no fuera propia de un trabajador eficiente yo me lo llevo a patadas de aquí.

Se me quedó mirando, nervioso, se le arquearon las cejas, el color salmón de su piel cambió a rojo vino tinto. Los ojos redondos parecieron convertirse en pelotas de *ping-pong*. Cuando se sobrepuso, me dijo:

—¡Qué cojones tienes!: vienes a mi casa, no te conozco de nada y me dices a quién tengo que contratar.

—Sí, eso es —le dije con una sonrisa sincera, convencido de que había conseguido entrar en su corazón—. Se merece una oportunidad, aunque su oficio es mecánico; quien es trabajador, tarde o temprano, rinde en cualquier puesto.

—De acuerdo —me dijo estrechando mi mano—. Aunque creo que no dormiré tranquilo hasta que no lo vea cambiado como dices.

Entonces recordé que William Shakespeare, escribió: «*es más fácil obtener lo que se desea con una sonrisa que con la punta de la espada*».

—Vámonos —le pedí a Rafa.

Una vez fuera del bar, le dije:

—Voy a ayudarte, a cambio tú me tienes que prometer que se acabaron las drogas y el alcohol.

—Vale —me dijo con voz gangosa—. Aún me queda una china. ¿Si quieres nos hacemos un porro? Será el último, tío.

Le tomé por la pechera y le obligué a que me mirara.

—¡Escúchame bien, Rafa! Tira toda la mierda que llevas. No permitas que yo te registre y te la quite. ¿Me has entendido?

Agitó la cabeza, la piel macilenta de su cara daba claros síntomas de la mala situación en que se encontraba. Había perdido la complexión musculosa que siempre tuvo. Sacó una bola de hachís de los calcetines y me la dio con la mano temblorosa.

Le dije que tenía otros asuntos que resolver y tenía que dejarle. Le pregunté si tenía dónde dormir, me dijo que sí, que sus padres aún no le habían retirado las llaves. Le conté el trato que había hecho con el dueño del bar Lorenzana y que si me fallaba lo echaba al río. Quedé con él para dos días después y por fin me fui a ver a María. Estará intranquila, me dije.

* * *

Me paré en la puerta, receloso de llamar. Era una casa señorial reformada por su marido, aunque la fachada tuvo a bien mantenerla igual que se construyera doscientos años antes. Era de dos plantas con balconeras de estilo mudéjar. Desde las ventanas se podían controlar los accesos a cualquiera de las cuatro calles.

Si todos los dueños que tuvo esa casa, en esos doscientos años, se juntaran y se contaran, y a la vez escribieran, todo lo que habían visto acontecer en esas esquinas, seguro estaba que, la Historia de España la conoceríamos de otra manera, pues fueron muchos los asuntos que por ahí se despacharon.

Recordé que hasta el mismísimo Cervantes refirió la historia de la plaza de las Cuatro Calles, en la mejor novela de caballerías que haya escrito humano conocido, e incluso se contaba, por la gente erudita de la ciudad,

que Galdós concibió en esa encrucijada de calles la trama de una de sus novelas.

De pronto se abrió la puerta, era Anna Alcaraz. Sonriendo me dijo:

—María, está esperándote. También tiene miedo.

—Sí, supongo que es eso lo que me pasa. Ha transcurrido mucho tiempo —respondí.

Bajó los dos escalones y se echó a un lado. Cuando iba a cerrar la puerta, desde la calle me dijo:

—¡Doménico!: nunca es demasiado tiempo.

Asentí y le guiñé un ojo cerrando la puerta tras de mí. Al otro lado, casi en penumbra, como le gustaba, me recibió María. Se había cambiado de ropa. Los dos nos quedamos quietos, mirándonos, examinándonos. Horas antes, en público, nos habíamos recibido a besos como jóvenes desvergonzados. No entendía lo que pasaba por mi mente, ni tampoco por la de ella. Estaba preciosa como nunca. Seguro que había rebuscado entre todos los cajones para encontrar algo con lo que llamar mi atención o incluso puede que lo hubiera comprado para ese momento. Llevaba zapatos negros con tacón de aguja, tipo botín. Una minifalda de cuero negra dejaba ver sus lindas piernas cubiertas por unas medias negras de licra. Ceñido al talle, un cinturón ancho de cuero ayudaba a ablusar la camisa blanca a medio abotonar. Lo suficiente para no permitir que se vieran los pechos, pero no tanto como para evitar que se insinuaran los mismos.

—¿Estás bien? —me preguntó, con las manos recogidas en el abdomen y sin apenas abrir la boca. La mirada lánguida, temerosa de algo, quizás de mí.

—Sí —respondí—. ¿Has cenado? —le pregunté.

—No. Te estaba esperando, tenía miedo de que no vinieras. Perdóname, lo siento.

Hasta mí llegaba el olor de su piel. Olía a aceite de almendra mezclado con los aromas del perfume con los que había salpicado cuello, nuca y muñecas. Siempre lo hacía así, para ella era un ritual. Seguro estaba que también habría pulverizado el nacimiento de sus pechos turgentes, para que yo permaneciera allí, hasta que la sequedad de mis labios se bañase en ellos,

recorriendo con mi lengua el canal, con lentitud y suavidad, como un velero lo hace por el manso mar, en un día sin apenas viento.

Los labios rojos carmesí, incitándome a que en ellos depositara el más tierno de los besos, no evitaban que sus grandes ojos verdes temblaran, el aleteo trémulo de sus pestañas me magnetizaba, enviándome ondas de pasión para que me acercara.

Vi pequeñas gotas recorrer su piel agitanada. Me acerqué y las toqué, estaban envueltas en sutiles tapices porosos, con sabor a miel. Las limpié con mis manos, con la misma ternura y delicadeza, que si fueran nubes de algodón.

—Te quiero, mi niña gitana —le susurré—. No llores, para que la luz de tus ojos nunca deje de brillar.

María no dijo nada, sus pequeñas manos atenazaron mi cuello. Noté cómo se ponía de puntillas para estar más cerca su boca de la mía. Fueron besos cortos, suaves al principio, para luego desgarrarnos los labios el uno en la boca del otro, haciéndolos largos, eternos.

Cuando sus uñas arrancaron mi piel, cuando sus dentelladas hicieron temblar mis labios, dejamos de hablar. Luego, los dos con hambre de amor, con deseos de recuperar el tiempo perdido, nos entregamos con apetito a devorarnos, con lascivia, con ansia. No dejamos rincón de piel por besar, aparcamos nuestras dudas a los pies del diván, junto a la ropa que nos arrancamos a tirones.

—¿Por qué, mi amor? ¿Por qué no me llamaste?

Al oírlo se acurrucó dentro de mí, no queriendo que viera sus ojos tristes sin brillo. Ante el temor de que una nube de gotas abandonara la presa formada por sus párpados, y yo las viera, descabalgó de manera súbita y huyó para evitar que viera el desengaño que sentía por mi amor.

No corrí tras ella, pensé que sería mejor que encontrara el sosiego sola, cuando volvió le dije:

—María, cada noche, cuando lloraban las estrellas sobre mi almohada, iba junto a los prados, en busca de ilusiones, cabalgando entre los sueños. Cada noche recordaba tus hermosos silencios, sin retorno y sin miedo.

—Es la vida y su alegría un eterno caminar por esos prados en donde dices que me buscas. El amor no es miedo, Doménico, y yo lo tengo. Es un

miedo que viene y que va, pero desde Mijares ya nada es igual. Temo por mí, por mi hijo, pero por Dios te juro, que por quien lloro es por ti. Te amo, como nunca creí se pudiera amar, me duele soñar que no se irá el miedo a perderte. Veo tu muerte si no cambias, si no te apartas de tu padre. Vámonos, huyamos de Toledo ahora mismo. Abre tus alas, móntame en tu grupa y llévame lejos contigo —me susurró entre lágrimas negras cargadas de dolor.

Me quedé atónito, aunque no muy sorprendido; su silencio en estos meses presagiaba que algo había en su cabecita que no la dejaba vivir tranquila. Yo permanecía desnudo en el diván, la cabeza recostada sobre un cojín. Ella tapó su desnudez con una camiseta blanca que yo llevaba puesta la última vez que nos vimos. Su pequeño cuerpo cubrió la mía. Como una gata, sobre mi abdomen, me arañaba con suavidad el cuello. Me miró con la cara manchada de rímel, con la esperanza de que accediese a sus deseos, y como si fuera Ícaro, levantara el vuelo hacia lo más alto, con ella sobre mí. Pero también con miedo de que la cera que mantenía las alas de nuestro amor se derritiera y en mi caída la arrastrara conmigo al fondo del abismo. De sus lindos ojos verdes melados, únicamente podía ver el rojo de su cristalino, rodeado de un manto oscuro. Su rostro manchado parecía más el de una *geisha* triste que el de mi bella hurí.

No pude responder a su petición, me sentía contrito, pero no por ello debía darle una respuesta apresurada solo por saciar su necesidad de huir de mi pasado.

Creo que ninguno de los dos dormimos esa noche. Permanecimos pegados el uno contra el otro, sin hablar. Los rayos de un sol tenue, recién levantado, me encontraron leyendo, con las yemas de los dedos sobre su piel morena. La besé y me levanté, fingió dormir y me dejó marchar.

* * *

Decidí irme a dar un paseo, para aclarar mis ideas. El pavimento de las calles estaba humedecido, el relente me hizo sentir frío y me obligó a guardar las manos en el bolsillo de la cazadora. Entonces palpé unas llaves y recordé que me las dejó Tina al salir del presidio. Paré a tomar un café y unos churros. Di rápida cuenta de ellos y encaminé mis pasos por la calle

Hombre de Palo hacia la de Pozo Amargo. Es una calle estrecha, sinuosa, empinada, de las más antiguas de la ciudad. A medio camino te encuentras con una pequeña plazuela, en el centro tiene un pozo con brocal de piedra.

En Toledo, cada rincón, cada baldosa que pisas, está cargada de rumores que han ido pasando de generación en generación, hasta convertirlos en leyendas, rayando entre lo imaginario y lo real.

El pueblo, en su sabiduría, con el paso de los años, ha sabido transformar las leyendas en historia, no sabiendo discernir, quien visita la ciudad, entre lo cierto y lo novelesco.

Recordé, mientras me alejaba calle abajo, que mamá Vega, de pequeño, me contó que fue en ese pozo donde una joven judía, de nombre Raquel, lloraba cada noche su amargura por la muerte de su amado. Me contó mi madre que el joven del que se enamoró era un caballero cristiano al cual, mientras la esperaba sentado sobre el brocal, como cada noche con la complicidad de la luna, la daga asesina de un sirviente de su padre le arrancó la vida.

Cuenta la leyenda que fueron tantas las lágrimas que derramó, apoyada sobre el pretil del pozo, que al mezclarse con las aguas de la cisterna las convirtió en amargas. Dicen que, en las noches de luna llena, las estrellas iluminan el pozo y se ve a Raquel sentada esperando a su amado.

Mientras esta leyenda recordaba, me fui alejando del lugar y me adentré en la calle Ave María. Entonces un sudor frío recorrió mi cuerpo. Serían las diez de la mañana, no había nadie por la calle sombría y aun así noté el aguijonazo de unas siluetas fugaces, que desaparecían con la misma rapidez que me pareció verlas. El recuerdo de las almas de aquellos que di muerte, en la casa del callejón de los Muertos, vagaron por mi mente. Me pedían que les diera sepultura, que les permitiera descansar en paz.

Me paré ante el cruce de calles, a la derecha el callejón de los Muertos. Desde la esquina podía ver las lúgubres tapias enfermas, por el paso del tiempo, de la iglesia de San Andrés; de frente, la calle Plegadero, en donde se encontraba la casa de Tina y desde la cual mi padre me había protegido. No decidí a cuál debía ir; quizás fue el miedo a encontrarme con mi pasado, una fuerza oculta la que me empujó a alejarme de allí. Andados unos

metros, pegado a la esquina de la cuesta Escalones, un coche aparcado con las luces encendidas, fue lo único de vida que vi en todo el camino.

Al llegar a su altura me paré y miré el número de una casa abandonada. La pared encalada de blanco, presentaba desconchones dejando a luz, después de una capa de cemento, un muro de tierra cuarteado lo que dejaba a la vista que las paredes eran tapiales. La puerta de madera deteriorada por el paso del tiempo, mostraba el ataque de la carcoma y la pintura color marrón se encontraba ajada. Disponía en el centro de una ventanita, custodiada por una reja pequeña. Repartidos por el resto de la puerta, remaches negros oxidados a modo de decoración. Desde fuera parecía una vivienda pequeña, pues solo tenía una ventana a la calle, también protegida por una reja. Conté y no había más de seis pasos de fachada. Quizás fuese más pequeña que aquella que me regaló mi padre, pensé.

Probablemente, toda la manzana, en su día, fuera una única vivienda y con el tiempo fue segregada en varias más pequeñas. También tenía planta alta, con un gran ojo de buey por ventana.

Mas como quiera que el miedo, o la inquietud, no se había alejado de mí, opté por ser rápido y entrar de una vez. Procuré ser sigiloso, a la vez que rápido, no quería hacer ruido ni levantar sospechas, ante la mirada indiscreta de alguna vecina; pues es sabido que algunas hacen de su modo de vida el vivir con un ojo y los oídos prestos a cualquier sonido raro que proceda de la calle.

Estaba todo oscuro. Cerré tras de mí la puerta. A unos metros se abrían hueco unos tenues rayos de luz a través de un tragaluz, que iluminaba una escalera de madera. Olía a cerrado, a humedad; aun así, pude detectar otro olor más fuerte, característico de un café recién hecho. Me puse en alerta y esperé quieto a que mis ojos se hicieran a la poca luz que el sol procuraba a la vivienda. Observé un paraguas y lo así con fuerza, al menos si alguien me atacaba podría defenderme, me dije.

De la sombra surgió la figura de una mujer, puesta en jarra, que apoyada en el cerco de la puerta me dijo:

—Buenos días dormilón. Creí que no vendrías.

—Vaya —le dije asombrado y desconcertado—. ¡Qué sorpresa! No imaginaba que estuvieras aquí, en cambio, se ve que tú a mí sí me

esperabas. De todas formas, no sabes la alegría que me da verte.

—Ya ves, cosas de mujer. Te esperé anoche hasta bien tarde.

No respondí, pues seguro que me contestaba con alguna frase hecha, ya estudiada. Así que fui prudente y no entré en su terreno.

—Con leche. Huele muy bien, lo tomaré con leche —le dije intentando distraerla y así evitar un interrogatorio que se me antojaba que no me resultaría nada agradable.

—Como siempre, respuesta acertada. Entiendo que damos por terminada la conversación y que careces de interés por saber de dónde emana mi ciencia de adivina.

Sonreí y pasé junto a ella hacia el interior de la cocina. Como un niño mal criado me senté a la mesa esperando me sirviera. Oí cómo al sentarme me dijo:

—¡Qué morro tienes!

Le giré un guiño y fruncí el ceño. Ella calló, me miró y en sus ojos vi que entendía que algo me preocupaba. Se dio la vuelta y bajó de la alacena dos tazas y dos platos cargados de polvo. Los fregó y secó. Luego vertió el aromático café. Me preguntó si quería la leche muy caliente. No respondí, mi mente estaba en otro sitio. Observé cómo la vertió en un cazo y lo puso a calentar. Todo era silencio, quietud. Sus movimientos eran lentos, parsimoniosos. Portaba pantalones vaqueros y una camisa ajustada de cuadros rojos con tenues líneas azules. El exuberante cabello rubio lo recogía a un lado del cuello con una pinza. Trataba por todos los medios fijar mis pensamientos en ella y apartarlos de María. Por momentos me venía abajo pensando en que lo nuestro se difuminaba, se había diluido nuestro amor al igual que el azúcar que acaba de echar sobré el café. Derramó la leche en el plato, al intentar llenar la taza con el café humeante.

—Lo siento —se le escapó de los labios semicerrados.

—No te preocupes. No es fácil hacerlo con un cazo —le dije.

Acercó una silla para estar más próxima a mí. Tomó mi mano y la acarició.

—¿Es por María? —me preguntó, aún con su mano sobre la mía y la voz quebrada.

Asentí cerrando los ojos. Me pregunté, ¿por qué las mujeres tienen más sensibilidad que nosotros? ¿De qué material las hizo el Creador para que sientan el amor que al hombre se le escapa, a manos llenas, por entre las rendijas de los dedos? En cambio, a nosotros nos revistió de una capa de piel porosa impermeable, incapaz de comprender el significado de una mirada, de una caricia, que perturbe el normal funcionamiento del corazón.

El silencio sepulcral que envolvía nuestra atmósfera se rompió. A través de las viejas paredes de la cocina, llegaban ruidos procedentes del más allá. Eran gritos ahogados, desagradables, repetitivos. La cacofonía me sobrecogió, sujeté su mano y sin hablar le pedí que prestara atención; entonces la muy ladina soltó una fuerte carcajada:

—¡Ja, ja, ja, ja! Nunca hubiera pensado que unos ruiditos te asustarían.

—No es miedo a lo humano, sino a lo desconocido. Me siento vigilado y cuando miro no hay nadie. Se representan en mi mente los espectros de las almas, de aquellos a los que di muerte.

—Pero tú sabes que eso es una tontería.

—Dime, ¿has matado alguna vez a alguien?

Negó con la cabeza, cerró los labios gruesos apretándolos contra los dientes, haciendo que su gran boca se encogiera.

—Entonces no te burles de la muerte. ¿Qué es ese ruido? —le pregunté todavía sobresaltado.

—No temas. Es una sorpresa de Berto. Termina de beber el café y ahora te lo muestro. Tú debes decidir qué hacemos —me respondió, sin atreverse a mirarme, de forma enigmática.

—¡Vamos ahora! —le ordené.

—Como quieras. Pero antes te mostraré algo que quizás puedas necesitar —me dijo, manteniendo el misterio en el tono de su voz.

Me condujo a la planta de arriba, las escaleras de madera chirriaban a cada peldaño que subíamos, alumbrados por los haces de luz, cada vez más intensos, que entraban a empellones por el tragaluz. Un pequeño pasillo conducía a dos habitaciones. Entramos en la primera, y una luz cegadora proveniente del ojo de buey iluminaba la habitación. Había pocos enseres, un armario, una cama, un espejo inclinado sobre la pared y en un rincón, sobre una mesita, una jofaina.

—Es mi habitación. Antes, hace mucho tiempo, fue la de tu padre —me dijo Tina.

No respondí. Me quedé mirando el osito de peluche que dormía plácidamente, espatarrado, sobre una colcha salpicada de flores llenas de vida. No eran colores estridentes, incitaban al descanso por su calidez.

—Me lo regaló unas Navidades —me dijo.

Luego fuimos a la otra habitación, podría decir que se encontraba diáfana si no fuera porque debajo de la ventana había un gran arcón de madera. Descorrió las cortinas gruesas, que al moverlas dejaron caer su pesada carga de polvo almacenado de tantos años sin limpiarlas. La ventana era de madera de dos hojas, con postigos. Al abrirlas pude contemplar la cruz del campanario de la iglesia de San Andrés.

—¡Ayúdame!, por favor —me pidió Tina, situándose al otro lado del arcón de madera roída.

Lo desplazamos lo suficiente para que Tina se sintiera conforme. La pared en donde estaba la ventana era un tapial de unos cuarenta centímetros de grueso. Se puso de rodillas y arrancó el rodapié, introdujo la mano y un mecanismo inteligente descubrió un hueco en el muro. De él sacó una bolsa de deportes. La abrió y me dijo:

—Coge lo que quieras, lo necesitarás.

Era un verdadero arsenal. Mi sorpresa fue ver mi cuchillo. Lo cogí con mimo. Estaba brillante, los dos lomos afilados.

—Ten cuidado. Berto me dijo que el filo lo trató con un veneno letal. Así que no lo uses para comer.

—Gracias, veo que habéis pensado en todo. ¿Y esto? —le dije señalando a las distintas pistolas.

—Salvatore dijo que cojas la que más te guste. Te aconseja esta —me dijo al mismo tiempo que sacaba una de la bolsa perfectamente embalada en un paño.

—Justo la que hubiera elegido —murmuré, al mismo tiempo que la tomaba de sus manos.

La comprobé y le puse el cargador. Era una semiautomática de doble acción. Ya con el seguro puesto, la metí en su funda y la oculté en la

sobaquera. Entonces Tina cerró la bolsa y volvió a colocarla en el interior del muro.

—Espera —le dije—. ¿Y la munición?

—Si necesitas reponer, ya sabes dónde se encuentra.

—Sí, creo que con el cargador completo tendré suficiente. No obstante me llevaré una caja —apunté.

Volvimos a colocar el arcón en su sitio, cerramos los postigos y corrimos la cortina.

—Ahora vayamos a comprobar de dónde vienen los gritos —me dijo, guiñándome un ojo.

En la planta de abajo, junto al baño, había otra habitación. Otro armario, de tres puertas, y una cama. Lo abrió, apartó ropa colgada y apretó hacia arriba el paño de atrás con las dos manos. Apareció una palanca, tiró de ella y se abrió una puerta en la mismísima pared, de unos sesenta centímetros de anchura.

Una neblina cubría la penumbra del corredor. El hedor rápidamente se hizo dueño de la pequeña habitación. Tina tomó una linterna y la escondió en el bolsillo de atrás del pantalón. Luego buscó con su mano en la pared viscosa un interruptor. Giró la llave y se iluminó un angosto corredor.

—Tu padre lo descubrió y se encargó de dotarlo de electricidad —me dijo Tina, ante mi cara de asombro—. A veces no salía en días, consiguió que mi padre se involucrara y le ayudara en el desescombro.

—Cada día me sorprende más y me jode no haber podido disfrutar de su compañía. Noto como que la vida me jugó una mala pasada y me robó parte de mi infancia —murmuré con claros signos de resentimiento.

Al instante, sus suaves manos se tornaron hacia las mías, apretándolas y atrayendo mi cuerpo hacia el suyo, besando cálidamente mis mejillas.

—Vamos —me dijo—. Quiero que veas el origen de los gritos que creías venían de ultratumba.

—Iré yo delante —respondí.

—¡Ese es mi chico! Fuerte y protector —me dijo socarronamente.

Yo marché delante de forma cuidadosa, pues no alcanzaba a comprender qué era aquello, tan misterioso, que me esperaba en el interior del pasadizo

y que con tanto mimo, tanto Berto como ella, habían dejado allí, para que yo decidiera qué hacer.

Las paredes del corredor estaban construidas con bloques de piedra, reforzadas con ladrillo. Las grietas segregaban un líquido viscoso en donde el musgo, por la humedad reinante, se había simbiotizado con la piedra y el ladrillo.

Del techo colgaban bombillas cada tres metros, algunas de ellas fundidas. Las arañas habían tejido tupidas redes a su alrededor, descolgándose en búsqueda de algún bichejo que les sirviera de alimento. El suelo era de piedra cincelada pero no pulida.

No tuvimos que recorrer mucho, quizás treinta metros. Una puerta de hierro semiabierta, desvencijada por el paso del tiempo, a duras penas se mantenía sobre los goznes a la pared. La empujé despacio y nos adentramos en una sala, en donde detrás de unos barrotes había un hombre amordazado y maniatado a una anilla que había en la pared. Sujeta al techo había una garrucha por la cual discurría una cadena terminada en gancho. No tuve que estrujarme demasiado los sesos para comprender que estaba ideada para elevar cuerpos de gran peso. Presentaba oxidación al igual que los barrotes, por lo que deduje que no fueron instaladas por Salvatore, sino que igual podrían llevar allí cientos de años. La pared, en la que estaba aprisionado el hombre, era de piedra, y el hedor era insoportable. La imagen me recordaba escenas de las películas de terror, en donde se encerraban de por vida, en los sótanos del castillo, a los enemigos del tirano de turno. También había un jergón cochambroso sobre una bañera de madera; en una esquina había una especie de palangana de difícil descripción por la suciedad que tenía. En el centro de la celda, un pocillo para el desagüe tapado con una rejilla.

Hacía tiempo dejaron de oírse los llantos desesperados en petición de auxilio pero, como cualquier ser vivo enjaulado, nos olió y al vernos recogió las piernas y gritó con los ojos más que con la boca. No le reconocí, tenía la ropa empercudida y la cara amoratada. No había luz eléctrica en el interior, pero sí una tea apagada sujeta a la pared.

Afuera sobre un artilugio mecánico, en forma de percha, clavado en un tabique de ladrillo macizo de color rojo, reposaba una anilla grande con dos

llaves. La retiré y me dispuse a abrir la puerta para ver de cerca al condenado.

—Déjame la linterna —le dije a Tina.

Acerté con la primera llave y entré. El preso, al verme, pataleó y bufó, queriendo apartarme de él, escondió la cabeza cuando sintió la luz cegadora de la linterna en los ojos. Eran sus gritos los mismos quejidos que llegaron intramuros hasta la cocina.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

Los secretos del guardés

«El amor no necesita ser entendido, sólo necesita ser demostrado».

Paulo Coelho

Lo reconocí. Era Charles. Miré a Tina pidiéndole una explicación.

—Lo dejó Berto. Dijo que te gustaría mantener unas palabras con él —me respondió.

—Sí, por supuesto, pero no esperaba que fuese tan rápido —le susurré. Me volví hacia Charles y le hablé—: Deja de gritar y de patalear. Me acercaré a ti y te retiraré la mordaza. ¿Me has entendido?

Asintió con la cabeza y cejó en su empeño por darme patadas. Le di la linterna a Tina y le pedí que le enfocara. Le quité la cinta que tenía en la boca, también el trapo que le habían metido en el interior.

—Suéltame, Doménico. Es un error, es un mal sueño. Gracias que has venido a salvarme. Nunca esperé que Tina me hiciera esto —me suplicó atropelladamente.

—Lo haré, pero antes debes decirme ¿por qué estás aquí?

—No lo sé. Te lo juro, siempre os fui leales.

—Solo te lo diré una vez más: ¿Quién te ordenó matar al *Madreperla*? —Inquirí a voz en grito y recalcando cada palabra que decía.

—Yo no lo hice, joder. Sácame de aquí o te arrepentirás. La Guardia Civil sabe que estoy con vosotros —respondió con rabia, intentando que sus palabras envalentonadas surtieran efecto en mí y diera marcha atrás con el interrogatorio.

—Es mejor que lo cuentes todo, Charles. Te aseguro que no sufrirás si lo haces —insistió Tina.

—¡¿Estáis locos?! ¡Ya basta!, como broma es suficiente. Tengo amigos importantes que me buscarán —gritó desesperado.

—Déjate de ínfulas y baja a la tierra. No eres nadie y nadie te espera. Únicamente quiero saber quién te dijo que yo iría a Mijares. Un nombre, dame un nombre y no te causaré daño —le dije con serenidad, tratando de infundirle ánimos y creando, en lo posible, un halo de confianza y así vencer su resistencia.

En su mirada había desconfianza y tristeza. Miedo y odio. Presentí que con palabras no le haría confesar. Miré a un lado de la celda y vi una capucha mugrienta. Era un saco de arpillera al cual le habían reducido el tamaño para su nueva función. No habían tenido el detalle de hacerle los agujeros para los ojos, por lo que la persona a la que se le pusiera permanecería en la más absoluta oscuridad. Se opuso a que se la colocara, apoyé una rodilla en su pecho y con la mano izquierda le sujeté por el cuello; una vez que quedó a mi merced, procedí a ponérsela.

Hice un gesto a Tina para que abandonara la celda. Después me dirigí de nuevo a Charles, le hablé en voz baja para que Tina no me oyera, y le dije:

—Llevo años preparándome para sobrevivir. Me han instruido en artes marciales. Soy experto en el manejo de armas blancas. Podría acabar contigo de un solo golpe —hice una pausa, para que entendiera bien lo que pretendía decirle—. Para tu desgracia, no me han enseñado a torturar para conseguir información. Podría hacerlo, pero sería una chapuza e igual morías antes de contarme lo que quiero saber. Otro vendrá a arrancarte la piel a tiras si es preciso. Te puedo asegurar que hablarás. Nos iremos y quedarás aquí abajo a oscuras, entonces notarás el daño que provoca en tu mente el saber que estás solo, aislado. Desearás la muerte, suplicarás para que te la conceda.

En mi ánimo estaba debilitar su resiliencia y conducirle a un estado de miedo real a lo que le ocurriría si no colaboraba.

—Si tan bueno eres, desátame y peleemos, de igual a igual —fue la respuesta que obtuve. Amén de otros exabruptos que, si se me permite, obviaré.

Cerré la puerta y dejé las llaves en su sitio. Me llamó la atención unas katiuskas dentro de la sala y pregunté a Tina para qué las utilizaban:

—Las usaba tu padre —me dijo.

—¿Para qué? —insistí.

—Detrás de esa pared hay un pasadizo, a veces en invierno sube el nivel del agua.

Me quedé sorprendido por tanto misterio y le pedí que me abriera la puerta que conducía a su interior. Se acercó a la pared y retiró dos ladrillos. Por el pequeño hueco introdujo el haz de luz de la linterna. Luego los volvió a colocar y se dirigió a la esquina donde estaban engarzados los barrotes a la pared, tiró con fuerza de uno de ellos y el muro de la pared se abrió unos veinte centímetros.

—¡Empuja! —indicó Tina.

Así lo hice, empujé con toda mi fuerza abriéndose la pesada puerta de piedra. Ante mis ojos estaba el enigma más increíble que jamás pensé que existiera. Era un nuevo pasadizo totalmente oscuro.

—¿Y la luz?, ¿dónde se da? —le pregunté nervioso, expectante.

—No hay. Tu padre dijo que eso pertenece a la historia y como tal debe permanecer a oscuras.

Cogí la linterna y alumbré al tenebroso pasadizo. Una nebulosa fétida flotaba en el ambiente. Las miasmas generadas por el agua corrupta allí estancada me provocaban arcadas. El pasadizo tendría unos setenta centímetros de ancho y casi dos metros de alto. El suelo era de guijarros, probablemente arrancados al lecho del río; el reforzamiento de las paredes también era de piedra tallada y reforzada con ladrillos. Pude apreciar el desnivel pues desde donde estaba y hasta el final de la luz había escalones. Sentí el chillido horripilante de las ratas; en la pared vi la marca de las subidas del agua. Me pudo la osadía y decidí adentrarme en lo más lóbrego de la caverna.

Agarré las botas katiuskas, eran las mismas que había visto alguna vez a los pescadores en el río. Me llegaban casi a medio muslo.

—¿No estarás pensando en entrar? —oí a Tina—. Eres verdadero hijo de tu padre. Tan loco y atrevido como él. No puedes hacerlo, ¿me oyes? —insistió al ver que yo continuaba con la labor entretenida de calzarme las botas de agua—. ¡Y, Charles! ¿Qué hacemos con él?

—Tranquila. No te azores —le respondí, más pendiente de colocarme las botas que de su voz aguda y gritona—. Solo será una pequeña incursión.

Mientras yo bajo a indagar, tú le prepararas algo de comer. No quiero que se nos muera por inanición, y de paso apagas las luces del coche. Te las dejaste encendidas.

—Fuera del alcance de la luz hay un cruce de pasadizos, me lo contó Salvatore. Puedes perderte.

—Ya lo sé —le respondí.

—¡¿Que ya lo sabes?! ¿Qué es lo que sabes? —estaba un poco histérica, enervada por mi decisión de arrojarme de cabeza al interior de la caverna.

—Que debe ser peligrosa la vuelta, por eso marcó el camino al igual que hiciera Pulgarcito, pero en vez de echar migas de pan, él pintó flechas fluorescentes en la pared y por lo mismo tiene una cuerda de gran longitud atada al saliente de la misma —le apunté de forma tierna y alentadora, para que se tranquilizara.

—¿Prométeme que volverás? —me pidió, dándome un beso a traición.

—Lo haré. Si en dos horas no estoy aquí, busca ayuda. ¡Ah! Cuando te vayas cierra la puerta de la entrada a la sala, para que no se le oiga gritar —le dije señalando a Charles que, aunque en ese momento estaba callado, seguro que entraría en pánico y gritaría al oír el silencio que nace de la soledad y de la oscuridad, pues no tendría más visión que las hebras de los hilos del saco de arpillera que cubría su cabeza.

—Doménico —me llamó Tina—. Tu padre me dijo que hay una catacumba con una bóveda espaciosa debajo de la iglesia, parece ser que fue un cementerio.

—Te lo contaré cuando vuelva —le respondí, mientras me adentraba hacia lo desconocido con la cuerda anudada a la cintura.

Para ver el final del pasadizo tuve que ponerme en cuclillas. Una nube de telarañas se había extendido desde la bóveda hasta media pared. Antes de iniciar el primer paso tuve que emplearme a fondo contra ellas. Era evidente que hacía muchos años que Salvatore no había pasado por allí. Mi padre hizo del escapismo una filosofía de vida, pero no en el sentido estricto de la palabra, pues él nunca eludió sus responsabilidades hacia los demás. Lo suyo era mantenerse en un segundo plano, estar presente sin ser captado por la mirada de nadie. Gustó de proteger a su gente, todo en un

ambiente de discreción, era el auténtico guardés silente que toda gran obra necesita para mantenerse viva e incólume.

Al igual que él hizo un día, me dispuse a descubrir la verdad sobre la civilización soterrada de Toledo. Al lugar adonde me dirigía era tan misterioso, enigmático y cautivador como lo era mi padre. Iba a ser una aventura en la que trataría de descubrir los secretos del guardés.

Más allá de la luz propiciada por la linterna, todo era oscuridad; en la penumbra pude ver con repugnancia el acto caníbal de unas ratas arremolinadas dándose un festín; al notar mi proximidad huyeron despavoridas, alejándose de la orgía dantesca de la que estaban participando. Debieron oler mi miedo y decidieron atacarme; eran del tamaño de un gato de dos meses, algunas me mostraron sus incisivos repulsivos antes de intentar devorarme. Al principio las despaché a patadas, luego a las que se me tiraban como kamikazes, a linternazos o a manotazos. Opté por volver hacia atrás, despacio, pero sin pausa y sin perderles la cara.

Pisé la cuerda con tan mala fortuna que di con mis huesos en el suelo. Suerte que llevaba todo el cuerpo cubierto, salvo la cara y las manos. Intenté protegerme como pude, sentí el desgarro de la piel por una dentellada en la mano izquierda, y el dolor por la mordedura no era comparable con el miedo que tenía. Grité de rabia y saqué la pistola. Disparé una y otra vez a tientas pues había perdido la linterna. Un ruido infernal se hizo dueño del pasadizo, por momentos creí que mis oídos habían reventado.

Desaparecieron como lo hace un enjambre de avispas ante la presencia de humo; recuperé la linterna y salí de allí como una exhalación. Cerré la puerta y abrí la mazmorra en donde dejé a Charles y cogí la tea, entonces entendí el motivo por el cual Salvatore la tenía allí. El fuego las alejaría de mí. El hecho de que alguna me hubiera seguido hasta la sala, reactivó en mí la sensación asquerosa y desagradable que casi todos los humanos tenemos a esos bichos.

Las perseguí con saña y a cuchilladas las exterminé. Charles, al oírme, se puso a gritar, le propiné un puñetazo y calló. No tenía tiempo de retirarle la capucha y descubrir qué le había hecho. Por su silencio y la forma en que

se le quedó la cabeza descolgada sobre el hombro, supuse que perdió por un momento la conciencia.

Dudé si volver a entrar u olvidarme del asunto. Miré el reloj y no había pasado ni media hora desde que me despedí de Tina, así que me infundí valor y me dije a mí mismo que o entraba en ese momento o ya no volvería hacerlo por miedo.

Vertí el agua que le habían puesto a Charles en un pañuelo y me cubrí con él la boca y la nariz, para evitar el mal olor. Encendí la tea y enganché la linterna en el cinturón del pantalón. Abrí la puerta y eché al interior del túnel las ratas muertas, pensé que si se las comían, alguna perecería gracias al veneno del cuchillo con el que las maté.

¡Ahora o nunca!, me dije. Con la tea en una mano y en la otra el cuchillo, comencé a caminar hacia el interior. Habían desaparecido las putas ratas, al menos en grupo. Avancé despacio, el olor ya no me parecía tan desagradable; algún roedor aparecía en mi camino, pero se retiraba al verme. El camino cada vez era más inclinado, con escalones de piedra para salvar el desnivel. Llegué a un punto muerto, una cámara circular daba salida a una encrucijada de pasadizos. Ante mí, tres caminos iguales y no sabía cuál elegir. Iluminé el techo y no vi señales indiciarias que me animaran a elegir uno sobre los otros. Exploré unos metros de cada uno de ellos y volví al punto de inicio. En ninguno vi flechas en las paredes.

Cerré los ojos y traté de llevar a mi mente el plano horizontal de la zona. Recordé que Tina me contó que Salvatore había encontrado un osario en el subsuelo de la iglesia.

Opté por tomar el camino de la izquierda, pues entendí que era el camino natural que yo elegiría en el exterior para ir a rezarle a Dios por mi alma confundida.

El pasadizo se estrechó y el agua hizo su aparición, lo cual me alegró pues le vi el sentido a las katiuskas y pensé que había elegido la dirección correcta. A partir de ese tramo las paredes cambiaban el color natural del material con el que fueron construidas por otro negruzco, escupían agua y conforme me adentraba por el laberinto de túneles, me encontré con partes de la roca comida por la erosión del agua que, en algún punto, caía como si fuera una fuente, creando una torrentera.

Por fin el desnivel cesó, la constante emanación había formado una balsa natural cubriéndome hasta las rodillas; apenas había fango en el fondo por lo que deduje que debía haber filtraciones hacia el exterior, probablemente hasta el mismo Tajo, o perderse en las mismísimas entrañas de la tierra.

Atravesé la balsa y pasé por una estrecha galería hecha con piedras de una antigua muralla; un socavón de más de un metro de largo surgió de la nada que si me descuido me traga. Tuve que hacer equilibrio en el mismo borde para no caer. Solté la tea para sujetarme a la pared. Enfoqué con la linterna y no se veía el fondo, tan solo agua empozada. Todo era silencio y oscuridad. Por suerte, la antorcha que portaba no cayó al pozo. Dudé sobre continuar o volver. Me pareció una locura lo que estaba haciendo pues no sabía si la longitud de la cuerda sería suficiente para permitirme llegar al final de la meta.

Todo en mí eran sinsabores cargados de energía negativa. Me preocupaba el no saber cuánto me quedaba; el pañuelo que llevaba en la boca ya no filtraba el hedor pestilente que había, aunque confieso que poco a poco me fui acostumbrando y podía sobrellevarlo. Lo peor, la incertidumbre sobre si había elegido el camino correcto o había tomado otro equivocado.

Me tomé un respiro, si se me permite la broma, pues era lo que menos me apetecía hacer allí abajo. Eché unos metros hacia atrás, tiré de la cuerda y corrí hacia adelante saltando al otro lado de la boca del mismísimo báratro. Lo llamé así, pues desde su interior emanaban gases con luz pálida, fosforescente, propia de cementerios y que se generan por la descomposición putrefacta de los cuerpos allí enterrados.

La nueva galería de piedra amurallada tenía el suelo húmedo por el agua que rezumaba de las paredes del muro. Por el centro corría un pequeño hilo, el resto estaba enmohecido, por lo que debía andar con cuidado si no quería probar la dureza de las piedras en mis posaderas. Musgo, moho y algas convivían convirtiendo el suelo en una verdadera pista de patinaje.

No me lo podía creer. La galería, por la que llevaba andado desesperado por la zozobra que produce el miedo a lo desconocido, desembocaba en una cueva en forma de elipse, cuya bóveda se encontraba a más de cuatro

metros de altura. Mis ojos brillaron al descubrir el secreto mejor guardado por mi padre.

Salvé los primeros escalones con cuidado de no caerme, la pendiente era casi vertical. No pude continuar bajando. Me quedé encaramado a lo más alto del último peldaño de la felicidad; extasiado contemplé con asombro lo que para mí podría ser de un valor arqueológico incalculable. Con la linterna en una mano y en la otra la tea, fui escrutando lentamente cada centímetro de la cueva. Al primer golpe de vista podría decirse que en su origen la habían destinado para dar descanso eterno a las almas de aquellos que pertenecieron a una determinada orden. Pues desde la misma entrada del corredor a la cueva todo lo que vieron mis ojos fueron nichos al descubierto.

Las paredes estaban construidas de sillares negros; en cada tres hileras dispusieron de un nicho; tres nichos levantaron por altura. Igualmente, cada tres nichos, y a la altura de tres hileras, construyeron un arco de medio punto con el fondo de ladrillo rojo con una base para usarla como un pequeño altar. Pegado al ladrillo todavía quedaban restos de figuras talladas en piedra granítica.

Los cadáveres estaban cubiertos por un sudario deteriorado por el tiempo y roído por las mismas alimañas a las que sirvieron para nutrirse de su carne putrefacta.

En ese ambiente macabro, no pude reprimir sobrecogerme al ver siluetas dantescas en la penumbra; sombras que al girarme desaparecían. No sabía qué hacer. Tuve miedo y pensé que debería decidir entre llevar las manos ocupadas para alumbrar, o guardar la linterna y empuñar una de las dos armas que llevaba.

Opté por guardar la linterna y coger el cuchillo, que por su tamaño parecía una espada corta. Entonces descubrí que el dueño de las sombras chinescas era yo. Allí no quedaban más restos de vida que las ratas, alguna culebra pequeña y mis miedos.

Procuré con todo respeto no profanar ningún cadáver, la mayoría portaban crucifijos de madera colgados al cuello por una cinta de cuero. Igualmente encontré otros postrados con armaduras y armas de combate.

En el centro aproximado de la cripta, detrás de un muro de piedra con arco, una pequeña cueva hacía de osario. Cuando ya tenía hecho casi todo el recorrido noté que el fuego de la antorcha revivía, moví el brazo hacia un lado y hacia el otro, hasta que descubrí una entrada encubierta por unos maderos podridos y piedras.

—No quise meterme mucho en faena, desescombré un poco y apareció otro corredor cavernoso, con escalones raídos y caída en vertical. Esta salida sería la que conduciría fuera del terreno amurallado —me dije.

Recordé que estando en prisión, mi padre compró una reproducción de un cuadro de El Greco, «*Vista de Toledo*» creo que dijo que se llamaba, con el fin de que yo entendiera mejor la comunicación subterránea de Toledo con el río, los extramuros. Ahora entendía a qué se refería. Él lo descubrió y guardó el secreto para compartirlo conmigo. Yo me adelanté a su sueño y esperaba que cuando se lo contara no se enojara demasiado conmigo por mi osadía.

No pude reflexionar ni extasiarme por más tiempo en la contemplación de aquello que acababa de descubrir. Unas detonaciones me sobrecogieron. Temí lo peor y abandoné la cueva todo lo rápido que pude. Resbalé golpeando el hombro contra un hierro que sobresalía de la roca. Una hendidura en la pared me permitió observar una puerta de piedra oculta, que en su día debió utilizarse para sellar el corredor y servir como protección a los que allí se refugiaban.

Al llegar al final de mi camino apenas tenía fuerzas para abrir la puerta secreta de la sala. Entré y la cerré. Delante de mí, dentro del calabozo, estaba Tina con la cabeza entre las piernas cruzadas de Charles. Ninguno de los dos se movía, un reguero de sangre avanzaba hacia el pequeño pocillo.

Desenfundé mi arma y apunté a Charles, al mismo tiempo que dirigía hacia ellos la luz de la linterna. Sobre su pecho se apoyaba la mano derecha de Tina portando una pistola. Él no llevaba la capucha puesta, trató de hablarme y una bocanada de sangre salió expelida por la boca. Avancé hacia ellos con precaución, en ningún momento dejé de apuntarle a la cabeza. Retiré el arma de Tina y la liberé de entre las piernas de Charles. No se movía ni respiraba. Tenía toda la cara cubierta de sangre, se la limpié con las manos y no era de ella. Hice todo lo posible por reanimarla, fueron unos

momentos sobrecogedores, agónicos. Insuflé sus pulmones con el aire dolorido de mi alma al ver que se me iba. Oprimí con mis manos en la punta del esternón. Una, diez, veinte veces… Volví a abrir su boca y a llenarla de aire.

Entornó los ojos, la mirada lánguida, perdida. Una exigua sonrisa fue lo único que me devolvió. Un tropel de lágrimas temerosas cayó por mi mentón hacia sus labios. La cogí en brazos y corrí túnel arriba, hacia la casa. Por el camino noté como sus manos se movían. La tumbé en la cama y esperé a que reaccionara.

—¿Cómo está Charles? —fue lo primero que dijo.

—Está muerto —le respondí lacónicamente.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho? —se preguntó.

Abrió los ojos buscando mi perdón. Los labios trémulos, la cara desencajada. El azul de su mirada quedó eclipsado por lágrimas voraces deseosas por despeñarse al vacío. Por fin arrancó a llorar. Lloró con pena y rabia al mismo tiempo.

—No te preocupes. Descansa, siempre estaré a tu lado —le susurré. Sentí un gurruño en la garganta que apenas me permitía hablar, pues su congoja era mi sufrimiento.

Permaneció tumbada, impávida. Acaricié sus cabellos, besé su frente y garabateé corazones en su mejilla. Tina Coín agradeció mis caricias devolviéndome una dulce sonrisa. Al notar el tacto de mi piel, calmó su llanto y la respiración se le atenuó haciéndose más normal. El tono y la expresión de su rostro eran sinceros; en ellos se reflejaba el dolor por la muerte del que hasta hacia unos minutos fue su amigo.

Tomó mi mano y la apretó contra las suyas. Intentó hablar pero le fue imposible gesticular palabra alguna. Se atrevió a contarme lo ocurrido cuando su alma encontró algo de sosiego en ese duro calvario que provoca en la mente la muerte de un conocido. Solo entonces, y no antes, fue capaz de hablar:

—Hice algo de comida para nosotros —comenzó a hablar sin titubeos— y de paso también para él. Como tardabas decidí hacer tiempo y bajé a llevársela. Me pidió que le soltara para que pudiera comer. Me dijo que no se escaparía. No accedí a su petición y me acerqué a él, le retiré la capucha

y, cuando me volví a por la bandeja, me atrapó entre sus piernas. Fue todo muy rápido —calló.

Sujetó de nuevo mis manos, un silencio contrito le comprimió los párpados obligándola a cerrarlos y suspirar con dolor.

—Tómate tu tiempo, nena. Yo me encargaré de todo —atiné a decirle, tratando de que mis palabras le infundieran aliento.

—Creí que me mataba, cogí la pistola que llevaba y disparé. Le disparé y lo he matado —apenas podía entender lo que me decía entre sollozos, de manera atropellada y confusa—. ¡¿Qué vamos hacer ahora?! Dime, Doménico, ¿qué haremos?

—Enterrarlo. Eso es lo que vamos hacer —le dije de forma alentadora —. Y de esto ya no hablaremos más. Lo hecho, hecho está.

—¿Qué va a pasarme? —preguntó llorando.

—Nada. No te ocurrirá nada. Si alguien pregunta, yo le maté. Juntos afrontaremos esta crisis. Saldrás adelante, debes sobreponerte. Tienes que ser capaz de vencer este trauma. Has de ser fuerte. ¿Me has entendido? —le dije, dando por concluida la conversación.

Solté sus manos y me dirigí hacia la cocina.

—¿Adónde vas? —me requirió.

—A dar sepultura a ese desgraciado.

—Voy contigo. No quiero quedarme sola.

—Como quieras.

Le pedí a Tina que me diera un mantel de hule y también cuerdas o cinta de embalar. Llegamos a la sala y allí estaba semisentado Charles con los ojos abiertos. Corté sus ataduras y lo eché sobre el hule. Di vueltas a su cuerpo hasta dejarlo completamente enrollado en el mantel. Lo até con las cuerdas que me consiguió Tina y, al igual que lo hacen los porteadores, lo levanté y el pesado fardo me lo eché al hombro.

Tina marchaba delante. En una mano la antorcha y en la otra la linterna. La galería parecía haber estrechado el conducto, el pertinaz olor era más nauseabundo y sus ilustres moradoras gritaban y corrían al ver nuestras siluetas tenebrosas, engrandecidas por el efecto de la iluminación.

Llegamos al cruce de pasadizos y guie a Tina hacia aquél en dónde encontré un pozo. Ese sería nuestro destino. Le advertí que fuera con

cuidado y alargara el haz de la linterna todo lo lejos que pudiera. Una vez llegamos a nuestro siniestro destino, descargué mi pesada carga al vacío del pozo. Sentimos el impacto sordo del cuerpo sobre el agua. Un débil chapoteo salpicó nuestros pies.

—¿Quieres rezar por su alma? —le pregunté a Tina.

—Sí. Por favor, déjame un momento a solas con él —me dijo, al mismo tiempo que me hacía portador de la tea.

Me retiré un par de metros para facilitar intimidad entre ella, el difunto Charles y Dios. Tina Coín se puso de rodillas y oró. Nunca pensé que fuera tan creyente; es más, ni siquiera imaginaba que fuera creyente. Cuando terminó el réquiem por el alma del desdichado Charles se santiguó, y se despidió en latín con la voz rota y sincera.

—*Requiem aeternam dona ei, Domine, et lux perpetua luceat ei. Amén* —resonaron sus palabras cargadas de tristeza en la oquedad de la galería.

—Amén —me atreví a responder, e incluso hice la señal de la cruz como muestra de respeto hacia la mujer destrozada y compungida que tenía ante mí.

Se levantó y pasó a mi lado, con la mirada esquiva, avergonzada. Vagamos en silencio por aquella encrucijada de caminos cargados de historia y de muerte. Tina inició la marcha hacia la salida y ahora era yo el que portaba luz a un cuerpo errático que, como un alma en pena, iba delante de mí. Incapaz de andar erguida, con la silueta encorvada, cabizbaja y los brazos cruzados, se arrastraba por el pasadizo con la carga pesada que le provocaba el sentimiento de culpa. Llegamos a la sala y cerré la puerta. Se volvió y abrazó mi cuerpo desconcertado.

—Eres una buena persona, no mereces pasar por esto —le dije de forma alentadora.

—Ya está hecho, tendré que aprender a vivir con ello —me respondió agazapada entre mis brazos.

—Cal. Necesito ir a comprar cal viva —murmuré.

—¿Cal? ¿Para qué?

—Para echarla al pozo, nos ayudará a acelerar la descomposición del cuerpo —le respondí.

—Tenía entendido que la cal se usaba para enjalbegar.

—Sí, es cierto. Lo mejor es que al mezclarla con agua, se produce una reacción química cáustica, con desprendimiento súbito de calor, que hará difícil la identificación del cadáver.

—Desconocía que supieras química —me dijo, esbozando una forzada sonrisa.

—Y yo que tú supieras latín.

—Rogué al Señor que le concediera el descanso eterno y que, allá donde esté, brille para él la luz perpetua —respondió satisfecha por lo último que hizo por Carlos Hortelano, aquel que con el sobrenombre de «*Charles*» fingió ante todos ser su novio.

Nos quedamos en silencio, abrazados y cuando creí que estaba más reconfortada, le sugerí abandonar la sala y dejar atrás el calabozo vacío. En el ambiente pervivía la sombra del momento tan desagradable que había vivido hacía apenas una hora. En el suelo aún quedaban restos de sangre. Me disponía a cerrar la puerta cuando Tina se volvió y me preguntó:

—¿Has dicho que querías cal?

—Sí —le respondí.

—Yo sé dónde hay una espuerta de goma. Hace años que no he vuelto allí, pero igual tenemos suerte.

—Pues vayamos a comprobarlo. ¿Dónde es?

—En tu casa del callejón de los Muertos —me dijo.

Oír el nombre de la calle y encogérseme el corazón fue todo un mismo acto. Debí quedarme absorto pues Tina me zarandeó los oídos con palabras que no oí. Ahora el que habló con la voz rota, como si llevara tiempo sin hablar con nadie, fui yo. Mi mente y mi alma, por momentos, se consumían en aquel lugar.

—No tengo las llaves —mascullé.

—No importa sé dónde las dejaba tu padre. Además, no hacen falta, recuerdo como se entraba por los pasadizos. ¡Ven sígueme!

Abrió la desvencijada puerta y el chirriar de los goznes me sacó de la catarsis en la que sucumbí con solo escuchar el nombre de esa calle.

Volvimos a la sala y se dirigió hacia la percha que servía de porta llaves, tiró de ella hacia abajo con todas sus fuerzas; resopló y gritó, y todo permaneció igual. Se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Es que no piensas ayudarme?

—Sí, claro. ¿Dime qué quieres que haga?

—La percha es la llave al pasadizo de tu casa. Alguna vez vi, a escondidas, a tu padre, abrirla y entrar. Confía en mí —me dijo al percibir en mi rostro la duda por lo insólito que me resultaba todo.

—Eres un montón de secretos oscuros —le dije.

—Yo no. Tu padre —me respondió.

Cogí el artilugio con las dos manos y me colgué en él, tirando con todas mis fuerzas hacia abajo. No conseguí que la pared se abriera. Miré a Tina instándole a que hiciera un esfuerzo de memoria.

—Le he visto en más de una ocasión bajarla, estará bloqueada. Créeme —me dijo.

Volví a repetir la operación apoyando, ahora, una pierna contra la pared para hacer de palanca y tampoco resultó.

—Algo falla —le dije, intentando, fuera de mí, arrancar el maldito hierro oxidado en forma de percha de la pared. Entonces ocurrió que al tirar de él conseguí que saliera para afuera unos tres centímetros. Fueron suficientes. Miré a Tina que, por su expresión, aplaudía mi descubrimiento pues así quedaba patente su acierto. Pude oír perfectamente un «*clack*», como señal de que quedó encajado dentro de un mecanismo interior. Volví a tirar con fuerza, pero era inútil, estaba bloqueado.

Todo era enigmático, lo empuñé de nuevo y comencé a moverlo intentando encontrar la posición que nos diera la clave para abrir la puerta secreta, de la que Tina daba fe que existía. Cuando la angustia por encontrar la forma de entrar empezaba a hacer acto de presencia, la suerte se alió con nosotros. Fue, o iba a ser, el último intento bajo la mirada retadora de Tina. Lo apresé de nuevo y empujé hacia arriba, del interior de la pared salieron ruidos de engranajes no ajustados. Continué subiendo la percha como si fuera una palanca y un paño de la pared del tamaño de una puerta se abrió hacia dentro. Persistí hasta que la parte curva del gancho hizo tope contra el muro y la puerta se deslizó hacia la izquierda regalándonos un ruido chirriante.

Dirigimos la luz de la linterna hacia el hueco que había dejado la puerta.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté a Tina descorazonado porque después de tanto esfuerzo, en vez de resolver el galimatías lo que ocurrió fue que ante mí tenía otra pared, y esta era de granito.

No me respondió. Se me quedó mirando, aún no había despertado del *shock* que le supuso la muerte de Charles. Permanecía alelada. A la altura de los ojos observé una trampilla, la icé y dejó al descubierto una tobera usada para espiar a lo que hubiera al otro lado. Me armé de paciencia pues tenía la presunción de que, si la puerta de la sala se abrió, ahí, ante mis narices, tenía que haber otra forma de entrar.

Dejé a Tina la linterna para estar yo más disponible en dar con la clave que nos permitiera encontrar el acceso a la nueva gruta o pasadizos. Aquello parecía un jeroglífico, que no me atrevería a decir a que época pertenecía. Quizás, en la ciudad de las tres culturas, como llamaban a Toledo, venía a referirse al dato histórico sobre que las tres convivieron y que, aunque unas llegaron antes que las otras, cada cual fue escribiendo su leyenda por estos túneles.

—¿Qué dices? —me preguntó Tina—. Estás hablando solo, ¿lo sabes?

No respondí. Busqué una hendidura, algún trozo de hierro, mecanismo, algo que fuera indiciario sobre la pista que me permitiera descubrir que me encontraría al otro lado. Si bien es cierto que Tina me dijo que era el paso a la cueva de mi casa del callejón de los Muertos, desconocía en ese instante qué secretos me aguardaban antes de llegar a mi destino.

En esas disquisiciones me hallaba, cuando pisé algo junto a la pared granítica y de nuevo sonidos ruidosos me castigaban los oídos. Otra vez, al igual que con la puerta anterior, la pared se abrió hacia el interior. Retiré la linterna a Tina y despacio, muy lentamente, fui fisgoneando lo que teníamos de frente.

Era una sala más pequeña que la descubierta hacía unas horas. En el centro había un altar de mármol grisáceo, que en su día debió ser de color marfil. Las losas del suelo estaban destrozadas a golpes de maza y pico. Las paredes tenían incrustadas imágenes de caballeros medievales. Las conté y había once. En la bóveda destacaban unos frescos de vivos colores y expresividad, cargados de un fuerte simbolismo al culto satánico.

De nuevo sentí una angustia terrible, ya no sabía qué más sorpresas me depararían los secretos de mi padre. Estaba en la Gran Sala, el lugar en el que Miguel me retuvo y torturó junto a la pobre Sagrario.

Sí. El destino quiso que volviera al mismo sitio donde empezó todo, estaba en mi «*santuario*». Inconscientemente busqué el cuerpo de Miguel, mas no hallé en su lugar más que la piqueta con la que su mujer le dio muerte.

Tina Coín debió apercibirse de mi estado y me dijo:

—Mira, aquí está la espuerta con la cal. Es a por lo que hemos venido, ¿no? Cógela y vámonos. Por hoy es demasiado.

—Te das cuenta, Tina, de lo que tenemos delante y detrás de nosotros —atiné a decirle. Ya repuesto de la primera impresión y venido arriba, más que nada para infundirle ánimos.

—Sí. Pero tengo ganas de lavarme y quitarme la ropa manchada de sangre.

—Estos pasadizos reflejan la historia de esta ciudad milenaria, sus túneles están engarzados unos con otros y todos abiertos a la ribera del Tajo. Adentrándonos en ellos podremos entender lo que ocurrió aquí hace cientos de años.

No me respondió. Se colgó la linterna en el cinturón del pantalón y se dirigió a la espuerta que estaba cubierta por un plástico. Lo retiró y comprobó su carga. No era la típica espuerta de uso cotidiano en la construcción, más bien por el tamaño y forma cilíndrica parecía un capacho. La asió por las asas y se dispuso a cargar la pesada carga sin esperarme. Abandonó la cueva; el reflejo de la llama de la tea sobre su cuerpo proyectó una sombra taciturna que desapareció entre las paredes.

Me hubiera quedado más tiempo a contemplar y de paso recordar lo que allí ocurrió. Mi padre, o alguien enviado por él, limpió todo rastro que quedara de Miguel. La cal debieron usarla para lo mismo que yo haría ahora, lo que no entendía era por qué la dejaron allí, en mi «*santuario*» en mi centro sagrado. Probablemente se quedó olvidada ante los desgraciados acontecimientos concatenados que surgieron, desde aquel día hasta mi detención por el asesinato del marido de María.

Los gritos de Tina, reclamando mi presencia, me rescataron de la penumbra de mis recuerdos. Al instante desaparecieron las imágenes que en *flashes* se paseaban por mi mente.

Cerré todas las entradas y me anudé la cuerda a la cintura. No hizo falta que pidiera a Tina que me acompañara. Me eché al hombro el capacho de goma, medio lleno de cal. Ella delante, marcaba el paso provista de la tea, cuya llama ahuyentaba cualquier intento de aproximación de las ratas. Le pedí que se detuviera, pues en esa posición iba limpiando todas las telas de araña que colgaban del techo. Caían sobre mi cabeza, cubriéndome los ojos. Era molesto y angustioso, pues tenía que ir retirándolas de la cara con una mano, mientras que con la otra sujetaba el capacho sobre el hombro. Proseguimos nuestro macabro itinerario, con la espuerta cogida por las asas y a un lado del cuerpo.

Llegamos a nuestro destino y pude descansar, y limpiarme la cara. Alumbramos el interior del pozo; el cuerpo inerte de Charles permanecía flotando en la superficie. Pedí a Tina que se pusiera un pañuelo sobre la cara y yo hice lo propio. Había estudiado en clase de química cómo se hacía y lo que ocurría al verter la cal sobre el agua, pero nunca lo había experimentado.

—Cuando eche la cal al pozo, reaccionará con el agua y desprenderá gases que probablemente nos ataquen a la vista y a la respiración. No nos quedaremos para comprobar qué ocurre. No te quites el pañuelo hasta que no estemos fuera de aquí, ¿de acuerdo? —advertí a Tina.

—De acuerdo —me respondió moviendo la cabeza afirmativamente.

Acerqué el capazo al borde y vacié las piedras de cal a su interior. No habíamos abandonado la zona cuando a nuestros oídos llegó el sonido del agua regurgitando la cal.

Las prisas no son buenas consejeras y en la carrera por abandonar el lugar, Tina pisó la cuerda, involuntariamente. Perdí el equilibrio y caí al suelo pedregoso e infecto de la galería. Me golpeé en la frente con tal brutalidad que por instantes se me fue la consciencia. Quedé aturdido. Únicamente veía lo que imaginaba sería el cuerpo de Tina, escondida detrás de la linterna enfocándome a los ojos. Noté el calor de la sangre resbalando

por el rostro y perderse por el mentón abajo. Por fin, me llegó la atronadora y gritona voz de Tina:

—Levántate, Doménico, si no quieres servir de merienda a las ratas.

Se quitó el pañuelo de la boca y lo unió al mío y los puso en la frente comprimiendo la herida.

—Gracias, nena. Hoy casi me matas para luego salvarme.

Por fin llegamos a la sala en donde encontró la muerte Charles. Cerramos la pesada puerta que conducía a su tumba y nos fuimos a la casa. Tina me curó y me puso unas vendas en la cabeza, hizo la propio en la herida que me hizo la rata al morderme, luego me duché mientras ella buscaba ropa seca de mi padre por los armarios. Cuando terminé, sobre un taburete había dejado unas toallas y un pantalón de mi padre. Luego ella ocupó mi lugar y se encerró en el baño.

Tardaba, miré el reloj. Las cinco. María estaría preocupada, salí por la mañana sin decirle adónde iba —pensé—. Pasé a la cocina donde un agradable olor a comida me había despertado el apetito. Tina, mientras yo me duchaba, había recalentado lo que preparó para comer. En una fuente vi ensaladilla rusa, opté por picar un poco.

De repente me entraron prisas por marchar en busca de María y llamar a mamá Vega. Quizás estuviesen todos preocupados por mi desaparición. Esperé a que Tina saliera de la ducha para decirle que se fuera a mi casa en la avenida de la Reconquista. No debía quedarse allí sola.

—¿Te marchas? —oí su voz aterciopelada, sensual, inocente. La fragancia de su piel, cubierta por una toalla de baño, abortó momentáneamente mis deseos por irme.

—Sí. Me iba ya. Pero antes quería decirte que no te quedes aquí.

—Y, ¿adónde se supone que he de ir, Doménico? —dijo, acercándose a mí.

Soltó sus cabellos de diosa vikinga que traía recogidos en un moño. Dejó la toalla caer al suelo permitiéndome contemplar su excelsa desnudez. Traté de disimular la emoción por lo que estaba ocurriendo; avanzó grácilmente hacia mí sin dejar de mirarme, apenas tocó el suelo con los pies. Traté de permanecer impertérrito, sentía como me ahogaba en el mar azul de sus enormes ojos. Su cuerpo desnudo, temblando, me hechizó,

podía sentir los latidos de su corazón debajo de la turgencia de sus pechos grandes, hermosos y testimoniales de su edad. Traté de negarme a acariciarlos cuando ella cogió mis manos y las guio para masajearlos. Sus párvulos labios temblorosos me excitaron. Me contuve incluso cuando bajó mi mano, rozando su piel suave con las yemas de mis dedos. Se detuvo en la frontera de su jardín poblado de vello rojizo y ondulado. Luego pasó sus dedos por mi boca, mientras yo jugaba con los rizos del monte de Venus, suave promontorio que domina la entrada al valle fértil del Portal de Jade.

—Debo irme —le dije, sin atreverme a mirarla, sabedor de que no estaba convencido de querer hacerlo.

—No te vayas, ¡quédate! No me dejes, al menos ahora. Estoy asustada, tengo miedo —suplicó besuqueando mi cuello.

—No soy libre. Pertenezco a María.

—Y ella, ¿a quién pertenece, a ti o a Anna? —si quería herirme lo consiguió. Sus palabras entraron en mi cerebro al igual que si fuese metralla de mortero.

La cogí del pelo y levanté la mano para abofetearla. Su mirada insolente me contuvo, la besé con rabia, mordí sus labios con frenesí. Saltó y se amarró a mis caderas colgándose del cuello. Después me golpeó y proclamó su amor:

—Quiero besarte, amarte, morderte el alma entera hasta desgarrarla. Porque te amo con locura, te siento tan mío que le abrasaría los ojos, a fuego lento, con mi mirada, a esa que dice que te ama.

La llevé en volandas a la cama, rompió los botones de mi camisa con furia desmedida. Besó mi cuello, mi boca. Nos besamos los dos. Antes de desnudarme me dijo:

—Te quiero. Te amo desde el primer día que te vi. ¡Ámame!

De pie, frente a la cama, volví a contemplar su desnudez. Me miró y pidió que me acercara a ella. Opté por desobedecer y acaricié sus piernas desnudas y suaves para luego separarlas, deposité besos en las rodillas y en la parte interior de sus muslos. Cobijé a las puertas de su jardín las yemas de mis dedos, al rozar sus labios sentí las contracciones de su estómago. Recorrí con la lengua cada minúsculo poro del clítoris, su pequeño y carnoso cuerpo eréctil. Vibró y gimió cuando lo aprisioné con mi lengua,

gritando sin pudor al succionarlo. Acaricié con mis labios las ingles mientras mis diestros dedos se empapaban de su excitación. Levanté la cabeza y tenía los ojos cerrados, muy despacio abandoné ese lugar mágico y fui subiendo lentamente desde el Palacio Celestial hasta sus pechos; con amor los palpé y lamí sus pezones prominentes. La besé, primero despacio, a continuación dejé que fuera ella la que me besara y comprobara el sabor delicioso del néctar embriagador que fluía de su interior.

Toda la furia sexual que esgrimió en la cocina, de repente desapareció. Al principio pensé que su pasividad era debida a que todavía se encontraba bajo los efectos de lo ocurrido hacía unas horas en los sótanos. Al notar la dureza de mi erección en las puertas de su Cámara Sagrada, hizo un movimiento con la cadera y se apartó.

—¿Qué ocurre? —le pregunté mirándola con ternura.

—Soy virgen, mi amor. Nunca antes estuve con otro —me dijo con voz temblorosa.

Aquello fue un zarpazo. Las neuronas ganaron la batalla al momento sensible en el que, por culpa de la testosterona, me encontraba. Me detuve en seco, quedé inmóvil, en el amplio sentido de la palabra.

Echado sobre ella, no sabía qué hacer. Me observó extrañada, con los ojos abiertos como puertas al mar azul de su mirada. Lágrimas rapaces abordaron sus pestañas sin atreverse a saltar al vacío.

Me incorporé sin dejar de mirarla y me senté a un lado de la cama. Se levantó y se acurrucó en mi espalda, la recorrió palmo a palmo con sus labios. Con las uñas hizo pequeños canales, su lengua humedeció la sequedad de mi piel consiguiendo que me estremeciera.

—Debes parar —le dije apartándola de mi espalda y atrayéndola hacia mí.

Con mimo, con dulzura, la cogí por la barbilla y mirándola me atreví a hablarle, entre susurros:

—Aunque en estos momentos esté confuso, yo no te amo, Tina. No puedo tomar aquello que llevas guardando tanto tiempo para una ocasión especial. Ese día lo recordarás toda tu vida y cuando lleguen a tu mente, a tu corazón, las imágenes de ese momento, te gustará pensar que aquel al que se lo diste, fue por amor.

—No te he rechazado, mi niño. Te he dicho que soy virgen para que lleves cuidado. Quiero hacerlo contigo. Si te dijera que lo tenía guardado para ti, ¿me creerías? Tú serás mi recuerdo especial, siempre te llevaré en mi corazón. Yo he pensado eso mismo que tú dices cientos de veces. Si te digo que te siento dentro de mí, aunque estés tan lejos, no lo hago con retórica, es que de verdad me llega tu influjo a través del aire que respiro. Únicamente me apetece desnudarme para ti, tumbarme despacio en la cama y que tus manos recorran dulcemente mi cuerpo. Su calor, junto con tu aliento y tu lengua de seda, se ocuparán de aliviar la tensión que tengo en mi alma y aquí —me cogió una mano y la llevó a su pecho, apretándola contra él, para terminar diciendo—: pero ellas saben que lo bueno se hace esperar.

Su mirada llena de vida alcanzó de pleno mi corazón a través de mis ojos. Sus trémulos labios, humedecidos por lágrimas fugaces que empañaban sus pómulos, me incitaban a besarlos, a darles calor, a aliviar la tensión que padecía en todo el cuerpo.

Debió notar que no estaba muy convencido en abandonar la habitación, en dejarla allí. Aprovechó la ocasión ante mi vacilación y tomó la iniciativa. Se subió sobre mis piernas y lamió con sensualidad mi abdomen. Acarició mis genitales y me besó en el cuello. Notó como mi miembro se levantaba furioso y apretó el glande. Me habló con la lengua en mi boca, dijo frases ininteligibles para cualquiera ajeno a esa atmósfera de pasión y sexo:

—No te vayas, por favor. Entra en mí y haz que mi alma quede suspendida por la magia del placer.

Tal y como estaba, la recosté sobre las sábanas blancas de hilo. Le pregunté dónde había velas.

—En la cocina en el primer cajón de la alacena —me respondió extrañada por mi pregunta.

Cubrí su cuerpo con la toalla, antes la besé y acaricié sin apenas rozarla el interior de sus piernas.

—Ahora cierra los ojos y piensa lo que te gustaría hacer con mi cuerpo desnudo. No los abras hasta que yo no te lo diga.

Besé de nuevo sus labios con sabor a ella y la ayudé con besos a que cerrara los párpados. Fui a la cocina y busqué en la alacena las velas, allí

encontré dos grandes, de unos veinte centímetros, gruesas. No era lo que buscaba, pero valdrían para mi propósito. Tomé cuatro platos pequeños y un cuchillo grande. Las partí por la mitad y volví a la habitación. Tina continuaba con los ojos cerrados, al oír mis pasos los abrió. La miré y, por el gesto de mi cara, entendió su desobediencia y volvió a cerrarlos.

Encendí las velas, bajé las persianas y corrí las cortinas. Encima de la mesita había un magnetófono, busqué entre las cintas de casete alguna que fuera apropiada para el momento. De entre ellas elegí una de Richard Clayderman. Pulsé al *play* y una dulce melodía interpretada al piano comenzó a sonar, se llamaba «*Balada para Adelina*». El ambiente creado empezaba a gustarme, era ideal para el momento. Sobre la cama, boca arriba, cubierta parcialmente por la toalla, permanecía Tina con los ojos cerrados.

Fui al baño y rescaté, de un armarito Romi polvoriento, una crema hidratante para después de tomar el sol. Al salir, colgada de la percha que había en la puerta, vi un pañuelo de cuello y lo llevé conmigo a la habitación donde Tina esperaba para entregarme su secreto mejor guardado. Pensé que, si lo reservó durante años para concedérmelo, no debía romper la magia de ese momento y actuar como el mejor de los amantes.

Le cubrí los ojos con el pañuelo y la besé en los labios carnosos color pálido, los abrió despacio, temblando, y a bocanadas trató de aprisionar los míos y dejarlos dentro de su gran boca. Por instinto, sus manos intentaron atraparme por el cuello. Con suavidad me zafé de sus palpitantes labios y le retiré los brazos colocándolos al lado de las piernas.

Me subí en lo alto de la cama, a sus pies, y olisqueé todo su cuerpo limpio. Su piel expelía una fragancia cautivadora, natural. No se había perfumado. Olía, sabía a agua limpia. Le husmeé las ingles y apreció un aroma dulce, sensual. Al notar mi cálido aliento se agitó, su vientre tembló.

Me senté sobre los talones y cubrí mis manos de crema. Retiré la toalla dejando a la vista su cuerpo de cintura para abajo. Con la tenue y amarilla luz de las velas, su vello tornó a un color cálido, anaranjado. Cerré los ojos y me dejé llevar por las notas que provenían del magnetófono y como si fuera el mismísimo Richard Clayderman y su piel el más fino y delicado teclado del mejor piano, la recorrí con tacto, con mimo. Las yemas de mis

dedos apenas la palpaban. Interpreté en su entrepierna la mejor de las baladas. Sigilosamente, como si fuera una anguila, introduje mis dedos entre los labios de la vagina y los excité, primero uno y a continuación el otro. Despacio los acomodé en su interior moviéndolos en círculo.

Tina introdujo una de las manos entre la toalla que le cubría parcialmente el cuerpo y sin alcanzar sosiego se acarició los pechos. Los pezones se le dibujaron a través de la toalla.

Recorrí con las dos manos el abdomen. Convulsionaba cuando las deslizaba de nuevo al jardín florido que se hallaba monte de Venus abajo.

Las hormonas de su cuerpo desprendían aromas embriagadores a través de su piel. Le aparté la mano y también la toalla, ahora era yo el que palpaba sus pechos juveniles, frondosos. Los besé y acaricié, luego los modelé como si estuviera haciendo la mejor talla. La música seguía regalándonos notas románticas.

Le sujeté las manos y la besé, una y otra vez. Nerviosa, intentó hablarme, jadeando y convulsionando cada vez con más ritmo. Volví atrás, hacia las laderas de sus caderas, impregnándola de mí. Tomé el clítoris entre los labios y los apreté. Luego la cubrí con mi cuerpo y, tierna y lentamente, entré en ella. Pude oír un grito ahogado de dolor, seguido de otro de distinto tono, al mismo tiempo que hundió sus uñas en mis glúteos.

Aparté el pañuelo con el que cubrí sus ojos, los tenía henchidos de lágrimas de placer. Ya no había nadie en la habitación, solo ella y yo. Hacía tiempo que Richard Clayderman recogió su piano y guardó las partituras, y nos dejó solos. Recuerdo que lo último que oí fue «*Para Elisa*» y de cómo le dije en susurros, que ese tema lo compuso Beethoven para ella.

—No lo hizo para mí —sonrió—. Eres un adulador encantador.

—Gracias —le dije yo, tratando de imprimir seriedad a mis palabras—. El maestro se equivocó al garabatearlo sobre la partitura, quiso decir «*Para Tina*». La dedicatoria quedó escrita de forma ilegible y algunos interpretaron que era «*Para Therese*», una joven alumna suya. Y ahora viene lo más interesante de esta historia, un amigo mío, que es ruso, dice que la escribió para todas las mujeres enamoradas y yo le creo, por eso te digo que la escribió pensando en ti, en tu momento especial.

Se abrazó a mí, apasionadamente lanzó dentelladas a mi cuello, sus dientes caníbales se apoderaron de mi yugular. Eran dentelladas delicadas seguidas de besos. Luego, ya más reposada, separándose me dijo:

—Gracias por estas horas que me has regalado. Gracias por quedarte. Gracias por haberme hecho tan feliz —me silabeó en susurros hipnotizadores, echada a un lado, pero con una pierna sobre mí.

Yo me encontraba cansado y a la vez preocupado por cuestiones tan cruciales como qué hacer a partir de ese momento en el que infringí mi código de lealtad, consentido, hacia María. Pareció leer mi pensamiento y me dijo:

—Tú y yo seríamos fieles toda la vida, no somos de ese tipo de gente que miente o engaña por placer. El destino quiso que nos conociéramos y nos enamoraremos y si no al tiempo.

Tina permanecía en otro estadio. Radiante, continuaba hablándome mientras yo atusaba sus cabellos y besaba su frente.

—Nunca me habían besado como lo hiciste tú —me dijo, con voz melosa mientras jugaba con los dedos entre mis labios—. ¿Sabes una cosa?, me llevé una sorpresa al quitarme la venda de los ojos y ver velas encendidas. Nunca pensé que me gustaría tanto la música que pusiste, años ha que no la escuchaba. La próxima vez, algún día, seré yo quien te vende los ojos. Solo podrás sentir, oír y gemir.

—¿Sí? ¿Me harás todo eso? ¿Y cómo?, si no sabes —le dije, en plan socarrón para irritarla.

—No me importa que te burles, sé por qué lo haces; me hubiera gustado que durante ese momento mágico que hemos vivido, hubiésemos compartido los mismos sentimientos. Tenía los ojos cerrados, pero cuando sentí la presión de tus labios sobre mi alma los abrí de repente y pensé: «¡me ama!, y pase lo que pase siempre seré suya y él será mío; será mi gran secreto» —me miró con frialdad, hizo ademán de callar, resopló y optó por continuar su alegato—. No entiendo cómo has conseguido evadirte tan pronto de la más bonita escena de amor jamás vivida; al menos para mí. Hace un momento eras dulce y cuando te comportas así, me transmites tranquilidad y paz interior. En cambio ahora eres, o quieres aparentar serlo,

una persona sin escrúpulos, sin sentimientos, vulgar y mundana —me dijo, despechada.

Atizándome con sus palabras, sin dejar de mirarme, me dejó sin argumentos; busqué en mi interior palabras que encontrarán justificación a mi proceder. Probablemente tenía razón y me comporté como si fuera un picaflor despendolado, por miedo a aceptar que si María y yo fracasábamos sería por mi culpa pues, aunque creía que la amaba, la sombra de Julia era muy larga y protectora. Inyectando de recuerdos agradables a mi corazón confundido. Ya, sin escapismos le dije:

—Tina, yo no estoy enamorado de ti. Es cierto que siento una gran atracción, pero amar es otra cosa. Es más, creo que tú no me amas. Es imposible, apenas me conoces. Probablemente te ocurra lo que a mí y confundas deseo con amor. No obstante, te pido perdón si crees que he frivolizado sobre el asunto.

Se quedó callada, meditabunda. Se inclinó para mirarme y muy sería me dijo:

—¡El amor es…!, ¿tú crees que yo no sé qué es el amor? ¿Acaso no es locura de amor pensar en alguien desde que abres los ojos hasta que los cierras, incluso en sueños? —me gritó dolida y enojada, de forma valiente y mostrándose orgullosa por cuanto me decía—. Pues así me encuentro yo. Me volviste loca de amor desde el día que te conocí, apenas tendría diez años. Pero yo no lo sabía hasta que te vi entrar en el hostal. Si he de serte sincera, he salido con otros chicos, pero nada de lo vivido es comparable a ti. Todo: tus gestos, tus manos, tus besos, tu alma, todo ha sido divino cuando tú me has amado. Te miro a los ojos y pierdo la cabeza. Pero te ha costado poco romper la magia.

—¿Y qué ves en ellos para sentir tal locura?

—Veo amor, ternura, luz —me dijo henchida de paz interior.

Quedé sorprendido ante lo profundo de sus palabras y la seriedad con que las dijo. Traté de quitarle hierro y solemnidad, pues tiempo habría de enfocar esta cuestión de manera más seria.

—Interesante, y ¿qué más secretos me tienes guardados? —le pregunté.

Tina Coín demostró ser una mujer inteligente, entendió mi huida ante el cariz escabroso que estaba tomando nuestra conversación. Con la agilidad

de una gata se levantó y se sentó en mi estómago. Me miró y me lanzó una mirada lacerada que decía: ¡Cállate, idiota cobarde!

Dejé de reír y opté por lo más sensato: guardar silencio y escuchar lo que quería decirme.

Tina habló y habló. Sus últimas palabras fueron pronunciadas antes de que el chorro de agua fría me encogiera hasta el alma.

Luego tomó el relevo ella y cuando salió de la ducha yo ya estaba vestido.

—¿Ya te vas? —me preguntó.

—Sí, y no pongas esa carita de gatita enfurruñada. Te vienes conmigo, no quiero que te quedes aquí sola.

—¿Y adónde se supone que me llevas?

—Te quedarás en mi casa esta noche y mañana te vuelves a Mijares.

—Lo de esta noche no me parece mala idea, pero durante una temporada no volveré a Mijares. Así que limpiaré esto y me quedaré a vivir aquí.

—¿Y el hostal? —le pregunté boquiabierto.

—¿Te acuerdas de Benita, la cocinera? Pues se lo he alquilado y lo llevarán ella, su marido y sus hijos. Creo que les irá muy bien, pues son una familia muy conocida en Mijares y en sus aledaños. Y, ahora, después de la desaparición de Charles con más motivo.

Me quedé sorprendido por la personalidad adquirida a pesar de su corta edad. Lo tenía todo planificado y esa idea me agradó.

—¿Y de qué vivirás? ¿A qué dedicarás el tiempo libre?

—Tengo muchos ahorros y además recibiré un ingreso extra por el alquiler del hostal. También he pensado que si abres la librería podría ayudarte.

—Mira, no me parece mal —le dije—. Pero ahora vístete que nos vamos.

—Únicamente quiero, si me permites, darte un consejo que una vez me dio tu padre.

Asentí con la cabeza próxima a mis piernas acordonando mis zapatos. Entonces la oí decirme de forma pausada, sin prisas para que me quedara claro:

—Doménico, no permitas que el amor por María te nuble el juicio. Solo eso.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

La sombra de la sospecha

«Lo lícito no me es grato; lo prohibido excita mi deseo».

Publio Ovidio Nasón
Poeta romano

Me había dicho mamá Vega que las llaves me las había dejado en casa de una vecina. Le contesté que no hacía falta pues tenía pensado pasar el mayor tiempo posible en casa de María y ella, muy sabia, me respondió:

—Por si acaso cambias de idea.

Tina me preguntó solo una vez adónde íbamos, y le respondí:

—A mi casa, en la avenida de la Reconquista.

Antes de que me diera cuenta ya había aparcado frente a ella.

—¿Quién te dijo que vivía aquí? —le pregunté muy extrañado.

Su respuesta fue rápida y sencilla.

—Ya te dije que sé mucho sobre ti. Tu padre me traía a jugar a unos columpios que había aquí —me dijo, señalando hacia el Circo Romano—. Luego me llevaba al parque de la Vega y mientras él tomaba algo o leía el periódico, yo perseguía palomas y fantaseaba creyendo ser una de ellas. Una vez me colé en el palomar y tu padre se asustó. Me encontró gracias a una señora muy simpática que me vio pasar. Tenía un quiosco y en invierno vendía castañas. Recuerdo ver su nombre escrito en el toldo: Angelita Garrido, aunque todos la conocían por «*Lita la Castañera*». Cuando con la ayuda del guarda me sacaron del palomar, tu padre no dudó en darme unos azotes.

Yo nunca le hablé sobre nuestras visitas a esa parte de Toledo, pero pronto adiviné que veníamos a verte y a mí me gustaba venir y mirarte.

—Cada día me sorprendes con algo nuevo, Tina —le dije, esbozando una ligera sonrisa—. Respecto a lo que llamas palomar, nosotros lo conocemos como la Casa de Corcho.

—¿Quieres decir que me crees cuando digo que estoy enamorada de ti desde antes de conocerte?

—No. No me refiero a eso, y tampoco deseo hablar sobre ese asunto.

Descargamos el equipaje de Tina, dos maletas y un neceser.

—¿De qué te ríes? —me preguntó contrariada.

—De nada. No hables, no respires hasta que yo te lo diga y sígueme en silencio.

—Oye, pero ¿qué te has creído? Trae mi maleta que me vuelvo a mi casa. No necesito tu ayuda si eso supone que me vas a humillar —me gritó enojada.

—¿Qué parte de «NO HABLES NADA» no has entendido? —farfullé, mascullando y gesticulando cada palabra para que entendiera que le hablaba en serio.

Insolentemente clavó sus ojos en los míos, se aproximó lo suficiente para tapar la visión de alguien que estuviera cerca y pendiente de nosotros. Entonces aproveché para hacerle un gesto con las cejas, con la intención de indicarle que estábamos vigilados. Lo comprendió al instante. Se calmó y subimos a casa, antes paré en el domicilio de la vecina y, después de los saludos y besos de rigor, me entregó las llaves y un sobre cerrado.

Antes de entrar, volví a pedirle a Tina que guardara silencio. Intrigado, una vez dentro, lo primero que hice fue abrir el sobre.

Doménico, tanto este piso como la casa del callejón de los Muertos están bajo vigilancia por el Servicio Secreto. Te hemos pinchado el teléfono.

Hay un coche apostado en la acera de enfrente. Es un Renault 5 rojo. No temas, se te ha incluido en un protocolo de protección de testigos. Si nos cruzamos, salvo que yo me dirija a ti, finge conocerme.

Salvatore está puesto al día, así como Isabella. No hables de esto con ninguno salvo que ellos te saquen el tema. Berto viajará a Toledo para ponerte al tanto.

Destruye esta nota, en cuanto la leas.

Dejé que Tina la leyera. Puse música y le indiqué cuál sería su dormitorio. Hablamos en susurros:

—¿Cómo supiste que nos vigilaban? —fue lo primero que me preguntó.

—En la terraza había un señor tomando un café. Era el conductor del coche en el que Gamboa fue a recibirme a la salida del centro psiquiátrico.

—¿Quién te ha dejado el sobre?

—No lo sé. Pero quien haya sido es amigo —le dije para tranquilizarla, sabedor de que al no darle un nombre le provocaría serias dudas y miedo.

—¿Y cómo sabes que es amigo? —insistió Tina.

—Porque si fuera enemigo no nos habría alertado. Así que tranquilízate. Sospecho que fue Pedro Hermoso.

Mis palabras, lejos de tranquilizarla, la sumieron en un mar de dudas y continuó haciendo preguntas. En cada una de ellas se mostraba más nerviosa. Continuó disparando hasta acabar con el montón de dudas que le surgían en ese instante.

—¿Qué haremos? ¿Sabrán que Charles estaba conmigo?

—No hables más sobre este tema, mantengamos una conversación normal. Eres la ahijada de mi padre, nadie sospechará de tu presencia aquí.

—¿Tú crees? ¡Ay, Dios mío! Doménico, no me dejes ahora, siento que me ahogo. La sombra de la sospecha me perseguirá siempre.

—¡Cálmate! —le grité sujetándola por los brazos. La abracé y le pedí que deshiciera las maletas—. Nadie sospecha de ti. No estás bajo vigilancia, por tanto desconocen dónde dormiste anoche y quién fue a tu casa. Me quieren a mí y ahora necesito saber por qué, —le hice un guiño con los ojos preguntándole si me había entendido. Asintió, aunque percibí que continuaba asustada.

Mientras se reponía y con pereza abría la maleta, descorrí las cortinas y abrí todas las ventanas para que entrara aire puro. Todo estaba perfecto, mamá Vega se ocupó de ello, hasta el frigorífico albergaba unas botellas de agua y de cerveza.

Me asomé y comprobé que el Renault 5 rojo estaba donde dijo Pedro, no así el policía. La mesa de la terraza estaba vacía. La ventanilla del

turismo se abrió. Un hombre sacó medio cuerpo fuera y vació el contenido de un cenicero a la vía pública.

Fui al frigorífico y cogí una botella de agua y otra de cerveza. Bajé a la calle y me acerqué al coche. El hombre que había al volante era el mismo que vi en la terraza.

—Buenas tardes —le saludé y, ante su desconcierto, le dije—: he pensado que, si va a estar mucho tiempo en espera, es mejor que nos llevemos bien y deseo invitarle.

Le ofrecí que eligiera cerveza o agua. No dijo nada, ni tan siquiera se inmutó con mi presencia, es más, juraría que lo habían hecho adrede para que me diera cuenta de que estaba siendo vigilado. Me retiré del coche unos metros y revisé los que había aparcados en busca de alguna furgoneta en la que se hallara el equipo de escucha. Mi búsqueda fue infructuosa y decidí volver a casa.

Descolgué el teléfono y llamé a María. Mostró preocupación por mi desaparición durante todo el día. Le dije que subiría a verla y se lo explicaría.

Tina se había puesto cómoda y continuaba con la música a todo volumen. Hablé con ella y la puse al corriente de lo que pensaba hacer y que ya la vería por la mañana.

—¿Te quedarás toda la noche con ella? —me preguntó.

Asentí. Luego continué hablando para confirmar mi decisión.

—Y no volveré como los amantes al rayar el alba —le dije esquivando su mirada intensa e inquisitiva—. Y cierra por dentro cuando haya salido.

—No tengo miedo. Sé defenderme y si no va a pasar nada, ¿por qué he de cerrar?

—Solo por precaución, nunca se sabe. Te repito que no pasará nada, que todo saldrá bien. Vivimos tiempos revueltos y hemos de estar prestos para luchar contra nuestros enemigos.

—Estás muy nervioso, diría que demasiado agitado para que tu plan funcione esta noche —valoró ella, sin acritud.

—He sopesado tu oferta de trabajar en la librería conmigo; la acepto con la condición de que vivas aquí y olvides lo que ocurrió esta tarde —le ofrecí.

—No lo haré.

—¿No harás qué?

—Olvidar lo que pasó esta tarde entre nosotros. Tú puedes olvidarlo, pero no me digas a mí lo que tengo que hacer.

Le hice una señal para que hablara más bajo.

—Creí —le dije— que te había quedado claro que no te amaba y que me aceptases como amigo.

—Yo no me acuesto con amigos, yo no amo a mis amigos, yo no beso a mis amigos; así que, por favor, deja a tu corazón que decida cómo dirigirte hacia mí. Yo seguiré haciéndolo como hasta ahora. Eres mi amor, mi gran amor. ¡Dios! ¿Tan difícil es?

Callé y decidí no continuar con el tema. Le indiqué dónde estaban las llaves de la librería, le pregunté si sabría ir. No me respondió, solo me miró desafiante, indignada. Creo que lo que más le dolió es que yo pusiera fin a la conversación y me diera la vuelta dejándola con la palabra entre los dientes apretados.

Cuando fui a abrir la puerta, se abalanzó sobre mí, golpeándome con la fría e indecente brutalidad con que un depredador se abalanza sobre su presa; aun a sabiendas de que puede perder la vida en ello.

—Solo una noche. Me quedaré solo hoy, mañana volveré a mi casa.

—Piénsalo bien. Aquí podré protegerte. Además, recuerda que me debes obediencia —concluí, cerrando la puerta. Desde el otro lado oí como Tina la golpeaba y soltaba algún exabrupto.

* * *

A medida que bajaba las escaleras en mi mente solo cabía un asunto, y no era otro que el saber cuántos coches estarían haciendo la espera, vigilando mi casa, mis movimientos. Al llegar a la puerta del portal, me agazapé detrás del cristal, la oscuridad sería mi aliada. Miré hacia el lugar en dónde estaba el Renault 5 rojo y su lugar lo ocupaban el rastro de colillas que, impunemente abandonó, para el enfado del encargado de la limpieza municipal que, a buen seguro, se acordaría de su santa madre. Probablemente comunicaría por radio con sus jefes y les diría que advertí su presencia o lo contrario, que el motivo de su vigilancia fuera hacerme ver

que me estaban espiando. Por un motivo u otro ya no estaba, ahora restaba saber qué vehículo le había reemplazado.

Ya en la calle, observé, cómo la tarde se dio por vencida, al igual que lo notaron los que me acechaban, que, con lenta parsimonia, abandonaron también su vigilancia. La armonía de las luces de las farolas fluía de forma sigilosa por la avenida. Las sombras de los abetos, cargados de huéspedes nocturnos, hacían que ya nadie quedara en el Circo Romano. Únicamente los indigentes y los amigos de la oscuridad, se atrevían a vagar por sus pasillos desiertos. A ellos se les unían unos jóvenes con pantalones vaqueros ceñidos y botas de militar que, a buen seguro, irían a fumarse unos porros lejos de los ojos de la autoridad.

Caminé con paso firme y decidido a expresarle a María mi amor por ella, con el inquebrantable convencimiento de que, por mucho que la amase, no abandonaría Toledo. También le permitiría, como no podía ser de otra forma, que ella continuara en otra dirección, si lo creía conveniente.

Era consciente de que si me rechazaba, sería un náufrago en las densas neblinas que provoca la soledad en el corazón, por ausencia de amor. Probablemente llevaría una vida solitaria y retorcida y me convertiría en un lobo solitario y desconfiado. Mas nada podría interponerse entre mi destino y yo.

Al pasar por la librería, en la calle Real del Arrabal, y sorteando con suerte la embestida de un despistado que casi me atropella, sentí una gran emoción y lamenté mi mala fortuna pues a mí lo que de verdad me apasionaba era vivir rodeado de libros. Recordé aquellos días en los que dábamos conferencias y vida al primer cine club de Toledo.

Huelga decir que, durante el trayecto, no dejé espejo de coche sin mirar ni escaparates sin observar. Buscaba sombras o personas con descuidada impudicia haciendo labores de vigilancia y seguimiento.

Toqué el pulsador del timbre con temor a molestar. La puerta se abrió automáticamente; me esperaba, presentía que sería yo y por eso no preguntó quién era el portador de la llamada a través del telefonillo.

Entré. Todo estaba oscuro. Cerré la puerta. Al fondo, antes de iniciar la subida a la planta de arriba por la escalera de caracol, una luz tenue, parpadeante, me saludó. Instintivamente comprobé que la pistola la llevaba

conmigo, también el cuchillo. El tocarlos me dio seguridad al mismo tiempo que recelo; si me hubiera detenido la policía, podría haber tenido serios problemas; al fin y al cabo, apenas llevaba dos días en libertad.

—¿Doménico, eres tú? —oí la inconfundible voz de Anna Alcaraz.

—¡Hola, Anna, soy yo! —respondí.

—Sube que María está en el baño.

Como buen chico obedecí. Sentada en un sillón se encontraba Anna leyendo una revista. La cama estaba deshecha y las ropas que lucía eran demasiado ligeras para estar de visita.

Ambos sonreímos, yo con más cinismo que sinceridad. Aunque, siendo honesto, no tenía motivos para llevarme mal con Anna Alcaraz. Era, y lo había demostrado, una persona comprometida en su lucha contra La Hermandad. El hecho de verla merodeando cerca de las faldas de María me ponía nervioso. Su frívola libertad sexual me acarreaba problemas de inseguridad, algo de lo que ella no tenía la culpa. Su sagacidad la llevó a entender mi seriedad y parquedad desde que entré en la habitación, pues no pronuncié palabra alguna. Sin necesidad de preguntarme, se explicó:

—He venido a levantarla. Sé que no es mi problema, pero tu ausencia, sin dar muestras de donde estabas, la ha tenido todo el día preocupada.

—Gracias. Me encontré con un amigo de infancia y comí con él —mentí como un bellaco.

—A mí no debes darme explicaciones y si me las das sin que yo te las pida, al menos no me mientas —atajó, dejándome confuso. A continuación, me dijo—: ¿Has conseguido que confiese Charles?

Me quedé dubitativo, estaba claro que no podía actuar en solitario. Entendí que éramos un grupo y que, fuera de las relaciones íntimas de cada uno, debíamos apoyarnos pues juntos podríamos derrotar a nuestros enemigos. Así que decidí informarla.

—Lo siento. Espero no volver a defraudarte, desconocía que estuvieras informada. No pude sacarle nada, se me fue la mano, me atacó y lo maté. El cuerpo lo enterré en cal viva en uno de los pasadizos —mentí para proteger a Tina, al fin y al cabo, un jefe de grupo debe cargar con las responsabilidades de sus miembros.

Frunció el ceño. No le gustó la noticia. Iba a responderme cuando se oyó la puerta del baño; por el espejo de la cómoda pude ver a María. Ironías del destino, se presentó igual que hizo Tina horas antes, el pelo recogido y envuelto en una toalla. Su cuerpo ligero también lo cubrió con una toalla.

—¿Lo ves qué guapa estas? Mírala, Doménico, qué preciosidad de mujer tienes —dijo Anna, con ligereza para prevenirme de su presencia.

—Me volví y fui hacia ella. La besé y le pedí disculpas por no haberla llamado. Le conté la misma mentira que a Anna momentos antes. María no sabía nada y se lo creyó.

—Puedes ir donde quieras, pero por favor avísame —me pidió, esbozando una sonrisa obligada.

—¿Qué os parece si os vais a cenar? —ofreció Anna.

—Mira cómo voy —dije señalando la ropa que llevaba.

Pensé que debía haberme cambiado, ponerme algo más serio, sin embargo opté por unos vaqueros y un polo que me estaba ceñido en demasía. Al menos, se me ocurrió despojarme de las ropas que me dejó Tina y que eran propiedad de mi padre, y que a saber cuándo fue la última vez que las vistió.

—Va perfectamente, ¿verdad María?

—Quizás estés cansado y no te apetezca salir. Yo siempre te veo bien. Lo que tú quieras cariño —respondió María, solicitándome con su mirada un si por respuesta.

—Por mí, perfecto, si te apetece, yo no estoy cansado. Llevo demasiado tiempo en reposo —dije sin ánimos de ir a ningún sitio, pero entendiendo que debía entregarme en cuerpo y alma a recuperar a María. También tenía claro que no debía contarle mi infidelidad con Tina y decidí hacer uso del refrán castizo de nuestra tierra, «*ojos que no ven corazón que no siente*».

Era conocedor de mi mezquindad y ruindad por ocultárselo. Sabía que mi actitud era deleznable, pero era consciente de que no encontraría su perdón si le decía la verdad.

—Pues yo os dejo, pichones —dijo Anna sonriente, levantándose con intención de marcharse. Por la expresión de su cara y los destellos de su mirada percibí que se sentía satisfecha, y cómplice, por su éxito.

—No, no te vayas. Por favor, acompáñanos. ¿Verdad, Doménico, que puede venir con nosotros a celebrar tu vuelta?

Asentí, no de buen grado ya que mis deseos radiaban por que fuera una velada intima. La noche anterior nos fuimos a dormir sin haber limado nuestros deseos de futuro. Probablemente María, durante mi ausencia, recapacitó y entendió que su sitio era estar junto a mí. Sonreí y volví a mentir sobre mis verdaderas intenciones.

—Sí, por supuesto. Será una cena estupenda —dije yo.

—Gracias, Doménico, de corazón. Os acompañaría, pero mirad qué pinta llevo y, además, creo que querréis estar juntos —alegó Anna como excusa para no acompañarnos.

—De eso, nada. Tú, te vienes con nosotros —atajó María—. Además, tienes ropa en mi armario.

Nada más decirlo se dio cuenta de que habría estado mejor callada. Ambas cubrieron la faz de su cara de un color sonrojado. Si tenía dudas de que entre ellas había algo más que amistad, creo que en ese momento se disiparon. No obstante, me incliné por la diplomacia e hice como que no lo había oído. Antes de que alguna de ellas tratara de justificar lo dicho por María, les dije:

—De acuerdo, mientras decidís yo paso al baño y me doy un afeitado rápido —de esta forma me quitaba de en medio y permitía que resolvieran ellas, como mejor supieran, el embrollo.

Mientras me duchaba pensé que Anna se iría y cuando salí del baño, listo para inspección, no solo no se había ido, sino que se había vestido de manera radiante para la ocasión.

Salimos de casa y, nada más pisar la calle, cada una se agarró a uno de mis brazos. Anna demostró ser una buena anfitriona. Pude apreciar la soltura y la clase con la que se movía por la ciudad. Me quedó claro que, sin ser de Toledo, se había adaptado muy bien a la ciudad. Por donde quiera que fuésemos, la alta sociedad toledana se paraba a saludarla. Nos llevó a un restaurante que había sido inaugurado hacía escasos días y al que ya su fama le precedía, pues según me comentó Anna era de un restaurador muy conocido en Madrid.

En la puerta encontramos gente esperando para poder cenar. Oí comentar que estaba lleno y que sin reserva no se podía pasar. Miré a María y le dije:

—¿Has oído?

María me miró y me susurró:

—Sí, lo he oído. Pero no te preocupes, Anna nos encontrará un hueco.

—¿Pero hiciste reserva o no? —insistí.

No dio lugar a que me respondiera. El encargado de comprobar las reservas, al ver a Anna dijo con una sonrisa de oreja a oreja:

—Señora, su mesa está reservada. Síganme, por favor.

Ahora el que tornó la faz de color pálido al principio y rojo a continuación fui yo. Sentí vergüenza ajena y entendí que me había perdido mucha vida en los años que estuve preso.

Para que no faltara de nada, después de cenar, nos sirvieron unos postres caseros, típicos de Toledo. Yo pedí sopa de almendras, deliciosa.

—¿Qué le ha parecido, señor? —me preguntó muy amable el *maître*.

—Exquisito, suculento. Su sabor es muy parecido al que hacía mi mamá, pero no sé por qué lo recuerdo como un postre de Navidad.

—Seguro que el que le hacía su mamá era mejor. Siempre lo que hacen nuestras madres es lo mejor, pues le echan un aditivo secreto: amor. —Respondió el *maître* muy educadamente—. ¿Quieren probarlo, ustedes? —les dijo a María y a Anna, al mismo tiempo que ordenaba a su ayudante que trajera dos cucharas más.

A esas alturas de la cena, tanto a Anna como a María, lo que menos les apetecía eran los postres. Los ojos les brillaban con un color especial, por la ingesta de dos botellas de vino tinto, recomendada con buen acierto por parte del sumiller. Nos habló, gustoso de oírse, de la exquisitez de nuestros caldos de denominación de origen La Mancha. Anna pidió un Ribera del Duero, pero tuvo que plegarse ante el despliegue de argumentos técnicos que nos ofreció y aceptar, como poco, una botella. Luego repetimos la segunda, y a punto estuvimos de ir a por una tercera.

Con alegría desbordada, más ellas que yo, propusieron ir a tomar unas copas a una discoteca próxima al restaurante. Cuando me dijeron el nombre recordé que alguna vez estuve en ella. Subimos a la planta de arriba, donde

había menos gente. Yo preferí quedarme haciendo codos en la barra mientras Anna y María decidieron bailar al compás de la música de Abba y Barry White. Eran felices bailando, de vez en cuando se enviaban miradas de complicidad. Todo era perfecto hasta que el *disc jockey* pinchó el tema de «*Gloria*», interpretada por Humberto Tozzi. Vinieron a por mí para que las acompañara. Me negué, pues soy un poco patoso en la cosa de bailar y les sugerí que continuaran bailando ellas.

—¡Va!, ¡venga, Doménico, es lenta! —me dijo María, con la lengua trabada.

—No importa, yo os miro mientras vosotras bailáis.

—De acuerdo, pero no dejes de mirarnos o vendremos a por ti —intervino Anna, cogiendo de la mano a María y llevándosela a la pista.

Al otro lado de la barra, tres hombres no perdían detalle de lo que ocurría desde que llegamos. Hasta entonces habían permanecido en plan ojeo. Al verlas bailando juntas, dos de ellos decidieron acercarse a las chicas; el otro se quedó expectante a mis movimientos.

Primero hablaron con ellas, supuse que les estaban proponiendo bailar. Las dos negaban con la cabeza y señalaron hacia donde yo estaba. Uno de ellos, el más fornido, las separó y tomó a María para bailar. Anna empujó al otro y trató de ayudar a su amiga. Creí que ya era momento de actuar.

Me acerqué, sin perder de vista, con el rabillo del ojo, al que se quedó en la barra. Cualquier conversación sin levantar el tono de voz se hacía difícil. Ya no hablábamos, gritábamos. Convencí a Anna para que se llevara a María de la pista.

—¡Vámonos, Doménico! Olvídalo, por favor —me gritó Anna tirando de mi brazo.

Por detrás llegó el tercero, el que se quedó en la barra. No le dejé que se acercara, mi pierna salió despedida hacia atrás impactando en su cuerpo. Pude, si hubiese querido, darle en la cabeza. El más fuerte me lanzó un puñetazo, fácil de esquivar desde que levantó el brazo. Un rodillazo en el estómago y un golpe seco, con el antebrazo en la cara, hizo que se tambaleara. El otro se apartó y levantó los dos brazos con signos de aquí no ha pasado nada.

—¡Llévatelos! No queremos problemas —le dije.

Llegó la calma; los camareros se hicieron con la situación, expulsándolos de la discoteca.

—No sabemos qué ha podido ocurrir —trataron de convencernos, el que parecía el jefe y un camarero—. Son buenos clientes, nunca discutieron ni formaron bronca con nadie; beben hasta emborracharse casi todas las noches. Pero no se meten en corral ajeno. Les aseguro que tomaremos medidas para que no vuelva a ocurrir.

No permitieron que les pagara las copas y nos fuimos. Al salir, los tres macarras, junto a otros curiosos, esperaban en la puerta. Un camarero les decía que marcharan a otro lado. Al verme, el más fornido, de rasgos teutónicos, levantó el dedo corazón y me lo mostró al mismo tiempo que lanzó un escupitajo con afán de darme.

—¡Nos veremos muy pronto! —me gritó.

No respondí. Mis dos chicas, orgullosas de mi actuación y muy asustadas, se amarraron cada una a un brazo y tiraron de mí. No hablamos nada en el corto recorrido que nos separaba de la discoteca a la casa de María.

Yo entré el último y, nada más cerrar la puerta, Anna se vino hacia mí propinándome un guantazo. Se excedió, toda su energía la extremó en ese acto. El golpe imprevisto me volvió la cara. La miré expectante para ver hacia dónde quería ir. María se quedó callada, asustada, con las manos recogidas en el regazo; la luz sesgada del aplique que estaba al inicio de la escalera me impedía ver bien sus facciones.

Recompuse como pude la mandíbula maltratada, no había daños que lamentar, ni siquiera una brizna de sangre que diera a entender que el dolor fue intenso pero efímero. Anna estaba furiosa, nos miramos.

—¡Eres un idiota! —me gritó—. Te has puesto en peligro sin motivo. ¿Crees que, mientras tú estabas en la cárcel, esta sociedad machista dejó de existir? Sabemos cuidar de nosotras sin necesidad de que vean lo machito que eres.

Luego se echó en mis brazos y María hizo lo propio. Nos abrazamos y les pedí disculpas por haberlas asustado. Besé a María con pasión, luego besé a Anna.

Era tarde, cerca de las dos de la mañana. Anna dijo que se marchaba, pero que antes le apetecía que brindásemos por el bárbaro que teníamos en casa.

—De acuerdo —dije yo—. Una copa y me voy a dormir, estoy cansado.

—No te vayas Anna, es tarde. Quédate a dormir, hay habitaciones de sobra —animó María.

Mientras Anna abría una botella de vino, María cargó el tocadiscos, y yo aproveché para poner un poco de hielo en mi cara, pues el bofetón que me dio Anna fue de campeonato.

Después de la primera copa yo esperaba que, entre el susto y el alcohol ingerido, el cansancio les hiciera mella y nos retirásemos a descansar. No acerté, pues comenzaron a bailar de nuevo.

Decidí dejarlas a su aire y retirarme a intentar conciliar el sueño, que arremetía sin pausa contra mis ojos, incapaces a esas horas de seguir abiertos.

Me eché sobre la cama y apenas me dio tiempo a quitarme los zapatos y quedarme profundamente dormido. Cuando María intentó despertarme recuerdo que estaba vestido. Ya no recuerdo nada más.

Al alba desperté y solo conservaba la ropa interior; a mi lado, acurrucada entre mis brazos, dormía plácidamente María, cubriendo su cuerpo con mi camiseta blanca. Al otro lado de la cama, estaba Anna con una camiseta de tirantes y pantalón corto.

No quise pensar en nada y cerré los ojos, tratando de encontrar mi camino. Un resoplido disonante proveniente de la garganta de Anna me impidió dormir. Miré el reloj y decidí que las ocho era buena hora para levantarse.

Una buena ducha despejó mis turbios pensamientos sobre lo que pudo haber ocurrido mientras dormía. Preparé café y busqué el número de teléfono de Rafa. Le cité para las diez en la puerta de la librería. Absorto en mis pensamientos me sorprendió la voz ronca de Anna:

—¿No duermes? ¿Puedo acompañarte? —me dijo tomando la cafetera y sirviéndose un café solo.

—He dormido suficiente. Tengo cosas que hacer —le dije, sin apenas mirarla.

Me sentí defraudado por no atreverme a decirle que se marchara y nos permitiera intentar encontrar nuestro camino. El nudo gordiano que atenazaba mis inquietudes era ella y debía cortarlo de raíz o acabaría con nuestro sueño. Desde hacía tiempo sospechaba que entre ambas existía algo más que amistad. Sospechas que confundían mi memoria, a pesar de los retazos de pensamiento único en los que me postulaba como su único amor.

Desde siempre preferí tomar sus idas y venidas como un retozo y también preferí pensar que con mi libertad se acabarían sus flirteos. Nunca lo abordé como una encrucijada en la que debería postular mi destino.

—Ella te ama con locura. Es pasional, frágil, celosa. Yo no soy el problema, Doménico —me dijo, sujetando mis manos para que le prestara atención.

—Eres muy atrevida para hablarme así. No serás el problema, pero tampoco eres la solución. Sal de nuestras vidas, por favor —le dije preso del pánico por temor a que me dijera que no lo haría.

—El problema soy yo, Doménico. A ti te amo y a ella la quiero. Os necesito a los dos a mi lado —intervino María, uniéndose a la conversación, apoyada en el marco de la puerta sin que yo me hubiera percatado de su presencia.

Al oírlo sentí un desgarro en el corazón, no fue un arañazo sino el primer zarpazo que te lleva a la muerte. Quedé confundido, igual que un boxeador cuando recibe el impacto de un gancho al mentón.

—Tengo muchas cosas que hacer. Déjame que lo piense. Yo no sé cómo compartirte —respondí con congoja y lágrimas que querían delatarme. Sentí, entonces, que esas lágrimas esquivas, asustadas, permitían que la sangre paralizara mi corazón. Noté que todavía no estaba preparado para dar una respuesta, probablemente ninguno estaba preparado para escuchar algo negativo a nuestros deseos.

* * *

Transcurrieron los días e inicié las gestiones para que mi vida y la de aquellos que me rodeaban se revistieran de normalidad. Involucré en la librería a Rafa, al que conminé a que se pusiera al servicio de Tina,

haciéndole ver las consecuencias de incumplir aquello que le pedí. Gustoso se ofreció y pronto, en dos semanas, advertimos su cambio.

La piel le tornó a un color cálido, más propio de alguien que está sano, huyendo de su tez el tono macilento con ojeras que tenía cuando le encontré. Su cuerpo adquirió peso, y su presencia ya no era rechazada por el olor corpóreo desagradable que desprendía por falta de higiene. Había perdido piezas dentales, probablemente debido a la toxicidad de las drogas y por algún golpe recibido.

Me pidió quedarse a trabajar allí con nosotros:

—Mejor que en el bar —me dijo—. Eso sí, hasta que encuentre un trabajo de mecánico de coches que es lo que me gusta.

Tina me sorprendió por su afán en aprender pronto y por sus dotes de mando. Se fijó como meta volver a abrir la librería en julio y así ir preparando la campaña de libros de texto. Definitivamente se instaló en mi casa y la decoró a su gusto. Alguna vez me pidió opinión a modo de información, pero al final prevalecía la suya, convirtiendo sus gustos en hechos consumados.

No cejaba, cuando la ocasión se lo permitía, en recordarme que yo era su amor prohibido pero no imposible, y que algún día me daría cuenta y la buscaría y que, llegado ese momento, ella me estaría esperando.

Yo pasaba la mayor parte de las noches en casa de María, con ella, y a veces soportando las visitas imprevistas de Anna que se acomodaba para cenar o tomar una copa.

Cuando no subía al casco viejo, me quedaba a dormir en mi casa, en la habitación que fue de mi madre. Tina dormía en el dormitorio que le ofrecí el primer día.

María se incorporó a la rutina diaria, reincorporándose de nuevo al equipo del doctor Otaola en el centro psiquiátrico. Dos veces por semana impartía consultas en la clínica privada del difunto doctor Merino.

Una mañana ocurrió algo mágico que me sobrecogió. Nos encontrábamos los tres limpiando y colocando libros cuando llamaron a la puerta. En el exterior estaba mamá Vega con Salvatore, y Berto con Manuela, la madre de Isabella. Tan solo habían pasado unas semanas y mi corazón se inundó de alegría al verlos. El reencuentro fue muy emotivo.

Habían venido exprofeso a verme y mamá Vega me dio un tirón de pelo por no llamarla, y encargó a Rafa que me vigilara y la llamara si no me portaba bien.

—No se preocupe, doña Vega, cuidaré de él como lo hacía en el barrio de pequeños —le dijo Rafa.

Reservaron mesa en el asador del callejón de Lucio. Rafa se quedó trabajando y me pidió la tarde libre pues quería llevar el taxi de su padre al taller. Tina declinó la invitación, a lo que mi padre se opuso y no le quedó más remedio que aceptar el ofrecimiento. Para mi sorpresa y alegría, Isabella nos esperaba dentro acompañada por el leal Samael.

Desde mi atalaya no me pasaron inadvertidas las miradas de Tina a Isabella y viceversa. Se conocieron en el mismo lugar el día de mi puesta en libertad y entres ambas surgieron lazos de admiración. Ninguno de los presentes me preguntó por María, lo cual agradecí, pero a fuerza de ser sincero he de proclamar que ese silencio produjo dolor en mi interior.

Durante la comida, tanto Berto como Salvatore me informaron de las intenciones de la policía. Hicieron hincapié en que anduviera con precaución; según les había informado Pedro Hermoso, sospechaban que elementos no controlados vendrían a por mí en busca de algo que solo yo sabía.

—¿Y qué creen que tengo que pueda ser de interés?

—Las actas de constitución de La Hermandad —respondió mi padre—. Sospechan que algunos líderes, de grupos radicales de ultraderecha, pertenecieron a ella, incluso que pudiera haber otros encubiertos en órganos de poder del gobierno o de UCD.

—Están en un error. No las tenemos, las entregó don Giovanni.

Mi padre bajó la mirada y Berto me esquivó. Miré a mamá Vega que fue la única que se atrevió a mirarme y le solicité una respuesta:

—Tenemos copia de todo, bien guardadas por si las necesitamos.

—¿Cómo que tenemos? —pregunté—. ¿Qué me has ocultado durante todo este tiempo, mamá?

—¿Podemos comer tranquilamente como una familia? —intervino Isabella.

—No. Necesito respuestas y las quiero ahora —respondí airadamente.

Mi padre abrió su maletín y me dijo:

—Aquí tienes todas las respuestas, ha llegado el momento de que tú las custodies.

Luego lo cerró y me lo dio. Estaba confuso con mi madre.

—Un día tu padre me contó que temía por su vida y, por añadidura, por la nuestra. Fingimos llevarnos mal. Te engañamos para protegerte. Le vigilaban sus propios amigos, uno de ellos le advirtió que habían ordenado matarnos si no entregaba el oro que se apropiaron. Hartos de escondernos decidimos pasar al ataque y urdimos un plan. Una noche te dejamos durmiendo, dimos muerte a los dos que le acechaban y simulamos que uno de ellos era tu padre. Hicimos desaparecer los cuerpos. Durante todos esos años tu padre y yo mantuvimos contacto.

Dejó de hablar. La tensión cortaba las bocanadas de humo que provenían del salón contiguo. No tenía fuerzas para nada, quise levantar el puño contra mi padre. Lo hice, y me quedé a centímetros de su cara. Su mirada impávida suplicaba perdón y, a la vez, castigo para que yo le redimiera por lo que me hicieron. No gesticuló ni movió un solo músculo de la cara. Bajé el brazo al mismo tiempo que tragué mi propia bilis llena de rabia.

—Decidimos mantener la discreción más estricta hasta que estuviéramos seguros de que no corríamos peligro ninguno de los tres —zanjó mi madre.

Por la expresión de su rostro, sus palabras parecían sinceras. Me levanté y sin mediar palabra abandoné el restaurante.

En silencio, Berto, mi buen y fiel amigo, me siguió. Desde pequeño fue educado en los códigos de los caballeros antiguos y para él, cumplir con la palabra empeñada era su modo de vida. Hizo de la lealtad y el honor hacia mí su compromiso, y así honraba la muerte de su padre.

Vagué sin rumbo, al igual que un barco sin timón en medio de una tormenta. A un metro detrás de mí, venía él.

—No necesito paraguas. Puedes irte —le dije.

—Hoy más que nunca estaré a tu lado.

—¿Tú lo sabías?

—No. Al igual que tú lo estás, yo también estaría furioso, pero una vez arreciara la tempestad pensaría que lo hicieron por mi seguridad. Remolcaría mi corazón a un puerto seguro y allí ahogaría mis penas. Y una vez amainase el temporal de rabia y odio, les perdonaría. Debes ser fuerte, amigo mío, y pensar que lo hecho, hecho está.

—Estoy harto de todo esto. A veces tengo la sensación de encontrarme superado, siento que desfallezco y tengo miedo. No soy ese hombre fuerte, con carácter, que todos creéis ver en mí.

—Lo superarás. Todos somos débiles en algún momento. No importa el número de veces que te sientas abatido y pienses que eres un miserable por lo que haces, lo importante es que te levantes con vigor y vuelvas a luchar de nuevo.

—Gracias, Berto, tu amistad me reporta fuerza y seguridad.

Continuamos andando y el silencio volvió a instalarse entre los dos. Ya no me seguía, se puso a mi lado como un igual. Entonces, me preguntó:

—¿Qué pasó con Charles? ¿Conseguiste hacerle hablar?

—No. Ocurrió un accidente y murió. Le di sepultura allí mismo —respondí lacónicamente.

—Tengo una sorpresa que darte.

—Hoy no quiero más sorpresas, Berto.

—Como quieras. ¿Recuerdas cuando me preguntabas en qué me entretenía en Toledo cuando iba a verte?

Le miré y no satisfice su ánimo por secuestrarme de la tristeza que me acompañaba. Seguí callejeando en dirección a la librería. Y traje a mi memoria la conversación que ahora me reclamaba Berto. Recordé que siempre me respondía:

—Estoy trabajando en algo importante.

—¿Y tan importante es que no puedo saberlo?

Y en un castellano italianizado, riéndose, sabedor de que su pronunciación no era buena, me respondía:

—«*No preguntes por preguntar, que el tiempo te lo dirá…*».

OceanofPDF.com

TERCERA PARTE

OceanofPDF.com

Capítulo 13

El pequeño Manuel

«Infeliz del que conociera los secretos que encubre el silencio».

Dante Alighieri

Las palabras de Berto me reconfortaron y mi enojo contra mis padres, en lenta agonía, iban desapareciendo. A destellos me perseguían imperturbables las palabras que en confesión hizo mi madre. No entendía cómo pudo habérmelo contado después de tantos años y en presencia de gente. Aunque no fueran extraños, sí que me debían un instante de intimidad, pues para mí, el conocer esos hechos, era de vital importancia.

Fuimos callejeando y disfrutando de la historia que guardaba cada calle; en cada esquina, Berto se paraba y volvía la cabeza para comprobar que no éramos seguidos por nadie. Bajamos por la calle Cristo de la Luz sorteando, con riesgo, la circulación de vehículos, arrimándonos lo más posible a la pared. La estrechez de la calle hacía que la acera apenas fuese del tamaño de una baldosa. En la Puerta de Valmardón un furgón quedó atrapado y efectivos de la policía municipal desviaron el tráfico, formándose un caos entre viandantes, turistas, curiosos y vehículos.

Entre los curiosos, me pareció ver a uno de los hombres con los que tuvimos la reyerta días atrás, en la discoteca. Noté cómo controlaba mis movimientos y, al mirarlo, trató de disimular, esquivando mi mirada. Advertí de la situación a Berto.

—¿Le conoces? —me preguntó.

Brevemente le expliqué de qué lo conocía. Entonces, Berto me sorprendió:

—Ya no tengo dudas, con esta es la tercera vez que lo veo hoy —me contestó.

En ese momento sospeché que la trifulca no fue espontánea, probablemente formaba parte de un plan.

—Quizás quisieron probar tus puntos débiles —dijo bromeando Berto al oír mi susurro.

—Entonces, ya lo saben —me defendí.

—Bien, ¿nos vamos? —me pidió Berto.

Continuamos nuestro camino hacia la librería. Berto no tomó el camino más corto por la calle Real del Arrabal, sino que atravesamos por el callejón Airosas y, de ahí, a la plaza de la Estrella.

—Creo que te has perdido —le dije—. ¿O buscas algún bar? Tampoco sería mala idea; después del cabreo me ha entrado hambre.

—¡No seas impaciente, hombre de poca de fe! —me respondió agachándose a recoger un bolígrafo que se le cayó. Más bien, lo dejó caer para comprobar si éramos seguidos, movió el cuello y los ojos con lentitud al igual que un periscopio.

Dimos un rodeo y nos adentramos en la calle Alfonso VI para volver a la plaza de Santiago del Arrabal. Se echó mano al bolsillo y sacó unas llaves, entonces supuse que la sorpresa estaba muy cerca, en forma de inmueble. Noté cómo alguien se ocultaba tras el portón de la iglesia de Santiago para evitar que lo viéramos. Toqué la mano de Berto para que no hiciera movimiento alguno y, sigilosamente, en tres zancadas, llegué hasta la sombra sospechosa.

—Buenas tardes, páter —le dije.

—¡Avemaríapurisíma! —me respondió de corrido—. Qué alegría verte, Doménico. Ya te dije que nos veríamos y, mira, Dios ha querido que sea en las puertas de su morada. ¿Quieres que te acompañe?

—No, hoy no entraré. Quizás en otra ocasión. El verle ha sido una enorme sorpresa, al menos para mí.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó con cierto nerviosismo.

—Pues que juraría que me vio y se escondió al verme.

—¡Santamaría! ¿Cómo puedes pensar que me escondería para no saludarte?

—Buenos días, padre. Soy Berto, un amigo de la familia, no se lo tome a mal, hoy está nervioso y cree que todo el mundo le rehuye —intervino

estrechando la mano del capellán, ante mi asombro. Tragué saliva y aire y, de mi boca, únicamente salió una sonrisa complaciente a las palabras de Berto. Conociéndole, sabía que su intervención fue por algo que a mí se me escapaba, tiempo habría de pedirle satisfacción por su intromisión.

Me disculpé y me despedí, dejándole una cita de un escritor francés:

—«*No hay secreto que el tiempo no revele*», páter.

Este, muy compungido, no respondió y allí, cerca de las puertas de la casa de Dios, nos dijimos hasta pronto. Él pasó adentro y nosotros continuamos nuestro camino. Avanzamos hacia la plaza de la Estrella y decidimos entrar a un restaurante a tapear algo. Nada más entrar, Berto se fue directo al teléfono, que al momento volvió para pedirme monedas. Habló largo y tendido, supuse que lo hacía con mi padre. Cuando volvió a la mesa me lo confirmó. Yo, para entonces, ya me había servido tres copas de buen vino acompañado de variadas tapas.

Como venía siendo rutina, siempre que Berto observaba en mí atisbo de nerviosismo la tarde se nos iba entre vino y vino, mezclado con charlas filosóficas. Él no tenía estudios, no obstante era astuto y poseía la sabiduría llana, la mundana, la de aquellos que estudiaron en la universidad de la vida, en la calle. No disponía de una extensa cultura, probablemente no supiera de la existencia de escritores como Unamuno o Sartre y, a buen seguro, que no le hacía falta. La suya era pura «*gramática parda*» y esos conocimientos le bastaban para mantener una animada conversación, incluso hasta atreverse a dar consejos siempre bien opinados.

Anochecía ya cuando dejamos por olvidado mi enojo hacia mis padres. Junio todavía persistía en no dar la cara y, pese a que hacía días que había pasado el cuarenta de mayo, el tiempo permanecía frío a esas horas. Una neblina pegajosa, húmeda, procedente del enfermo río Tajo, impregnaba el ambiente. Saqué las llaves de la librería. Al observarlo, Berto me indicó que las guardara y que le siguiera. Me sugirió que comprobara la presencia de alguien conocido o dudoso, que me hiciera recelar de su comportamiento. Él hizo lo mismo. Ninguno detectamos nada anómalo y volvimos sobre nuestros pasos hacia la calle Cristo de la Luz. Yo le miraba extrañado y él sonreía.

Abrió la puerta de una casa y me pidió que le siguiera. Era una casa de dos plantas, estaba completamente reformada. En la parte de abajo encontré un gimnasio, con tatami incluido; una escalera de caracol permitía el acceso a la parte superior que estaba diáfana. Los únicos muebles, una cama de grandes dimensiones y un pequeño armario. Una balaustrada te permitía ver la planta baja.

—¿De quién es? —le pregunté.

—Tuya. Regalo de tus padres —me respondió.

Callé, guardando mi opinión para mejor ocasión. Berto se quedó junto a la puerta oteando por la ventana. Exploré, sin su presencia, la estancia. El gimnasio era lo más completo que había visto nunca, tenía todo tipo de artilugios. Los que más me atrajeron fueron los relacionados con las artes marciales. Las paredes las adornaron con fotos y carteles de simbología taoísta. Dispusieron un pequeño altar y colocaron portavelas por doquier.

—¿Qué te parece? —me dijo, acercándose a donde me encontraba.

—Bien, pero yo le hubiera dado otro uso —respondí, haciéndole ver que no estaba demasiado ilusionado.

—¿Cómo otro uso?

—Sí. El lugar es magnífico, al otro lado está la librería. Aquí hubiera montado mi vivienda, hubiera sido perfecto. Ahora tendré que comprar para vivir en otro sitio; de hecho, he pensado vender uno de los pisos y comprar una casa por la zona de los conventos.

No dijo nada, se mordió la lengua. Vislumbré cierto incomodo en su expresión. Conociéndole, le pregunté:

—¿Por qué guardas silencio? ¿Qué te preocupa?

—Nada importante; mas a tus padres les gustaría conocer tus pensamientos. Es cierto que eres mayor de edad para tomar tus decisiones, sin embargo, a los mayores siempre les agrada que se cuente con ellos, aunque solo sea para informarlos.

—Cuenta con ello. Así lo haré, buen amigo —le hice un guiño.

—A continuación, prepara tus ojos para ver lo que esconde esta casa. Lo he dejado para el final deliberadamente —me dijo sonriendo.

Detrás del altar había un pedestal con un busto de algún Dalai Lama. Le giró la cabeza y se abrió un hueco en la pared. Se adentró el primero y

encendió las luces; se echó a un lado franqueándome la entrada. Dos salas con las puertas cerradas y al fondo unas escalinatas. Abrí una a una cada puerta. En la primera habían instalado un despacho con un televisor, Berto lo conectó y al momento aparecieron imágenes de la librería. Serían cerca de las diez y todavía estaba allí Tina, colocando libros.

Me gustó la idea, se lo hice entender a Berto con la luz de mi mirada. Como un crío en su fiesta de cumpleaños, fui a ver qué había detrás de la otra puerta. Me volví y le pregunté, sin hablar, qué era aquello:

—Hemos dispuesto que se llame «*El confesionario*» —dijo de forma sarcástica.

—¿El confesionario? —pregunté extrañado—. Esto es una sala de tortura en toda regla —respondí contrariado, pues no me pareció buena idea.

—Si no la necesitas, no tienes obligación de entrar. Sería deseable que nunca tuviéramos que usarla.

—Sí, mejor que sea así —repuse.

No podía dar crédito a lo veían mis ojos, en el centro había una mesa metálica con un hierro forjado, doblado en forma de U, soldado al tablero; por el interior metieron una gruesa cadena a la que habían enganchado unas esposas. La mesa estaba firmemente enclavada al suelo. En un rincón había una pila con su correspondiente grifo, junto a ella una media bañera. También había algún cubo y toallas. Al otro lado, una mesa de quirófano, con ruedas. En la bandeja de arriba había alicates, bisturís, incluso una taladradora. En la de abajo observé un cargador de baterías, con juego de pinzas incluido y un tocadiscos antiguo. Sujeto a una pared un somier metálico. Y claro, no se olvidaron la clásica carrucha para levantar cuerpos pesados. En cada esquina un foco. Tumbado, junto a una de las esquinas un rollo de plástico, de casi dos metros de largo.

Abandonamos la habitación y me indicó que le siguiera hacia la escalinata que había al fondo. Ascendimos con premura hasta el último escalón; nos encontramos con un pequeño rellano que daba a una pared en la que un espejo dejaba ver con nitidez la librería. Giré la cabeza y contemplé la dulce expresión de Berto, en éxtasis al comprobar lo

emocionado que me encontraba. Mi corazón latía igual que el de un niño antes de abrir un regalo.

—Yo he estado al otro lado y no me di cuenta, ¿cómo lo habéis hecho? —le pregunté.

—Toda la dirección la ha llevado Pedro Hermoso. ¿Recuerdas el cuadro de cristal que hay entre dos estanterías?

—Sí, es un vitral de El Greco. Representa la ciudad de Toledo, tenebrosa y oscura —respondí con demasiada suficiencia.

—Eso mismo, yo no lo hubiera dicho mejor —respondió Berto con un poco de socarronería—. Está sobre un espejo de doble cara. Desde aquí puedes ver todo lo que acontece al otro lado, en cambio desde la librería no se nos puede ver. ¿Si quieres, podemos entrar?

—¿Ahora? ¿Y si nos ven?

—Como ves, no hay nadie. Solo veo a Tina, y la reja está echada.

—No sé qué hacer. ¿Se asustará?

Vacilé y, ante mis dudas por la inquietud que me producía el pensar que Tina podría morir del susto, Berto me puso una mano sobre el hombro y me dijo:

—Bueno, ¿entramos o no?

—No estoy seguro —sugerí sin mucho convencimiento. Tras unos segundos largos de titubeos, le dije—: de acuerdo, entremos.

Me indicó dónde estaba el artilugio que la abría. Giré la manivela y empujé con mimo la puerta hacia el interior. Sentí el olor a papel de libro nuevo y el del perfume barato que compró Rafa, con el fin de anular el desagradable tufo a humedad. Se me olvidó que, encima del vitral, Tina colgó una tabla con una leyenda. A pesar del celo con el que abrí, la tablilla cayó al suelo enmoquetado. Tina, detrás del mostrador, repasaba facturas y tenía la radio puesta, y eso hizo que no nos oyera.

Entramos los dos sigilosamente y, antes de que se asustara y nos disparara libros, ceniceros o lo primero que tuviera a mano, me dirigí a ella llamando su atención:

—Tina, no te asustes, soy Doménico —le dije al mismo tiempo que recogía del suelo la tabla que con tanto esmero y meticulosidad había rotulado con un pincel. Aun así, no pudo evitar gritar y ponerse en guardia:

—¡Aghhhh!, ¿de dónde coño habéis salido?

—Del otro lado de la librería —le dije a la vez que le entregaba su obra de arte y que, por suerte, no sufrió deterioro.

—Me habéis asustado, sois dos idiotas —me gritó iracunda a la vez que me arrebataba con energía su magistral trabajo. Nos miró y leyó, en voz alta, lo que en ella había pincelado en negro sobre un fondo blanco lacado:

—«*La **cultura** es el **agua** que mueve nuestras **conciencias**, preservemos las tres*». A vosotros os hace falta aprenderos esta frase, pues carecéis de ellas.

Nos miramos y no pudimos evitar reírnos.

—¿Ninguna?, al menos concédenos el amor por el agua —intervino Berto.

—¿Vosotros, agua? —respondió ya más calmada—. Únicamente tenéis alcohol en el cuerpo, pedazo de brutos.

* * *

Como no podía ser de otra forma, el amor que sentía hacia mamá Vega era más fuerte que la mayor de las ofensas. Me acurruqué en sus pechos y nos besamos, y juntos partimos, llorando, hacia ese lugar donde solo cabe el perdón y el amor. Abrí mis brazos y llamé con ellos a mi padre a que se uniera a nuestra orgía de sollozos y besos, arrancándonos el firme propósito de nunca más mentirnos y perdonarnos todo lo ocurrido.

Decidimos, de común acuerdo, no vender de momento la casa del callejón de los Muertos por razones obvias, pues se podría encontrar conexión con la casa de Tina y descubrir nuestros secretos. Pondríamos en el mercado el piso que heredé de Luis Alfonso. Tina se quedaría a vivir en el piso de la avenida Reconquista. Yo había visto una casa señorial por la calle la Plata; por indicación expresa de Salvatore, haríamos llegar a Anna la encomienda de tantear al propietario y comprarla. No objeté nada a su recomendación, máxime cuando me dijo que fue ella la que adquirió la casa de la calle del Cristo de la Luz para unirla a la librería.

Me contaron que antes de hacer la obra exploraron el sótano antiguo de la librería y que descubrieron un túnel que llegaba hasta la puerta de

Alfonso VI, el cual tenía una salida a otro más grande que llegaba más allá del Circo Romano.

Entendía mi padre que, probablemente, al ser la mayoría de esas viviendas propiedad de judíos, las construyeron para, en caso de temer por sus vidas, poder huir. Arqueológicamente creyeron que se edificaron en la época de la Inquisición; fueron muchos los pergaminos que encontraron en baúles abandonados o, quizás, olvidados con el pasar de los años.

—Nos costó abrirlos, el óxido se había comido la cerradura y tuvimos que forzarlos con una palanqueta —relató mi padre.

—¿Dejasteis abierto el túnel por si fuera necesario su uso? —le pregunté.

Mi padre negó con la cabeza y apostilló:

—Con el devenir de los años se fueron sellando las distintas bocas de la mayoría de los pasadizos secretos que conducían allende la muralla. Las aguas residuales de las alcantarillas se filtraron a través de las paredes y se empozaron al no tener salida; su estancamiento convirtió el pasadizo en un foco de infección en donde las únicas que vivían a sus anchas eran las ratas. El hedor a muerte por las miasmas, me aconsejó mandar sellarlo. Lo tapamos con los escombros de la obra.

En ocasiones Tina se nos unía a los placeres de la sobremesa con mi padre. Era un erudito y oírle contar historias de Toledo nos deleitaba. El tiempo parecía detenerse, en su lenta agonía, cuando Salvatore tomaba la palabra.

Me contó todo sobre La Hermandad; me entregó el maletín con las actas originales de su fundación. Con minucioso relato me hizo partícipe de sus aventuras en los pasadizos y cómo se veía con mi madre a hurtadillas de unos y otros, y frecuentaba su cama a la espera de saber que yo estaba dormido. Llegados a este punto y, ante mi cara inocente, igualmente me pusieron en antecedentes que, en más de una ocasión, fue la madre de Tina la que los cobijó para dar rienda suelta a su amor.

Mamá Vega contó que cuando peor lo pasaron los dos, fue cuando mi padre tuvo que huir a Villamanta, pues esa fue la época en la que más tiempo estuvieron sin verse y en las que yo empecé a desmadrarme: «propio de mi edad», apuntilló. Omitieron, por no hacerme daño, mi aventura

amorosa con Julia y cómo mi padre tuvo que dar muerte a su marido, pues ya por entonces estaban claras las intenciones de este hacia mi vida.

El paso del tiempo hizo que las cosas empeoraran. Fui tan deprisa, en mi torpeza por las ganas de librar al mundo de la injusticia por las tropelías que cometían aquellos que creían tener poder omnímodo, que a poco acabo con mi vida. No solo Salvatore, también don Giovanni y el bueno de Berto se las vieron y desearon para poder protegerme. Al fin y al cabo, como dijo mi padre: «aquello es agua pasada y ahora solo debemos vivir en paz y permitir que el tiempo restañe nuestras heridas».

Si de la compra de la casa se encargó Anna, la dirección de la obra corrió a cargo de Pedro Hermoso con la ayuda inestimable de Berto. Fue de Pedro la idea de poner un circuito cerrado de televisión.

—No podía negarme —expuso mi padre—, es todo un experto en asuntos relacionados con el espionaje, tanto de audio como de vídeo. Proviene del SECED y allí no se andaban con chiquitas a la hora de investigar a alguien; gracias a su meritorio trabajo se ha destapado más de un complot contra el gobierno de Suárez. También fue suya la idea de dotar «*la cueva*», como él la llama, de una sala para confesiones.

—Sí. Ya me di cuenta. Comprobé que no faltan detalles para hacer confesar a alguien —apostillé.

Una mañana, Berto se presentó como siempre, sin previo aviso, a traerme un regalo. Abrí la caja y era un reloj precioso.

—Espero que no lo pierdas —me dijo riendo.

—Este no lo perderé —respondí, dándole un sincero abrazo.

De la parte de abajo salía una pequeña anilla, tirando de ella se desenrollaba un fino cable acerado. También me regaló una navaja automática.

—Ambas cosas te vendrán muy bien para el verano.

* * *

Mi relación profesional con Anna se fue estrechando al mismo tiempo que su presencia en mi vida íntima, cada día se hacía más insoportable.

María se alejaba de mí con la misma celeridad que un velero en un mar bravío. Yo, al principio, contemplaba expectante nuestra agonía con pena;

después con pereza. Durante un atardecer, paseando por la zona de la alcazaba, huyendo del calor sofocante que nos apremiaba en su casa y buscando algo de aire por las estrechas callejuelas de la medina, al torcer una esquina, nos encontramos de bruces con Isabella. No fue un encuentro agradable, rápidamente observé el recelo que se esgrimían una hacia la otra. Más si cabe en María, su actitud fue hostil. Me hubiera gustado tomar algún refresco con las dos, pero descubrí que María era posesiva y celosa, quizás en demasía. No existían en mí ánimos libidinosos hacia Isabella, al contrario, la consideraba como parte de mi familia: era mi hermana pequeña.

Nos despedimos y María pudo advertir mi aflicción por lo ocurrido, cosa que yo no entendía pues mi amor hacia ella permanecía inquebrantable. Me encerré en mi caparazón y no hablé durante el resto del paseo. Nuestras manos marchaban juntas, con los dedos entrecruzados. Más tarde, después de cenar y, cuando me disponía a marcharme a la cama y recapitular sobre lo ocurrido, me dijo:

—Isabella es muy guapa, ya se ha hecho una mujer —María no gustaba en gastar sus balas en tiros baldíos, era mujer que no daba puntadas sin hilo. Pero el corazón de una hembra, cuando detecta en su terreno pisadas de otra que le pueda arrebatar a su hombre, bombea sangre a su cerebro con virulencia y, entonces, pierde la virtud de la imparcialidad.

—Sí, es muy hermosa. Pero no creo que deba recordarte que para mí continúa siendo la niña que conocí —aprecié.

—No te enfades, Doménico, tan solo era un simple comentario —sonreí sarcásticamente y me volví para mirarla, fruncí el entrecejo y burlonamente le pregunté:

—¿De verdad pretendes que crea que es un simple comentario? Dime, María, ¿qué te preocupa?, ¿por qué te has comportado tan descortés hacia ella?

—Su mirada, eso es lo que me preocupa. Una mujer sabe, intuye cuando otra mira a su hombre con deseo. No me preguntes por qué, pero lo sabemos.

—Aunque sé que lo sabes, yo te lo repito: Mi cuerpo y mi alma te desean solo a ti.

—Sí, lo sé, pero a veces tengo dudas. Dudas de ti, de mí, y en ese momento cierro los ojos y siento el roce de tus labios en cada parte de mi cuerpo y me estremezco al pensar que puedas dibujar versos de amor en la piel de otra, dirigiendo las yemas de tus dedos como el más fino de los pinceles.

—Entonces deberías permanecer siempre con los ojos cerrados.

—Eso supondría estar ciego de amor. ¿Y tú lo estás, Doménico? ¿Estás ciego de amor por mí?

—Sí, María, soy solo tuyo, todo lo que puedo ofrecer te lo doy solo a ti. Yo te adoro, y cada vez que cierro los ojos, mi cuerpo, mi alma, únicamente tienen una dueña: ¡Tú! Es por esa razón que no atino a ver miradas de deseo en Isabella, en cambio sí las percibo en Anna hacia nosotros dos.

—¡Jajajaja! —soltó una estridente carcajada perfumada de la más fina ironía—. Anna no ama a ningún hombre, es una mujer despechada y sin sentimientos. No es mujer que necesite de afectos ni del calor de unas manos cercanas como las tuyas o las mías.

—Entonces, ¿no te provoca celos su acoso?

—No, ella no me provoca celos. Me merece confianza. Es una amiga especial.

—¿Podrías explicarme por qué tuviste aquel ataque en Mijares? —le pregunté sorprendido.

—Anna es libre. Los celos me los provocaste tú; fue tu deslealtad, la causa de mi malestar.

Abrí los ojos y me lancé de cabeza al vacío que provoca en el corazón las dudas hacia el ser amado, y hurgué en el interior de mi cerebro en busca de esas cajitas en las que escondemos nuestros miedos a conocer la verdad. Dicen que si la buscas, acabas encontrándola. Llegado ese momento, debemos ser fuertes y aceptarla por muy dura que sea.

Habrá ocasiones en las que ese descubrimiento nos produzca zozobra por no saber discernir entre la felicidad engendrada en las tinieblas de la oscura angustia del desconocimiento, y la ruptura emocional al conocer aquello que nos producía inseguridad.

Con miedo a no saber si en verdad querría una respuesta que me confirmara aquello que todo el mundo creía conocer y que yo sospechaba,

encontré las fuerzas en aquella frase de Heráclito: «*Si buscas la verdad, prepárate para lo inesperado, pues es difícil de encontrar y sorprendente cuando la encuentras*», y decidí preguntarle:

—Dime, María. ¿Qué debo entender por amiga especial?

Quedó varada en los confines del submundo en donde no puedes escapar a los conjuros y sortilegios de aquellos que no entienden por qué alguien se inmiscuye en la naturaleza de tu vida sentimental. Torció el cuello tratando de huir de mi mirada expectante y asustada. La voz se le quebró y el color cálido de su piel tornó a otro pálido al principio, y sonrosado después.

—¿Anna? Anna, no es nada para mí. Es a ti a quien amo y no entiendo el porqué de tu desconfianza —me respondió con las manos recogidas en su regazo.

—¿Te acuestas con ella?

Ante mis deseos de conocer su verdad, al oír mi pregunta, permaneció atónita y al mismo tiempo hechizada, los labios trémulos, las mandíbulas apretadas intentando sujetarlos y la mirada huidiza, al principio. Luego reaccionó y exclamó sin fuerza:

—Ella es un instrumento de placer. Sí, la quiero, pero te repito que a ti te amo. ¡No pongas esa cara, por Dios!

Me quedé aturdido, me consideraba una persona atrevida, formada y liberal pero la forma en que María definió su relación con Anna me dejó en estado de *shock*. Repasé, rastreé, con ligereza en mi cerebro las nociones de filosofía sobre relaciones entre iguales del mismo sexo. Exploré en lo más profundo sobre la búsqueda de formas afines a esta relación, en las bacanales de griegos y romanos, y decidí callar. Yo podría haber dicho cualquier cosa, pero a riesgo de parecer torpe opté por callar. Tomé una copa y le hice señas invitándola a lo que respondió afirmativamente. Vertí con cautela vino en su interior, intentando encontrar alguna palabra, algo a lo que agarrarme para poder entender su concepción sobre el sexo y sobre el amor, al fin y al cabo, ella era psiquiatra; supuse que sabría más que yo sobre el asunto. Extendí el brazo para ofrecerle la copa y adiviné su silueta a través del vidrio; por atuendo llevaba una amplia camisa que no le cubría más allá de los glúteos.

—Dime, María, ¿qué es el amor para ti? —fue lo único que se me ocurrió preguntarle.

—¡Amor! Es pasión, es sexo. Es sentir la necesidad constante de estar contigo, extrañarte en la presencia, querer morir en tu ausencia. Amor es respirar tu aire, gustar de tu aroma. Es mirarte y a la vez temblar; estremecerme solo con tu aliento y notar como mi cuerpo vibra, se humedece. Es beber el más mortífero veneno como el más delicioso licor. Todo eso es amor —respondió con la mirada lánguida, temerosa y huidiza.

Los dos bebimos un sorbo. Aproveché para acercarme a ella sonriendo, la tomé por la cintura y la atraje hacia mí. Por el escote pude percibir sus pezones inquietos. La besé y le susurré:

—¿Y si alguna vez cedo a sus insinuaciones y soy débil?

—Si alguna noche, en uno de esos sueños que tienes, se te aparece y tienes frío te permito que te acerques a ella en busca de calor, si eso te hace sentirte mejor. Y si además se anima y te da un masaje, aún mejor —sonrió de forma picarona, me guiñó un ojo y me dijo—: anda tonto bésame, abrázame, te prometo que trataré de apartar de mi mente mis falsas alarmas. Este debe ser el año en el que encuentre mi paz interior, sabiendo que te tengo a mi lado, que no dejaremos de vernos —posó su copa sobre la mesa y me quitó la mía, bebió en ella y la dejó junto a la suya, estiró sus brazos alargándolos alrededor de mi cuello. Me besó y trasegó el licor de su boca a la mía. Accedí sin entender nada de lo que me había dicho y nos entregamos a saciar nuestros deseos más febriles.

* * *

Junio se marchó dejándonos temperaturas de cuarenta grados. Los ventiladores rompían el aire caliente convenciéndonos de que enfriaban el ambiente. María me hizo prometer que participaría con ella en una fiesta especial por su cumpleaños. Ya no volví a preguntar ni a malmeter sobre su amistad con Anna. Yo también le puse mis condiciones respecto al trato que debía dar a Isabella y a Tina, ya que sobre las dos recaían sus infundados celos.

Mantenía con discreción mis conversaciones telefónicas desde casa y lo mismo hacía con el teléfono de la librería. Pedro Hermoso nos enviaba

mensajes encriptados que solo Salvatore sabía descifrar. En ellos expresaba su temor a que se cometiera una tropelía con alguno de nosotros. Nos alertaba para que todo nuestro entorno mantuviese los ojos abiertos. El grupo especial únicamente me vigilaba a mí; entendían que yo era el único al que apuntaban las sospechas de un posible atentado.

En ese estado de alerta permanente no me pasaba desapercibida la presencia del páter más frecuentemente de lo que quisiera. También notaba como aguijonazos en la nuca al sentirme espiado por aquel mocetón de rasgos teutónicos con el que me enfrenté en la discoteca. Sonreía al verlo disimulando y pensaba que era un policía muy torpe.

A finales de julio por fin abrimos la librería. Tina, durante ese tiempo, no dejó de sorprenderme por su tozudez y ganas de hacer cosas. Rafa emprendió un camino de no retorno a las drogas, consiguiendo que sus padres se sintieran orgullosos de él. Una mañana se presentó a trabajar muy nervioso y me dijo que quería hablar conmigo.

—Tú me dirás —le dije.

—Mi padre está muy mal de la columna, son muchos años en el taxi y ha pensado jubilarse y cederme la licencia.

—Esa es una estupenda idea, Rafa. ¿Dónde está el problema? ¿Necesitas dinero?

—No. No es dinero lo que necesito, el viejo tiene sus ahorros. El problema soy yo, no sé si estaré preparado.

Al oírlo, Tina se echó sobre él abrazándolo.

—Eres un tonto, Rafa. Has conseguido salir de la oscuridad de las drogas, eso te faculta para hacer lo que te propongas —le dijo Tina de forma alentadora.

—Nada más que hablar —atajé—. Tenemos que celebrarlo. ¿Cuándo empiezas?

—En septiembre. Si no te parece mal, como en agosto por las tardes no hay mucho trabajo aquí, he pensado no venir a la librería y empezar poco a poco a soltarme con el taxi. Mi padre trabajaría por las mañanas y yo lo cogería después de la siesta. ¿Qué os parece?

—Pues ¿qué nos va a parecer?, muy bien. Salvo que el jefe diga otra cosa —intervino Tina lanzándome una mueca sonriente.

—Conque vosotros lo acordéis, a mí me parecerá estupendo —dije yo.

Una mañana que volvía muy contento a la librería, ya que a través del diputado socialista Zenón Cogolludo me habían concedido la licencia de armas, me los encontré a los dos con el rostro tenso y, al verme, se vinieron hacia mí como alma que lleva el diablo. Mi sonrisa y alegría se evaporó en menos de lo que lo hace el vaho sobre el cristal. Antes de preguntarles y, como si en ello les fuera la vida por ver cuál me informaba antes, los dos, al unísono, me soltaron:

—No te lo vas a creer —dijo Rafa.

—Sí, es increíble —al mismo tiempo habló Tina.

—Un momento —les interrumpí—. ¡Hablad solo uno!, por favor.

Miré a Tina y le concedí la palabra. Tragó saliva y nerviosa fue a por el bote de refresco que tenía en el mostrador. Volvió con tres cigarros: yo estaba empezando a intranquilizarme; no alcanzaba a entender qué era aquello de tanta enjundia que los tenía alborotados. Cuando conseguí, o mejor expresado, ellos consiguieron tranquilizarse, empezaron a hablar, repitiendo la misma situación de querer hacerlo los dos al mismo tiempo.

—¡Basta! ¡Callad! ¡Parecéis dos críos!

—De acuerdo, hablaré yo —exclamó Tina—. Pero te advierto que no te lo vas a creer.

—Os juro que estoy entrando en un estado de nerviosismo, que igual os mando a los dos a hacer puñetas.

—Estábamos colocando los libros que llegaron ayer. Cuando, de repente, advertimos un chico de unos diez años mirando la estantería destinada a las guías y mapas de Toledo.

—Y era igual que tú a su edad —interrumpió Rafa exaltado.

—Rafa me hizo una seña, pues yo no me había fijado. Nos acercamos y casi nos da un vuelco el corazón. Doménico, era tu reencarnación si es que eso existe —contaba, Tina atribulada.

—No soy quién para decir si existe o no la reencarnación, pero de existir, solo se da de muertos a vivos y yo aún estoy aquí, entre vosotros, y como no terminéis de contármelo, os juro que quien se va a reencarnar vais a ser vosotros, del sopapo que os voy a dar.

—Pues bien, nos acercamos a él y le hablé —prosiguió Tina, dilatando la exposición de los hechos—. Al volverse eras tú, lo único que le diferenciaba era el tono de la piel. Su tez es cetrina, mientras que la tuya es más pálida.

—Al grano, Tina —le urgí.

—En el pequeño interrogatorio que le hice, le sonsaqué su nombre. Espera, voy a mirar donde lo anoté. —Se retiró hacia el mostrador y desde allí gritó—: Manuel Conde Vinuesa.

Yo no entendía nada, puse cara de póquer, Tina no se quiso dar por enterada y prosiguió su monólogo.

—Ha venido de excursión con el colegio. Es muy simpático, ¿sabes? También nos contó que vive en Ciudad Real y estudia en los Salesianos y que su papá es militar.

Llegado a ese punto, callaron. Me miraron esperando que yo les dijera algo; para su sorpresa lo único que me sacaron fue:

—¿Y?

Me aparté dejándoles pasmados con mi respuesta. Me dirigí a un sofá que había dispuesto para charlar amistosamente con aquellos clientes que gustosamente les apetecía hablar sobre libros. Se sentaron a mi lado y Rafa me espetó a bocajarro:

—Ese niño, o es hijo tuyo o es tu hermano. No hay dudas.

—¿Y estáis seguros de que se parece a mí?

—Sí, es tu…

—Ya lo sé, ¡mi reencarnación! —respondí de malas formas, ya un poco agobiado—. De esta conversación, ¡chitón! Y si digo a nadie, es a nadie.

Consideré que, de ser ciertas las dudas creadas a mis dos amigos amparándose en el parecido físico conmigo, tenía muy claro que debería ser fruto de algún desliz de mi padre. Ahora me planteaba el paso a seguir para comentarlo con él, debía hacerlo con la mayor discreción o pondría en peligro su matrimonio.

Decidí contárselo a Anna. Con los datos aportados por el chico, sería fácil dar con él; al fin y al cabo, Ciudad Real es una pequeña capital de provincia con un único colegio de Salesianos.

—Lo intentaré —me dijo—. Aunque deberás darme tiempo. En cuanto termine de cerrar la compra de la casa me pongo a ello.

—No es urgente, me gustaría tener la máxima información antes de hablar con Salvatore —le dije.

—Nene, ¿y si fuera tuyo? —intervino María.

—¿Acaso sabes algo que yo debiera saber? —le pregunté.

—Anda tonto, es una broma, aunque no del todo. Por si tienes dudas, conmigo no ha sido, pero te recuerdo que, en tu época de universitario en Madrid, fuiste un poco pendón desorejado.

Las dos se echaron a reír contagiándome de tan estupenda enfermedad. Luego se abalanzaron sobre mí, intentando hacerme cosquillas. Mientras Anna hurgaba debajo de la camisa, María trataba de sujetarme a base de besos y mordiscos. Tuve que ponerme serio, a los besos de María yo respondía cada vez con mayor carga de lascivia y las cosquillas de Anna, empezaron a cambiar por caricias cada vez más adentro de la cintura del pantalón.

—Por favor, señoras, sean serias o esto acabará mal —les reproché.

—¡Oh, qué miedo! ¿Acaso podrías con las dos? —replicó Anna.

—Venga no le asustes y cenemos —repuso María—. ¿Te quedas a cenar? —le preguntó a Anna.

—Es tarde y mañana tengo la agenda muy cargada. Y tú prepárate que cualquier día te llevamos al huerto.

—Ya, mucha loba es lo que hay por aquí de dientes hacia afuera.

Reímos las chanzas de unos y otros; durante la cena conté a María, con detalle, todos los pormenores sobre el asunto del pequeño Manuel. También hablamos de mi nueva casa y la ilusión por ver mi sueño realizado. Le dije que mi sueño era formar una familia con ella y con el pequeño Nacho, su hijo. Que era una casa tan grande, según me había contado Anna, que podríamos vivir todos juntos con holgura; en mis sueños veía a nuestros hijos corretear por el patio. No me interrumpió, escrupulosamente guardó silencio; cuando la miré pidiéndole su opinión, me respondió con sequedad:

—Me alegra que tus sueños se hagan realidad. No has pensado en los míos, me has envuelto en los tuyos sin tener en cuenta mi opinión. Me la pides ahora y he de responder ante unos hechos consumados. Solo te digo

que yo ya tengo casa y aquí podríamos vivir perfectamente los tres. Desconocía que quisieras tener hijos, tampoco has contado conmigo, y creo que tengo derecho a decidir si quiero tener más o dejarlo así, con la sensación de haber cumplido con la llamada de la maternidad.

No respondí a sus comentarios. Egoístamente tampoco reflexioné si tenía razón o no, ya lo tenía decidido y me iría a vivir a mi nueva casa. Tampoco era muy importante que de momento no se vinieran a vivir conmigo, puesto que estaríamos muy cerca. De esta forma cada uno gozaría de su propio espacio; probablemente, con el paso del tiempo, María cambiaría de idea.

* * *

Entré por primera vez en la vivienda —que un día decidí que si podía la compraría— a mediados de agosto. Parte de mis sueños de juventud se estaba cumpliendo. Fuimos a verla todo el clan. Tan solo faltó María, sus desdenes a mí no me importaban demasiado, en cambio los que satisfacía a mi familia me hacían daño. Entendía yo que eran ofensas gratuitas, sin sentido, y que tendríamos que hablar sobre el asunto para evitar en lo sucesivo sus desplantes.

La casa era perfecta, daba la sensación de ser una fortaleza dentro de la ciudad. Por su magnitud y pomposidad resaltaba del resto de las viviendas colindantes. Daba a dos calles y constaba de dos plantas; en todas las habitaciones del piso segundo, que daban al exterior, los anteriores propietarios dispusieron que tuvieran una balconada, y en todos los balcones colocaron el mismo tipo de herrería en las barandillas.

La parte inferior de la fachada, hasta un metro de altura, estaba construida con placas talladas de granito grisáceo. A continuación, levantaron la pared con piedra natural hasta poco más arriba del primer piso. El resto, hasta el tejado, era de ladrillo visto color teja. El blasón de la familia, en piedra rosácea estaba esculpido por encima del marco de la puerta. La esquina la cubrieron con piedra basta y curvada, también de granito. Probablemente sería para protegerla del roce de carros tirados por caballos.

El acceso a la casa estaba guardado por una puerta maciza de dos hojas, labrada en madera de tea. La profundidad de la talla daba una idea de la robustez de las puertas. Dos manos de hierro fundido servían de llamador. En la parte de abajo dispusieron unos burletes para evitar en lo posible la entrada de agua.

—¿Te gusta? —le pregunté a mi padre.

—No. Será lo primero que cambiaremos. Pondremos el de tu familia, te pertenece —me dijo orgulloso.

—Me refería a la casa —respondí.

—Y yo al blasón. Pondrás el escudo de los Aspartana, grandes del Condado de Lucca.

—Es una casona del siglo XVI. Debes armarte de valor, por dentro presenta un estado lamentable —me susurró Anna, esbozando una sutil sonrisa.

—Me lo imagino. Mantendré únicamente los muros de fuera, derribaré hasta los cimientos si fuese necesario —le respondí.

Nos recibió un señor mayor. El cuerpo enjuto, nariz picuda y ojos redondos y apagados, las mejillas marcadas de arrugas por el paso de los años.

—Buenas tardes. Les estaba esperando. Soy Inocencio y desde hace cincuenta años, el mayordomo de la casa —nos dijo.

Gentilmente nos indicó que pasáramos. Al ver la *troupe* se inquietó.

—Es una familia muy unida —dijo Anna, antes de que el señor Inocencio formulara alguna objeción.

—No esperaba que fueran tantos. Les ruego por favor que no toquen nada.

—Descuide, señor. Es mucho lo que pagaremos por ella y debemos estar seguros de lo que compramos —intervino Salvatore.

Se quedó mirando a mi padre, se irguió y le respondió, henchido de dignidad herida:

—Por lo que sé, ustedes no pagarán ni las puertas.

—Disculpe si le he ofendido —dijo Salvatore.

—Disculpas aceptadas —respondió el anciano con gallardía.

Una vez dentro, pudimos contemplar lo que en su día pudo ser la residencia de uno de los nobles de más alto rango de Toledo. A la entrada, un pequeño *hall*; a la izquierda, una puerta labrada abandonada que pedía a gritos una mano de barniz.

—¿Qué hay detrás de esa puerta? —le pregunté.

—Nada importante, señor. Es donde vivo desde que entré a trabajar para los señores. Aquí nacieron mis hijos y desde aquí partieron, para hacer mejor fortuna, a Cataluña. Permitan que vele por mis recuerdos y no los profanen hasta que yo me haya ido.

Miré a mamá Vega y asintió. Igualmente hizo mi padre.

—No se preocupe. No entraremos. Podrá vivir aquí todo el tiempo que pueda. No obstante, dígame, ¿la puerta pequeña que da a la otra calle es la entrada directa a su… casa? —pregunté con voz dulce y respetuosa.

—Sí, señor. Y a más sitios —respondió el mayordomo, mostrándose agradecido por el trato que le estábamos dispensando.

A continuación del *hall*, tres peldaños nos permitían pasar a un gran patio. Alrededor del mismo se construyeron las distintas dependencias en dos plantas. El suelo era de mármol y por techo dispusieron instalar un lucernario de cristal tallado, con imágenes que daban calidez y colorido al patio al contacto con los rayos del sol.

En la planta de abajo estaba la cocina y un gran salón. También había habitaciones, algunas de ellas con baño incorporado.

Subimos a la planta superior por unas escaleras de madera que chirriaban a cada paso que dábamos. Todo eran dormitorios, salvo una habitación destinada al despacho del que fuera su dueño. Una enorme *boiserie* de madera de nogal, con ricas tallas y fina marquetería, cubrían las paredes. Dentro de las cristaleras, decenas de libros, en algunos casos apiñados entre sí. En el centro habían dispuesto una chimenea, dándole un punto de estilo neoclásico.

No quise ver más. Mientras el resto seguía oteando, yo abrí una puerta que daba al exterior. Tras ella, un pequeño balcón semicircular unía ambos perfiles de la casa, lo cual te permitía contemplar las dos calles. Una barandilla de hierro artesanal me separaba del vacío.

Decidí asomarme al balcón para respirar aire puro. Aunque en Toledo el aire de agosto a media tarde te quema los pulmones, no obstante se agradecía mejor que las bofetadas que recibías en el olfato a causa del olor a rancio que provoca la humedad, por falta de ventilación, cada vez que abría una puerta.

Anna se vino junto a mí con la excusa de fumar. Me ofreció un cigarrillo y lo acepté. No tardó en cogerme del brazo y recordarme cuánto me amaba María y cuánto sufría por no poder estar a mi lado.

—Cree que no es bien recibida por tu madre —me dijo.

—¿Tú crees?

—Lo único que sé es que desde lo que ocurrió en Mijares, nada es igual. Después de los primeros días, todos se fueron alejando de ella y María se sintió sola. Padeció la angustia de la soledad y del rechazo, tan solo el doctor Otaola y yo mantuvimos contacto con ella.

Desconocía que se hubiera dado esa situación, de modo que pondría empeño en acercar a las partes o, al menos, a que hablaran entre ellos. Iba a expresarle a Anna mi opinión cuando oí los pasos de Salvatore. Esta vez por culpa de la madera desgastada por el paso de los años y la humedad reinante en toda la casa, no pudo sorprenderme.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—Bien. Está en un buen sitio, tendrás que hacer una gran remodelación y, sobre todo, no te olvides de abrir una cochera en la puerta falsa —respondió.

Nos despedimos de Inocencio, el mayordomo. Una vez fuera, el comentario general fue positivo.

—Creo que merece la pena invertir en su adquisición. Y no eches en saco roto la idea de abrir una cochera aquí —dijo mi padre, señalando hacia la puerta pequeña.

—Es un gasto inútil. Hay aparcamiento de sobra en la calle, es una pena anular la puerta de servidumbre —objeté.

—Tienes casa de sobra y es una apuesta de futuro. Algún día prohibirán aparcar en esta zona.

—Te prometo que lo tendré en cuenta. ¿Alguna idea más, antes de dar el paso definitivo? —dije, dirigiéndome a todos, en especial a Mamá Vega.

* * *

El curso escolar dio comienzo. Las ventas superaron con creces nuestras expectativas. Rafa nos dejó para hacerse cargo de la licencia de taxista de su padre. Yo apenas pasaba por allí, pues entendía que algunas personas iban por el morbo de ver a un exconvicto, más que a adquirir el material escolar.

Fue necesario contratar a otra persona. Cogimos a una joven por recomendación de mi madre. La joven, de nombre Nuria, era muy despierta y gustaba de estar informada sobre los avances tecnológicos del momento. Me expuso una buena idea comercial; al principio me resistí, pero ante su insistencia y algunos viajes que hice a Madrid, me convencí. Cederíamos en la parte de arriba un espacio para poner un video club. En verdad que fue un acierto, aunque al principio la inversión fue más costosa de lo presupuestado puesto que en el mercado operaban, al mismo tiempo, tres sistemas de video distintos. Fue todo un éxito tener en cuenta su opinión, fuimos pioneros en abrir al público. Cuando otros empresarios quisieron darse cuenta del negocio, pasaron meses, y nosotros ya estábamos consolidados.

Nuria también me animó a que tomáramos un camino y que invirtiéramos en cintas de un único sistema, de modo que nos decidimos por el sistema VHS, deshaciéndonos de todo el material de los sistemas 2000 y Betamax. La empresa suministradora aceptó el cambio de las películas de los sistemas que no queríamos por nuevas del sistema VHS, sin coste alguno. Cuando la competencia quiso hacerlo ya no les aceptaron el cambio como tal, lo cual les supuso pérdidas.

* * *

Tina tenía mi autorización para abrir toda la correspondencia que viniera a mi nombre. Una mañana cualquiera, nada más entrar en la librería me dijo:

—En tu mesa te he dejado una carta.

—¿De quién es? —le pregunté, sin prestarle demasiada atención. En mi mente traía la estúpida cara de aquellos a los que me enfrenté en la discoteca. Ya no les importaba disimular que me espiaban. Hacía días que

dejé de pasar a la librería por la calle Cristo de la Luz. Como casi todos los días entrenaba, entraba por la librería. En ocasiones, cuando venía Berto a verme, entrenábamos juntos.

—No la he abierto. Es una carta especial.

—¿Y qué la hace tan especial? —le dije, prestándole atención.

—Es un sobre color crema, de papel resistente. Se aprecia que es caro; viene escrita a mano, sin remite.

Me dirigí a la mesa y la tomé entre las manos. Era letra de mujer. Olí el sobre, tenía un olor singular. Observé como Tina me miraba. Quise saber de quién podría ser sin abrirlo, mas no encontré ningún detalle que me condujera a su dueña.

—¿No piensas salir de dudas? —me preguntó Tina.

—Sí. Déjame un abrecartas, quiero ser cauteloso.

Era de Lorena Brenes. No me lo podía creer. No había vuelto a saber de ella desde aquel fin de semana aciago en el hostal Barbacedo. Leí la carta dos veces, no daba crédito a lo que en ella decía y me pregunté cómo pudo enterarse de mi paradero, y cuál sería el verdadero motivo de su invitación.

—Aprecio, por tu expresión, que no es nada bueno lo que has leído —volvió Tina a la carga.

—No es ni bueno ni malo, es sorprendente. Toma, léelo —le dije al mismo tiempo que se lo acercaba al mostrador.

A esa hora nos encontrábamos los dos solos en la librería. Nuria pasaba más tiempo en la planta superior atendiendo el video club. Tina, ni corta ni perezosa, se recompuso y ajustó el talle con el fin de darle grandilocuencia al momento. Carraspeó y la leyó en voz alta:

Querido Doménico:

Tengo el gusto de invitarte a la fiesta que celebraré, como cada año, el próximo 26 de septiembre a las nueve de la noche. En este día tan señalado, festejamos la llegada del equinoccio de otoño. Al ser una celebración pagana, te ruego asistas con disfraz, siendo imprescindible llevar la cara cubierta.

Deseo tanto verte de nuevo que, si no consigo tu presencia, no me lo perdonaré.

Siempre tuya.

Lorena Brenes de Mariñas
Vda. Del Marqués de Orgaz y señora de Escalona.

Cigarral Las Meigas.
Crtra. Navalpino, km 4,5
Toledo

—¡Guauu! Desconocía que el señorito tuviera amigos en la nobleza —exclamó burlonamente.

—Y yo. Y también desconocía tu humor y tus risas, al igual que lo hacen las jocundas lavanderas del río.

—Déjate de zarandajas y cuéntame quién es, y si vas a ir. Tampoco viene de más el que me ofrezca a acompañarte.

—No dice que tenga que llevar compañía. He de confesarte que siento curiosidad por ir y, a tu otra pregunta, te diré que la conocí en tu hostal. Era una señora, ¡muy señora!, fumaba en pipa larga y siempre tenía buitres embobados a su alrededor.

—Sí, ahora la recuerdo. Gamboa me preguntó por ella y no supe darle testimonio; en cambio, él me dijo que gustaba de hacer fiestas raras en su casa.

—Aprovecharé para estrenar la moto —le dije.

No encontré disfraz que ponerme ni máscara con la que cubrir mi aspecto. Se lo comenté a Berto y, después de advertirme del peligro que podía correr, me dijo que intentaría buscar algo que me valiera. Dos días antes de la fecha indicada se presentó con un traje de arlequín y un antifaz.

—Te está que ni hecho a medida —dijo Tina.

—Lo traje de Italia. Alguna vez lo vestí en carnavales —dijo Berto.

—Amigo mío, lo llevaré con honor —intervine yo.

—¿Me dejarás que te pinte?

—No, Tina, ni a ti ni a nadie. Por ahí sí que no paso —respondí, gesticulando con los brazos, en actitud negativa.

Llegado el día y la hora prevista, guardé el traje en una mochila y monté en mi Harley. Era de segunda mano, aunque por la pinta que tenía nadie podría decir que no fuese nueva.

Era otro de mis sueños cumplidos. Desde que vi la película los ángeles del infierno me sentí impresionado con aquellas motos, y ahora tenía yo una. Subí en su lomo y me puse en marcha. El trayecto fue corto, aun así pude sentir el relente de la noche sobre mi cara. La cabellera al viento me impregnó de aires de libertad. Cuando me quise dar cuenta, ya estaba dentro de la finca.

El camino hasta la casa lo hice escoltado por frondosos abetos dispuestos a ambos lados. Dejé la moto frente a la puerta principal y, antes de que bajara, un señor vestido de pretoriano me pidió que me identificara. Procedí a darle la invitación.

—Muy bien, señor Doménico. Lamento decirle que sin disfraz no podrá entrar, cumplo órdenes.

Al momento llegaron dos vehículos y de su interior salieron mujeres y hombres debidamente vestidos para la ocasión. El pretoriano me miró haciéndome comprender que todos vendrían así.

—No se preocupe, traigo el disfraz en la mochila. Dígame dónde puedo cambiarme y al momento estaré presentable.

Me indicó que fuese a la caseta que estaba junto a la piscina. Desde el interior pude oír las risas de las gentes que por allí pululaban. Guardé mi ropa en la mochila y la dejé en el portaequipaje de la moto.

Una vez en el interior de la casa, no me resultó difícil hacerme a la fiesta. Camareros ataviados para el momento pasaban bandejas con bebidas. Respecto a la comida, la anfitriona dispuso de grandes mesas repletas de ricos manjares en donde cada uno comía lo que le apetecía. Pese a ir disfrazado y con la mitad de la cara tapada, Lorena Brenes vino a saludarme.

Apareció adornada con un traje de diosa egipcia; por el corte de pelo se daba un aire a Cleopatra. Un escote pronunciado en uve, sin sujetador, dejaba a la vista sus prominentes senos.

—No sabes la alegría que me reporta el verte aquí —me dijo sonriendo.

—No podía defraudarte, tu invitación era tan sugerente que sería de tontos rechazarla.

Extendió su mano derecha para que la saludara; la sujeté con mimo e hice intención de besarla.

—Eres tan caballero que no pareces de esta época —me dijo.

—Gracias Lorena, eres muy amable —respondí.

—No imaginas la felicidad que me procuras por haber aceptado mi invitación —repitió zalameramente.

—Estuve tentado de no hacerlo, pero me pudo más la curiosidad. Me pregunto cuál es el motivo que te ha empujado a invitarme a una fiesta en la que creo que no conozco a nadie.

—¡Ay! Los hombres siempre buscáis un porqué a todo. Dejamos una conversación pendiente, ¿recuerdas? Creo que es motivo suficiente.

Sí, es cierto, pensé. Como también lo era que me sentí embrujado con sus palabras y que casi acabo con la vida de Anna. Abrió su pequeño bolso y extrajo una pipa larga. Introdujo un filtro acoplándole después un cigarrillo. Lo dejó sobre su boca, esperando a que yo le ayudara a encenderlo.

—Lo siento. No llevo encendedor, soy un fumador esporádico —le dije.

Entonces sacó su encendedor. Un Dupont de oro; gentilmente se lo cogí de la mano y procedí a darle fuego acercando mi mano hacia el cigarrillo. Una vez encendido, y como hiciera la noche que la conocí, expelió el humo a mi cara. Me aparté, aun así pude oler su fuerte aroma y notar cómo penetraba en mis pulmones, no pudiendo evitar toser.

Me contó que había hecho averiguaciones sobre mí y que lamentaba lo que me ocurrió y sobre todo a mi novia.

—Toledo es muy pequeño, aquí se sabe todo —me dijo, al mismo tiempo que repetía el acto de echarme el humo en la cara. Sentí un ligero escozor de ojos y una sensación extraña en mi comportamiento. Un camarero vestido de fraile pasó por nuestro lado ofreciéndome licores en vasos pequeños. Preferí no cambiar y continué bebiendo vino.

—Prueba uno de nuestros licores, no te voy a drogar para aprovecharme de tu juventud.

Mientras hablaba con ella, tenía la sensación de ser observado por todos los invitados, en especial por uno que parecía un bufón. Hice caso a la anfitriona y elegí un licor de color morado; sin que se diera cuenta lo derramé en una copa de vino y fingí beberlo. Pasados unos minutos, le pedí disculpas y solicité que me indicara dónde estaba el baño.

—Ve por aquel pasillo, al fondo a la derecha. Espero no tener que enviar a rescatarte. —Por tercera vez me echó una bocanada de humo a la cara, al mismo tiempo que reía—. Mi dormitorio está en la planta de arriba por si deseas tumbarte a descansar —me dijo, acercándose y besándome con descaro. No sé dónde coño pudo tener guardado más humo, pero el caso es que me lo introdujo directamente de su boca a la mía.

Disimulé aturdimiento y fui al baño. El pasillo era largo, pero no tanto como yo lo veía. Era evidente que esa maldita zorra me había drogado.

Entré en el baño con sensación de vértigo e introduje los dedos en lo más profundo de mi garganta hasta provocar arcadas primero y vómitos después. Me lavé y eché abundante agua en los ojos; la puerta se abrió y entró un hombre vestido de fraile. Di por hecho que sería un camarero.

—¿Se encuentra bien, señor? —me preguntó.

Antes de que pudiera reaccionar, me golpeó con la rodilla en el estómago. Me cogió con una mano de la cintura del pantalón y con la otra de la nuca, empujándome con virulencia contra la pared.

Caí al suelo y cuando iba a patearme alargué el brazo, golpeándole en la entrepierna. Ahora el que estaba doblado era él. Me levanté y le propiné dos puñetazos seguidos; ya a mi merced le di un golpe seco en el cuello y cayó fulminado. Lo arrastré al interior de un váter y cerré la puerta.

Me rehíce y adecenté lo que pude; abandoné el baño, desorientado. Subí por una escalinata y abrí una puerta que daba a un corredor desconocido; entré y me asomé por las cristaleras, a través de ellas pude contemplar un gran salón en la planta de abajo; tenía toda la pinta de ser las antiguas caballerizas. El suelo estaba empedrado, pero ello no era óbice para que hombres con mujeres, mujeres con mujeres, todos mezclados, desnudos, participaran de una orgía de sexo y alcohol. En las paredes había argollas con cintas de cuero y en el centro un altar; desde el techo, un foco proyectaba su haz de luz sobre el mismo.

—Creí que te habías ido —oí la voz sensual de Lorena Brenes a escasos pasos de donde yo contemplaba, entre excitado y extrañado, aquella bacanal.

Simulé que nada me había ocurrido y le pregunté:

—¿A qué se debe este espectáculo?

Se acercó a mí y se puso delante para evitar que siguiera mirando; presionó sus prominentes pechos contra el mío y, al notar mi indiferencia, se dio la vuelta para mirar ella lo que a nuestros pies ocurría.

—Desde la antigua Mesopotamia se venera este día. Celebramos la fertilidad de la tierra, por eso hombres y mujeres se unen sin pudor. Hoy todos somos iguales y, lo mismo que recogemos libremente el fruto de la tierra, fecundamos en el cuerpo deseado. Sin trabas, sin impedimentos, nos entregamos a festejar este rito pagano —me dijo, presionando y moviendo con suaves círculos su trasero sobre mis gónadas.

Tuve una fuerte erección; sucumbí al espectáculo que tenía ante mis ojos y acepté por momentos sus carantoñas. Besé su cuello e introduje mis manos por el interior del escote y acaricié y apreté sus firmes pechos. Lorena se inclinó hacia adelante y buscó con sus manos, atropelladamente mi bragueta.

Cogí sus manos y froté con ellas, suavemente, mi miembro. Lentamente las fui retirando y le dije:

—Creo que hoy tampoco dará resultado tu plan.

Se giró con la misma celeridad que una víbora, su mirada desprendía rabia, odio. La heterocromía se le acentuó y en la conjuntiva le cambió el color blanco por el escarlata de la sangre, confiriéndole un aspecto aterrador.

Noté el cañón de una pistola en la nuca y el singular ruido que hace cuando se le retira el seguro. Sin que me lo pidieran me retiré de ella y levanté los brazos:

—¿Qué hacemos con él? —le preguntó el hombre que me tenía encañonado.

—Echarlo. No quiero volver a verlo nunca más —respondió furibunda aquella a la que confundí una noche con *lady* Lilith y que, en realidad, era una burda embaucadora.

—Es una pena, ahora que empezaba a gustarme este juego —respondí burlonamente.

Insinué que me daba por vencido y bajé los brazos.

—Andando y no hagas tonterías —me amenazó.

Mostré abatimiento y comencé a andar. Fingí desmayo y exclamé:

—¡Qué me habéis dado! Siento que voy a desmayarme.

Por la forma de mirarse el uno al otro, entendí que se lo habían tragado. Con el rabillo del ojo vi como relajaba la guardia; apartó la pistola de mi cabeza y le dijo a Lorena:

—Creo que se va a caer.

No di tiempo a que esta respondiera, giré bruscamente y solté el brazo con tanta rapidez que sorprendí a mi adversario, le golpeé en la mano con la intención de arrebatarle el arma. Se oyó el estallido de un cartucho en el diáfano corredor, haciendo que retumbara todo el salón. El estruendo no apagó los ecos de la música satánica que provenía del lugar destinado a celebrar ritos impúdicos. El impacto de la bala perdida encontró su destino en la cristalera de una de las ventanas, cayendo el cristal en mil pedazos sobre los cuerpos desnudos de aquella depravada hermandad, que en plena éxtasis de fornicio ni se dieron cuenta. Tomé a Lorena por detrás; rodeé su cuello con el fino cable acerado que llevaba en el reloj. Amenacé con degollarla si no tiraba el arma su secuaz.

—No lo haré —dijo el falso fraile, sin dejar de apuntarme—. Pronto vendrán otros y ya no podrás escaparte.

—Te propongo un plan —le dije—. Yo me voy tranquilamente por donde he venido y todos olvidamos lo que ha ocurrido, o le secciono la yugular a tu jefa y luego tú intentas matarme. ¿Qué me dices?

Lorena movió la cabeza y le dijo que no disparara. Despacito, marcha atrás, fuimos andando Lorena y yo, mientras su adlátere no dejaba de apuntarme. Cuando llegué a la puerta, abrí y miré al otro lado. El campo de visualización estaba libre. La empujé contra él y salí corriendo en busca de la salida. De un salto bajé los seis escalones de la escalinata.

Por el camino me encontré a otro fraile al que reconocí. En esos momentos de pánico lo mejor es golpear primero y luego preguntarle de qué le conoces. Se abalanzó sobre mí con el puño en alto; esquivé el golpe

al mismo tiempo que cogí con fuerza su brazo y lo empotré contra la pared, usando su cabeza de ariete.

Dentro del salón recibidor encontré a un público con atuendos abigarrados y empecinados en mostrarme su cólera. Salté encima de las mesas, golpeé allí y acá. Aquello, por un momento, pareció el final de una mala película al paso de un tornado. Hombres por el suelo, cristalerías rotas, alguno con la cara empozada en las bandejas de comida. El estado ebrio en el que se encontraban los invitados y la rapidez de mis actos, facilitaron mi huida.

Por fin llegué al porche; subí a mi Harley y, cuando iba a arrancarla, de entre las sombras apareció el hombre fornido de la discoteca, el de rasgos teutónicos, con un bate. No dijo nada, me golpeó con él en la cabeza. Caímos al suelo la moto y yo.

Intenté levantarme, pero la moto me tenía atrapado. Una jauría de frailes enloquecidos apareció enardecida y con ganas de darme una soberana paliza. Cuando creía que había llegado la hora de dar cuentas al Creador, el cielo se abrió y se oyó la voz del Señor. Nunca hubiera pensado que me alegraría tanto oírla:

—¡Quietos todos! —Era Pedro Hermoso saliendo, pistola en mano, de forma majestuosa de un coche.

Otro hombre apareció por la otra puerta, también armado.

—¡Alto, a la Guardia Civil o disparo! —desde siempre me cayó bien el sargento Gamboa, desde esta noche, será inolvidable, pensé.

—Solo sois dos espantapájaros —dijo el hombre del bate, aquel al que confundí con un miembro de los destinados a mi escolta.

Un gruñido de sirenas hizo entrada por el camino, escoltadas por los abetos. Los cipreses proyectaban sombras chinescas conforme las luces de los faros y de las sirenas penetraban por sus ramas.

Ninguno de los amenazantes frailes se quedó a comprobar el número de guardias que habían venido a mi rescate. Huyeron como ratas campo a través, sirviéndose de la noche como su más fiel aliada.

La Guardia Civil tomó al asalto el cigarral. Fingí conocer a Hermoso, no así a Gamboa, al que saludé con una mano mientras la otra la necesitaba para limpiarme la sangre que corría por la frente. Un guardia civil, por

orden del sargento, me ayudó a levantar la moto que plácidamente descansaba sobre mi molido cuerpo.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó.

—Un poco aturdido, pero sobreviviré.

—Márchese antes de que empeore. ¿Podrá hacerlo?

—Sí… ¿Puedo irme? ¿No me detiene? —pregunté extrañado.

—Sí, puede irse o ¿ha hecho algo malo? —respondió muy serio, dándome la espalda y marchando a coordinar a sus hombres.

OceanofPDF.com

Capítulo 14

Dos son compañía, tres son multitud

«La conciencia no es la voz de la naturaleza, sino sólo la voz de los prejuicios».

Marqués de Sade

Con el disfraz de Berto hecho trizas y manchado de sangre, aparqué la moto frente a la casa de María. El golpe fue tan fuerte que me descalabró. Tanto Pedro como Gamboa insistieron en que esperara a una ambulancia, pero decliné su sugerencia y me puse un pañuelo fuertemente apretado en la frente. Conforme fui haciendo kilómetros, el dolor era más insoportable; la sangre venció la compresa que puse sobre la herida y goteaba, cayéndome a los ojos, nublando mi visión de la carretera. Si la distancia desde el cigarral Las Meigas a Toledo hubiese sido mayor, probablemente no hubiera llegado nunca.

Cuando María abrió la puerta se dio un susto de muerte. Tras ella apareció Anna que, al oír el grito de María, salió tal y como estaba. Una camisa y unas pequeñas braguitas era su único atuendo. María llevaba un *short* a juego con una camiseta de tirantes; tenues flores entre nubes de algodón sobre un fondo azul cielo. Al igual que Anna, los pechos los llevaba sin la opresión del sujetador.

—¡Por Dios Santo, Doménico! ¿Qué te ha ocurrido? —gritó María, al mismo tiempo que franqueaba el paso extendiendo la mano para que me asiera a ella y poder pasar.

—Nada que me impida tomar una copa de buen vino en vuestra compañía, bellas señoras —apostillé en tono burlón, mas el dolor era tan fuerte que apenas si podía mantener con media sonrisa la burla que quise hacer.

—¡Déjame que te ayude! —pidió Anna.

Entre las dos me pasaron al baño y, entre ellas, sortearon qué parte de mi cuerpo desnudaba una o la otra. Para mi atrevimiento, solicité un desnudo integral:

—Señoras, no vayan a dejarme vestido, se les olvidó quitarme los calzones.

—Deja de decir tonterías y métete debajo de la ducha —dijo María.

Después de lavarme, María cosió mis heridas. Me suministró antinflamatorios y analgésicos. Echó hielo en un paño y me ordenó que me lo pusiera alrededor de la costura que me había hecho en la cabeza.

Sería la una de la madrugada cuando me senté con ellas a picotear algo. Les pedí que me sirvieran una copa de vino. Puse carita de niño bueno, incluso ladré de la misma forma que lo hacen los perritos cuando quieren algo. Después les conté todo lo que había ocurrido. Cuando les describí la orgía que horas antes contemplé extasiado, me preguntaron qué sensación había tenido. Antes de responder, eché un buen trago dejando la copa vacía; ante mi silencio, María me sirvió otra y me advirtió de que era la tercera. Ambas se pusieron a reír y les pedí que me contaran cuál era el motivo que les hacía tanta gracia, para reírme yo también. Como dos adolescentes picaronas me lanzaron una mirada a la entrepierna, de modo que el rubor se apoderó de mí y cubrí con rapidez con una mano ese lugar. Se me olvidó ponerme un pantalón y bajé a sentarme con ellas con los calzones y una camiseta. Los calzones tenían una abertura en el centro y se había salido aquello que con tanto decoro uno guarda.

—Mira que eres tonto —dijo Anna—. No sabía que fueses tan tímido.

—Deja a mi chico en paz, que tengo ganas de saber qué sintió cuando participó, con la mirada, del ágape que le ofreció la malévola Lorena.

—Si queréis satisfacer vuestra curiosidad, os diré que al principio sentí asco, no obstante, en los minutos que vinieron después de la primera impresión, sentí la necesidad de querer participar. De hecho, tuve una fuerte erección.

—¿La tuviste por lo que veías o por las caricias de la anfitriona? —preguntó Anna, mientras María deslizaba sus uñas por mi pierna.

—Hubo un momento en que deseé bajar y participar del juego —respondí apartando mi mirada de ella, muerto de vergüenza.

—No me lo creo —dijo María besándome con cuidado para no hacerme daño en la cabeza.

Con todo descaro Anna se acarició y luego hizo lo propio a María, mientras esta cogía mi mano y la llevaba a sus pechos. Dejé la copa en el suelo y la besé con furia, entonces noté como una mano entraba por la abertura de mis calzoncillos.

—Quiero darte ese placer. Pero te pongo una condición —silabeo María en mi oído, besando cada palabra.

Desconozco si el estado de excitación en el que me encontraba era producto del golpe o de una verdadera necesidad sexual, el caso es que le dije que haría todo lo que me pidiera. Del mismo modo que el agua, que recogemos con la mano, se nos escapa a través de los dedos, separó María su flácido brazo de mi cuerpo. Noté como las yemas de sus dedos apenas rozaban mi mano; la vi como desaparecía, tras de la puerta de la habitación de invitados, cogida a la cintura de Anna. Antes me dijo:

—Cuando te llame, deberás venir y harás lo que te pida.

—¿Dime qué es?

—Pase lo que pase, no tocarás a nadie y no permitirás que te toquen. ¿Serás capaz de hacerlo por mí?

—Lo haré mi niña, lo haré.

Mientras las agujas del reloj danzaban alrededor de la esfera, cortejando la aguja del minutero a cada número que se encontraba en su camino, me serví otra copa de vino. Ya no tenía dolor en la cabeza, ahora el único dolor lo tenía en las gónadas. Por fin, quince minutos después de retirarse, oí la voz de Anna que de forma sensual me llamaba.

Alguna vez entré en esa habitación, ya no recordaba cómo era. Habían dispuesto velas rojas y blancas. Sobre la cama, atada al cabecero, estaba María con el cuerpo tapado por una sábana de raso. Los ojos los tenía cubiertos por un fino velo de seda rojo.

Al fondo sentada en una silla, con las piernas cruzadas, estaba Anna; llevaba puestas unas braguitas y un sujetador de cuero con zapatos de tacón de aguja. En las piernas, en lugar de medias, un liguero con cintas, también de cuero negro, anudadas a la altura de los tobillos. El sujetador no tenía

copa por lo que sus exuberantes pechos quedaban libres, realzados de forma voluptuosa.

La miré. Separó las piernas lentamente, acariciando con ellas el aire, con una fuerte carga de erotismo. Al mismo tiempo movió las caderas, el ambiente sofocante del cuarto donde estábamos me impedía respirar con normalidad. Las braguitas, con las que cubría su esencia más íntima, llevaban una abertura en el centro por lo que cuando terminó de separarlas me mostró su frondoso vergel. En una mano tenía una fusta terminada en una pequeña palmeta.

En su mirada, en la expresión de su cara, encontré sensualidad cargada de deseos carnales. No me gustaba lo que imaginaba que podría ocurrir si no acababa con aquella situación. Sin poder evitarlo, aprecié una excitación incontrolada, la sangre se agolpaba más abajo de mi cintura. Una parte de mi cerebro me pedía acabar con el espectáculo que me querían procurar María y Anna, mientras que el otro hemisferio no paraba de emitir órdenes a mi corazón para que no cediera y continuara bombeando sangre, cada vez con más ímpetu.

Antes de reaccionar y abandonar cobardemente aquello con lo que alguna vez había frivolizado, y en más de una ocasión fantaseado en algún sueño, la dulce voz de María me requirió; el tono de su voz era embriagador:

—¡Doménico! Ven junto a mí, amor mío, y apaga el fuego que llevo dentro.

No me pude resistir y acudí a su llamada. Me posé junto a ella, nos besamos despacio, sin pausa, no queriendo que se escapase ni un respiro ni un gemido sin que el otro antes lo hubiera besado. Observé en el espejo, que había junto a la cama, a Anna de pie, nerviosa, mordisqueando su labio inferior.

Retiré la sábana que cubría el cuerpo de María y contemplé con deliberada complacencia su desnudez, tan solo tenía tapado el lugar sagrado del jardín placentero, aquel en el que los amantes se pierden con frenesí en la búsqueda del gozo más eterno.

Me desnudé, busqué sus pechos con mi boca sedienta; mi lengua apaciguó el calor de sus pezones. Se estremeció y tembló.

—¡Muérdelos!, son tuyos —me pidió—. El dolor no me importa, es puro placer —me susurró.

No lo hice, no quise participar de ese juego sádico. Anna, continuaba detrás de mí, acariciándose los pechos y retorciéndose los pezones; se introdujo los dedos en la boca, los succionó a la vez que yo hacía lo propio con las mamas de María. Con mis manos, como si fueran alas de mariposas, exploré sus lujuriosos senos. Luego los apreté con mimo, entonces ella atrapó mi cuerpo, con sus largas y huesudas piernas, y me oprimió contra ellos. Me liberé y jugué en su ombligo haciendo sinuosas curvas a su alrededor, con la lengua. Levanté la vista, quizás para respirar o a lo mejor para mirarla; la imagen de Anna, la maestra del sado, ya no estaba; me daba igual, el alma de María me esperaba, su aroma me reclamaba, fui reptando desde su vientre y embriagándome en cada poro de su piel. Su olor, mezclado al de las esencias de aceite con el que hidrató su cuerpo, provocó en mí un efecto erótico de tal magnitud que me enloqueció y como un avaro sediento bebí en el manantial del placer, de su rico y exótico jardín, hasta calmar mi sed.

La fragancia floral del elixir de aroma dulce, que suavemente humedecía las cálidas playas de su sexo, fueron la causa de mi locura. Ella, atada y con los ojos cubiertos, se movía con espasmos balanceando las caderas. Entonces me aparté y volví a reptar en busca de sus labios carnosos; la besé y le dije:

—¡Te quiero!

Antes de que María respondiera a mi declaración de amor, Anna, la intrusa, se coló en nuestra fiesta queriendo participar y así lo hizo; atusó sus cabellos, besó sobre sus ojos tapados; luego lo hizo en los labios, encontrándose con los míos. Nos besamos los tres, fue efímero pero placentero.

Anna, se separó de nosotros y con suavidad, como si no quisiera hacerle daño, la golpeó con la fusta.

Detuve el tiempo. Esperé. No aprecié que María estuviese incómoda por el golpeteo en sus brazos. Luego, repitió esta acción en las nalgas. Los aumentó en intensidad y en fuerza. A cada nuevo latigazo María se encogía

del dolor. Aguantó sin quejarse por los golpes que recibía; diría que, al contrario, me pareció apreciar gozo en las dos.

La cogí del brazo y le arranqué la fusta, tirándola lejos. Liberé a María de las cuerdas que la tenían atrapada; ella no sabía qué ocurría y se dejó hacer. Nerviosa cogió mis manos para decirme que solo me quería a mí, pero su lengua salió a recibir a la de Anna, que con sus dedos jugaba con los pezones que sobresalían prominentes de las areolas carnosas que los sostenían.

Le retiré el velo de los ojos. Anna comenzó a desnudarse y María me empujó hacia abajo para que no mirara a la intrusa, que con parsimonia apartaba de su cuerpo el exiguo sujetador que mantenía firmes, y contra la gravidez, sus orondos pechos bajo la atenta mirada de María. A continuación, se arrancó las bragas dejándose el liguero y los zapatos de tacones altos de aguja.

La locura, la pasión invadió el ambiente, abrimos los ojos y se nos nublaron. Buscaron la boca, se besaron. Anna decidió acariciarse y María me contemplaba deseosa. Abrí sus labios, los besé, los succioné y los apreté contra los míos.

—Entre nosotros dos, amor; con ella, solo sexo. Recuérdalo —me susurraba, desgarrándome los labios con una dentellada húmeda.

Anna hundió sus pechos contra los de mi amada; se besaron con vehemencia. La tenue luz cálida de las velas no permitía diferenciar con claridad de quién es qué, se fundieron la una contra la otra; entrecruzaron las piernas y jadearon. La figura chinesca de sus cuerpos, proyectadas en la pared, simulaban ser unas tijeras humanas.

María la apartó y me buscó, atrayéndome encima de ella; separó las piernas y nos besamos con suavidad. Noté cómo la puerta a la gruta del placer estaba abierta.

—Entra en mí. Lo quiero todo. Solos, tú y yo —me decían sus gemidos.

Lo hice y gritó de placer; gritó mi nombre. Y yo, en éxtasis, aturdido, a empellones, atendí a decirle:

—Te quiero. Te quiero, mi pequeña.

Me apartó y montó su pequeño cuerpo sobre mí. Como si fuera una melosa gatita arrastró sus pechos suavemente contra los míos. Mi cuerpo se

estremeció de placer al notar cómo sus pezones acariciaban mi piel. Continúo bajando, deslizando su cabellera por el camino que abandonaron sus mamas. Era como si mil mariposas aletearan juntas sobre mi estómago. Oprimió mis testículos con sus firmes pechos.

Anna, a nuestro lado, dejó de acariciarse y también se subió encima de mí en postura inversa a la que tenía María, cuando esta se dio cuenta de sus intenciones, le dijo:

—Él es solo para mí. Ven, ven conmigo.

Anna, descabalgó de su montura y fue en búsqueda de otra más segura. María tomó mi miembro con las manos y lo besó, y lo mordisqueó; y despacio, muy despacio, lo empujó al interior de su boca.

Anna, se puso de rodillas detrás de María y bebió de ella, hasta que los dos rompimos con gotas de néctar, las suyas suaves como lágrimas, las mías gotas de miel.

Nos quedamos abrazados. Anna se sintió rechazada y abandonó la escena de amor entre María y yo. Entendió que verdaderamente para María era un juguete sexual. Observé cómo se retiraba enfadada, recogiendo su atuendo del suelo y con la mirada perdida.

Pensé que, cuando María me pidió que no debía tocar ni mirar a Anna, lo decía para probarme. En ese momento sentí miedo a lo desconocido; la simple idea de que haríamos un trío me asustó. Por amor, sin condiciones, sin dudas, me arrojé al vacío esperando que me recogiera la calidez de su corazón.

—¿En qué piensas que estás tan callado? —me preguntó, retorciendo su cuerpo y escondiéndolo dentro del mío, cuando volvió de peregrinar del paraíso placentero al que voló su alma después del orgasmo tan intenso que tuvo.

—Me pareció despreciable que permitieras la flagelación. No alcanzo a entender cómo el dolor te puede procurar placer y si me preguntas, te diré que para mí el acto del sado es totalmente reprobable y lo considero más una enfermedad que un acto de placer.

No respondió. Tampoco hizo falta, su silencio me hizo partícipe de sus pensamientos. Para ella estaba bien y no iba a cambiar, ni tan siquiera lo haría por mí. Le agradecí que callara antes que me mintiera.

Con las uñas me acarició el dorso. Decidí dar una tregua a mis pensamientos y me dejé llevar. Volvimos a besarnos y nos entregamos, de nuevo, el uno al otro y así nos amaneció. Cuando los rayos entraron de forma inclemente en nuestra cama queriendo participar de nuestra orgía nocturna, nos encontró dormidos, exhaustos.

* * *

Me despedí de María depositando un beso en su mejilla; fingió dormir, pero no pudo evitar que unas minúsculas lágrimas le brotaran de los ojos. Abandoné la estancia a sabiendas de que no volvería más a ella.

Hay un refrán popular que dice: «*dos son compañía; tres son multitud*». Quizás fuese un acto machista, pero yo no estaba preparado para compartir a mi mujer con otra. Es cierto que, en el momento del clímax, y después de él, María demostró que únicamente le importaba yo haciéndole un desaire a Anna. Esta tuvo que aplacar su fogosidad, junto a nosotros, de forma manual en la más completa soledad.

No entiendo de esas cosas y probablemente no esté preparado para juzgarlas, pero sí entendí que la actitud de María hacia Anna fue la misma que hacen los niños con los juguetes rotos.

La moto continuaba aparcada en la puerta, la exploré por encima y no tenía ni un rasguño, solo algunas manchas de sangre como recuerdo de lo acontecido la noche anterior en el cigarral. En una pequeña ciudad como Toledo las noticias no corren, vuelan.

Pasé a desayunar al bar de la esquina. No tuve necesidad de afinar el oído para saber de qué hablaban los clientes, que a esas horas ya despachaban con entusiasmo sus copas de sol y sombra. El camarero se acercó y me preguntó:

—¿Qué va a tomar?

—Un zumo de naranja, un café con leche bien cargado y unas porras. Tres, póngame tres, por favor —le dije.

—Vaya la que se lio anoche en un cigarral —me dijo al servirme—. Por lo visto la Guardia Civil hizo una redada en el cigarral de una marquesa.

—No sé nada —respondí.

—Mi vecino Emilio, que es cuñado de un guardia civil, me ha contado que detuvieron a muchas personas de la alta sociedad —intervino un señor que estaba a mi lado con un palillo entre los dientes.

—¡Pufff! —dijo otro— estos señoritingos se irán de rositas. Seguro que no les pasará nada —apostilló.

A través del espejo pude ver que Pedro Hermoso estaba apostado en la puerta. Me hizo una señal para que le siguiera. Entró al baño y yo detrás de él.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó circunspecto, mirando el apósito que, con maestría, me puso María.

—Muy bien, para lo que pudo ser —respondí sonriendo, con afán de quitarle hierro al asunto.

—Nos tenías preocupado. Eres un imprudente. Gracias a que Anna nos ha contado donde dormiste. Lo de anoche causó un gran revuelo en las dependencias policiales; revuelo que rápidamente se ha extendido como la pólvora por toda la población. Están indagando cómo nos enteramos, gracias a que llevábamos una orden judicial para actuar.

Me contó, sucintamente, que fue la indiscreción de Berto lo que me salvó. Sin que yo supiera nada, contactó con él. El grupo encargado de mi vigilancia activó el protocolo que tenían dispuesto. Me siguieron y estuvieron a la espera de que ocurriera algún acontecimiento que les permitiera intervenir.

Lo bueno fue que la juez de guardia era su Ilustrísima Doña Isabel Herranz Charmes, quien al enterarse de lo ocurrido, como es obvio, no dudó en firmar una orden judicial de entrada y registro.

También me dijo que detuvieron a miembros de grupos relacionados con la extrema derecha y que se abrió una investigación desde el CESID y que algunos de los detenidos quedaron en libertad. No sé por qué presentí lo peor:

—¿Y Lorena Brenes? —pregunté, temiendo la respuesta.

—Lorena Brenes quedó en libertad, pues contra ella no había cargos.

—Me narcotizó por medio del humo del tabaco. Derramaron un elixir hipnótico en el interior de las bebidas de aquellos que estaban destinados a

ser sus víctimas. Dio orden de que me eliminaran. ¡Joder! ¿Cómo se os ha podido escapar? —protesté enérgicamente.

—Desconocíamos ese asunto. Tampoco se la cacheó. Rápidamente llamaron desde arriba para que la pusiéramos en libertad si no existían cargos con fundamento contra ella. Respecto al resto de invitados que encontramos en plena bacanal, la Guardia Civil lo consideró como un acto de expresión de su libertad sexual, no pudiendo presentar cargos contra ellos. Isabel estuvo de acuerdo, aunque se tratase de una impudicia. La mayoría de los participantes pertenecen a un estrato social alto y acudieron desde todos los puntos de España. Uno de los detenidos preguntó a Gamboa por ti.

—¿Quién?

—Fue de los primeros en abandonar el cuartel; no se le abrieron diligencias. Lo siento. Gamboa me dijo que era un puto enano vestido de bufón.

—¡Ticio! ¿Cómo no me di cuenta? —farfullé.

—¿Le conoces? ¿Quién es? Has cambiado el semblante como si te hubiera nombrado al demonio.

—Sí, es el mismísimo Satanás. Estuvo en el psiquiátrico conmigo. Creo que fue el que instigó mi muerte en Mijares.

—¡No me jodas, Doménico! Debes ser más cauteloso. Yo estoy bajo vigilancia por asuntos internos, lo presiento. Únicamente me fío de Gamboa y del capitán Eliot.

—Oye, Pedro, tengo todas las actas de la fundación de La Hermandad, sería conveniente que te las entregue y las estudiéis, y detengáis a todo el que os huela mal; si no, esto no se acabará nunca.

—De acuerdo, ya te diré algo. Y pega fuerte, vuelve a sacar al psicópata que llevas dentro, que te teman.

Nos abrazamos y abandonamos el escatológico lugar que Pedro eligió para nuestra corta conversación.

El café se había enfriado y pedí que me lo calentaran de nuevo. Terminé de desayunar y me dirigí a la librería. Aparqué la moto en la plaza de Santiago del Arrabal y fui andando. Mi mente, confusa, no sabía cómo priorizar los asuntos que se agolpaban en mi cerebro; por un lado, aparecían

los instantes vividos en casa de María y, no con menos ímpetu, trataban de tomar la delantera las imágenes de Ticio, vestido de bufón.

Pedro tenía razón, teníamos que adelantarnos a los acontecimientos. Estaban en Toledo, habían venido a por nosotros. Lo mejor sería entregar las actas de La Hermandad a algún miembro del Estado que fuese de confianza o, quizás, a la prensa.

No era un asunto menor, por lo que una obra de tal calado requería de alguien fuerte; alguien en quien confiar y que pudiera resolver con prontitud el desenmascaramiento de la banda mafiosa perteneciente a La Hermandad y que, guarnecidos tras el telón de la democracia, seguían campando a sus anchas. Pues, como le oí decir a Julio Amaro en una ocasión, en España es menester la cruz y los ciriales para conseguir algo. Así que pensé en llamar al diputado socialista Zenón Cogolludo.

Una vez en la librería, y después de que Tina me hiciera una señal convenida y con la certeza de que no había nadie, me colé al otro lado. Bajé la pequeña escalinata y me dirigí al tatami para descargar, a golpes, toda la furia contenida.

Apenas llevaba unos minutos golpeando el saco cuando observé que alguien mostraba interés por averiguar qué había tras los cristales. No se conformó e intentó forzar la cerradura. Dejé de hacer ruido y me puse en alerta por si conseguía su objetivo y abría la puerta. Entonces aconteció que alguien interrumpió al merodeador, pillándole in fraganti. Yo estaba parapetado al otro lado y pude oír la conversación:

—¿Puedo ayudarle? —el que preguntaba era Berto. Su tono de voz era inconfundible.

—No estoy seguro de si podrá hacerlo. Trato de abrir y no encuentro la llave, igual han cambiado la cerradura sin decírmelo.

—¿Entonces no vive aquí? —repreguntó Berto.

—No. Es la casa de un feligrés. Hace días que no le veo por la iglesia y estoy preocupado —muy ocurrente. El que así hablaba era el páter.

—Me temo que tendrá que tener paciencia. Igual salió de viaje, o usted se confundió de vivienda.

—Sí, igual es eso.

Cejaron en el empeño por abrir y cada cual marchó a sus menesteres. Me quedé pensando sobre la insistencia del páter por entrar, o probablemente dijo la verdad y se confundió de vivienda.

Volví a mis asuntos tratando de olvidar lo ocurrido o, al menos, dar una tregua a mis pensamientos. No habían transcurridos ni diez minutos cuando la puerta se abrió, me puse en guardia; era Berto. Me miró muy enfadado, se cambió de ropa y me dijo:

—¿Por qué buscas la muerte con tanto desatino?

—¡No digas tonterías, Berto! Tenía que ir y saber quién era esa mujer y descubrir su juego —respondí, henchido de vanidad y soberbia.

Me miró a la cabeza y me preguntó:

—¿Te duele? Tienes el ojo morado y un pequeño derrame. Debería verte un médico —apostilló.

—Ya me vio anoche María, gracias. ¿A qué has venido?

—He dicho un médico, no un psiquiatra —respondió con celeridad y los puños cerrados, queriendo contener su agresividad.

Nos miramos como dos perros rabiosos. Pasados unos segundos, me dijo:

—¡Luchemos!

—No. Hoy no —respondí.

Entonces me golpeó. Aguanté estoicamente el puñetazo que casi me derriba. Repitió un segundo golpe. Este sí consiguió dar con mis huesos en la lona del tatami. Extendió un brazo para ayudarme a que me levantara, cuando estaba a medio camino de incorporarme, me volvió a golpear. Un hilo de sangre fluía despavorido por entre mis dientes. Me limpié con el dorso de la mano.

Ya no le permití que me sacudiera más. Desde la lona, en cuclillas, tomé aliento y me lancé a por él, como haría el más fiero tigre a su presa. Nos dimos de lo lindo. Exhaustos, sin resuello, quedamos pegados el uno al otro; sin fuerzas para castigarnos más, nos concedimos un respiro. Extendimos nuestras manos y nos ayudamos a levantarnos.

—Lo siento. No volveré a actuar por mi cuenta —le dije.

Nos duchamos y ayudamos, el uno al otro, a curar nuestras heridas. Berto guardaba en su taquilla una especie de vaselina, la cual usó para

bloquear el sangrado y aliviar los hematomas. Luego me dijo cómo tenía que hacerlo y le curé yo a él. Me comentó que era la misma vaselina que les untaban a los boxeadores entre asaltos.

Miramos desde el interior, a través del monitor, y para nuestra sorpresa allí estaba el páter hablando con Tina. Una vez que esta lo despachó y vimos que no había nadie, entramos a la librería. Al vernos, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Pero qué os ha pasado?

—Nada importante. Gajes de entrenar duro —respondí sonriendo.

Después de echarme la bronca por lo sucedido la noche anterior, marcó un número de teléfono y me dio el auricular. Al otro lado respondió mamá Vega, estaba que mordía; si me hubiera tenido delante me hubiera dado una verdadera somanta de palos.

Mi padre no quiso hablarme. Le entendí y pedí a mi madre que le transmitiera mi arrepentimiento. Devolví el teléfono a Tina.

—Ha estado un cura preguntando por ti dos veces. La primera vez le dije que no estabas. Me respondió que te había visto pasar —habló Tina mientras colgaba el auricular.

—Debe ser el mismo al que sorprendí fisgoneando a través de los cristales de las ventanas y luego intentando abrir la puerta —intervino Berto.

—No me gusta. Salvatore me advirtió sobre él —respondí yo—. Tendremos que estar pendientes.

Eran ya muchas coincidencias y encuentros fortuitos con el páter. Recordé que la última vez fue la víspera del baile de carnaval en el cigarral de Lorena.

Serían las dos de la tarde, hora de cerrar; les invité a comer y les puse en antecedentes de todo lo ocurrido la noche anterior. Por supuesto que les hablé de Ticio. Incluso pronunciar su nombre me provocaba ardor. Los tres coincidimos en que algo tramaba; le describí lo mejor que supe para que, tanto Tina como Berto, estuvieran atentos por si le veían merodear por la librería. También les advertí de que si eso ocurría no le tocaran, lo quería para mí.

—Es un cabrón con ínfulas engoladas. Un cerdo pedófilo, chulo y altanero. Al que no dejaré de perseguir hasta que le corte los huevos —dije

bastante exaltado.

⁎ ⁎ ⁎

Tras varios días dándole vueltas a la forma de enfocar mi encuentro con María, decidí que había llegado el momento de hablar seriamente y dar por terminada nuestra relación.

Me revestí de paciencia y honestidad; me rearmé de sensatez y humildad y cargué mis alforjas emocionales de toda la empatía que pude encontrar en ese pequeño espacio que separa el cerebro del corazón para tratar con mimo y tacto a María.

De modo que solo aquellos que alguna vez pasaron por trance similar, entenderán lo difícil que es comunicar al ser amado que, a partir de ahora, cada uno seguirá por su camino. Y si es difícil para el que decide acabar, más duro, si cabe, es para la persona rechazada.

No había vuelto a verla desde la noche de marras. Y sí. Sí tuvimos contacto telefónico y, durante el tiempo que hablamos, pude comprobar que no sería fácil para ella ni para mí.

Quedamos en su casa, libres de testigos. Tenemos que hablar, le dije. Guardó silencio, presintiendo que aquello era la crónica de una ruptura anunciada.

—Hoy no puedo. ¿Te viene bien mañana? —me preguntó, con la voz rota y ahogada.

Entendí que ya estaba preparada, si es que alguien puede estar preparado para dar por finalizada una historia de amor tan profunda y apasionada como fue la nuestra.

Allí me presenté al día siguiente, sin más bagaje que mi desdicha por no haber podido convencerla de que se viniera a vivir conmigo y que diera por finalizada la tórrida relación a tres bandas que pretendía mantener.

Llamé con firmeza y salió a recibirme con gafas oscuras; nos dimos un beso de cortesía. Me invitó a pasar. Me ofreció café y un cigarrillo mientras ella tomaba otro. Hacía tiempo que María había dejado de fumar, y ahora había encontrado la excusa perfecta para retomarlo.

Por aquello de procurarme mayor celeridad y diligencia, decidí ir al grano. Tomé la decisión de no usar atajos ni expresarme de manera artera y

torticera. Cogí sus manos laxas y le retiré las gafas para ver sus dulces y cautivadores ojos melados. Lo que me encontré fueron unos ojos ahogados, con la mirada perdida.

No me atreví a hablar. Era conocedor de que mamá Vega y ella tuvieron más que palabras, y que ambas se faltaron al respeto.

—Sé a qué has venido —me dijo, volviéndose a poner las gafas evitando que viera, a través de sus ojos sin vida, como se desmoronaba—. Hazlo por favor, quiero oírlo de tus labios.

—Llevo días y noches intentando pensar algo —le dije escondiendo la voz, como si no quisiera que me oyera por miedo a herirla—. No lo consigo, mis ojos se llenan de minúsculas gotas, que se agolpan entre sí tratando de huir, de escapar de esta vorágine imprevista de acontecimientos, que tarde o temprano debían darse. No puedo tomar una decisión cuando el corazón puede a la razón.

—Intenta hacerlo desde el corazón, es en ese mágico lugar en donde las palabras brotan solas —me dijo sollozando.

Tomé sus manos entre las mías, sentí su dolor. Traté de empatizar con su sufrimiento y, al unirlo al mío, comprobé cuán crueles somos las personas.

Debió notar que mi decisión era firme. Seguramente lo apreció por la rigidez de mis manos y la frialdad de mi mirada, que no sentía ni un minúsculo sentido de culpa por la determinación que había tomado. Se deshizo de mis caricias y se levantó, me miró; entonces fui yo el que huyó de ella. Con la voz quebrada me dijo:

—Llegados a este punto del camino, siento que debo soltarme de tu guía y caminar sola. Mis ojos, mis manos, mi sonrisa, mi mirada son tuyos. Yo los cuidaré para ti.

—Tú y mi madre sois, en estos momentos, los dos pilares en los que sustento mi vida, mi ilusión diaria. No me importa, por tu amor, apartarme de ella, pues es ley de vida que cada pájaro construya su propio nido y forme una familia —mientras esto le decía, me levanté y fui hacia ella—. Pero sabes bien que no es tu desacuerdo con mamá Vega lo que me lleva a deshacer nuestros sueños.

—Y si no es eso, ¿entonces qué es? ¿Acaso no ves que nadie de tu entorno me quiere a tu lado? Lo noto; saboreo con dulce amargura la lejanía

de su aprecio. El sórdido relato de tu madre me hizo mucho daño. Jamás he sentido nada igual. Si algún demonio se hubiese cruzado en mi camino y tendido su mano, sin dudarlo se la habría entregado. Eso es lo que te ha envenenado, Doménico. A fin de cuentas, eres un soldado que solo sabes cumplir órdenes.

—Quizás mi reacción sea cobarde; quizás debiera dejarte volar libremente y acabar con tu agonía de sospecha continua hacia todos nosotros. Pero esa no es la causa de mi desazón. Mi dolor es tu amante; la congoja que me abate es tu falta de ilusión por mi proyecto de futuro juntos, tú y yo.

Abrió la boca queriendo gritar, pero no pudo; hipó y se congestionó. La ayudé a tranquilizarse. Volvió a rechazarme y exclamó en susurros:

—Estás enfermo, Doménico.

—¡Dios mío! No estoy loco y, si lo estoy, es de amor. Pero no sé compartirte, ni sabré —grité yo.

—Doménico, amor mío, fuiste y serás mi ángel de la guarda. Ahora, llegado este momento angustioso, mi alma debe partir conmigo, la necesito para seguir mi camino y no vagar sin rumbo. Si vas a hacerlo, ¡vete, ahora!, y no alargues más mi agonía. Lo que me das son excusas baldías.

Intenté irme, dejarla allí sola con nuestros recuerdos. La fuerza de la gravedad me abdujo y sentí que formaba parte del suelo. Como pude, levanté la cabeza y traté de buscar su mirada. Allí estaba, delante de mí, descaradamente retadora a su infortunio.

—No puedo hacerlo —farfullé tembloroso, asustado por lo que pudiera devenir—, miro a la pared, al suelo, o cierro los ojos, y veo tu sonrisa, tu mirada. Abro mi boca y me siento besado por tus labios carnales, con sabor a tierra húmeda, mojada por tus deseos mientras tus dedos acarician mis cabellos. Decide tú, yo no puedo. No, hoy no.

—¡Mi Doménico! Mi amor, mi vida, no sabes cuánto te quiero, cuánto sufro; pero ante todo te respeto, y me trago mi veneno y me consumo en mis cenizas. Sé que volveré a nacer de ellas. Sé que puedo, volveré; no sé si cuerda o loca. Debes partir y dejar que mi dolor se extinga. Necesito estar sola. Y lo que nunca, nunca cambiará es mi amor. Te amo y te quiero tanto que siento dolor al decirlo.

Di media vuelta y me encaminé a la salida. En el camino, junto a la puerta, me encontré con una bolsa de deportes que me era familiar. La abrí, y en su interior estaban las pocas pertenencias que acumulé en casa de María.

Con el hatillo al hombro, tal y como hacían los maletillas en búsqueda de una oportunidad, vagué sin rumbo por las calles empedradas y taciturnas del arrabal.

Con el paso del tiempo llegaría a olvidarla, me dije. En ese instante no podía dejar de pensar en ella, mi bella hurí. Sería media noche cuando llegué al piso que compartía con Tina.

La encontré en el sofá leyendo y con la televisión puesta: «para hacerme compañía», solía responder cuando le preguntaba. Debió notar mi tristeza y abatimiento, pues fue verme y dejar de leer. Se vino hacia mí y me preguntó:

—¿Qué te ha ocurrido?

No sabía qué responder, en esos momentos me sentía morir. Estar sin amor es una forma terrible de vivir; dejarlo así, es una puñalada directa al corazón, de frente, ni siquiera por la espalda. Solo aquellos que han sufrido por amor o desamor, que a fin de cuentas es igual, aunque no sea lo mismo, saben entender la desesperación que te aflige.

—He roto con María. La he dejado yo —atiné a decir.

Fue nombrarla y empezar a sangrar a borbotones. A partir de ese momento sentí caer al abismo, sin rumbo, sin control, ciego de dolor, roto en mil pedazos.

—Lo siento —me dijo acogiéndome entre sus brazos—. No eches hoy todas tus lágrimas, quizás mañana las necesites para recomponerte. Ambos saldréis más fuertes de este infortunio.

Me acompañó hasta mi habitación y cerró la ventana. Antes pude ver cómo el rostro de María se reflejaba en la luna. Esa noche era de una luna especial, era una luna de sangre. Hermosa, de color naranja intenso.

OceanofPDF.com

Capítulo 15

Malasangre

«Cuántas muertes más serán necesarias para darnos cuenta de que ya han sido demasiadas».

Bob Dylan

Fue una larga noche cargada de pesadillas. Tina se acurrucó a mi lado. Amanecía cuando un fuerte olor a café y a tostadas, me despertó. La oí entrar a mi habitación, me hice el dormido. Abrió la ventana, hasta mí llegaba el ruido ensordecedor de una ciudad despierta, en movimiento. Perfectamente podía oír los gritos de la gente hablando y el runrún del motor de una Derbi trucada, parada en el semáforo. Me escondí debajo de la almohada; no obstante, no pude evitar los ruidos chirriantes que hacía el camarero al mover las sillas de la terraza de la cafetería de abajo.

—Cierra la ventana, por favor —pedí a Tina.

—No. No lo haré, eres mi amigo y no permitiré que te hundas en el abismo de tu desdicha. Conque levántate y date una ducha mientras yo termino de poner el desayuno.

Sentí sus pasos sobre el suelo de madera y accedí a su petición de mala gana. Desayunamos juntos y hablamos; entonces me acordé de que se me olvidó la moto en la plaza de las Cuatro Calles.

Salimos juntos y dejé a Tina en la librería, mientras yo iba a recoger la Harley. La joven Nuria o Nuri, como le gustaba que le llamaran, estaba esperando sentada junto al quicio de la puerta.

Una vez allí, observé como Anna salía de la casa de María. Me escondí y deseé mimetizarme con la puerta del portal, donde esperé agazapado a que ella no me viera. Se fue hacia abajo por la calle Martín Gamero. No pude ver su cara, pues me refugié en mi pecho al igual que los avestruces cuando presienten el peligro.

Reconozco que al verla me sentí mal, luego reaccioné y me alegré por María, pues ante situación tan terrible, al menos, al igual que yo esa noche no estuvo sola.

* * *

Han pasado dos meses. Las fiestas de Santa Bárbara marcan el preludio de las Navidades. Entre los antiguos trabajadores de la fábrica aún persiste, el hábito de lanzar cohetes al cielo, en homenaje a su patrona.

Muchas cosas han cambiado en tan poco tiempo, otras se han mantenido con el inexorable paso del mismo. Dice mamá Vega que no es bueno romper de inmediato con la tradición y las buenas costumbres.

Mi relación con el diputado Zenón es inmejorable y, cada fin de semana, me bajo a su finca, en el Valle de Alcudia en las inmediaciones de Sierra Madrona (Fuencaliente), a mostrar mi pericia con las armas de fuego.

Hago prácticas de tiro con arma corta y con fusil. Me dice que tengo buena puntería y me anima a que me haga cazador. De momento, he declinado tan honorable oferta pues no me veo matando animales, con el único propósito de disecar sus cabezas.

Después de lo ocurrido en el cigarral, decidimos pasar a la acción y prepararnos para lo que pudiera sobrevenir. Dos veces por semana entreno con Berto y mantengo los ojos bien abiertos. Llevo doble vida, durante el día estoy en la librería, me he convertido en un agitador literario y son muchos jóvenes universitarios los que se acercan por allí a participar de las tertulias que organizo. Al igual que un camaleón, a partir de las nueve me transformo y busco alguna pista sobre Ticio. No puede ser que la tierra se lo haya tragado. Otro personaje del cual tengo cada día más recelo es el páter; creo que pertenece a La Hermandad.

Aunque parezca increíble, no he vuelto a ver a María. Ni yo le pregunto a Anna por ella, ni ella me habla del asunto. De lo que sí hablamos es de lo avanzada que lleva las pesquisas sobre la vida del joven Manuel, tema sobre el que no hablé con mi padre. No obstante, cuando toda la información servida por Anna esté concluida, tendré que preguntarle.

En resumen, Manuel es hijo único de un coronel del ejército que desarrolló su carrera a través de toda la geografía española. Coincidió con el

comandante Luis Alfonso en la Academia Militar de Toledo. También estuvo destinado en Córdoba, en los cuarteles de Cercadillas. Su último servicio a la Patria fue como coronel en el cuartel de artillería de Ciudad Real.

Su viuda, una hermosa mujer de piel cetrina y ojos negros cargados de pena, parece el vivo retrato de aquella que sirvió a Julio Romero de Torres como modelo. Me refiero a La Chiquita Piconera, la misma que fue usada como contraportada en los billetes de veinte duros.

Actualmente Manuel y su hermosa mamá, viven en Ciudad Real, en la calle Ciruela. Por la edad del niño y de la madre, no parece que tengan vínculos biológicos. Pero todo es posible. Cuando Anna me mostró las fotos que le hicieron al chico, comprobé el gran parecido que tiene conmigo.

—Si fueran en blanco y negro, diría que soy yo —le dije a Anna.

Esta, ni corta ni perezosa, abrió un sobre que llevaba en su maletín y me lo alargó. Al verlo me quedé absorto, estaba claro que el niño era sangre de mi sangre. No había dudas de que el chico era mi hermano.

—Quiero conocerlo —fue lo primero que atiné a decir.

Una mañana temprano salimos de Toledo camino de Ciudad Real. Quería verlo antes de que entrara en el colegio. Aparcamos en la plaza del Pilar y esperamos, tomando un café, a que el niño apareciera.

No hizo falta que el detective contratado por Anna me dijera nada, en cuanto apareció de la mano de su madre, le reconocí. Poseído por su atracción le seguí. No tuve que andar mucho. A escasos cincuenta metros estaba la escuela; Colegio Hermano Gárate rezaba en la puerta y, al lado, una fotografía del fundador de la congregación, San Juan Bosco.

Una de tantas mañanas en las que fui a verle, desde las cristaleras del bar Trini aguardé a que su madre dejara a Manuel en el colegio. Vino hacia donde yo acechaba, di un paso atrás por miedo a que me viera y estropeara el plan previsto; se paró ante un pequeño puesto, situado en la misma esquina del bar, en donde una señora vendía palomitas de maíz y perritos calientes, que seguro hacían las delicias de los escolares en la hora del recreo. La madre de Manuel abrió el bolso y le dio un billete de cien pesetas, hablaron algo entre ellas y se despidieron. La seguí con la vista; reparé en que el puesto era tan diminuto como el letrero que tenía grabado

sobre un panel de metacrilato: «*LUPE*», pensé en que la señora se llamaría Guadalupe y que tuvo que poner el diminutivo, pues el nombre completo no le habría cabido.

Sabía, por Anna, que los martes y jueves, doña Luisa como así se llamaba, pasaba a rezar a la iglesia del colegio y desde allí volvía a su domicilio. Hoy es miércoles y sus movimientos son rutinarios, por lo que, si habíamos hecho bien nuestros deberes, después de dejar al niño, parsimoniosamente, apoyándose en un bastón para ayudar a sus maltrechas caderas a caminar, se dirigiría a desayunar a una cafetería llamada Ruidera, en la calle del General Aguilera.

Como cada miércoles, elegía una mesita pequeña junto a la ventana. Allí se juntaría con una amiga quince minutos después. Esperé a que tomara asiento. Con todo respeto me dirigí a ella:

—Buenos días, señora. ¿Me permite sentarme?

Se me quedó mirando y no dijo nada. Por la forma en la que arqueó las cejas, entendí que mi oferta había sido denegada. Del bolsillo de la americana extraje un sobre con fotografías en blanco y negro y se las puse a un lado de la taza de café. Se quedó mirándolas, sin atreverse a tocarlas.

—Mírelas por favor —le pedí.

Me atreví a observarla mientras ella hacía lo propio con las fotografías que le entregué. Bien vestida, pelo corto, arreglado de peluquería; debió ser una mujer muy guapa, aún lo era, pero el tiempo, ese juez impasible que no perdona a nadie ni a nada, dejó su huella en la piel. Tenía canas, aunque las llevaba tintadas, se podría decir que tendría unos setenta años, muy bien llevados. Noté como le temblaban las manos, moviéndose agitadamente las pecas color marrón que le habían brotado a causa de la edad.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de nosotros? ¿Por qué tiene fotos de mi hijo? —me preguntó alterada.

—No tema, no le haré daño. No son de su hijo, sino mías —le dije—. En las fotografías que le muestro tengo entre diez a catorce años. Observe por favor, cuando se calme, el gran parecido entre su hijo y yo.

Se ponía y quitaba las gafas evidenciando nerviosismo. Apreció que en uno de los ojos tenía cataratas, a causa de ello tenía dificultad en diferenciar

al pequeño Manuel de mí. El camarero se percató de la situación y le preguntó:

—¿Se encuentra bien, doña Luisa?

—No. No estoy bien. Este señor me está molestando. Llama a la policía, por favor —le respondió.

El camarero me increpó y me cogió del brazo para echarme. Le cogí de la muñeca y apreté con fuerza obligándole a que me soltara.

En esos días, España entera vivía una situación convulsa, los grupos terroristas de ETA y el FRAP habían recrudecido su hostigamiento sobre las fuerzas armadas. No solo asesinaban, también secuestraban. Por tanto, no era de extrañar que doña Luisa estuviera nerviosa; durante toda su vida fue la mujer de un militar y esa sensación, ese miedo al terror, no le permitía diferenciar entre ser viuda o casada.

—No tema no soy un etarra, únicamente quiero hablar con usted —le dije, sonriendo.

Intenté convencerla, seducirla. La miré despacio, frente a frente; quise que se zambullera en el fondo de mis ojos y que viera la limpieza de mi alma; le permití que entrara en mi interior y descubriera que nada malo le vendría de mí.

—Pues lo parece —respondió algo más tranquila bajo la atenta mirada del camarero, que con recelo esperaba a que ocurriera algo para reclamar la atención de los clientes.

Doña Luisa mostró ser inteligente; una vez calmada y confiada, hizo un gesto al camarero para que se retirara. Luego me invitó a que me sentara a la mesa. Lo hice en una silla, justo enfrente de ella.

Me repitió la pregunta, sin soltar el manojo de fotografías que le di. Las miraba y luego comprobaba si era yo.

—Me llamo Doménico Aspartana Chamón. Natural de Toledo en donde regento una librería. La casualidad quiso que su hijo entrara un día a comprar una guía de la ciudad —mientras le hablaba, le di una tarjeta y le mostré mi documento de identidad. Hice una pausa, volví a mirarla y me encontré con su mirada perdida. Decidí ser rápido en mi exposición y proponerle palabras llenas de ternura—. Cuando termine de hablar no me

volverá a ver si usted no quiere. Le juro que no le ocurrirá nada ni a usted ni al pequeño Manuel.

—Continúe, por favor —me dijo con la voz quebrada.

Decidí no dar más rodeos y evitar su ahogamiento por mi tortura.

—Perdóneme si la ofendo. Estoy convencido de que el niño no es su hijo biológico. Creo que es mi hermano. Si desea volver a hablar conmigo, aquí le dejo mi tarjeta. Dios sepa perdonarme el daño que le estoy haciendo, señora. Buenos días.

Abandoné la cafetería dejándola sumida en un mar de dudas por lo que pudiera ocurrirle, y yo, abatido por mi crueldad, ante una señora mayor que estaba más cerca de recibir la extremaunción que la de andar con historias para no dormir.

* * *

Toledo, como cualquier capital pequeña de provincia, llegadas las fiestas navideñas se engalana y llena sus calles de luces para llamar a la alegría de sus gentes y la de sus visitantes.

Mi padre decidió que pasáramos, familiares y amigos, todos juntos la noche de Navidad en el restaurante del callejón de Lucio.

Pero la muerte, la maldad no descansa ni en Navidad. Fue un carrusel de acontecimientos concatenados unos con otros, era como si el mismísimo diablo nos hubiera declarado la guerra.

Pedro Hermoso nos hizo llegar un mensaje en el que decía que se sentía vigilado por Asuntos Internos. Un día después se encontró con su apartamento patas arribas. Buscaban algo, pero ni tan siquiera él, uno de los mejores agentes del servicio secreto español, pudo dar respuesta ante tan burdo y torpe registro.

Una tarde en la que Salvatore y mamá Vega paseaban por la calle Comercio en busca de regalos para todos, se encontraron de bruces con dos viejos conocidos: Ticio y el páter, en animosa conversación. Tomó a mamá Vega del brazo y se resguardaron en una tienda de damasquinos, no pudiendo enterarse bien de lo que tramaban.

La noticia nos alertó a todos. Se lo hicimos saber a Pedro y este, a su vez, le dijo al equipo de seguimiento que su fuente le había informado de la

noticia.

Las obras de mi nueva casa marchaban según los plazos detallados por el arquitecto. Recuerdo con sobresalto que una mañana, fría y lluviosa, casi tiro al suelo a dos monjas del convento de Santo Domingo del Real. Ellas caminaban al amparo de un paraguas y yo, en cambio, buscaba refugio bajo los pocos balcones de la zona.

—Perdónenme, hermanas —les dije, recogiendo del suelo un bulto que llevaba una de ellas y que al chocar conmigo se le cayó—. Esta maldita agua helada me ha congelado las neuronas.

—No es nada, no se preocupe —me dijo una de ellas mientras cogía su paquete. Me resultó extraño que la otra monja ni me mirara. Así que, dirigiéndome a ella, les pregunté:

—¿Están bien, de verdad?

A la que le di el paquete, me respondió con la cabeza, asintiendo. La otra miró de soslayo y me respondió con un lacónico:

—Gracias.

Ambas reanudaron su marcha y yo la mía. Cuando anduve tres pasos, paré en seco, me volví y grité:

—¡Julia! ¡Sor Inés!

No respondieron a mi llamada y desaparecieron bajo la lluvia torrencial que arreciaba cada vez con más fiereza. La última vez que la vi tenía dificultades para andar, por lo que descarté que fuese ella y que más bien fuese una confusión, producto de mi imaginación deseosa por volverla a ver.

Me reuní en Madrid con Pedro Hermoso. Lo hicimos en una cafetería de la calle Alcalá, cerca de la plaza de toros de Las Ventas. Ambos guardamos con cautela y sigilo nuestro encuentro, únicamente estaba informado mi padre y Berto.

Fijamos el encuentro para el día veintidós, el mismo día del sorteo de la Lotería Nacional. Decidimos que mientras charlábamos, Berto nos guardaría las espaldas en una mesa colindante.

El bullicio y la alegría de los clientes hacía que pasáramos inadvertidos. El sorteo se transmitía en directo en la televisión del bar. Por lo que nadie estaba pendiente de nuestra conversación.

—Tengo miedo. No por mí sino por nuestro país —comenzó de esta forma su conversación.

Ante mi cara de asombro, continuó con sus comentarios:

—Hay ruido, mucho ruido en los cuarteles y nadie quiere oírme.

—¿Ruido sobre qué? —pregunté inocentemente.

—Ruido de sables, Doménico. Se está preparando un golpe de estado —debió notar mi inquietud y sorpresa ante tal noticia—. Sí. Mandos de la Guardia Civil y del Ejército están implicados. Gamboa me ha creído, dice que no puede hacer nada pues ya descubrió algo gordo con lo de Montejurra y lo empapelaron, y ya no quiere problemas, excepto si estamos seguros.

—¿Y al capitán Eliot? ¿Le has puesto en antecedentes? —le dije.

—No me fío ya de él. Sospecho que está detrás del registro que se hizo a mi apartamento. Hablé con él sobre el asunto de las actas, puso demasiado interés en saber quién estaba detrás; ante mi mutismo optó por presionarme en que delatara mis fuentes de información. Le dije que me las harían llegar y que, cuando así fuese, se las entregaría al comandante Echenique.

—¿Por qué al comandante Echenique?

—Se me ocurrió al apreciar en el capitán Eliot rasgos de traición. No podía hacer nada contra mí, pues los dos tenemos el mismo rango. Notó que le había descubierto y me amenazó, diciéndome que tuviera cuidado pues éramos un equipo y debíamos prestarnos apoyo. Creo que fueron a buscar las actas de La Hermandad. Únicamente él y Gamboa saben dónde vivo. Ni siquiera los capitanes Carreño y Almarcha tienen esa información. Al no encontrar nada, y si estoy en lo cierto, irán a por ti o por tu padre.

—De acuerdo. Estaremos alerta. ¿Y Gamboa, es de fiar?

—Sí. Estoy seguro.

—Veo conveniente que le pongas al tanto de todo, si te parece bien —le pedí.

Un criterio ensordecedor en la cafetería nos alertó de que el gordo acaba de salir. ¡Sesenta mil setenta y seis!, ¡ocho mil setecientos cincuenta millones de pesetas! Repetían incansables los niños del colegio de san Ildefonso. Íntegro a la provincia de Alicante, comentó el locutor de la televisión. Aprovechamos la confusión para despedirnos.

⁎ ⁎ ⁎

Como si fueran un presagio de mal agüero, los temores del capitán Hermoso se cumplieron. Dos días después de nuestro encuentro en Madrid, en la mañana del día de Nochebuena, en pleno centro de Toledo, en dos callejuelas cualesquiera sucedieron dos hechos que cambiaron mi vida. Casi al mismo tiempo, en distintas calles atacaron a mi padre y a Isabella.

Los dos buscaban los últimos regalos. Mi padre, como siempre acompañado de mamá Vega, iba sin escolta; Berto, que llegaría acompañado de Manuela a la hora de comer, habló por teléfono con él y le sugirió que esperara a que llegara.

—No te preocupes, Berto. No nos apartaremos de las zonas concurridas —le respondió mi padre.

Al igual que mis padres, Isabella vagaba entre tienda y tienda ajena a todo, pero bajo la atenta mirada del bueno de Samael.

Samael la seguía a prudente distancia. Nadie diría que era su escolta. De repente y bruscamente, al pasar una esquina, fue absorbida con brusquedad. Según relató Samael, fue visto y no visto, desapareció de su punto de contacto. Echó a correr para ver qué ocurría y vio cómo dos hombres intentaban introducirla en un vehículo. Rápidamente se lanzó a por ellos sin pensar en su vida; pelearon en una batalla desigual, aun así logró propinarles una buena tunda; cuando creyó que tenía la contienda a su favor, un tercero, probablemente el chófer, le asestó una puñalada cobarde en un costal y una segunda, que pudo ser mortal de necesidad por su proximidad al corazón, al volverse. Isabella logró zafarse y huir, y pedir auxilio de gentes. Al ver que se acercaban viandantes, los secuestradores huyeron en el coche, calle abajo; aquello fue lo que salvó a Samael. Cuando despertó de la intervención quirúrgica a la que fue sometido, describió al que le apuñaló como un hombre de baja estatura.

Mi padre tuvo menos suerte, sus agresores cogieron por sorpresa a mi madre y le pusieron un cuchillo en la garganta; conminaron a Salvatore a que depusiera su actitud hostil y se montara en una furgoneta color blanco que estaba junto a ellos. Este se entregó con la esperanza de que no le

hicieran nada a mamá Vega. La soltaron, una vez que redujeron a mi padre de un fuerte golpe en la nuca.

Estos sucesos me sorprendieron en la librería. Fue Isabella la que nos alertó a todos. Rápidamente la policía se hizo cargo de las investigaciones y pusieron en búsqueda y captura a Ticio Carbonell Martos, por su presunta implicación en los hechos.

Hablé con Tina y le dije que esperaría acontecimientos al otro lado de la librería y que así se lo dijera a Berto, solo a él; para el resto del mundo estaba desaparecido.

Una vez dentro, lo primero que hice fue armarme. Comprobé que la pistola estaba en perfecto estado de uso, la coloqué en la pantorrilla y ajusté la funda del cuchillo horizontalmente, en el cinturón del pantalón, en la parte de atrás. Me puse el reloj y en tensión esperé noticias en la sala habilitada para ello. Desde allí comprobaría, a través del monitor, las visitas que llegaran a la librería.

El éxito del video club traía consigo a cantidad ingente de personas a coger películas para el día de Navidad. Tina en la librería tampoco daba abasto, por lo que no podía ayudar a Nuria. Tanto trajín me dificultaba ver con claridad a quién entraba.

Serían cerca de las dos de la tarde cuando apareció el páter. Olisqueó, disimuló, entre las estanterías queriendo dar a entender que miraba entre los libros. Me di cuenta que buscaba otra cosa, quizás a mí. Esperó a que Tina le preguntara si quería algo pues era hora de cerrar. Se marchó y tras él entró Ticio acompañado de una cara conocida. No podía dar crédito. Se dirigieron a Tina. Cogí la pistola y decidí entrar a tiros, tal y como hizo Doc Holliday en el tiroteo de *O. K. Corral*. Corrí hacia las escalinatas. Miré por el espejo de dos caras que me separaba de la librería, antes de irrumpir a tiros; ya no estaban. Con las mandíbulas apretadas y la muerte en mi mirada, les vi salir al mismo tiempo que hacía acto de presencia Berto y otro hombre. Berto ni se dio cuenta de quién se trataba, su mirada perseguía al rostro confundido y lloroso de Tina.

Oí como alguien trataba de forzar la puerta que daba a la calle Cristo de la Luz. No podía ser Ticio, no le hubiera dado tiempo, ni tampoco Berto pues lo tenía enfrente. De un salto bajé los seis escalones y corrí hacia

donde provenía el ruido. Esperé con la pistola en la mano; quien fuera era torpe. Si era Ticio, que se diera por muerto, pensé.

Entonces se me ocurrió ayudarle a entrar. Con el máximo sigilo descorrí los dos cerrojos manuales y abrí la puerta con un tirón rápido y brusco. Sin pensarlo, así del brazo con toda mi fuerza al que creía que pudiera ser el violador de jóvenes y lo arrastré hacia dentro. Al mismo tiempo que entraba le golpeé en la boca del estómago. Solo necesité de un único golpe, cayó fulminado. No era quien yo esperaba, pero tampoco me desagradó la caza. Me asomé a la calle y no había nadie. Volví a cerrar la puerta y eché de nuevo los cerrojos desde dentro.

Le até y a rastras lo llevé al confesionario, allí le puse unas esposas y lo sujeté al gancho. Cuando me disponía a izarlo, apareció Berto con su amigo, acompañados de Tina.

—Veo que has ido de caza mayor. Déjame que te ayude —me dijo Berto.

El rehén continuaba inconsciente o se lo hacía. Tina me abrazó y lloró.

—Tranquila, ya pasó todo —le dije.

—Lo siento, no me percaté de quién era —volvió Berto a hablar.

—No te preocupes, este nos dirá dónde lo podremos encontrar.

—¡Despiértalo, «*Bloody*»! —le dijo Berto, a su acompañante.

No pregunté de dónde procedía tan excelso apelativo, por su aspecto entendí perfectamente el porqué de su apodo. Me miró y asentí. Se dirigió a mi huésped y le abofeteó. Abrió los ojos y nos escudriñó a todos preguntándose dónde estaba.

Bloody, extrajo del interior de su chaqueta una manta parecida a la usada por el gremio de joyeros; la colocó sobre la mesa y la abrió. Parecían útiles de cirujano. Tomó lo más basto que tenía, unas tijeras, y comenzó a desnudar a nuestro invitado de lujo. Sin haberle tocado, ni tan siquiera rozado, comenzó a dar alaridos y peticiones a Dios.

—¡Doménico, soy yo! —me suplicó. Gritó mi nombre mezclándolo con el de Cristo.

—No hallarás piedad, si no me dices dónde está mi padre.

—¿Tu padre? ¿Por qué habría de saberlo?

Bloody, continuó su trabajo. Le dejó el dorso al descubierto. Hacía frío, le cortó los pantalones, dejándole en ropa interior. Tan solo tocaba con las puntas de los zapatos el suelo, hasta que también le despojó de ellos. Tampoco le dejó los calcetines.

Berto, mientras tanto, se afanaba en rebuscar en los bolsillos de su ropa. No encontró nada interesante. Tanto Tina como yo estábamos expectantes a la elegancia del hombre llamado «*Bloody*», no pronunció ni una sola palabra ni hizo gesto alguno mientras rasgó todas sus vestiduras; paró para mirarme cuando lo desnudó.

—¡Qué cosa más extraña!, hace casi cinco años que te conozco y no sé tu nombre. ¿Supongo que podré seguir llamándote páter? —le pregunté.

—Sí. Por supuesto, claro que sí. Suéltame, por favor, no he hecho nada. Tengo frío.

—¿Dónde han llevado a mi padre?

—No sé de qué me hablas, hijo.

No pude retenerme y le di un guantazo con el dorso de la mano.

—Yo no soy tu hijo. No lo olvides. ¿Dónde puedo encontrar a Ticio Carbonell? —volví a preguntarle con buenos modales, de forma educada.

—No lo sé. Desde que salió del psiquiátrico no he vuelto a verlo.

—¡Páter, está mintiendo! Hace unos días se le vio hablando con él por la calle Comercio —intervino Tina, un poco alterada.

—Sí, es cierto. Se me había olvidado. Es porque tengo frío y miedo. Soltadme en el nombre de ¡Dios Padre Todopoderoso! —exclamó enfatizando su petición—. Seréis excomulgados si me ocurre algo —profetizó.

—De acuerdo, si no quieres contarme lo que sabes sobre aquello que a mí me interesa, dejaré que sea Bloody el que charle contigo. Te puedo asegurar que sus charlas no son nada cariñosas —le amenacé, dando por hecho que yo conocía las artes intimidatorias del sanguinario amigo de Berto.

Cuando el páter, vio que Bloody cogía de la manta un bisturí y unas pinzas, sus ojos casi se le salen de las órbitas. No sé lo que pasaría por su mente, pero por un momento pareció que se pondría a hablar.

—Fue un encuentro fortuito —gritó—. Después ya no he vuelto a verlo más —sollozó y me nombró rogando piedad. Intentando hacerme creer que era inocente.

Bloody comenzó a cortarle del dorso finas tiras de piel con el bisturí, luego tiraba de ellas con las pinzas. A continuación, sobre la herida abierta, esparció sal como si estuviera aliñando una ensalada. Se retorció de dolor y gritó. De nada le serviría gritar pues la sala, la casa en sí, se insonorizó para el supuesto de que hubiera que tomar a alguien confesión.

No obstante, Bloody, con el fin de eliminar de su mente cualquier signo de esperanza, hizo jirones la camisa del sacerdote y uno de los trozos lo utilizó para taponarle la boca; luego la selló con cinta de embalar.

Tina no pudo soportar la escena macabra que nos estaba ofreciendo el siniestro amigo de Berto, y se echó a un lado y vomitó.

Salí con ella fuera de la sala de confesiones y me dijo que paráramos:

—¡Por Dios, Doménico! Ese hombre es un psicópata. ¿Y si el cura es inocente?

—No lo es —aseveré.

—Quiero a Salvatore como a mi padre o quizás más. Pero no te puede cegar la ira. ¡Piénsalo!

Tina tenía razón, a lo mejor era simplemente un cura entrometido y la estábamos cagando. Pasé dentro y el cura había perdido el conocimiento. Le pedí a Bloody que cesara, tenía que pensar. Y él recuperó de la inconsciencia al páter.

Me dirigí a Berto, el cual continuaba afanado en el registro minucioso de las pertenencias del cura. Rajó el forro de su abrigo y extrajo un sobre del interior. El sobre contenía fotografías. Examinó unas cuantas, fue suficiente, se levantó y me las dio, luego se acercó a nuestro hombre y le escupió.

—¡Eres un cerdo! —le dijo.

Las miré y eran repugnantes, se veía con toda claridad cómo enculaba a jóvenes efebos. En otras, eran los menores los que, para su divertimiento, tenían sexo entre ellos. También las había con menores desnudos de distinto sexo, practicándole una felación. Le daba igual que fueran niñas o niños. En la última estaba con Ticio y otros posibles degenerados pederastas,

celebrando su repugnante acto, rodeados de mancebos desnudos. Era una prueba gráfica de que no estábamos equivocados.

Se las mostré una a una, hasta que rompió a llorar, casi se nos ahoga en sus propios vómitos. Arrancamos la cinta que le habíamos puesto en la boca y le dije:

—Si me dices lo que quiero saber, dejarás de sufrir y nadie se enterará de esto.

Le dejamos a solas para que reflexionara; antes, Berto y su acompañante desplegaron el rollo de plástico que había en un rincón y cortaron dos paños de igual tamaño y lo extendieron debajo del páter.

Decidimos que tendríamos que hacerle hablar y que no deberíamos darle muerte hasta conseguir su confesión. Una vez contrastada nos desharíamos de él.

Volvimos a entrar y nos encontramos a un hombre abatido, conocedor de su destino.

—Ticio está con otros tres, en la cuesta de la Culebra, en una casa antigua de dos plantas. Desde fuera parece abandonada, quizás tengan allí a tu padre.

—¿Por qué lo habéis secuestrado?

—Nos dijeron que él tiene las actas de la creación de La Hermandad —apenas se le entendía lo que hablaba, la tez le cambió del rojo, por los golpes, al morado. Los ojos se le pusieron blancos, apenas respiraba.

—¡Bajadlo! ¡Bajadlo, joder! Se está ahogando —grité al darme cuenta de su estado.

Entre todos intentamos reanimarlo, pero fue imposible. Fue poco lo que nos dijo, tendríamos que apañarnos con tan exigua información. Berto pasó a la librería para tratar de contactar con Hermoso. Le dejó un mensaje en clave para que cuando lo oyera se pusiera en contacto con él. Pasadas dos horas sin saber nada, Tina y yo nos fuimos a mi casa en búsqueda de la tarjeta que en su día me dio Gamboa, con su teléfono. Ellos dos se quedaron empaquetando el cadáver del sacerdote.

Antes de marcharnos, Tina rezó un responso por su alma. Al término yo dije en voz alta:

—¡Ojalá!, en la otra vida, si existe, encuentres la bondad y la cordura.

—Amén —les oí decir a los tres.

Serían las ocho de la tarde cuando llegamos a mi casa en la avenida de la Reconquista. Hundidas en el llanto y la desolación estaban mi madre, Manuela e Isabella. No pude dar respuesta a ninguna pregunta y sobre aquellas que debí hacerlo opté por callar para no crear más incertidumbre. A los pocos minutos llamó Berto para decirme:

—El hijo pródigo ha dado señales de vida. Vendrá a tomar las uvas con nosotros. Vuelve a casa.

Le dije a Tina que se quedara con ellas; arrugó el ceño y me dijo:

—Iré contigo y deja de tratarme como si fuera una damisela; sé perfectamente cuál es mi lugar en este momento.

Nos despedimos y le prometí a mi madre que no encontraría la paz ni el resuello hasta no devolvérselo.

En la puerta nos encontramos con el doctor Otaola y con Anna. Nos abrazamos y el doctor me dijo:

—¡Tráelo! No tengas piedad con su agresor, ellos no la han tenido para con nosotros en este día.

Hacía frío, no obstante, subimos en la moto, y toda la rabia contenida desprendía suficiente calor para no sentir la brisa húmeda del principio de una noche larga e infame.

Cuando llegamos Pedro Hermoso, estaba reunido con ellos estudiando un plan de ataque. Sobre una mesa extendieron un plano de Toledo. Yo era el único que conocía bien la cuesta de la Culebra, sería difícil encontrar la casa sin más datos que los que aportó el cura.

—Necesitamos de un golpe de suerte y lo tendremos —dijo Pedro todo lleno de optimismo.

Decidimos soltar el lastre de nuestro pesado pasajero. De ello se encargaría Berto y su amigo Bloody; el otoño nos aportó copiosas lluvias y el Tajo amenazaba con desbordarse, por lo que sería fácil echarlo al río y esperar a que la corriente lo llevara hasta Lisboa. Mientras, nosotros iríamos a hacer guardia y esperar a un golpe de suerte, como dijo Pedro.

Nos pusimos en marcha, no había nadie por las calles. En Nochebuena, a esas horas las gentes están alrededor de la mesa cenando y brindando

hasta la madrugada. En esa noche especial, tan solo abrirían las iglesias para ofrecer la misa del Gallo.

En cinco minutos estábamos en la plaza de Santa Catalina. Nos apostamos, Tina y yo en la esquina del corredorcillo de San Bartolomé, y Pedro se fue escalón abajo, hasta la esquina del callejón Granados en la otra punta de la calle. A la media hora aparecieron Berto y Bloody. Nos estábamos quedando helados por la maldita humedad. Como si el frío no fuese suficiente, el cielo negro se iluminó para anunciar no solo la llegada del Señor, sino también una gran tormenta. En lugar de panderetas y zambombas, los dioses eligieron para la fiesta truenos ensordecedores.

Un coche color blanco salió de una finca con un frondoso jardín, en donde dos enormes cipreses hacían las veces de vigilantes de la noche, tomé a Tina de la cintura y la atraje hacia mí. Fingí que la besaba al mismo tiempo que mis ojos trataban de leer la matrícula del coche. El haz de luz de los focos se cortaba con la cortina de agua. Era el golpe de suerte que necesitábamos, la matricula era de Jaén. Y el coche color blanco bien podría ser del que hablaron los testigos. Aunque dijeron ver a una furgoneta, se podría pensar que su testimonio fuese tergiversado por los nervios.

Se bajó del vehículo el hombre alto de rasgos teutónicos. Sí, el mismo que ataviado de monje me propinó un fuerte golpe en la cabeza, con un bate. Ya no tenía dudas, Ticio estaba cerca y probablemente mi padre con ellos.

Dejó el coche en la puerta y cerró los portones de la casa de donde había salido. Corrió hacia nosotros y me preparé para sacar el arma. Entonces me acordé que la llevaba en la pantorrilla. Maldije mi fortuna. Pasó de largo y llamó a la casa que había enfrente. Con la linterna hice señales a los otros y subieron corriendo.

—Estamos de suerte —les dije—. Ticio está aquí y seguramente mi padre con ellos.

Pedro Hermoso miró a la casa del portón grande y dijo:

—Sí. Están aquí.

—¿Cómo estás tan seguro? —empapada y aún sorprendida por mi beso, le preguntó Tina con la cara totalmente desdibujada. El agua le había

esparcido toda la pintura y el rímel, ojos abajo. Parecía más el rostro de un payaso triste que el de una bella dama. Su larga y exuberante cabellera pelirroja le cubría el rostro, teniendo que hacer grandes esfuerzos por retirarlo, dejando al descubierto sus bellos y azulados ojos.

—Porque acabo de reconocer la vivienda —respondió Pedro, señalando hacia lo alto del portón de madera, que tenía grabado en azulejería talaverana, el nombre de EL RINCÓN—. En esta casa vivía hasta hace poco un alemán de pasado nazi. Tanto el periódico El Caso como el Pueblo, y el mismísimo Alcázar, dieron una gran cobertura periodística al deceso. Me he acordado al ver el rótulo sobre la puerta. Seguro que tuvo relaciones con La Hermandad, y no es de extrañar que estos se refugien aquí. ¿Cómo se nos ha podido pasar este detalle? —se preguntó en voz alta.

Urdimos un plan, no había tiempo que perder. Pedro y Bloody, irían a registrar la casa grande. Tina, Berto y yo entraríamos en la que se refugió el monje. Los tres, pistola en mano, nos disponíamos a forzar la puerta cuando Berto nos retuvo.

—¡Esperad! —nos alertó.

Se apartó y se dirigió al coche, un Simca 1200. Rompió la ventanilla, se introdujo en el interior, le hizo un puente y lo arrancó. Hizo sonar el claxon y nos gritó que llamáramos a la puerta; luego lo dejó caer cuesta abajo.

Los del interior de la vivienda, al oír el golpeteo en la puerta y el sonar del claxon, se asomaron por el balcón.

—¿Qué coño pasa? —gritó desde arriba un hombre con aspecto de haber bebido suficiente.

—¿El coche es de usted?

—Me cago en la leche jodía.

Se metió para adentro, al momento se abrió la puerta y el mismo hombre del balcón salió para ver qué ocurría. Lo cogí del brazo y tiré de él con toda mi fuerza, al mismo tiempo que me giraba, haciendo que se diera con la cabeza en la pared. Después, con un golpe seco en la garganta lo dejé noqueado.

—Quédate con él. Si se mueve, mátalo —le dijo Berto a Tina.

Miramos en la planta de abajo y no había nadie. De la planta de arriba se oían voces. Decidimos subir; antes de pisar el último peldaño, otro

hombre se asomó y nos descubrió. Fue a coger la pistola que llevaba en la sobaquera, no le dimos opción. Dos certeros disparos al corazón le provocaron una herida mortal de necesidad. Cayó sobre nosotros, lo sujetamos en su caída libre y eso nos salvó, al menos a uno de los dos, pues al ruido de las detonaciones, el hombre de rasgos teutónicos se alertó y disparó hasta tres veces contra nosotros, impactando sus proyectiles sobre el cuerpo de su amigo.

Parapetados tras él, disparamos nosotros también. Cayó bramando como un toro, junto a las tablas del burladero cuando presiente que su muerte ha llegado. Dejamos caer el pesado cuerpo que nos sirvió de protección y retiramos el arma de la mano de nuestro enemigo. Seguimos buscando y Ticio no estaba, tampoco mi padre.

Me fijé en la mesa del comedor, en donde tenían pensado celebrar la Nochebuena, y había cuatro platos y cuatro vasos. Nos miramos Berto y yo, era tal nuestra compenetración, que con la mirada nos bastaba para pasarnos información.

Berto me hizo una señal con el dedo en la boca, luego me indicó con gestos que yo buscara por un lado y él iría por el otro. Miramos en cada hueco, debajo de las camas. Abrimos las ventanas y todas tenían reja. Aparecieron Pedro y Bloody. Me sorprendieron en una habitación comprobando un armario, abrí las puertas y no había nadie, corrí las prendas hacia ambos lados. En uno de esos movimientos me pareció ver una ligera brizna de luz detrás del paño trasero del armario.

Les hice gestos para que apagaran la luz. Ya no había dudas, al otro lado había alguien.

Tal y como nos anticipó el páter, antes de morir, Ticio demostró ser un elemento muy peligroso y astuto. Al oír los disparos se escondió, vendiendo cara su detención. De nuevo la suerte estuvo de nuestro lado. La habilidad natural que poseía para esconderse esta vez no le acompañó.

Les dije que lo quería vivo, apartamos la ropa dejando franca la entrada a su refugio, tan solo un paño de madera nos separaba. Le llamé:

—Ticio, sé que estás ahí. Sal con las manos en alto y hablemos.

—Pasa a buscarme —gritó.

—No tienes opción, solo quiero a mi padre. Dime dónde está y nos iremos.

Bloody susurró a Berto algo que no pude entender. Este cambió el rictus de su semblante. Ninguno dijo nada. Únicamente hablaba yo. Entonces se acercó Pedro y dijo:

—Soy Pedro Hermoso, capitán del servicio secreto. Entrégate y te garantizo que nadie te hará nada.

—¿Cómo sé que no es una trampa? —respondió Ticio.

—No podrás saberlo si no confías en mí —le replicó Pedro.

—Mete tu identificación entre la ranura —pidió Ticio.

Hermoso sacó su carnet de identificación y lo introdujo. Pasados unos minutos, demasiado largos, volvimos a oírle:

—De acuerdo, no disparéis que voy a salir.

Se oyó el clic del paño al deslizarse. Del fondo salió Ticio. Lo encañonamos y yo me metí dentro del armario y pasé a una pequeña habitación. No estaba mi padre, ni indicios de que hubiera estado allí.

OceanofPDF.com

Capítulo 16

Vendetta

«Cuando se hace daño a otro es menester hacérselo de tal manera que le sea imposible vengarse».

Nicolás Maquiavelo

No estuve demasiado tiempo dentro del zulo en el que se escondió Ticio. Cuando salí lo encontré esposado con las manos atrás y sentado en una silla. Alguno debió golpearle con enojo, tenía el labio partido.

—No sabéis con quién os la estáis jugando. Yo también tengo padre y es muy poderoso —escupió a los pies de Pedro. Este no entró en su provocación.

—¿Dime dónde está mi padre? —le pregunté.

La tormenta había amainado. La descarga de rayos y truenos cesó, en cambio la alegría de las gentes comenzó a hacerse patente. Hasta nosotros llegaban los cánticos navideños y el repicar de las campanas de las iglesias, llamando a la misa del Gallo.

Ticio me respondió con una sonora carcajada. No entendía a cuento de qué le sobrevino ese ataque de histeria. Entró Bloody acompañado de Tina. Les oí hablar con el hombre al que golpeé contra la pared.

—¿Qué hacemos con él? Los otros dos están muertos —me preguntó Bloody.

—Intenta averiguar qué sabe del paradero de mi padre.

—No os dirá una mierda. Solo yo sé dónde se encuentra. Si me dejas ir te diré dónde está —balbuceó Ticio.

Berto le golpeó con tal violencia que lo tiró de la silla.

—¡Cálmate, Berto! Lo necesitamos vivo —exclamé.

Tina comenzó a llorar y se arrojó a mis brazos.

—¿Por qué lloras?

—Está muerto, Doménico. Lo han matado —sollozaba más que hablaba. Apenas podía entenderla.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quién ha muerto? No te entiendo.

O quizás sí la entendí y me negué a aceptar lo evidente. Miré a Pedro, a Berto… al mismo Ticio. No encontré palabras en ninguno, solo silencio. Cabezas hundidas contra el pecho o con la vista perdida. Miradas en las que confluían sentimientos de dolor y tristeza por la muerte de aquel que fue su líder y amigo.

—¡Llevadme con él! Quiero verlo —ordené furibundo.

—Es mejor que no lo veas y mantengas en tu mente su último recuerdo —me dijo Pedro.

Les miré con la furia de un huracán a punto de ejercer su poder devastador y sin control sobre todo lo que encuentra a su alcance. Les levanté el dedo índice, para que comprendieran que nada podría evitar que viera a mi padre.

—Yo iré contigo —intervino Tina, rebajando con sus palabras la tensión.

—¡Sea! —dijo Pedro—. Vayamos antes de que venga la Guardia Civil.

—¿Qué hago con ellos? —preguntó Bloody.

—A este déjalo vivo —dije señalando a Ticio.

Cruzamos la calle, Pedro iba delante. No encontramos a nadie, las buenas gentes celebraban la Pascua en familia cantando y haciendo sonar cualquier cosa que tuvieran a mano. Una vez dentro de la casa, llamada EL RINCÓN, nos adentramos a través de un frondoso jardín con claras evidencias de un penoso abandono.

El silencio era sepulcral, solo se oían nuestros zapatos chapotear en los charcos; donde no los había, la tierra estaba embarrada.

Dentro de la casa, nos dirigimos directamente al lugar en donde Pedro Hermoso y Bloody encontraron a mi padre. No lo tocaron, lo dejaron tal cual lo vieron, para no borrar huellas.

Ya daba igual, habíamos cogido al que lo hizo. Aunque fuese lo último que hiciese le sacaría quién estaba detrás de su muerte.

Pedro alargó el haz de la linterna hacia un rincón de la habitación a la que nos condujo. Desnudo de medio cuerpo hacia arriba; de rodillas, con

los brazos en cruz sujetos por tiras de cuero a una anilla cogida a la pared.

—Por favor, encended la luz. Quiero verlo bien —les pedí mientras caminaba hacia él.

Lo habían torturado. Salvatore fue un hombre de dureza diamantina, traté de imaginar lo que tuvo que sufrir antes de morir de un balazo en la frente. Saqué el cuchillo para cortar las cuerdas. Pedro me lo impidió:

—Ya no podemos hacer nada por él. Es mejor dejarlo así, para que la policía y el mundo entero vean la crueldad de esta gente.

Me arrodillé y le abracé. Lloré amargamente su muerte, luego Tina hizo lo propio y se aferró a su cuerpo sangriento. Después sentí los abrazos de Berto y de Pedro Hermoso. Le cortaron un dedo para robarle el sello de oro con el escudo de sus antepasados.

—Debemos irnos, Doménico. Tengo que llamar a Gamboa para que se haga cargo de la investigación, si no lo hace él, tendremos problemas —dijo Pedro con la voz ahogada, pero con firmeza. Para él también debía ser duro dejar allí a su amigo del alma, a su compañero de mil avatares.

Cuando subimos las escaleras de la casa en donde encontramos a Ticio escondido en el zulo detrás de un armario, la imagen que vimos fue dantesca. El suelo del comedor estaba lleno de platos y vasos rotos, y toda la comida desparramada.

Sobre la mesa en la que iban a celebrar la Nochebuena, se encontraba el tercer hombre en un baño de sangre. Bloody le arrancó el corazón y se lo introdujo en la boca. Aún estaba caliente, debió arrancárselo, estando vivo, delante de Ticio, que aguardaba su turno sentado y esposado, con la boca tapada y la mirada aterrorizada, sin vida. Con ese gesto le mandó un claro mensaje al pederasta: o hablas o, sufrirás y desearás la muerte.

Cuando nació, sus padres debieron ver el horror de la muerte en sus ojos, por ello le pondrían de nombre Ticio, que significa: «*nacido para morir*».

No me dio tiempo a preguntarle a Berto de dónde lo había sacado; Bloody, «*el sanguinario*», su apodo era un fiel reflejo de su vida; un hombre sin piedad, sin escrúpulos a la hora de torturar. Un experto en arrancar confesiones, sin inmutarse ante el dolor que provocaba, careciendo de empatía hacia sus víctimas.

—Confesó participar en las torturas, pero él no le mató —habló Bloody, refiriéndose a mi padre. Luego, mirando a Ticio, dijo—: Cumplía órdenes de este.

Miré el cadáver y observé que en el dedo anular llevaba el sello de mi padre. Lo cogí y después de limpiarlo, lo guardé para entregárselo a mamá Vega.

—Doménico, ¿qué hacemos con él? —preguntó Pedro, nervioso.

No supe que decir. La pena por la pérdida de mi padre me embargó de cualquier actividad cerebral. Estaba paralizado.

—Debo llamar a Gamboa, antes de que sea tarde —intervino de nuevo.

—De acuerdo —dije yo—. ¡Echadlo en el maletero! Nos lo llevaremos al confesionario. Y tú, buen amigo, cumple con tu deber.

* * *

Tina se vino conmigo en la Harley; Berto y Bloody se fueron en su coche, con Ticio en el maletero.

Yo, a mi casa a darle la noticia a mamá Vega; ellos al confesionario. Pedro se quedó en su coche pidiendo la presencia de la Guardia Civil a Gamboa.

Antes de despedirnos fui a darle un abrazo y me dijo:

—No llores porque se fue, sonríe porque murió orgulloso de tenerte por hijo. Ahora todos dependen de ti. Yo le veré pronto, y desde el otro lado te protegeremos.

Nos abrazamos y yo le dije, cuadrándome ante él:

—Hasta luego, capitán.

—Adiós, Doménico. ¡Márchate, ya!

Cuando llegamos, numerosas personas estaban apostadas en la puerta del edificio. Conforme íbamos subiendo las escaleras, las caras de los allí presentes me eran más conocidas. El silencio a nuestro paso se hacía ruidoso, era abundante y cargado de emociones. Entramos en casa, la puerta estaba abierta, parecía una manifestación solidaria y de dolor.

Al igual que la Biblia relata en el Éxodo que las aguas del mar Rojo se abrieron al paso de Moisés, así se abrieron ante mi presencia las personas que estaban en el interior de la vivienda. No tuve que preguntar por mamá

Vega, el corredor humano me llevó en volandas hasta el sillón preferido de mi padre. Allí estaba ella, sentada, esperando con la angustia de saber si volveríamos, los dos o ninguno.

Debí llevar marcado una inscripción en la frente, pues al verme extendió sus brazos y me refugié en ellos, con los mismos miedos que tenía de pequeño al llegar la noche con los ruidos de la calle. Siempre con la angustia de no saber si algún día vendrían a por nosotros, igual que una noche se lo llevaron a él.

Ahora era de verdad, nos lo quitaron para siempre.

—¿Cuándo podré verle? ¿Sufrió? —me susurró.

Me preguntó como si supiera todas las respuestas. En ese instante me derrumbé.

—Me tengo que ir —le dije, tratando de mostrar entereza.

—No llores. Vete y haz lo que tengas que hacer —musitó para que solo yo la oyera, haciéndome la señal de la cruz en la frente.

Le pedí a Tina que se quedara. Hablé con Anna y le dije que lo preparara todo. El doctor Otaola me miró y se acercó a mi madre para darle consuelo. Isabella se me colgó del cuello y me besó una y otra vez. Era la que mostraba, aparentemente, más fortaleza. Hacía años que ella pasó por lo mismo y me entendía perfectamente.

Cuando llegué a la parte de atrás de la librería, encontré bullicio en la plaza de la iglesia de Santiago del Arrabal. Dejé la moto aparcada, en la oscuridad de la noche, junto a las paredes del templo. Luego me dirigí a donde tenían retenido a Ticio.

Por el aspecto de su cara, por el estado de su cuerpo, aprecié que Bloody se entregó a fondo. Olía mal en la sala, le miré y observé que se había derretido.

—Ha confesado que no fue cosa suya. Que os odiaba, pero no hasta el punto de querer matarlo. Le pidieron que secuestrara a cualquiera de vosotros para averiguar dónde están las actas de La Hermandad. Ha dado el nombre de un tal Eliot, personaje muy afín a su padre —me puso al tanto Berto.

—Lavadlo —les dije—. Ahora vuelvo. Voy a buscar un bolígrafo y papel.

Se me quedaron mirando atónitos. Cuando volví de nuevo a la sala, estaba completamente desnudo y limpio.

—Sentadlo a la mesa y liberadlo —dije al mismo tiempo que le echaba sobre los hombros su chaquetón. Luego me dirigí a él.

—Escribe tus crímenes y muestra tu arrepentimiento. No te extiendas demasiado; haz un texto sencillo, si aprecio algún mensaje en clave te pego un tiro —le pedí.

—No me mates. Entrégame a la policía y que me juzguen. Es lo justo, pagaré con mi condena todos mis crímenes.

—Hablas mucho, muy rápido y mal. Se te olvida que yo no soy juez para discernir entre lo justo y lo injusto. Nosotros no hacemos las leyes en este mundo para gentes como tú.

—Estoy enfermo, no soy consciente de lo que hago; abandoné el tratamiento. Sí, eso es lo que ocurrió. ¡Ayúdame, por favor!

—¿Cómo podría ayudarte? ¿Qué podrás darme a cambio de tu vida?

—Debes hacer que me ingresen de nuevo, a cambio mi padre os dará lo que le pidáis —suplicó.

—Dijo Confucio: «*cuando te quieras vengar de alguien, no olvides cavar dos tumbas*». Y a ti se te olvidó hacerlo. Ahora, escribe. No agotes mi paciencia —le dije yo.

Berto le golpeó en la nuca, haciendo que su frente impactara contra la mesa.

—Sí. Sí. Ya lo hago. Perdóname, Doménico, apelo a tu clemencia.

—Yo no puedo perdonarte pues no soy Dios, pero si puedo hacer que te reúnas con él más pronto que tarde. Cuando te reencuentres con él solicítale la paz y el perdón.

Terminó la carta, la leí y quedé conforme. Entonces le tiré del poco vello que le habían dejado en el pecho y se levantó de la silla rabiando de dolor. Eché la mano hacia atrás y desenfundé el cuchillo.

—Antes de matarte has de saber que no busco venganza, sino justicia; justicia por aquellos menores de los que abusaste. Es la justicia que piden ellos y su familia, para dormir en paz. Si te entrego, como me pides, el brazo largo y corrupto de tu padre se extenderá hasta conseguir de nuevo tu libertad. Es al pueblo a quien debes pedir clemencia, te aseguro que sé cuál

es su sentencia. La venganza no es sana ni sabia, si así lo hiciere me pondría a tu altura. Soy un hombre de palabra, juré que te cortaría las pelotas y así será. Que la vida no pueda apartar lo que unirá la muerte para siempre —exclamé, al mismo tiempo que cogí su miembro y de un tajo cercené el apéndice que le sobraba y que tanto daño hizo a mujeres y a menores.

—¡Noooo! —gritó despavorido, echándose las manos para taponar el chorro de sangre.

—Cosedlo que no se desangre. Tenéis que hacer un largo viaje. Quiero que lo entreguéis a su familia —les ordené.

Berto me miró asombrado y aterido; en cambio, pude percibir satisfacción en la cara de Bloody.

—¿Dónde quieres que lo llevemos? —preguntó Berto.

—A Jaén.

—¿A Jaén? Es una gran ciudad, ¿dónde lo dejamos?

Berto tenía razón. Mientras Bloody intentaba taponar la hemorragia a Ticio, practicándole un torniquete, yo busqué entre sus ropas. Encontré su cartera y cogí el carnet de identidad.

—No hay nada importante. Ya la miramos —me dijo Berto, como siempre atento a todo.

Fui hacia él con una sonrisa malévola entre los dientes, levanté la mano y le mostré la dirección del documento.

—Aquí. Aquí es donde lo tenéis que dejar, —dije señalando en el carnet de identidad la dirección en la que se suponía que vivían sus padres—. Dejadlo al descubierto para que todos lo vean.

—¿Y con eso qué hacemos? —dijo señalando al miembro viril y a los testículos.

Me quedé pensando y observé que Bloody se esmeraba en un zurcido, sin anestesia, en la zona peniana de Ticio; este permanecía inconsciente y hacía rato que no se le oía.

—No pierdas el tiempo en eso —le dije a Bloody. A continuación, me dirigí a Berto—: cuando lo abandonéis, le dejas esta carta prendida en el pecho y la carnaza se la das a comer antes de enviarlo al infierno. Poneros en marcha tenéis, cuatro horas de viaje. Cuando paséis Despeñaperros, y antes de Bailén, encontraréis la indicación para Jaén.

⁎ ⁎ ⁎

Como nos previno en su día Pedro Hermoso, tanto la Guardia Civil como la fiscalía archivaron pronto las diligencias por el asunto de la noche del veinticuatro al veinticinco de diciembre. Apenas se habló del rito satánico que se celebró en la cuesta de la Culebra; en cambio, el pueblo y la prensa sintieron solidaridad por la ejecución criminal de Salvatore Aspartana.

Por decisión de mamá Vega se hicieron los oficios del rito católico en la Ermita del Cristo de la Vega, el veintisiete de diciembre de 1980. Recordó emocionada que allí se casaron sus padres y fue donde ella recibió su Primera Comunión.

—La ermita es muy pequeña, mamá —le dije.

—Mejor —respondió—. A él le hubiera gustado que fuese así. Vivió en el anonimato, en las sombras. Su despedida de este mundo ha de hacerse de igual modo, en la intimidad de la familia y los amigos.

Cuando llegamos a la ermita, escoltando al coche fúnebre, no podíamos dar crédito a lo que veían nuestros ojos. La policía municipal tuvo que desplazar algunas unidades para controlar el tráfico. Los aledaños estaban cubiertos por cientos de personas.

La pequeña basílica estaba literalmente tomada por la familia más cercana y los amigos. De la gestión y organización se encargaron Anna y Berto.

En el primer banco, a la izquierda estábamos mamá Vega, Isabella y su madre, Tina y yo. En el banco de la derecha, mis tíos venidos de Italia. Cuando el sacerdote terminó el servicio, vino lo peor. Nos pusimos delante del féretro mamá Vega, dos de mis tíos y yo. De pronto un río de personas comenzó a desfilar delante de nosotros para darnos el pésame.

Primero, lo hicieron los que estaban dentro de la ermita. El leal Samael, que abandonó el hospital para estar presente, fue el que inició el ritual. Agradecí la presencia del bueno de Julio Amaro Becerra, aún convaleciente y muy deteriorado; de mi amigo Cristóbal Encinares, que tanto me ayudó en mis primeros días en Córdoba.

Lentamente, pasó a nuestro lado toda la cohorte de asistentes, tanto los de fuera como los de dentro, de la ermita del Cristo de la Vega; algunos te indicaban su solidaridad agachando la cabeza; otros, los más, dándote la mano y un tercer grupo que te abrazaba y te hablaba. Tuvimos que sentar a mamá Vega pues pareció desfallecer ante tantas muestras de dolor y afecto.

María, mi bella María, de riguroso negro, velo incluido, me abrazó y lloró con verdadera pena la pérdida de mi padre. Extrañé la ausencia del bravo de Pedro Hermoso, supuse que lo hizo pensando en mantener oculta su identidad para que no lo relacionaran con nosotros.

Cuando todos se hubieron marchado, cuando apenas quedábamos los necesarios, percibí la presencia de una virgen blanca en los últimos bancos; reclinada, rezaba. Abandoné mi posición y me dirigí a ella. Unas ligeras lágrimas se le descolgaron de los ojos para bajar hasta la cabeza del crucifijo.

—¿Por qué llora, hermana? ¿Le conocía? —le pregunté tembloroso.

Sin mirarme, sin apartar la vista de sus manos con los dedos entrecruzados, me dijo:

—Lloro por ti. Rezo al Cristo de la Vega para que obre el milagro de apartarte de tanta muerte y te ayude a encontrar algún día la paz y el amor que tanto necesitas.

Levantó la cabeza, se persignó y me miró.

—¡Julia, eres tú! —dije exaltado.

—Julia murió hace años. Soy sor Inés.

* * *

Tanto la prensa nacional como la radio y la televisión dieron amplia cobertura al hecho de que fuera encontrado, en el centro de Jaén, un hombre con el pene y los testículos en la boca. Lo encontraron unos jóvenes en la madrugada del día de Navidad, y de Nuestra Señora de Belén, en la plaza de los Jardinillos.

—Estaba sentado, allí, frente a la fuente redonda del centro de la plaza, mirando al potente chorro que se eleva hacia el cielo —declaró uno de los jóvenes que lo hallaron.

La noticia corrió como la pólvora por todo Jaén y su provincia; las gentes no hablaban públicamente por miedo o por reparo, pero en los corrillos era notoria y evidente la alegría que mostraban por la muerte de Ticio Carbonell Martos, que fue condenado por pederastia hacía varios años. Hijo de un senador por Jaén y al que muchos recordaban por su pasado franquista.

Dicen que al lugar en donde lo encontraron le pusieron de nombre: «*la fuente de los justos*».

OceanofPDF.com

Agradecimientos

A todos aquellos que leyeron parte de la novela y me animaron a seguir con el proyecto.

A todos los ciudadanos de Toledo que desinteresadamente se esforzaron en ofrecerme documentación viva de la historia de la ciudad y de sus habitantes.

Y como no, al grupo de Facebook: No eres de Toledo si…

OceanofPDF.com

Notas

[1] Los íncubos, según los expertos en demonología, eran demonios impúdicos apuestos y bien parecidos, que buscaban despertar en sus víctimas femeninas los instintos sexuales más bajos y primordiales, las seducían sin ningún escrúpulo y sin distinción de estado ni edad, yaciendo con ellas para arrebatarles su energía. Según las tradiciones antiguas los demonios íncubos eran amantes consumados; expertos en conseguir la sumisión de su víctima amatoria, a las que arrebataban su voluntad a negarse, convirtiéndose en sus amos. La copulación a veces era salvaje y feroz pero altamente placentera para ellas por el elevado número de orgasmos que tenían, haciéndoles perder por momentos la lucidez. <<

[2] Famoso detective protagonista, de las novelas de serie negra, de Agatha Christie. <<

OceanofPDF.com